


The cover features a dynamic illustration of Jedi characters in white robes. In the center, a young woman with blonde hair holds a blue lightsaber. To her left, Chewbacca is shown with a green lightsaber. To her right, a man holds a blue lightsaber. In the background, another Jedi is visible, and a Jedi starfighter flies in the sky. The entire scene is framed by a gold border.

STAR WARS
THE HIGH REPUBLIC

LUZ ^{DE} LOS JEDI
CHARLES SOULE

 Planeta

Empieza la nueva etapa en el Universo Star Wars con esta novela.

Mucho antes de la Primera Orden, antes del Imperio, incluso antes de La Amenaza Fantasma, existió la edad de oro. Dos siglos antes de la saga Skywalker...

Vivimos una época dorada. Intrépidos exploradores hiperespaciales expanden los límites de la República hasta las estrellas más remotas, los mundos prosperan bajo el benévolo liderato del Senado y reina la paz en la galaxia, defendida por la sabiduría y fuerza de la célebre orden de usuarios de la Fuerza conocidos como Jedi. Con los Jedi en la cima de su poder, los ciudadanos libres de la galaxia confían en su habilidad para capear cualquier temporal. Pero incluso la luz más brillante proyecta alguna sombra y algunos temporales desafían cualquier preparación.

Cuando una impactante catástrofe en el hiperespacio hace pedazos una nave, la lluvia de metralla que emerge del desastre amenaza a todo un sistema. Los Jedi acuden a toda velocidad cuando llega su petición de auxilio. Sin embargo, el alcance de la emergencia lleva a los Jedi hasta su límite. Cuando el cielo se abre y la destrucción llueve sobre la pacífica alianza que ellos mismos ayudaron a construir, los Jedi deben confiar en la Fuerza para superar un día en que un solo error puede costar miles de millones de vida.

Pero, mientras los Jedi combaten valerosamente contra la calamidad, algo realmente letal florece más allá de los confines de la República. El desastre hiperespacial es mucho más siniestro de lo que los Jedi podían sospechar. Una amenaza se esconde en la oscuridad, lejos de la luminosidad de la época, y guarda un secreto capaz de infundir terror incluso en el corazón de un Jedi.



Luz de los jedi



Charles Soule

NUEVO CANON

Esta historia forma parte del Nuevo Canon.

Título original: *The High Republic: Light of the Jedi*

Autor: Charles Soule

Arte de portada: Joseph Meehan

Traductor: Albert Agut Iglesias

Publicación del original: enero 2021

(edición argentina, publicada mayo 2021)



232 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Albert Agut Iglesias

Revisión: Klorei

Maquetación: Bodo-Baas

MUCHO ANTES DE LA PRIMERA ORDEN, ANTES DEL IMPERIO, ANTES DE LAS GUERRAS CLON... LOS JEDI ILUMINARON EL CAMINO DE LA GALAXIA EN LA ALTA REPÚBLICA.

Vivimos una época dorada. Intrépidos exploradores hiperespaciales expanden los límites de la República hasta las estrellas más remotas, los mundos prosperan bajo el benévolo liderazgo del Senado y reina la paz en la galaxia, defendida por la sabiduría y fuerza de la célebre orden de usuarios de la Fuerza conocidos como Jedi. Con los Jedi en la cima de su poder, los ciudadanos libres de la galaxia confían en su habilidad para capear cualquier temporal. Pero incluso la luz más brillante proyecta alguna sombra y algunos temporales desafían cualquier preparación.

Cuando una impactante catástrofe en el hiperespacio hace pedazos una nave, la lluvia de metralla que emerge del desastre amenaza a todo un sistema. Los Jedi acuden a toda velocidad cuando llega su petición de auxilio. Sin embargo, el alcance de la emergencia lleva a los Jedi hasta su límite. Cuando el cielo se abre y la destrucción llueve sobre la pacífica alianza que ellos mismos ayudaron a construir, los Jedi deben confiar en la Fuerza para superar un día en que un solo error puede costar miles de millones de vidas.

Pero, mientras los Jedi combaten valerosamente contra la calamidad, algo realmente letal florece más allá de los confines de la República. El desastre hiperespacial es mucho más siniestro de lo que los Jedi podían sospechar. Una amenaza se esconde en la oscuridad, lejos de la luminosidad de la época, y guarda un secreto capaz de infundir terror incluso en el corazón de un Jedi.

www.editorialplaneta.com.ar

www.starwars.com

La galaxia vive en paz, gobernada por la gloriosa REPÚBLICA y protegida por los nobles y sabios CABALLEROS JEDI.

Como símbolo de su bondad, la República está a punto de inaugurar la BALIZA STARLIGHT en los confines del Borde Exterior. Esta nueva estación espacial será como un rayo de esperanza para todo el que la vea.

Pero mientras un magnífico renacimiento se expande por la República, también lo hace un temible nuevo adversario. Ahora los guardianes de la paz y la justicia deben afrontar una amenaza para ellos, la galaxia y la Fuerza...

Para Hannah, Sara, Chris y Jay, que aman *Star Wars* tanto como yo.

Charles Soule

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana...

La Fuerza está con la galaxia.

Vivimos la era de la Alta República: una unión pacífica de mundos afines donde todas las voces son escuchadas y el gobierno se basa en el consenso, no en la coacción ni el miedo. Es una era de ambición, de cultura, de inclusión, de Grandes Obras. La visionaria Canciller Lina Soh lidera la República desde la elegante ciudad-mundo de Coruscant, situada cerca del reluciente centro del Núcleo Galáctico.

Pero más allá del Núcleo y sus muchas pacíficas colonias, están los Bordes... Interior, Medio y, por último, en la frontera con lo desconocido, el Borde Exterior. Los mundos del Borde Exterior están repletos de oportunidades para los valientes que viajan por las pocas vías hiperespaciales bien cartografiadas, aunque peligrosas, que llevan hasta ellos. El Borde Exterior es un refugio para cualquiera que huya de las leyes de la República y está repleto de depredadores de todo tipo.

La Canciller Soh se ha comprometido a acoger a esos mundos en el seno de la República, con ambiciosos proyectos como el de la Baliza Starlight. Pero, hasta que esta se ponga en marcha, los encargados de mantener el orden y la justicia en la frontera galáctica son los Caballeros Jedi, unos guardianes de la paz dotados de habilidades increíbles nacidas de un misterioso campo de energía conocido como la Fuerza. Los Jedi trabajan codo con codo con la República y han establecido puestos de avanzada en el Borde Exterior para ayudar a todo el que lo necesite.

Los Jedi de la frontera pueden ser el último recurso para los que no tienen a nadie más a quien acudir. Aunque los puestos avanzados operan autónomamente, sin intervención directa del gran Templo Jedi de Coruscant, son un eficaz elemento disuasivo para aquellos que hacen el mal.

Pocos pueden enfrentarse a los Caballeros de la Orden Jedi.

Aunque siempre hay quien lo intenta...



PRIMERA PARTE
El Gran Desastre



CAPÍTULO UNO

HIPERESPACIO. EL *RUTA LEGADO*.

3 horas para el impacto.

«**T**odo va bien».

La capitana Hedda Casset revisó todas las lecturas y pantallas de su silla de mando por segunda vez. Siempre las repasaba dos veces, como mínimo. Tenía más de cuatro décadas de experiencia volando y suponía que ese grado de atención explicaba en gran parte que hubiera sobrevivido tanto tiempo. El segundo repaso confirmó todo lo que había visto en el primero.

—Todo va bien —dijo, esta vez en voz alta, anunciárselo a la tripulación del puente—. Es la hora de mi ronda. Teniente Bowman, el puente es suyo.

—A la orden, capitana —contestó su primer oficial, levantándose para ocupar su silla hasta que regresara de su ronda nocturna.

No todos los capitanes de cargueros de larga distancia gestionaban sus naves como embarcaciones militares. Hedda había visto naves estelares con suelos sucios, tuberías con fugas y grietas en las ventanillas de las cabinas, defectos que le dolían en el alma. Pero Hedda Casset había iniciado su carrera como piloto de caza de la Fuerza Operativa Conjunta Malastare-Sullust, patrullando un pequeño sector de la frontera del Borde Medio. Se había estrenado pilotando un Incom Z-24, el caza unipersonal que todos llamaban Moscardón. Principalmente en misiones de seguridad, cazando piratas y esas cosas. Finalmente, ascendió a capitana de un crucero pesado, una de las naves de mayor tamaño de la flota. Llevaba una buena carrera y tenía un buen trabajo.

Abandonó la FOC Mallust con honores y empezó a comandar naves mercantes para el Gremio Byne, su idea de una jubilación relajada. Pero más de treinta años en el ejército hacían que no solo llevase el orden y la disciplina en la sangre, sino que fueran su sangre. Por eso cada nave que comandaba ahora funcionaba como si estuviera a punto de entrar en una batalla decisiva contra una flota hutt, aunque solo estuvieran transportando pieles de ogrut del planeta A al planeta B. Esta nave, la *Ruta Legado*, no era ninguna excepción.

Hedda se levantó, devolviendo el rápido saludo del teniente Jary Bowman. Se estiró, notando cómo le crujía la columna. Demasiados años patrullando en cabinas diminutas, demasiadas maniobras en alta gravedad... a veces en combate, otras solo porque la hacían sentir viva.

«El problema, en realidad», pensó, recogiendo un mechón canoso tras la oreja, «es que llevo demasiados años».

Salió del puente, abandonando la maquinaria precisa que era su cubierta de mando y cruzando un pequeño pasillo hasta el mundo más amplio y caótico del *Ruta Legado*. La nave era un carguero modular clase A de Astilleros Kaniff, el doble de viejo que la propia Hedda. Eso hacía que la nave hubiera superado ligeramente su vida operativa ideal, pero dentro de parámetros seguros si estaba bien mantenida y revisada, como lo estaba. De eso se ocupaba su capitana.

El *Ruta* era una nave multifacética, preparada tanto para cargamento como pasajeros, de ahí el «modular» de su denominación. La mayor parte de la estructura de la nave la ocupaba un compartimento gigante con forma de prisma triangular alargado, con la ingeniería en la parte trasera, el puente delante y el resto destinado a cargamento. La «columna» central contaba con brazos articulados a intervalos regulares, a los que podían añadir otros módulos más pequeños. La nave podía albergar hasta 144 de esos módulos adaptables capaces de transportar cualquier cargamento que la galaxia pudiera ofrecer.

A Hedda le gustaba que la nave pudiera transportar prácticamente de todo. Así nunca sabías qué tenías que recoger, qué extraños desafíos podías encontrar entre un trabajo y el siguiente. En una ocasión viajó con la mitad del espacio de carga del compartimento central transformado en un gigantesco tanque de agua, donde transportaba un pez sable gigante, desde los tormentosos mares de Tibrin hasta el acuario privado de una condesa en Abregado-rae. Hedda y su tripulación habían llegado con el animal a salvo... y no había sido nada fácil. Aún más duro fue llevar la criatura de vuelta a Tibrin, tres ciclos después, cuando el condenado animal enfermó porque la gente de la condesa no tenía ni idea de cómo cuidarla. Aunque en beneficio de la condesa había que decir que había pagado tarifa completa por mandar al pez sable de vuelta. Muchos, particularmente en la nobleza, lo habrían dejado morir.

El viaje que estaban haciendo en ese momento, comparativamente, era mucho más sencillo. Las secciones de carga del *Ruta Legado* estaban llenas hasta un ochenta por ciento de colonos que viajaban al Borde Exterior desde superpoblados mundos del Núcleo y sus colonias, buscando una nueva vida, nuevas oportunidades, otros cielos. Podía entenderlo. Hedda Casset siempre había sido muy inquieta. Tenía la sensación de que moriría de aquella manera, mirando por la ventanilla, esperando descubrir algo que no hubiera visto nunca.

Como era un viaje de transporte de pasajeros, la mayoría de módulos de la nave tenían la configuración básica apropiada, con asientos que se convertían en camas bastante cómodas, en teoría, para dormir en ellas, además de lavabos, almacenes, unas pocas holopantallas, una pequeña cocina y poco más. Para los colonos dispuestos a pagar por mayor comodidad, había algunos módulos con minicantinas operadas por droides y camarotes privados, pero eran pocos. Aquella era gente austera. Si tuvieran créditos, lo más probable es que no viajaran al Borde Exterior para labrarse un futuro. El borde oscuro de la galaxia era un lugar de desafíos tan excitantes como mortales. Más mortales que excitantes, de hecho.

«Hasta llegar es complicado», pensó Hedda, mirando el remolino del hiperespacio por el gran ojo de buey junto al que pasó. Apartó la vista, consciente de que podía quedarse veinte minutos allí embobada si se dejaba llevar. No podías fiarte del hiperespacio. Era muy útil, sin duda, te llevaba de un sitio al otro, era clave para la expansión de la República más allá del Núcleo, pero nadie lo entendía del todo. Si tu navidroide calculaba mal unas coordenadas, aunque su error fuera mínimo, podías terminar saliéndote de la ruta marcada, el camino principal de lo que fuera el hiperespacio, y acabases en un camino oscuro que nadie sabía dónde podía llevarte. Esto sucedía incluso en las transitadísimas hipervías cercanas al centro galáctico. Fuera de ellas, donde los exploradores apenas habían empezado a cartografiar las rutas... bueno, debías andar con mucho cuidado.

Apartó aquellas inquietudes de su mente y siguió su camino. En realidad, el *Ruta Legado* volaba en ese momento por la ruta más transitada y conocida hacia los mundos del Borde Exterior. Las naves circulaban por aquella hipervía en ambos sentidos constantemente. Nada de qué preocuparse.

Pero las más de nueve mil almas que llevaban a bordo dependían de la capitana Hedda Casset para llegar a su destino sanas y salvas. Eso la preocupaba. Era su trabajo.

Hedda llegó al vestíbulo central, un gran espacio circular, un punto abierto necesario para la estructura de la nave reconvertido en una especie de zona común extraoficial. Un grupo de niños jugaba con un balón, mientras varios adultos charlaban cerca, disfrutando de un breve respiro fuera de los hacinados confines de los módulos en los que pasaban la mayor parte del tiempo. El espacio no era bonito, solo un cruce de varios pasadizos cortos, pero estaba limpio. Por insistencia de su capitana, la nave contaba con tripulación de mantenimiento automatizada que se encargaba de mantenerla limpia e higienizada. Uno de los droides custodios estaba trepando por una pared en ese mismo instante, ocupado en una de las interminables tareas necesarias en cualquier nave del tamaño del *Ruta*.

Dedicó un momento a estudiar aquel grupo, unas veinte personas de todas las edades y varios mundos. Humanos, por supuesto, pero también unos pocos ardenianos peludos de cuatro brazos, una familia de givins con sus característicos ojos triangulares y unas orejas puntiagudas a los lados de la cabeza... no abundaban por allí. Pero daba lo mismo el planeta de origen, todos eran seres corrientes que intentaban empezar una nueva vida.

Uno de los niños levantó la vista hacia ella.

—¡Capitana Casset! —dijo. Era un humano pelirrojo de piel trigueña al que ya conocía.

—Hola, Serj —le dijo Hedda—. ¿Qué tal? ¿Va todo bien por aquí?

Los demás niños dejaron de jugar y la rodearon.

—Nos vendrían bien nuevas holos —dijo Serj—. Hemos visto todas las que hay en el sistema.

—No tenemos más —contestó Hedda—. Y dejen de intentar infiltrarse en los archivos con restricción de edad. ¿O creen que no me he dado cuenta? Esta es mi nave. Sé todo lo que pasa en el *Ruta Legado*.

Se agachó un poco.

—Absolutamente todo.

Serj se sonrojó y miró a sus amigos, que de repente habían descubierto cosas interesantísimas en los anodinos suelo, techo y paredes del lugar.

—No se preocupen —dijo, enderezándose—. Los entiendo. El viaje es bastante aburrido. No me creerán, pero, dentro de poco, cuando sus padres los pongan a arar campos o a construir vallas o a espantar rancors, soñarán con el tiempo que pasaron en esta nave. Relájense y disfruten.

Serj puso los ojos en blanco y volvió al improvisado juego de pelota que había inventado con los otros niños.

Hedda sonrió y siguió adelante, saludando y charlando con unos y otros. Personas. Probablemente, algunas buenas y otras malas, pero durante unos días eran su gente. Adoraba aquellos viajes. Independientemente de lo que terminara sucediendo en sus vidas, aquella gente viajaba al Borde para hacer realidad sus sueños. Formar parte de eso le hacía sentirse bien.

La República de la Canciller Soh no era perfecta, ningún gobierno lo era ni lo había sido nunca, pero el sistema daba margen a la gente para soñar. No, mejor aún, fomentaba sus sueños, grandes o pequeños. La República tenía sus defectos, pero las cosas podían ser infinitamente peores.

Hedda dedicó más de una hora a su ronda. Pasó por el compartimento de pasajeros, echó un vistazo al cargamento de tibanna líquido superenfriado, para asegurarse de que el volátil material estaba bien sellado (lo estaba), inspeccionó los motores (todo bien), examinó el estado de las reparaciones de los sistemas de recirculación ambiental de la nave (progresando adecuadamente) y se aseguró de que las reservas de combustible seguían siendo las apropiadas para el resto del viaje, con un cómodo margen adicional (lo eran).

El *Ruta Legado* estaba tal como ella quería. Un pequeño mundo bien cuidado en medio de la selva, una confortable burbuja de seguridad rodeada por el vacío. No podía saber qué les esperaba a aquellos colonos cuando se dispersasen por el Borde Exterior, pero pensaba asegurarse de que llegasen sanos y salvos para que pudieran descubrirlo por sí mismos.

Hedda regresó al puente y el teniente Bowman se puso en pie de un salto al verla entrar.

—Capitana en el puente —dijo, y todos los oficiales se enderezaron en sus asientos.

—Gracias, Jary —dijo Hedda, mientras su segundo volvía a su puesto.

Hedda se instaló en su silla de mando, revisando mecánicamente los monitores, buscando cualquier cosa inusual.

«Todo va bien», pensó.

CLANG. CLANG. CLANG. CLANG. Una alarma, potente e insistente. La iluminación del puente cambió a la configuración de emergencia, bañándolo todo de rojo. Al otro lado de la ventanilla delantera, el remolino del hiperespacio parecía extraño. Quizá fuera por las luces de emergencia, pero tenía... un matiz rojo. Parecía... débil.

Hedda notó que el pulso se le aceleraba. Su mente pasó instintivamente al modo de combate.

—¡Informe! —bramó, buscando la causa de la alarma en sus monitores.

—Alarma generada por la navicomputadora, capitana —gritó su navegador, el cadete Kalwar, un joven quermiano—. Hay algo en la hipervía. Justo delante. Grande. Impacto en diez segundos.

La voz del cadete fue firme y Hedda se sintió orgullosa de él. No debía de ser mucho mayor que Serj.

Hedda sabía que aquello era imposible. Las hipervías siempre estaban desiertas. Precisamente de eso se trataba. No podía recordar la base científica, pero sabía que las colisiones a velocidad luz en vías marcadas eran sencillamente imposibles. Era «un absurdo matemático», como dirían los ingenieros.

Llevaba volando por el espacio profundo lo bastante para saber que a todas horas, todos los días, sucedían cosas imposibles. También sabía que diez segundos eran nada a la velocidad que volaba el *Ruta Legado*.

«Nunca puedes fiarte del hiperespacio», pensó.

Hedda Casset apretó dos botones de su consola de mando.

—Preparados —dijo, serenamente—. Tomo los controles.

Dos mandos de pilotaje salieron de los reposabrazos de su silla y Hedda sujetó uno con cada mano.

Se tomó un instante para respirar hondo y empezó a pilotar.

El *Ruta Legado* no era un Incom Z-24 Moscardón, ni uno de los Vigalargas de la República. Llevaba más de un siglo en servicio. Era un carguero en el final, si no más allá, de su vida operativa, cargado hasta los topes, con motores diseñados para una aceleración y desaceleración lentas y graduales, que atracaba en espaciopuertos o centros de carga orbitales. Se movía como una luna.

El *Ruta Legado* no era una nave de guerra. Ni mucho menos. Pero Hedda lo pilotó como si lo fuera.

Vio el obstáculo en su camino, con su vista e instintos aguzados de piloto de caza, avanzando a una velocidad increíble, suficiente para que su nave y lo que fuera aquello quedasen desintegrados, pequeños átomos flotando para siempre en la hipervía. No tenía tiempo para esquivarlo. La nave no podía virar lo suficiente. No tenía ni tiempo ni espacio.

Pero la capitana Hedda Casset estaba al timón y no pensaba fallar a su nave.

Un leve toque en el volante izquierdo, una rotación mayor en el derecho y el *Ruta Legado* se movió. Más de lo que quería, pero tanto como su capitana lo creía capaz. El enorme carguero pasó rozando el obstáculo en su camino, con aquella cosa tan cerca de

su casco que Hedda sintió que le erizaba el cabello, a pesar de las muchas capas de metal y blindaje que las separaban.

Pero estaban vivos. No habían chocado. La nave seguía viva.

Turbulencias. Hedda forcejeó con ellas, notando sus baches y olas, cerrando los ojos, sin necesidad de ver para volar. El almacén de la nave gruñía sus protestas.

—Tú puedes, viejita —dijo, en voz alta—. Somos un par de abuelas gruñonas, sin duda, pero a las dos nos queda aún mucha vida por delante. Te he cuidado condenadamente bien y lo sabes. No pienso fallarte si tú no me fallas.

Hedda no le falló a su nave.

Fue su nave la que le falló a ella.

El gruñido del metal estresado se convirtió en un aullido. Las vibraciones de la nave adquirieron un nuevo timbre, que Hedda había sentido muchas veces. Era la sensación de una nave que había superado sus límites, ya fuese por haber recibido demasiado castigo en un tiroteo o, como aquí, por haberle pedido que realizase una maniobra para la que no estaba capacitada.

El *Ruta Legado* se estaba desintegrando. Le quedaban segundos, como máximo.

Hedda abrió los ojos. Soltó los controles y pulsó algunos botones en su consola, activando el blindaje de los mamparos que separaban los módulos de carga en caso de accidente, por si eso les daba alguna oportunidad a los que iban a bordo. Pensó en Serj y sus amigos, jugando en una zona común, y en las puertas de emergencia que acababan de caer pesadamente a la entrada de cada módulo de pasajeros, posiblemente atrapándolos en una zona que estaba a punto de llenarse del vacío. Esperaba que los niños hubieran vuelto con sus familias cuando sonó la alarma.

No lo sabía.

No podía saberlo.

Hedda miró a los ojos del primer oficial, que la miraba boquiabierto, consciente de lo que estaba a punto de suceder. Inclino la cabeza.

—Capitana —dijo el teniente Bowman—, ha sido un...

El puente se desgarró.

Hedda Casset murió sin saber si había logrado salvar a alguien.



CAPÍTULO DOS

EL BORDE EXTERIOR. SISTEMA HETZAL.

2,5 horas para el impacto.

El técnico de escáneres (tercera clase) Merven Getter estaba preparado. Preparado para terminar su jornada, preparado para tomar la lanzadera de vuelta al interior del sistema, preparado para pasar por la cantina cercana al espaciopuerto de la luna Enraizada, donde Sella trabajaba de camarera, preparado para descubrir si encontraba el valor necesario para pedirle una cita. Ella era una twi'lek y él, mirialano, pero ¿qué importaba eso? «Todos somos la República». El gran eslogan de la Canciller Soh... pero la gente se lo creía. De hecho, Merven también se lo creía. Las mentalidades estaban evolucionando. Las posibilidades eran infinitas.

Y quizá una de esas posibilidades rondaba a un «escantec» (tercera clase) destinado en una estación de vigilancia de la parte más remota de la eclíptica del sistema Hetzal, de por sí ya condenadamente alejado en el mismo Borde, tristemente distante de las deslumbrantes luces y los apasionantes mundos del Núcleo de la República. Quizá el escantec (tercera clase), que se pasaba el día mirando holopantallas, registrando el tráfico de entrada y salida de naves estelares, pudiera llamar la atención de la encantadora mujer de piel escarlata que le servía una jarra de cerveza local, tres o cuatro noches por semana. Sella solía quedarse un momento charlando con él, apartándose para dejar pasar a los clientes que entraban y salían de la pequeña taberna. Al parecer, sus anécdotas sobre la vida en los confines del sistema le resultaban inexplicablemente interesantes.

Merven no entendía por qué le fascinaban tanto. A veces aparecía naves en el sistema, saliendo del hiperespacio e irrumpiendo en sus monitores, mientras otras se marchaban y sus pequeños iconos desaparecían de los monitores. Nunca pasaba nada interesante, todos los planes de vuelo estaban fijados con antelación, por lo que normalmente ya sabía todo lo que iría y vendría. Merven se encargaba de asegurarse de que los planes de vuelo se cumplieran, poco más. En el raro caso de que sucediera algo inusual, su única tarea consistía en notificarlo a gente considerablemente más importante que él.

El escantec (tercera clase) Merven Getter se pasaba la vida viendo gente que viajaba a algún sitio. Él, por el contrario, no se movía de donde estaba.

Aunque quizá no era el día. Pensó en Sella. Pensó en su sonrisa, en la forma de decorar su lekku, con aquellos intrincados lazos que le había explicado que diseñaba ella misma, en cómo dejaba lo que estuviera haciendo para servirle su jarra de cerveza al verlo entrar por la puerta, sin preguntar.

Sí. La invitaría a cenar. Esa noche. Había ahorrado un poco y conocía un sitio relativamente cerca de la cantina. Y relativamente cerca de su casa, además, aunque no quería correr tanto.

Solo necesitaba terminar aquel condenado turno.

Merven miró a su compañera, la escantec (segunda clase) Vel Carann. Le quería preguntar si podía marcharse un poco más temprano, para regresar con la siguiente lanzadera a la luna Enraizada. Ella estaba leyendo algo en un datapad, absorta. Probablemente una de las novelas románticas Jedi que la obsesionaban. Merven no lo entendía. Había leído alguna, todas estaban situadas en puestos avanzados de las fronteras remotas de la República, repletas de amores no correspondidos y miradas furtivas de deseo... la única acción eran los duelos con espadas de luz, un evidente sustitutivo de lo que los personajes realmente deseaban hacer. Supuestamente, Vel no podía leer nada ajeno al trabajo en su horario laboral, pero si se lo decía, ella tocaría la pantalla y la cambiaría por un manual técnico, asegurando que no estaba haciendo nada malo. El problema era que ella era segunda clase y él tercera, lo que significaba que mientras Merven hiciera su trabajo, Vel sabía que no necesitaba hacer el suyo.

No. No le iba a pedir salir más temprano. A Vel no. Podía aguantar hasta el final de su turno. No quedaba mucho y...

Algo apareció en uno de sus monitores.

—Eh —dijo Merven.

Era algo extraño. No había planeada ninguna entrada al sistema hasta dentro de veinte minutos.

Apareció otra cosa. Y después varias cosas más. Diez.

—¿Pero qué...? —dijo Merven.

—¿Problemas, Getter? —preguntó Vel, sin levantar la vista de la pantalla.

—No lo sé. Tengo un puñado de entradas imprevistas en el sistema y no están reduciendo su velocidad.

—Espera... ¿qué? —dijo Vel, dejando su datapantalla y levantando finalmente la vista hacia sus monitores—. Oh, qué raro.

Más iconos afloraron en los radares de Merven, demasiados para contarlos a simple vista.

—¿Son... crees que son... asteroides, quizá? —dijo Vel, con la voz entrecortada.

—¿A esa velocidad? ¿Saliendo del hiperespacio? No sé. Haz un análisis —dijo Merven—. A ver si averiguas qué son.

Silencio desde el puesto de Vel.

Merven levantó la vista.

—No... sé cómo —dijo ella—. Tras la última actualización, no me molesté en aprenderme los sistemas. Pareces tenerlo todo controlado y yo solo estoy aquí para supervisar, ya sabes, y...

—Vale —dijo, nada sorprendido—. ¿Puedes rastrearlos, al menos? Esa subrutina no ha cambiado desde hace dos años.

—Sí —respondió Vel—. Eso sí.

Merven se volvió hacia sus monitores y empezó a teclear en su consola.

Ya había cuarenta y dos anomalías en el sistema, todas volando a una velocidad cercana a la luz. Increíblemente deprisa, en otras palabras, mucho más de lo que permitían las normas de seguridad. Si eran naves, quien las pilotaba se iba a llevar una buena multa. Pero Merven no creía que fueran naves. Eran demasiado pequeñas, para empezar, y no dejaban rastro de impulsión.

¿Asteroides, quizá? ¿Rocas espaciales llegadas, de alguna manera, al sistema? ¿Algún tipo de extraña tormenta espacial? ¿Un enjambre de cometas? No podía ser un ataque, de eso estaba seguro. La República estaba en paz y todo parecía indicar que así seguiría. Todo el mundo vivía feliz, haciendo su vida. La República funcionaba.

Además, en el sistema Hetzal no había nada por lo que valiera la pena atacarlo. No era más que unos pocos planetas corrientes: el mundo principal y dos lunas habitadas, la Afrutada y la Enraizada, principalmente dedicados a la producción agrícola. Contenía algunos gigantes gaseosos y grandes astros congelados, pero lo único que había eran muchos granjeros y todo lo que estos cultivaban. Merven sabía que era importante, que Hetzal exportaba alimentos a todo el Borde Exterior y que parte de su producción llegaba incluso a los sistemas interiores. También estaba lo que había leído del bacta, una especie de sustituto milagroso del jovan que intentaban cultivar en el mundo principal del sistema, supuestamente para revolucionar la medicina, si lograban encontrar la forma de cultivarlo en grandes cantidades... pero no dejaban de ser plantas, nada más. Y las plantas no tenían nada de excitante.

Por lo que sabía, Hetzal solo era famoso como planeta natal de la famosa branquicantante Illoria Daze, quien podía hacer vibrar su aparato vocal como si fuera un coro de seis voces. Eso, combinado con su ingenio único y una historia de ascenso desde la pobreza, la había hecho famosa en toda la República. Pero Illoria ni siquiera estaba allí. Ahora vivía en Alderaan, con la gente importante.

Hetzal no tenía nada de verdadero valor. Aquello no tenía ningún sentido.

Otra ráfaga de objetos apareció en sus monitores, tantos que estaba sobrecargando la capacidad de rastreo de la computadora. Amplió el foco para tener una vista de todo el sistema y verlo mejor. Merven notó que aquellas cosas, fueran lo que fueran, no entraban en el sistema por la zona de acceso hiperespacial segura. Afloraban por todas partes, algunas terriblemente cerca de...

—Oh, no —dijo Vel.

—Ya lo he visto —dijo Merven. No necesitó ningún análisis de trayectoria.

Las anomalías volaban hacia el sol y muchas en trayectorias de colisión con los mundos habitados y sus estaciones orbitales. Aquellas cosas no perdían velocidad. En absoluto. Volando cerca de la velocidad luz, daba lo mismo si eran asteroides, naves o bolas de caramelo espumoso. Si chocaban con algo... lo destruirían.

Mientras observaba, uno de los objetos chocó con un satélite de comunicaciones no tripulado. Tanto la anomalía como el satélite desaparecieron de su monitor y la galaxia ganó un poco más de polvo espacial.

Hetzal Prime era lo bastante grande para soportar unos cuantos impactos como aquel y sobrevivir como cuerpo planetario. Quizá las dos lunas habitadas pudieran soportar también un par de impactos. Pero todo lo que viviera en ellas...

Sella estaba en la luna Enraizada.

—Debemos salir de aquí —dijo Merven—. Estamos en medio del campo de tiro y cada segundo que pasa aparecen más cosas de esas. Tenemos que llegar a la lanzadera.

—Tienes razón —dijo Vel, recuperando cierto tono de mando—. Pero antes debemos lanzar la alerta sistémica. Es nuestro deber.

Merven cerró los ojos un momento y volvió a abrirlos.

—Es verdad. Por supuesto.

—La computadora necesita los códigos de autorización de los dos para activar el sistema de alarma sistémica —dijo Vel—. Cuando te diga.

Tecléo unas cuantas órdenes en su datapantalla. Merven hizo lo mismo y esperó su señal. Cuando se la hizo, introdujo su código.

Una suave alarma sonó en la cubierta de operaciones cuando el mensaje se transmitió. Merven sabía que un ruido parecido se estaba oyendo en esos momentos en todo el sistema Hetzal, desde las cabinas de las gabarras de basura hasta los palacios de los ministros del mundo principal. Cuarenta mil millones de personas estaban mirando al cielo atemorizadas. Una de ellas era una encantadora twi'lek de piel escarlata que probablemente se preguntaba si su mirialano favorito pasaría esa noche por la taberna.

Merven se puso en pie.

—Ya hemos cumplido nuestro deber. Hora de ir a la lanzadera. Podemos explicar lo que pasa por el camino.

Vel asintió y se levantó.

—Sí. Salgamos de...

Uno de los objetos salió del hiperespacio, tan cerca y a tanta velocidad que les cayó encima, en términos astromecánicos, en cuanto apareció.

Una gran bola de fuego y aquella anomalía desapareció, junto con la estación de vigilancia y sus dos escantecs, con sus metas, miedos, talentos, esperanzas y sueños... mientras la energía cinética del objeto pulverizaba al instante todo lo que encontraba a su paso.



CAPÍTULO TRES

CIUDAD AGUIRRE, HETZAL PRIME.

2 horas para el impacto.

—**¿E**sto es real? —preguntó el ministro Ecka, mientras la alarma sonaba en su oficina... persistente, constante, imposible de ignorar. Seguramente se trataba de eso, precisamente.

—Parece que sí —respondió el consejero Daan, colocándose un mechón de pelo tras la oreja—. La alerta la originó una estación de vigilancia en los confines del sistema. Tenía nivel de prioridad máximo y se propagó a todo el sistema. Todas las computadoras conectadas al núcleo procesador central están haciendo sonar la misma alarma.

—Pero ¿qué la causa? —preguntó el ministro—. ¿No incluía un mensaje?

—No —replicó Daan—. Hemos pedido aclaraciones repetidamente, pero no ha habido respuesta. Creemos... que la estación de vigilancia ha sido destruida.

El ministro Ecka se quedó pensando un momento. Rotó su silla para dar la espalda a sus asesores, haciendo crujir un poco la vieja madera bajo su peso. Miró el gran ventanal panorámico que ocupaba la pared de detrás de su escritorio. A lo lejos, los dorados campos de Hetzal, hasta el horizonte. El planeta, todo el sistema en realidad, creía en el empleo de hasta el último espacio disponible para crecer, crear y cultivar. Los edificios tenían tejados de adobe, en los ríos y lagos se cultivaban algas, las torres estaban terraplenadas, con vides frutales creciendo a sus lados. Los droides cosechadores volaban entre ellas, recogiendo fruta madura de temporada. En ese momento, eran frutameles, bayas reinas y melones de hielo. Dentro de un mes serían otras distintas. En Hetzal siempre había algo de temporada.

Adoraba aquella vista. La más apacible de la galaxia, en su opinión. Todo tan perfecto. Fértil y correcto.

Ahora, con las alarmas resonando en sus oídos, parecía distinta. Ahora todo parecía... frágil.

—Ahí fuera pasa algo —dijo otro asesor, una devaroniana llamada Zaffa.

Ecka la conocía desde hacía mucho y era la primera vez que su tono denotaba preocupación. Estaba mirando una datapantalla, con el ceño fruncido.

—Acaba de caer una explotación minera del centro del sistema —dijo Zaffa—. También empiezan a haber huecos en la red de satélites. Es como si algo estuviera destruyendo nuestras instalaciones una por una.

—¿Y seguimos sin imágenes? Esto es de locos —exclamó Ecka.

Señaló a su jefe de seguridad, un corpulento humano de mediana edad.

—Borta, ¿cómo es posible que tu gente no sepa qué sucede?

Borta frunció el ceño.

—Ministro, con el debido respeto, ya lo sabe. Sus recientes recortes han reducido el departamento de seguridad de Hetzal a una décima parte de lo que era. Estamos trabajando en ello, pero no podemos hacer gran cosa.

—¿Es una anomalía natural? No puede ser que... no nos están atacando, ¿verdad?

—Aún no lo sabemos. Lo que sucede encaja en una especie de infiltración enemiga, pero no vemos rastros de impulsión y las instalaciones atacadas son bastante aleatorias. Seguimos teniendo plataformas orbitales todavía intactas. Si fuera un ataque, deberían eliminar nuestra capacidad de contraatacar y no lo están haciendo.

La alarma volvió a sonar. Ecka giró su silla y señaló al consejero Daan, que se estremeció.

—¿Puede apagar esa maldita alarma? ¡No puedo pensar!

Daan se recompuso, se enderezó un poco y apretó un botón en su datapantalla. La alarma, felizmente, dejó de sonar.

Otro asesor tomó la palabra, un joven delgado, pelirrojo y extremadamente pálido, Keven Tarr. Lo había mandado el ministerio de tecnología. Ecka no les encontraba gran utilidad a los técnicos no relacionados con la productividad agrícola. En el fondo seguía siendo un agricultor, pero sabía que Tarr era muy inteligente, según decían. Probablemente, no tardaría en hacer su camino y encontraría trabajo en alguna parte más sofisticada de la galaxia. Así eran las cosas en un mundo como Hetzal. No todos se quedaban.

—Creo que puedo mostrarle lo que pasa, ministro —dijo Tarr.

El hombre tenía unos dedos muy largos para un humano, que volaban sobre su datapad.

—Deje que le pase los datos al droide... puede proyectar la información para todos.

Tecléo unas cuantas órdenes más, desenrolló un cable conector desde su datapad y lo enchufó en un puerto de acceso del droide de comunicaciones hexagonal que había en un rincón de la sala. Este rodó hacia delante, mientras se encendía su único ojo verde.

Desde ese ojo, la máquina proyectó una imagen en una gran pared blanca de la oficina del ministro. Normalmente, las reproducciones en la videopared trataban de rendimientos de cosechas o programas de erradicación de plagas. En ese momento, sin embargo, mostraba todo el sistema Hetzal, con todos sus mundos, estaciones, satélites, plataformas y naves.

Y algo más.

Al ministro Ecka le pareció un campo invadido por un enjambre de insectos devoradores. Centenares de luces diminutas que se desplazaban por el sistema a una velocidad extraordinaria, todas en la misma dirección: hacia el sol. Y también hacia el planeta, hacia Hetzal Prime y las lunas Afrutada y Enraizada, relativamente cercanas, por

no mencionar todas las estaciones, satélites, plataformas, naves... muchas de ellas llenas de gente.

—¿Qué son? —preguntó.

—Lo desconozco —respondió Tarr—. Conseguí esta imagen combinando las señales de los satélites y las estaciones de vigilancia que sobreviven, pero van cayendo rápidamente y estamos perdiendo capacidad de sensores con ellas. Sean lo que sean esas anomalías, vuelan prácticamente a velocidad luz y cuesta muchísimo seguirles el rastro, esto es...

—Terrible —terminó el general Borta por él.

—Apocalíptico, iba a decir —añadió Tarr—. Veo muchas trayectorias de impacto con el mundo principal.

—¿Y no podemos hacer nada? —preguntó Ecka, mirando a Borta—. ¿No podemos... volarlas a cañonazos?

Borta le miró con impotencia.

—Quizá antiguamente pudiéramos. Al menos algunas. Pero la defensa del sistema dejó de ser prioritaria hace... mucho tiempo.

El reproche flotó en el ambiente, pero Ecka no lo aceptaba. Había tomado decisiones que parecían acertadas en su momento, con la información que disponía entonces. ¡Vivían en paz! La paz reinaba en todas partes. ¿Por qué malgastar un dinero que podía servir al pueblo de otra manera? En todo caso, no había que mirar atrás. Era momento de tomar otra decisión. La mejor posible.

No titubeó. Cuando una cosecha ardía, no podías permitirte titubeos. Por muy feas que estuvieran las cosas, si esperabas solo empeorarían.

—Lancen la orden de evacuación. A todo el sistema. Y después manden un mensaje a Coruscant para informarles de lo que está pasando. No podrán enviar a nadie a tiempo, pero como mínimo se enterarán.

La consejera Zaffa lo miró, con los ojos entornados.

—No sé si podemos cumplir esa orden, ministro —dijo—. No tenemos suficientes naves para evacuaciones planetarias. Y si esas cosas realmente viajan a una velocidad próxima a la luz, no falta mucho para...

—Entendido, consejera Zaffa —dijo Ecka, con firmeza—. Pero aunque mi orden salve solo a una persona, habremos salvado a alguien.

Zaffa asintió y tecleó en su datapantalla.

—A sus órdenes. Evacuación sistémica en marcha.

Todos miraron la proyección de la pared, atravesada ahora por interferencias. La red improvisada por Tarr perdía capacidad a medida que los satélites caían, pero el mensaje seguía claro. Era como si alguien hubiera disparado un arma gigante contra el sistema Hetzal y no podían hacer nada por salvarse.

—Creo que todos deberían intentar abandonar el planeta —dijo Ecka—. Imagino que las naves estelares de las que disponemos se llenarán muy rápido.

Nadie se movió.

—¿Qué piensa hacer usted, ministro? —preguntó el consejero Daan.

Ecka se volvió hacia la ventana, mirando los campos dorados que se perdían en el horizonte. Era tan apacible. Parecía inconcebible que allí pasara nada malo.

—Creo que me quedo. Quizá haga una comparecencia pública, para intentar que la gente mantenga la calma. Alguien debe cuidar del sembrado.

El mensaje del ministro Ecka se propagó rápidamente por Hetzal Prime y sus dos grandes lunas habitadas, por datapads y holopantallas, emitido en todos los canales y diciendo, en esencia: no hay lugar seguro. Huyan lo más lejos que puedan.

La explicación era sucinta, generando especulaciones. ¿Qué estaba pasando? ¿Era un accidente? ¿Qué desastre podía ser tan terrible para tener que evacuar todo un sistema?

Algunos ignoraron el aviso. Ya se habían producido falsas alarmas antes. A veces, los piratas informáticos gastaban bromas o se exhibían infiltrándose en los sistemas de alertas de emergencia. Sí, nunca nada a aquella escala, pero así se hacía más fácil ignorarlo. En definitiva, ¿todo el sistema en peligro? No era posible.

Esos se quedaron en su casa o en su trabajo. Apagaron sus pantallas y volvieron a sus vidas, porque eso era mejor que la alternativa. Y cuando miraban al cielo, de vez en cuando, y veían naves despegando y marchándose... bueno, se decían que los que iban en ellas eran idiotas fáciles de asustar.

Otros quedaron petrificados. Querían ponerse a salvo, pero no tenían la menor idea de cómo hacerlo. No todo el mundo tenía medios para abandonar el planeta. De hecho, la mayoría no los tenía. Hetzal era un sistema de agricultores, gente que vivía apegada a la tierra. Si viajaban a alguna otra parte de la República, era en ocasiones especiales, experiencias únicas en una vida. Ahora les decían que buscasen la manera más rápida de huir al espacio, pero ¿cómo? ¿Cómo iban a hacerlo?

Algunos en Hetzal tenían sus propias naves estelares o vivían en las ciudades, donde los viajes espaciales eran más comunes. Fueron a buscar a sus hijos, recogieron todos sus tesoros y corrieron a los espaciopuertos, esperando ser los primeros en comprar un billete. Nunca lo eran. Los recibían multitudes, colas, unos precios de los billetes que se inflaban disparatadamente hasta niveles inalcanzables para todos excepto los más ricos, por culpa de oportunistas sin escrúpulos. La tensión crecía. Empezaron las peleas y, aunque Hetzal disponía de una fuerza de seguridad para aplacar aquel tipo de alborotos, los agentes también miraban el cielo, preguntándose si debían pasar los últimos instantes de su vida intentando salvar al prójimo. Un noble propósito... pero ¿deseable? Los agentes de seguridad también eran personas y tenían sus propias familias.

El orden empezó a resquebrajarse.

En la luna Enraizada, un amable comerciante decidió abrir las puertas de la nave estelar que empleaba para transportar los fresquísimos productos de la luna hasta los voraces mundos del Borde Exterior. Le ofreció sitio a todo el que cupiera y, aunque su

piloto le dijo que la nave era vieja y que los motores ya no estaban en su mejor momento, no le importó. Era un momento de magnanimidad y esperanza, y le juró a la luz que salvaría tanta gente como pudiera.

La nave, cargada con 582 personas, incluidos el comerciante y su familia, logró despegar de su plataforma, después de que el piloto aplicase la máxima potencia a sus motores. Solo necesitaban salir del pozo de gravedad de la luna. Una vez en el espacio, todo sería mucho más sencillo. Podían escapar, ponerse a salvo.

La nave logró recorrer casi un kilómetro, hasta que sus sobrecargados motores estallaron. La bola de fuego cayó como lluvia sobre los que no habían podido embarcar, que no sabían si habían tenido suerte o no porque seguían sin tener la menor idea de qué era lo que se avecinaba. El mensaje del ministro Ecka no explicaba nada.

Mandó una versión distinta del mensaje para cualquier sistema o nave que pudiera captarlo: «Estamos en graves problemas. Manden ayuda, si pueden».

Fue captado por receptores de otros mundos del Borde Exterior, Ab Dalis, Mon Cala, Eriadu y muchos otros, expandiéndose por el sistema repetidor de la República y después hasta los planetas de los Bordos Medio e Interior, la región de Colonias e incluso el deslumbrante Núcleo. Prácticamente todos los que lo recibían querían ayudar... pero ¿cómo? Era evidente que lo que estaba sucediendo en Hetzal, fuera lo que fuera, habría terminado mucho antes de que pudieran llegar.

Pero mandaron naves. Principalmente, naves de asistencia médica, con la esperanza de poder curar a los heridos de Hetzal.

Si había supervivientes.

—Diríjense a la base de transportes más cercana al planeta —le dijo el ministro Ecka a un droide cámara que grababa sus palabras y su imagen y las emitía a todo el sistema—. Enviaremos naves a recoger a aquellos que no tienen otra manera de salir del planeta. Puede llevarnos tiempo, pero debemos mantener la calma y la paz. Les doy mi palabra, iremos a buscarlos. Todos venimos del mismo árbol. Somos gente sencilla de campo. Sobreviviremos como hemos sobrevivido inviernos rigurosos y veranos secos, manteniéndonos unidos.

»Todos somos Hetzal. Todos somos la República.

Levantó una mano y el droide cámara cortó la transmisión. Aquel era el cuarto mensaje que emitía desde el inicio de la emergencia y esperaba que estuvieran sirviendo de algo. Los informes sugerían que no; había disturbios en los espaciopuertos de los tres mundos habitados, pero ¿qué más podía hacer? Emitía sus mensajes desde su oficina en Ciudad Aguirre, demostrando que no había abandonado a su pueblo, aunque podía. Una demostración de solidaridad. No era gran cosa, pero algo era algo.

A su alrededor, el resto de su personal coordinaba sus esfuerzos por ayudar en todo lo posible. El general Borta trabajaba con su escasa flota de seguridad para mantener el

orden y sacar gente del planeta. Con ayuda del consejero Daan, se habían ocupado de que varios de los enormes cargueros de cultivos en tránsito se colocasen como puntos de transbordo, ordenándoles arrojar su carga y despejar todo el espacio para los refugiados. Cada uno de ellos podía contener a decenas de miles de personas. No cómodamente, por supuesto, pero en aquella situación la comodidad era irrelevante.

Otras naves más pequeñas llevaban a los hetzalianos hasta los cargueros, descargaban a sus pasajeros y volvían apresuradamente a recoger más. No era un sistema perfecto, pero era lo que habían podido improvisar. No tenían planes para aquel tipo de contingencias.

El ministro Ecka se culpaba por eso, pero ¿cómo podría haberlo sabido? Se suponía que aquello no podía suceder. Era imposible, fuera lo que fuera. En definitiva, no era más que un agricultor y...

«No», pensó, repentinamente avergonzado de sí mismo. Era el ministro Zeffren Ecka, líder de aquel condenado sistema. No importaba que no hubiera podido prever aquel desastre, estaba sucediendo y debía hacer todo lo que estuviera en sus manos.

Mientras pensaba en eso, miró a Keven Tarr, que no dejaba de trabajar en su red, intentando mantener el flujo de información. El joven estaba ahora ocupado con tres datapads y varios droides de comunicación que proyectaban distintas cosas en las paredes, recogiendo tantos datos como podía sobre las dimensiones del desastre que estaba causando estragos en el sistema. Seguía sin tener respuestas, aparte de confirmar continuamente que Hetzal estaba siendo devastada por lo que fuera que estaba afectando al sistema. Satélites, baterías, estaciones... destruidas por la tormenta letal que les estaba cayendo encima. Era como los enjambres estacionales de mosquitos que solían infestar la luna Afrutada, hasta que fueron exterminados mediante modificación genética.

Si un enjambre se te echaba encima, estabas perdido. Te agachabas, sobrevivías y volvías a sembrar tus campos cuando todo hubiera pasado.

Ecka observó que Keven Tarr se secaba el sudor de los ojos y volvía a mirar su datapad central, que había colocado de pie en la pequeña mesa auxiliar que usaba como escritorio.

Tarr abrió los ojos como platos y sus dedos quedaron petrificados sobre la pantalla.

—Ministro —dijo—. Estoy... recibiendo una señal.

—¿Qué señal? —preguntó Ecka.

—Se... se la paso —dijo Tarr, con un tono extraño, de sorpresa o desconcierto.

Las palabras crepitaron en el aire cuando uno de los droides de comunicaciones emitió el mensaje en la oficina del ministro Ecka. Una voz de mujer. Pocas palabras, pero le dieron justo lo que necesitaba en aquel momento.

—Al habla la Maestra Jedi Avar Kriss. Les mandamos ayuda.

Justo lo que necesitaba.

Esperanza.



CAPÍTULO CUATRO

CRUCERO *TERCER HORIZONTE* CLASE EMISARIO DE LA REPÚBLICA.
90 minutos para el impacto.

Una nave irrumpió en el sistema Hetzal, saltando del hiperespacio y frenando rápidamente para recuperar la velocidad convencional. Entró mucho en el sistema, cerca del sol y los pozos de gravedad, que habrían destruido una nave más pequeña, incluso aquella misma si la tripulación de su puente no fuera la mejor que la República tenía en sus filas.

La nave era el *Tercer Horizonte* y era una preciosidad. El casco se ondulaba como olas de un mar plateado, elevándose hacia un punto central, con torres y almenas a lo largo, como una fortaleza alzada en uno de los lados, toda alas, agujas y espirales. Era una demostración de ambición. Era una demostración de belleza porque podía permitírselo, sin pensar en costes ni esfuerzos.

El *Tercer Horizonte* era una obra de arte, un símbolo de la gran República de planetas que representaba.

Naves más pequeñas empezaron a desplegarse desde los amarres del exterior, como pétalos de flor llevados por la brisa, veloces puntitos plateados y dorados. Eran las naves de la Orden Jedi, los Vectores. Si los Jedi y la República trabajaban conjuntamente, lo mismo hacían la gran nave y su contingente Jedi. Naves más grandes salían de los hangares del *Tercer Horizonte*, las caballos de batalla de la República, los Vigalargas. Naves muy versátiles, capaces de realizar misiones de combate, búsqueda y rescate, transporte y cualquier cosa que sus tripulantes pudieran necesitar.

Los Vectores tenían configuración de naves unipersonales o bipersonales, dado que no todos los Jedi viajaban solos. Algunos llevaban a sus padawanes con ellos, para que aprendieran las lecciones de sus Maestros. Los Vigalargas los podían manejar tripulaciones de un mínimo de tres miembros, pero podían alojar cómodamente hasta veinticuatro seres... soldados, diplomáticos, médicos, técnicos, lo que hiciera falta.

Las naves más pequeñas se lanzaron hacia el sistema, acelerando para alejarse del *Tercer Horizonte*. Cada una con un destino, cada una con un objetivo. Cada una con vidas por salvar.

En el puente del *Tercer Horizonte*, había una humana de pie y sola. Alrededor de ella, un hervidero de actividad en los espacios arqueados y los recovecos del puente, mientras oficiales, navegantes y técnicos empezaban a coordinar sus esfuerzos para salvar al sistema Hetzal de la destrucción. La mujer se llamaba Avar Kriss y llevaba gran parte de

sus tres décadas aproximadas de vida siendo miembro de la Orden Jedi. Llegó al Templo de Coruscant de niña, esa escuela, embajada, monasterio y testimonio de la Fuerza que lo conecta todo. Primero fue una iniciada y a medida que sus estudios avanzaron fue padawan, después Caballera Jedi y finalmente...

Maestra.

Esta misión era suya. Un almirante llamado Kronara estaba al mando del *Tercer Horizonte*, parte de la pequeña flota de paz de la Coalición de Defensa de la República, pero les había cedido el mando a los Jedi para salvar Hetzal. No hubo ningún problema ni debate sobre esa decisión. La República tenía sus puntos fuertes y los Jedi los suyos, y ambos los empleaban en apoyo y beneficio mutuos.

Avar Kriss estudió el sistema Hetzal, proyectado en la lisa pared plateada del puente por un droide de comunicaciones especial que flotaba delante. Las imágenes eran una composición obtenida de fuentes del sistema y de los sensores del *Tercer Horizonte*. En verde, los mundos, naves, estaciones espaciales y satélites de Hetzal. Sus propias naves, los Vectores, los Vigalargas y el *Tercer Horizonte* eran azules. Los pedazos de muerte abrasadora que volaban por el sistema a velocidades increíbles, de origen y naturaleza aún desconocidos, eran rojos. Mientras lo miraba todo, aparecieron más puntos rojos en la imagen. No sabía qué pasaba allí fuera, pero estaba claro que no había terminado.

La Jedi se echó una mano al hombro, donde llevaba una capa blanca sujeta con un broche dorado con el símbolo de la Orden, un intenso amanecer. Aquel era su atuendo ceremonial, el apropiado para el cónclave Jedi-República al que había asistido el *Tercer Horizonte* en la recién terminada estación espacial llamada Baliza Starlight y destinada a cambiar la galaxia. Ahora, sin embargo, pensando en la tarea que tenía entre manos, aquellos ornamentos eran una molestia. Avar abrió el broche y la capa se soltó. Cayó al suelo, en un montón de tela, revelando una toga blanca más sencilla con ribetes dorados debajo. En la cintura, dentro de una funda blanca, un cilindro de metal, una pieza lisa plateada y blanca de electrum, como el mango de un arma sin arma. A lo largo de esta pieza, una línea incisa en espiral de piedramarina verde brillante, sirviendo tanto de empuñadura como de adorno, que llegaba hasta la cruz de la punta. Un arma que dominaba, pero que no iba a necesitar allí. Las espadas de luz Jedi no salvarían a Hetzal. Lo salvarían los Jedi.

Avar se sentó en el suelo y cruzó las piernas. Su melena rubia hasta los hombros, se apartó de su cara y se recogió en un moño complejo ella sola, una especie de mandala cuya elaboración la ayudaba a concentrarse. Cerró los ojos.

La Maestra Jedi ralentizó la respiración, proyectándose hacia la Fuerza que la rodeaba y la impregnaba. Lentamente, se elevó del suelo, deteniéndose cuando flotaba a un metro de la cubierta.

La tripulación del puente del *Tercer Horizonte* lo notó. Asintieron, sonrieron débilmente o solo sintieron que sus esperanzas crecían, antes de volver a sus apremiantes deberes.

Avar Kriss no se percató de nada. Solo había Fuerza, lo que la Fuerza le decía y lo que debía hacer.

Se puso manos a la obra.



CAPÍTULO CINCO

HETZAL PRIME. EN ÓRBITA.
80 minutos para el impacto.

Bell Zettifar sintió los primeros lametazos de la atmósfera en su nave. Oficialmente, su Vector no tenía nombre, todos eran en esencia la misma nave, teóricamente intercambiables entre sus pilotos Jedi, pero su Maestro y él siempre volaban en el mismo, con las alas punteadas por una tormenta de iones que atravesaron en una ocasión. El patrón que creaban parecía una serie de pequeños brotes estelares, por lo que Bell, aunque solo para sí mismo, nunca en voz alta, llamaba a su nave *Nova*.

Los Vectores tenían el diseño más minimalista posible para una nave estelar. Escaso blindaje, prácticamente desarmado y poca asistencia por computadora. Sus capacidades las marcaban los pilotos. Los Jedi eran su blindaje y armamento, las mentes que definían lo que la nave era capaz de hacer y hasta dónde podía llegar. Los Vectores eran pequeños y ágiles. Una flota de ellos era una visión imponente, con los Jedi coordinando sus movimientos con la Fuerza, alcanzando un nivel de precisión que ningún droide ni piloto común podía imitar.

Parecían una bandada de pájaros u hojas caídas llevadas por una corriente de aire, todas siempre en la misma dirección, unidas por un hilo invisible... una Fuerza. Bell había visto una exhibición aérea en Coruscant, en un programa de divulgación del Templo. Trescientos Vectores volando juntos, como dardos plateados y dorados reluciendo al sol, sobre la plaza del Senado. Se alejaban y cruzaban en trenzas, pasando unos cerca de otros a velocidades imposibles. Nunca había visto nada más hermoso. La gente lo llamaba «deriva». Deriva de Vectores.

Pero ahora el *Nova* volaba solo, con solo dos Jedi a bordo. Él, el aprendiz Jedi Bell Zettifar y, delante, en el puesto de piloto, su Maestro, Loden Greatstorm. El contingente Jedi del *Tercer Horizonte* se había dispersado, con los Vectores volando hacia distintos puntos de todo el sistema. Había demasiadas cosas por hacer y demasiado poco tiempo.

Su destino era el cuerpo planetario más poblado, Hetzal Prime. Su misión, difusa pero crucial: echar una mano.

Bell miró por la ventanilla la curva del planeta que tenía debajo, verde, dorado y azul. Un sitio precioso, al menos desde aquella altura. Sospechaba que las cosas serían distintas desde la superficie. Se podían ver rastros de impulsión de naves estelares perdiéndose en el horizonte, un éxodo masivo de naves escapando del planeta. La *Nova* y

unos pocos más Vectores y Vigalargas de la República, que veía aquí y allá, eran los únicos que volaban hacia el planeta.

—Entrando en atmósfera alta, Bell —dijo Loden, sin volverse—. ¿Preparado?

—Ya sabe que esta parte me encanta, Maestro —respondió Bell.

Greatstorm se rio débilmente. La nave descendió en picado, o cayó, costaba distinguirlo. Un rugido llegaba desde el exterior, mientras el espacio se convertía en atmósfera. Los bordes precisos de las alas del Vector cortaban el aire tan delicadamente como una cuchilla, pero incluso así encontraban cierta resistencia.

El *Nova* cruzó rudamente los niveles más altos de la atmósfera de Hetzal Prime. No, rudamente no. Loden Greatstorm era demasiado buen piloto para eso. Algunos Jedi usaban sus Vectores así, pero no él. El acunaba la nave, deslizándose por las corrientes de aire, dejando que se convirtiera en una pieza más en la interacción entre gravedad y viento, sobre la superficie del planeta. La nave quería caer y Greatstorm la dejaba. Era muy emocionante, mortal, imposible... el Vector estaba diseñado para transmitir hasta la última vibración y bandazo a los Jedi que iban dentro, para que la Fuerza pudiera guiarlos de la mejor manera posible. Bell apretó los puños. En su cara se dibujó una sonrisa.

—Espectacular —dijo, sin pensarlo. Su Maestro se rio.

—No es para tanto, Bell —dijo Loden—. Solo he tenido que apuntar hacia el planeta. La gravedad ha hecho el resto.

Un giro largo y elegante, suave como el recodo de un río, y después el *Nova* se enderezó, lo bastante cerca de la superficie para que Bell pudiera distinguir edificios, vehículos y otros elementos menores. Se veía tan apacible, sin ningún indicio de que el sistema estuviera en medio de un cataclismo. Excepto por el creciente número de naves que despegaban de la superficie.

—¿Dónde aterrizaremos? —dijo Bell—. ¿La Maestra Kriss se lo ha dicho?

—Lo dejé a nuestro criterio —contestó Greatstorm, mirando a un lado, dejándole ver su perfil oscuro, anguloso y montañoso, con su lekku brotando de la parte trasera del cráneo. Siguió con la mirada los rastros de impulsión de la evacuación planetaria—. Ayudaremos en lo que podamos.

—Pero es todo un planeta. ¿Cómo sabremos por dónde...?

—Dímelo tú, chico —dijo Loden—. Busca adonde ir.

—¿Entrenamiento? —preguntó Bell.

—Entrenamiento.

La filosofía didáctica de Loden Greatstorm era muy sencilla: si Bell era capaz de algo en teoría, aunque Loden lo pudiera hacer diez veces más deprisa y cien veces mejor, Bell lo acababa haciendo, no Loden. «Si lo hago todo yo, nadie aprende», le gustaba decir a su Maestro.

No es que Loden tuviera que hacerlo todo, pero a Bell le gustaría que, de vez en cuando, hiciera algo. Ser el aprendiz del gran Greatstorm era una sucesión infinita de misiones imposibles. Había entrenado en el Templo Jedi durante quince de sus dieciocho años y nunca había sido fácil, pero ser el padawan de Loden era otro nivel. Cada día, sin

excepción, lo llevaba hasta su límite. Todos los ratos libres que Bell tenía los dedicaba a sumergirse desesperadamente en el más profundo de los sueños, hasta que todo volvía a empezar. Pero... estaba aprendiendo. Era mejor ahora que seis meses antes. En todo.

Bell sabía lo que su Maestro quería esta vez. Otra misión imposible... pero era un Jedi, o estaba a punto de serlo, y con la Fuerza todo era posible.

Cerró los ojos y abrió su espíritu, y allí estaba, la pequeña luz en su interior que nunca se extinguía. Una pequeña llama que, a veces, si se concentraba, podía ser una llamarada. Algunas veces se sentía tan luminoso como el sol, impregnado de tanta luz que temía quedarse ciego. Pero, sinceramente, no le importaba. Chispa o incendio, cualquier conexión con la Fuerza ahuyentaba a las sombras.

Bell se sumergió en su luz interior, buscando los puntos de conexión con otras vidas, otros repositorios de la Fuerza en el planeta de debajo. Notó una fuente de gran poder y energía cercana. Estaba contenida, como ascuas en un fuego, pero disponía de repositorios enormes y potentes. Ese era su Maestro Loden. Bell siguió sondeando. Buscaba otra cosa.

Allí. Como una holo de larga distancia enfocándose, mientras la señal adquiría la potencia suficiente, con la Fuerza conectando las mentes y espíritus de los miles de millones de habitantes de Hetzal Prime y la mente de Bell. No era una imagen nítida, más bien sensaciones, un mapa de zonas emocionales, no muy distinto del mosaico de campos de cultivos que había bajo el *Nova*.

Principalmente, percibió miedo y pánico... emociones que los Jedi se esforzaban por eliminar de sí mismos. Según las enseñanzas, supuestamente, el único contacto de un Jedi con el miedo era percibirlo en otros, una experiencia de lo más frecuente. Bell había visto esa emoción muchas veces, pero siempre acompañada de amor, esperanza, sorpresa y distintas capas de alegría... el espectro de emociones inherente a todos los seres.

Normalmente. En esos momentos, en Hetzal Prime prácticamente solo había miedo y pánico.

A Bell no le sorprendía. Había oído la orden de evacuación: «Desastre inminente de escala sistémica. Se ordena a todos los seres que abandonen inmediatamente el sistema Hetzal por cualquier medio disponible y se coloquen a una distancia de seguridad mínima». Sin explicaciones, sin avisos previos y las cuentas eran claras para todos. Miles de millones de personas sin las suficientes naves estelares para evacuarlas a todas. ¿Quién podría evitar el pánico?

Costaba imaginar qué podrían hacer dos Jedi en un mundo rebosante de energía negativa. Pero Loden Greatstorm le había encomendado una tarea y siguió proyectándose, buscando algún lugar donde pudieran echar una mano.

Algo... un nudo de tensión, enredado y denso. Un conflicto, dudas, la sensación de que las cosas no eran como debían, una sensación de injusticia.

Bell abrió los ojos.

—Al este —dijo.

Si allí había injusticias, ellos llevarían justicia. Los Jedi eran la justicia.

El *Nova* viró, acelerando suavemente al mando de Loden. Su Maestro a veces le dejaba pilotar, la nave se podía controlar desde ambos puestos, pero para manejar los Vectores se necesitaba casi tanta habilidad como con una espada láser. En aquellas circunstancias, se alegraba de que Loden estuviera a los mandos.

Bell ejercía de navegador, usando su potente conexión con la Fuerza para guiar el Vector hacia la zona de gran conflicto que había percibido, dándole indicaciones a Loden y reajustando la trayectoria de la nave.

—Debemos estar encima —dijo Bell—. Sea lo que sea.

—Ya lo veo —dijo Loden, con tensión. Normalmente, sus palabras sonaban risueñas, incluso cuando criticaba brutalmente la instrucción Jedi que Bell había recibido. En aquellos momentos no. Fuera lo que fuera lo que Bell había percibido, supo que el Maestro Greatstorm también podía sentirlo, probablemente con mayor intensidad incluso. Abajo, en la superficie, justo debajo de donde el Vector daba vueltas, había gente que iba a morir. Quizá ya estaban muertos.

Loden volvió a virar la nave, trazando un giro cerrado para tener una vista clara del terreno a través del transpariacero de la cabina burbuja del *Nova*.

Cien metros más abajo había una especie de recinto amurallado. Grande, pero no enorme, probablemente la residencia de algún individuo o familia acomodados, no una instalación gubernamental. Un montón de gente rodeaba los muros, apiñándose frente a las puertas. Bell necesitó un simple vistazo para entender por qué.

Dentro del recinto había un gran nave estelar aparcada. Parecía un yate de recreo, lo bastante grande para acomodar a unos veinte o treinta pasajeros, tripulación aparte. Si los pasajeros ignoraban la comodidad, en aquel yate podían caber hasta diez veces más. La nave debía verse también desde el suelo, con el casco asomando sobre los muros del recinto, y estaba claro que la gente que se congregaba en las puertas la veía como su único medio para abandonar el planeta.

Unos guardias armados apostados en los muros no parecían opinar lo mismo. Mientras Bell lo observaba, una descarga de bláster voló hacia el cielo, cerca de la puerta... un disparo de advertencia, por suerte, pero quedaba claro que la fase de las advertencias se precipitaba rápidamente a su fin. La tensión crecía entre la multitud, no hacía falta ser Jedi para notarlo.

—¿Por qué no los dejan entrar? —preguntó—. Esa nave podría salvar a mucha gente.

—Vamos a averiguarlo —respondió Loden.

Apretó un botón de su panel de control. La burbuja de la cabina se abrió lentamente, replegándose en el casco del *Nova*. Loden se volvió hacia él, sonriente, mientras el viento los azotaba, agitando la lekku de Loden y las rastas de Bell.

—Nos vemos abajo —le dijo—. Recuerda, la gravedad hace la mayor parte del trabajo.

Y entonces saltaron.



CAPÍTULO SEIS

SISTEMA HETZAL. VIGALARGA *AURORA IX* DE LA REPÚBLICA.

75 minutos para el impacto.

—¿Está seguro de esto, capitán? —preguntó el contramaestre Innamin, señalando su pantalla, que mostraba la trayectoria de una de las anomalías hiperespaciales que volaban hacia el centro del sistema—. Necesitamos abatir esa cosa antes de que mate a alguien. El problema es que nuestras computadoras de objetivo no pueden fijar su trayectoria. Vuela demasiado rápido. En el mejor de los casos, diría que tenemos un treinta por ciento de posibilidades de alcanzarla.

El capitán Bright sacudió la cabeza, con sus tentáculos rozándole los hombros. Sabía que debía reprender a Innamin por cuestionar sus órdenes. El chico lo hacía siempre. Era joven para ser humano, poco más de dos décadas, y normalmente creía saberlo todo. Normalmente, Bright lo dejaba en paz. La vida era demasiado corta y las naves en las que volaban eran demasiado pequeñas para generar tensiones innecesarias. Una ocasional pregunta educada no era exactamente insubordinación.

«Un treinta por ciento», pensó. No sabía qué debía esperar, pero... algo más que un treinta por ciento de cumplir su misión con éxito, al menos.

Su Vigalarga, llamado *Aurora IX*, era último modelo, un diseño nuevo de los astilleros de la República en Hosnian Prime. No era una nave de guerra propiamente dicha, pero tampoco era una hermanita de la caridad. La nave tenía procesadores distribuidos que ofrecían múltiples soluciones de disparo y verdaderas lluvias de fuego bláster, misiles y dispositivos de contraofensiva en una sola salva. Tampoco era una nave fea. A Bright le parecía uno de esos peces martillo que solía pescar en su casa, en Glee Anselm, con un cráneo grande asomando de una cola elegante y sinuosa. Una bestia dura y hermosa, sin duda. Por otra parte, su objetivo, uno de los misteriosos objetos que atravesaban el sistema Hetzal, volaba a una velocidad cercana a la luz. Había salido del hiperespacio como una perdigón incandescente disparado por un escupebalas. El *Aurora IX* podía ser último modelo, pero eso no significaba que pudiera hacer milagros.

Los milagros eran cosa de los Jedi.

Y estos, al parecer, estaban ocupados en esos momentos.

—Dispare los seis misiles —ordenó Bright.

Innamin titubeó.

—Son todos los que tenemos, señor. ¿Está seguro?

Bright asintió y señaló la pantalla de Innamin. Un indicador rojo de peligro, el proyectil, en trayectoria de colisión con un disco verde mayor, una estación colectora solar equidistante de los tres soles del sistema Hetzal. La anomalía aún estaba lejos, pero seguía acelerando.

—Esa cosa va directa hacia los paneles solares. Los datos que recibimos de Hetzal Prime dicen que la estación tiene siete tripulantes a bordo. No podemos llegar para evacuarlos antes de que impacte, pero nuestros misiles sí. Si tenemos un treinta por ciento de posibilidades de abatir ese objeto, al disparar los seis doblamos nuestras opciones. Sigue sin ser lo ideal, pero...

El último miembro de su tripulación, el alférez Peeples, lanzó un resoplido por su trompa, como si quisiera decir algo, pero Bright le hizo un gesto y continuó.

—Sí, Peeples, sé que mis cuentas no son exactas. Pero la ecuación que me preocupa es otra y disparando seis misiles, quizá podamos salvar a siete personas. Veamos si somos capaces.

Los sistemas de objetivo del *Aurora IX* flaquearon, aparentemente menos punteros, mientras el letal punto rojo se acercaba a las personas atrapadas en un colector solar, sin posibilidad de escapar. El Vigalarga volaba hacia la estación a máxima velocidad, acortando la distancia que debían recorrer sus misiles, en un interesante cálculo de trayectoria, aceleración y física que azuzó los instintos tridimensionales de Bright, adquiridos después de pasar gran parte de su vida bajo el mar. Volvió a negar con la cabeza, sacudiendo el amasijo de gruesos tentáculos verdes que brotaba de la parte trasera de su cráneo, enojado consigo mismo por distraerse, cuando allí había gente rezando por su vida.

Dispararon los misiles, seis rápidas descargas que hicieron vibrar el casco de la nave, y al *Aurora IX* ya solo le quedaban sus láseres. Estos abrieron fuego, dejando finas estelas de humo que indicaban su trayectoria. Desaparecieron de su rango visual rápidamente, acelerando hasta su velocidad máxima en segundos.

—Misiles disparados —dijo Innamin.

Ahora todo dependía del moderno procesador distribuido y de que hubiera transmitido opciones de disparo factibles a los misiles. Quizá los seis alcanzasen su blanco. No era imposible.

La tripulación miraba la pantalla que mostraba el rastro de los seis misiles, la anomalía acelerada, su propia nave y la estación solar, que cada vez estaba más cerca de convertirse en el punto de colisión de nueve objetos volantes.

El primer misil desapareció de la pantalla. El resto siguió igual.

—Misil uno desviado —dijo Innamin, aunque era innecesario.

Desaparecieron otros dos misiles. Bright levantó una mano para evitar que Innamin dijera nada.

—Ya lo vemos, contramaestre.

Dos disparos desviados más. Dejando solo uno. Todo lo demás seguía igual.

El último misil desapareció de la pantalla, lejos de la anomalía. Un suspiro de desesperación recorrió el puente.

—¿Blásters? —preguntó Bright, sabiendo la respuesta.

—Lo siento, señor —dijo el alférez Peeples, en un tono agudo y quejoso—. Ni el mejor artillero del mundo podría hacer un disparo así y diría que no estoy ni entre los diez mejores.

Bright suspiró. La especie de Peeples tenía un sentido del humor radicalmente único, no por sus bromas, que solían ser bastante decentes, sino por el momento en que las lanzaban.

—Gracias, alférez —dijo Bright.

Ya podían ver el colector solar por su ventanilla... una gran estructura alargada, como una de las plumas de coral del mar natal de Bright. Centenares de largos brazos en espiral alrededor de una esfera central donde vivía y trabajaba la tripulación. Cada brazo disponía de ojos colectores en toda su extensión, que parpadeaban y rotaban lentamente, empañándose de la luz de los tres soles que daban a Hetzal Prime y sus satélites unas estaciones de cultivo excepcionalmente largas. El colector suministraba la luz solar a sus mundos agrícolas, almacenándola y transportándola con una tecnología propia que era el orgullo del sistema.

El colector era precioso. Bright nunca había visto nada igual. Parecía una fruta madura... quizá lo fuera. Supuestamente, cualquier cosa que creciera en la galaxia se podía cultivar en Hetzal. Quizá eso incluyera estaciones espaciales.

Entonces, un destello intenso, demasiado rápido para procesar incluso para ojos tan capaces como los grandes y oscuros de Bright, diseñados por la evolución para percibir detalles en las oscuras profundidades de los mares de Glee Anselm. En un instante, la estación colectora solar quedó destruida. Hacía solo un momento estaba intacta, realizando su función, y ahora estaba en llamas, con la mitad de los brazos destrozados, vagando lentamente a la deriva en el espacio.

La esfera central seguía allí, aunque las llamas rodeaban el casco, con la danza silenciosa del fuego en gravedad cero. Mientras Bright lo miraba, las luces exteriores del colector parpadearon, flaquearon y se apagaron.

Se llevó una mano a la frente. También parpadeó. Una vez y poco a poco.

Después, se volvió hacia sus tripulantes.

—No podemos tener la certeza de que las personas a bordo de la estación hayan muerto —dijo, mirando las caras solemnes de sus tripulantes—. Me gustaría intentar rescatarlas, pero eso... —Señaló la ventanilla y el colector en llamas, creciendo a medida que el *Aurora IX* se acercaba— podría saltar en pedazos en cualquier momento. O explotar. O implosionar. No lo sé. La cuestión es que si amarramos y eso sucede, nosotros también moriremos.

Bright se tocó un tentáculo con la punta de un dedo.

—Soy nautolano, como seguro que saben. Piel verde, grandes ojos negros, ¿qué voy a ser, si no? Lo que quizá no sepan es que estos tentáculos me permiten percibir las

feromonas de otros seres y estas me hacen entender sus estados emocionales. Por eso sé que los dos están... aterrorizados.

Peeples abrió la boca, pero, milagrosamente, se planteó si era buen momento para hacer una broma y la volvió a cerrar.

—Entiendo que estén asustados —continuó Bright—, pero tenemos un deber que cumplir. Yo lo sé y ustedes lo saben. Debemos hacerlo.

Innamin y Peeples se miraron y después volvieron a mirar a su capitán.

—Todos somos la República, ¿no? —dijo Innamin.

Bright asintió y sonrió, mostrando los dientes.

—Por supuesto, contra maestre.

Señaló a Peeples.

—Alférez, llévanos a la estación.



CAPÍTULO SIETE

SISTEMA HETZAL. SOBRE LA LUNA AFRUTADA.

70 minutos para el impacto.

Tres Vectores Jedi y una Vigalarga de la República surcaban el espacio, volando alrededor de la esfera naranja y verde que era la luna Afrutada de Hetzal, legendaria en toda la galaxia por su fertilidad. Allí vivían cuatro mil millones de personas, criando animales, cultivando la tierra y haciendo su vida. Todos estarían muertos en menos de media hora si los cuatro Jedi y los dos oficiales de la República no lograban destruir o desviar de alguna manera el objeto que volaba directo hacia la luna.

La anomalía era de las grandes, más que el Vigalarga, e iba en trayectoria de colisión con la principal masa continental de la luna. Dada su velocidad, una parte considerable de la corteza de la luna se pulverizaría en el instante del impacto, ascendiendo hacia la atmósfera. Después llegarían el calor y las llamas, exterminando toda la vida de la superficie, vegetal y animal.

«Eso si toda la maldita luna no vuela en pedazos cuando la anomalía impacte», pensó Te'Ami, mientras viraba su nave suavemente, trazando un arco perfecto junto a los otros dos Vectores pilotados por sus compañeros Jedi, realizando la maniobra tanto con su conexión con la Fuerza como con sus manos y los controles.

La destrucción total de la luna Afrutada era posible. La cantidad de energía desprendida en el momento del impacto caería como un mazazo sobre aquel pequeño planeta. Cuando estabas sobre su superficie los mundos parecían irrompibles, pero Te'Ami había visto de todo. A la galaxia le importaba muy poco que creyeras que algo era indestructible. La galaxia destruía cosas solo para demostrar que podía.

La flotilla volaba a una velocidad extraordinaria, directa hacia la anomalía. La Maestra Kriss, del *Tercer Horizonte*, la había calificado de misión de alta prioridad y Te'Ami lo entendía. Cuatro mil millones de personas... no había duda de que era una gran prioridad.

Podía sentir a Avar en un rincón de su mente, no en forma de palabras, sino más bien de su presencia. La Maestra Kriss tenía un don inusual entre los Jedi, podía detectar los lazos naturales entre usuarios de la Fuerza y fortalecerlos, incluso usarlos como una especie de red de comunicaciones. No era del todo exacto, más bien era como la transmisión de sensaciones y lugares, pero era una habilidad muy útil, particularmente cuando un centenar de Jedi intentaban salvar todo un sistema.

No solo útil, era reconfortante. No estaba sola. Ninguno de ellos lo estaba. Para bien o para mal, los Jedi estaban juntos en aquello.

«No fallaremos», pensó Te'Ami. Alargó uno de sus largos dedos verdes y pulsó un botón en su consola. Su comunicador se activó.

—Vigalarga de la República, llegó el momento. Necesito que me ceda el control de sus sistemas de armas —dijo.

—Recibido —llegó la respuesta del Vigalarga por boca de su piloto, Joss Adren. Su mujer, Pikka, iba en el puesto de copiloto. Te'Ami no los conocía personalmente, solo sabía que no eran tripulantes del *Tercer Horizonte* y que se habían ofrecido voluntarios en cuanto el crucero entró en el sistema y vieron las dimensiones del desastre. El almirante Kronara les había asignado un Vigalarga... siempre era mejor desplegar una nave más para echar una mano que tenerla aparcada en el hangar. La breve charla, no relacionada con la misión, que mantuvieron en su viaje hasta la luna Afrutada sugería que Joss y Pikka eran una especie de contratistas... trabajadores autónomos que habían participado en la construcción de la Baliza Starlight y que regresaban al Núcleo a bordo de la nave, una vez terminado su trabajo.

Parecían buena gente. Te'Ami esperaba que también estuvieran a la altura. Aquello no iba a ser nada fácil.

Una luz amarilla parpadeó en la pantalla de Te'Ami.

—Ya tiene las armas bajo su control —dijo Joss.

—Gracias —contestó ella, después tocó algunos botones más y volvió a sujetar el volante. Los Vectores podían ser traicioneros, la sensibilidad de los controles les permitía realizar maniobras increíbles, pero solo con la suficiente concentración—. Muy bien, amigos. ¿Preparados?

Las respuestas llegaron por el canal solo para Jedi.

La voz grave de Mikkell Sutmani retumbó en sus altavoces, traducida inmediatamente al básico por los sistemas de la nave.

—Preparado —dijo. Mikkell. El ithoriano más recto que había conocido. Nunca hablaba mucho, pero siempre cumplía con su deber.

—Nosotros también —dijo Nib Assek, la tercera y última Caballera Jedi de su pequeño escuadrón. Su padawan, Burryaga Agaburry, no respondió. No tenía nada de raro. Era un joven wookiee y solo hablaba shyriiwook, aunque entendía el básico. Nib hablaba su idioma, lo había aprendido para poder tomarlo de aprendiz. No resultaba fácil para una garganta humana recrear los gruñidos y gemidos que componían el habla wookiee, pero había trabajado duro. Te'Ami y Mikkell, sin embargo, no entendían ni una palabra de lo que Burryaga decía.

De todas formas, si Nib Assek decía que su padawan y ella estaban preparados era porque lo estaban.

—Proyéctense —dijo Te'Ami—. Lo haremos juntos. Como un solo Jedi.

Y proyectó sus sentidos en la Fuerza, buscando aquel meteorito mortal, o lo que fuera, porque los escáneres seguían sin dejarlo claro, que cruzaba el espacio hacia ellos.

Allí. Pudo sentirlo, distorsionando la gravedad al volar. Reflexionó, analizando dónde estaba el objeto antes, dónde estaba en ese momento y dónde estaría después.

Más concretamente, dónde estaría cuando armas de los Vectores y el Vigalarga lo alcanzasen a la vez con toda su potencia.

Aquel disparo no lo calcularían las computadoras. Tenían que hacerlo con su intuición, con la Fuerza, todos los Jedi a la vez.

—Tengo el objetivo —dijo—. ¿Preparados?

Ninguna respuesta por parte de los demás Jedi, pero no eran necesarias. Podía sentirlos asentir gracias al lazo que la Maestra Kriss mantenía desde la superficie de Hetzal Prime. Era más rápido que hablar y más eficaz.

—Convirtámonos en lanzas —dijo, recurriendo a una frase ritual de su pueblo, los duro.

Reacia a soltar los mandos en un momento tan crucial, Te'Ami soltó un hilo de Fuerza para desenfundar su espada láser. Su empuñadura era de cerakote oscuro con una cruz de cobre muy ajada. El filo activado emitía un brillo azul. El arma estaba rayada y mellada por el uso, con una antiestética soldadura cerca de la punta, de cuando reparó una pieza caída. Si había alguna espada láser más fea en la Orden, aún no la había encontrado.

Pero era lo que quería y el cristal kyber que la alimentaba seguía tan puro e intenso como el día que lo encontró en Ilum, hacía mucho.

¿Podría haber cambiado el filo, si hubiese querido? Por supuesto. Muchos Jedi cambiaban regularmente sus empuñaduras, ya fuera para adaptarla a los reajustes de sus técnicas de combate, por innovaciones tecnológicas o incluso, ocasionalmente, por simple... estilo. Estética. Moda, podría decirse.

A Te'Ami aquello no le interesaba lo más mínimo. Su espada láser, por fea que fuera, era un reflejo perfecto de la gran verdad de la Fuerza: no importaba cómo fuera una persona por fuera...

Por dentro, todos estaban hechos de luz.

La espada láser voló por la reducida cabina. Se colocó sobre una placa metálica del panel de control, con un suave y muy satisfactorio chasquido, fijándose en el sitio gracias a un pequeño campo de fuerza localizado. Una leve vibración recorrió el casco de la nave cuando sus sistemas de armas se activaron. Se encendió una nueva batería de pantallas y controles, relucientes bajo el fulgor azul del filo de su espada. Las armas de un Vector solo se podían operar con llave espada láser, para asegurarse de que no las usaba ningún no Jedi y que siempre se usaban justificadamente.

Y tenían otra ventaja: la potencia del láser de la nave se podía aumentar o reducir con una tecla de sus controles. No todos los disparos debían ser mortales. Podían inutilizar, advertir... tenían varias opciones a su disposición. En ese caso, sin embargo, iba a ajustarlos a máxima potencia. Necesitaban desintegrar aquella anomalía hiperespacial, volatizarla, y para eso iban a necesitar toda la potencia de los tres Vectores y el Vigalarga. Una descarga brutal.

Funcionaría. Debía funcionar. Cuatro mil millones de seres indefensos en la luna Afrutada dependían de ello.

Te'Ami volvió a proyectarse hacia fuera para comprobar que sus compañeros estaban listos. Detectó algo... en el hilo que la unía a la nave de Nib Assek. Miedo... casi... pánico.

—Nib, siento... —empezó a decir, pero le llegó la serena respuesta de la Caballera Jedi antes de poder terminar.

—Lo sé, Te'Ami —dijo Nib. Serena, aunque quizá un poco avergonzada—. Es Burryaga. Le cuesta reprimir sus emociones. Creo que es por la tensión de la misión. Todas las vidas que hay en juego.

—No te preocupes, pequeño —llegó la voz grave de Mikkel, traducida por el comunicador—. Solo eres un padawan y te estamos pidiendo mucho. Te'Ami, ¿podemos librarlo de la carga de ayudarnos a calcular el disparo?

—Sí —dijo Te'Ami—. No tienes de qué avergonzarte, Burry. Será una oportunidad para que aprendas.

Te'Ami se proyectó con la Fuerza, apartando suavemente la conexión con el padawan de Nib Assek. El wookiee no abrió la boca, pero Te'Ami aún podía sentir su torbellino de emociones. Bueno, le había dicho que no tenía que avergonzarse. Cada Jedi encontraba su propio camino y algunos tardaban más que otros.

—Vamos —dijo Nib, intentando quizá compensar el retraso causado por su alumno—. Se nos acaba el tiempo.

—De acuerdo —dijo Te'Ami.

Subió los pulgares sobre los controles, después de colocar al máximo la potencia del sistema de armas. Entonces puso los dedos sobre los gatillos.

El objeto seguía acelerando hacia la luna. Dónde estaba antes. Dónde estaba ahora. Dónde estaría después.

Los demás Jedi estaban preparados. Dispararían cuando ella lo hiciera, igual que los sistemas conectados del Vigalarga de Joss y Pikka, todas las descargas volando exactamente hacia el mismo punto del espacio.

Cuatro mil millones de personas. Era el momento. Te'Ami respiró hondo, lista para disparar.

Un chillido en el sistema de comunicaciones, fuerte y persistente. Un grito o un aullido... enérgico, casi aterrorizado. Sorprendió a Te'Ami y, de no haber sido una Caballera Jedi, podría haber disparado sus armas involuntariamente. Pero era una Caballera Jedi y no disparó.

Necesitó un momento para entender qué era lo que estaba oyendo... no era un chillido, sino palabras. En shyriiwook. Burryaga, diciendo algo que no entendía. Fuerte, persistente y desesperado. Sus emociones intensas otra vez en la Fuerza, la misma mezcla de miedo bordeando el pánico.

—Burryaga, lo siento, no entiendo shyriiwook. ¿Estás bien? Se nos acaba el tiempo. Tenemos que disparar.

—No —dijo Nib Assek, seca y firmemente. De fondo, seguían llegando los gruñidos y gemidos de Burryaga por su comunicador—. No podemos atacar.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Mikkell—. No tenemos elección.

—Burryaga me lo está explicando. Las emociones que percibimos en él... no son tuyas. Las estaba percibiendo. Se ha tenido que concentrar un poco y superar sus propios miedos para comprenderlo.

—Por favor, Nib, qué dice —le dijo Te'Ami.

Un gruñido largo, sibilante y quejoso en shyriiwook y una pausa.

—El objeto —dijo Nib—. El que queremos destruir para salvar la luna. No es un objeto. Es un trozo de nave.

Te'Ami bajó sus manos de los controles.

—Va lleno de gente —añadió Nib—. Y están vivos.



CAPÍTULO OCHO

CIUDAD AGUIRRE, HETZAL PRIME.
65 minutos para el impacto.

La Fuerza cantaba a la Maestra Jedi Avar Kriss, un coro formado por todo el sistema Hetzal, vida y muerte en movimiento constante de péndulo. Era una canción que conocía bien, la oía a todas horas, donde fuera. Aquí, la melodía de la Fuerza era extraña, un tintineo disonante de muerte, miedo y confusión. Estaba muriendo gente. O sintiendo la amenaza inminente de la muerte.

Entre la canción... los Jedi y el bravo personal de la República, además de los heroicos habitantes de Hetzal, usando todos los recursos a su alcance para intentar salvar a los pobladores de esos mundos.

El *Tercer Horizonte* había aterrizado cerca de la residencia ministerial de Ciudad Aguirre, la capital de Hetzal Prime. La República estaba coordinando sus esfuerzos con el gobierno hetzaliano para intentar parar el desastre, asegurándose de que la evacuación se desarrollaba lo más ordenadamente posible, rastreando los proyectiles caídos del hiperespacio y ayudando en todo lo que podían.

Avar Kriss seguía en el puente de la nave, ejerciendo todavía como nexo de los Jedi del sistema, permitiendo que se percibieran unos a otros, además de sus respectivas ubicaciones y estados emocionales. A veces brotaban palabras o imágenes espontáneas, pero solo en raras ocasiones. Era todo una canción, que cantaba Avar y que le cantaba a ella.

Aun así, podía extraer mucha información de lo que le decía. Sabía que cincuenta y tres Vectores Jedi estaban activos en esos momentos en el sistema Hetzal. Sabía los Jedi que trabajaban en el planeta... en ese instante, por ejemplo, Bell Zettifar, el prometedor padawan de Loden Greatstorm, se acercaba a la superficie de Hetzal Prime a gran velocidad.

Elzar Mann, su más antiguo e íntimo amigo en la Orden, iba en su propio Vector, pilotando un modelo unipersonal cerca de uno de los tres soles del sistema. Casi siempre volaba solo. Avar era una de los dos únicos Jedi con los que trabajaba regularmente, junto a Stellan Gios. Eso se debía, principalmente, a que Elzar era... poco fiable. Aunque no era exactamente eso. Era un experimentador, si ese término podía aplicarse a las técnicas Jedi. No le gustaba usar la Fuerza dos veces de la misma manera.

Elzar tenía buenos instintos y no intentaba nada raro cuando había mucho en juego. Normalmente, sus experimentos con las técnicas de la Fuerza expandían los conocimientos de la Orden y, en algunas ocasiones, había logrado cosas increíbles.

Pero de vez en cuando fallaba y a veces lo hacía de forma espectacular. Claro que nunca con vidas en juego, aunque esa incertidumbre, además de la reticencia habitual de Elzar Mann a dedicar ni un momento a explicar lo que pretendía hacer... bueno, a algunos miembros de la Orden les resultaba frustrante tratar con él. Avar creía que eso explicaba que mantuviera la condición de Caballero Jedi, en vez de Maestro. Sabía que eso molestaba a Elzar. Le parecía injusto. No le interesaban los caminos que siguieran los demás Jedi en la Fuerza... no era asunto suyo. Solo quería seguir su propio camino hasta donde quisiera llevarlo.

Avar no entendía los experimentos de Elzar mejor que la mayoría de Jedi, pero la base de su relación era no pedirle nunca explicaciones. Nunca, sobre nada. Ese acuerdo tácito había fortalecido su amistad desde sus días como iniciados en el Templo Jedi de Coruscant. Eso y que a ella le caía bien. Era divertido e inteligente, y habían prosperado en la Orden juntos, Stellan, Elzar y ella, los tres siempre inseparables durante sus años de entrenamiento.

Apartó su mente de Elzar Mann, escuchando a la Fuerza. Percibió Jedi en los mundos del sistema, Jedi en Vectores y otros en estaciones, satélites o naves del sistema, ayudando donde podían, normalmente cooperando con los veintiocho Vigalargas de la República desplegados del *Tercer Horizonte*.

La cadena de conexión en la Fuerza le dijo que otros miembros de la Orden iban hacia allí, intentando responder a la llamada de auxilio del ministro Ecka, a pesar de estar muy lejos de Hetzal. La más cercana era la Maestra Jora Malli, futura comandante del cuartel Jedi en la recién completada Baliza Starlight, junto a su segundo comandante, el imponente trandoshano y Maestro Sskeer. Stellan Gios estaba despegando de su puesto avanzado del Templo en Hynestia, como respondiendo a la llamada de sus pensamientos recientes, preparado para surcar el hiperespacio en una nave estelar prestada. Y muchos otros.

Avar lanzó una bienvenida y una llamada para cualquier Jedi que pudiera oírla, más o menos cerca de Hetzal. La distancia no era nada para la Fuerza. Quién sabía cómo podían ayudarla.

Hasta el momento, el número de víctimas del desastre era bajo, apenas por encima de las cifras habituales en cualquier gran concentración de seres. Le preocupaba que eso cambiase en cualquier instante... seguían sin saber bien qué estaba sucediendo. No parecía un desastre natural. Nunca había oído nada igual... una lluvia de proyectiles irrumpiendo en un sistema, aflorando del hiperespacio sin previo aviso.

No podía imaginar qué habría pasado si el *Tercer Horizonte* no hubiera estado cerca, después de hacer una escala para repostar, o si la visita de inspección a la Baliza Starlight no se hubiera retrasado interminablemente por culpa de la supervisora del proyecto, una oficial bith llamada Shai Tennem. Esta había insistido en mostrarles a sus visitantes Jedi

y de la República hasta el último detalle de la construcción de la Baliza Starlight, retrasando su partida e irritando enormemente al almirante Kronara. Pero si se hubieran marchado cuando debían, el *Tercer Horizonte* ya habría estado bien sumergido en el hiperespacio cuando el ministro Ecka dio la orden de evacuación, demasiado lejos para llegar a Hetzal en un tiempo razonable.

De no ser por una quisquillosa administradora bith, Hetzal estaría afrontando el apocalipsis solo.

La canción de la Fuerza.

Entre lo que le decía y la cháchara de los oficiales de cubierta del *Tercer Horizonte* que Avar oía a su alrededor, podía tener una imagen actualizada del desastre en todo momento.

Sobre Hetzal Prime, un técnico de la República estaba terminando de reparar una nave de evacuación que había perdido potencia en su trayectoria de salida del planeta, para que pudiera continuar su viaje y ponerse a salvo.

Cerca de uno de los gigantes gaseosos, dos Vectores abrieron fuego contra un fragmento, destruyéndolo.

Un Vigalarga rebasó sus límites intentando llegar a una estación dañada en los confines del sistema. Sus motores fallaron y estalló. Avar lanzó un gritito ahogado ante aquella sensación fría y oscura.

Y, sobre la luna Afrutada, una impresión clara, lo más parecida a un mensaje de la Fuerza en aquellas circunstancias... la sensación de una Caballera Jedi llamada Te'Ami, diciéndole que estaban entendiendo lo que sucedía allí de una forma profunda y trágicamente incompleta.

—No —dijo Avar, perturbada por la urgencia de lo que Te'Ami intentaba transmitirle. Sus emociones eran turbulentas y la canción de la Fuerza flaqueó en su mente, perdiendo intensidad y haciéndose más confusa.

«Concéntrate», se dijo. «Te necesitan».

Avar Kriss calmó sus emociones y escuchó. Ahora, gracias a Te'Ami, sabía qué debía buscar. Recordó la cara de su colega Jedi: piel verde, cráneo abovedado, grandes ojos rojos... y no tardó en ver lo que Te'Ami le intentaba mostrar. De hecho, ahora que lo veía, era muy evidente. Avar expandió su conciencia hacia todo el sistema, obligándose a llegar a su límite.

«No puedo ignorar a nadie», pensó. «Ni uno solo».

Abrió los ojos, descruzó las piernas y volvió a plantar los pies sobre la cubierta del *Tercer Horizonte*. Los oficiales del puente la miraron, sorprendidos... llevaba mucho rato sin hablar ni moverse.

El almirante Kronara estaba hablando con la Canciller Lina Soh, con quien habían contactado mediante un repetidor de alta prioridad desde Coruscant. Sus rasgos delicados y suaves podían verse en una de las paredes del puente. Tenía un aspecto frágil, aunque no lo era en absoluto. Kronara, por el contrario, tenía una cara que parecía preparada para recibir un martillazo. Tenía un aspecto duro y lo era. Lucía el uniforme de la Coalición de

Defensa de la República, gris claro con toques azules, con la gorra bajo el brazo en señal de respeto a la Canciller.

La resolución de la imagen era baja, con líneas de estática cruzando la cara de Lina Soh cada pocos segundos, pero era previsible. Coruscant estaba muy lejos.

—Doy gracias a la luz porque su nave estuviera lo bastante cerca de Hetzal para responder, almirante —estaba diciendo la Canciller Soh—. Mandamos las naves de auxilio lo más rápido que pudimos, pero incluso recibir la petición de auxilio desde Hetzal llevó su tiempo. Ya sabe cómo funcionan los repetidores del Borde Exterior.

—Sí, Canciller —respondió Kronara—. Agradecemos todo lo que puedan hacer. Aquí estamos haciendo progresos, pero no dudamos que habrá gran cantidad de heridos y que varios sistemas esenciales necesitarán reparaciones. Le comunicaré al ministro Ecka que han mandado ayuda. Seguro que se lo agradece.

—Por supuesto, almirante. Todos somos la República.

Avar cruzó el puente, llegando hasta Kronara cuando este terminó la comunicación con Coruscant. La miró intrigado, mientras ella se detenía ante la pantalla que mostraba el estado de sus esfuerzos por mitigar el desastre, todas las naves, la gente, los Jedi, de la República, los lugareños. Rojo, verde, azul, mundos, vidas, esperanzas, desesperación.

Tocó con un dedo algunas de las anomalías rojas de la pantalla. Al hacerlo, estas quedaban resaltadas, rodeadas por un círculo blanco. Cuando terminó, había marcado unos diez proyectiles.

Avar se apartó de la pantalla y se volvió a mirar a la tripulación del puente. Estaban confundidos, pero eran educados y esperaban que les explicase lo que acababa de hacer.

—Me apena decir esto, amigos míos —les dijo—, pero esto se complica muchísimo. Tenemos un nuevo objetivo.

Los curtidos rasgos del almirante Kronara se torcieron en una mueca. Avar no se lo tomó como algo personal.

—¿Eso cambia los parámetros actuales de la misión? —preguntó.

—Estaría bien —dijo ella—. Pero no. Tenemos que hacer lo que vinimos a hacer, evitar que esos objetos destruyan Hetzal, pero ahora hay algo más.

Señaló la pantalla, con sus puntos rojos resaltados volando hacia el sol.

—Esas anomalías que he indicado contienen seres vivos. Esto ya no consiste solo en salvar a los mundos del sistema.

La cara de Kronara se aclaró al comprenderlo. Y volvió a fruncir el gesto.

—Ahora es una misión de rescate, principalmente, ¿no?

—Exacto, almirante —dijo Avar.

Un coro de voces inquietas arreció cuando los oficiales entendieron que todos los esfuerzos realizados hasta entonces solo eran el preámbulo de otro esfuerzo mucho mayor.

—¿Cómo es eso posible?

—¿Cuánta gente? ¿Quiénes son?

—¿Son naves? ¿Es una invasión?

El almirante Kronara levantó una mano y todos se callaron.

—Maestra Kriss, si usted dice que algunas de esas cosas llevan gente a bordo, la llevan. Pero ¿cómo sugiere que organicemos el rescate? Esos objetos vuelan a velocidades extraordinarias. Nuestros sistemas de objetivo apenas pueden fijarlos y ahora tenemos que... ¿abordarlos?

Avar asintió.

—No sé cómo vamos a hacerlo. Todavía. Espero que alguno de ustedes tenga una idea. Pero les diré que cada una de esas vidas es tan importante como cualquier vida de este mundo o de cualquier otro. Debemos empezar creyendo que podemos salvarlos a todos. Si la voluntad de la Fuerza no es esa, que así sea, pero no aceptaré la idea de abandonarlos sin intentar nada.

Trazó un arco amplio con la mano, señalando todo el tablero de monitores.

—Estas son sus herramientas... lo que trajimos con nosotros. Todas las naves hetzalianas están ocupadas en la evacuación, solo tenemos los Vectores y a los Jedi que los pilotan, además de los Vigalargas y sus tripulaciones. Encuentren la manera. Sé que pueden hacerlo. Avisaré a los Jedi. Quizá la Fuerza nos ofrezca la respuesta.

Los oficiales del puente se miraron y se pusieron en movimiento con renovados bríos, mientras intentaban planear diez misiones de rescate completamente imposibles.

Avar Kriss cerró los ojos. Se elevó en el aire. La Fuerza le cantaba, hablándole de peligro, bravura y sacrificio, de Jedi que cumplían sus votos, actuando como guardianes de la paz y la justicia en la galaxia.

La canción de la Fuerza.



CAPÍTULO NUEVE

HETZAL PRIME.

60 minutos antes del impacto.

Bell estaba cayendo. Esperaba estar planeando, pero no.

Estaba cayendo, sin duda. Había seguido a su Maestro cuando saltó del *Nova*, lanzándose desde la cabina del Vector a la superficie. Había practicado maniobras como aquella muchas veces en el Templo, pero siempre con colchones, una medida de seguridad por si el pupilo Jedi no alcanzaba la concentración necesaria para detener su caída con la Fuerza.

Pero la gravedad era la gravedad y ni siquiera la Fuerza podía desactivarla (aunque Bell pensaba que quizá el Maestro Yoda pudiera hacerlo, si se concentraba lo suficiente). Pero podías convencer a la Fuerza para que te frenase, que redujera el impacto del aterrizaje. Si lo ejecutabas perfectamente, debías posarte en el suelo como una hoja o un copo de nieve.

Pero Bell no lo estaba ejecutando a la perfección. La Fuerza parecía demasiado atareada, reacia a escuchar sus llamadas de auxilio. A medida que el suelo se acercaba a velocidad alarmante, Bell iba perdiendo la concentración. Levantó los brazos y abrió la boca para gritar. Como Jedi, sabía que debía ir al encuentro de la muerte con dignidad, pero aquello era lo más indigno que nadie pudiera imaginar. Bell Zettifar estaba a punto de terminar su carrera de padawan aplastado contra el suelo como una fruta podrida, espachurrado...

Pero no fue así.

La caída de Bell se frenó y giró en el aire para apuntar los pies hacia el suelo. Y se posó... como una hoja o un copo de nieve.

—Necesitas entrenar más —le dijo su Maestro, desde cerca. Con un matiz risueño en la voz.

Bell abrió los ojos y allí estaba su Maestro Jedi Loden Greatstorm, con una mano alzada y una sonrisa en los labios.

—Es probable —dijo Bell.

—Seguro —dijo Loden, bajando el brazo—. Trabajaremos en ello.

Levantó la vista hacia el *Nova*, que volaba unos cien metros sobre ellos, trazando círculos suaves con el piloto automático a la espera del momento en que los Jedi volvieran a necesitarlo.

—Tampoco era mucha caída, de hecho —dijo Loden—. Apenas tenías tiempo para pensar antes de que el suelo se te echase encima. Lo entiendo, Bell. Es culpa mía. Pero tranquilo, puedo arreglarlo. Cuando volvamos a Coruscant, te arrojaré desde las supertorres más altas que encontremos. Hay algunas de mil plantas. Tardarás minutos en caer. Tiempo de sobra.

—Una idea maravillosa, Maestro —dijo Bell.

—Por supuesto —dijo Loden.

Bell se dio la vuelta para mirar la razón por la que Loden había evitado aterrizar con su nave. Centenares de nativos de Hetzal Prime, furiosos y apiñados alrededor del recinto que los Jedi habían visto desde su Vector, aquella mansión de un comerciante, actor o empresario adinerado. Sobre las altas paredes con clavos asomaba la elegante curva de la nave estelar que esperaba en su interior.

Todos habían oído la orden de evacuación del ministro Ecka y sabían que detrás de aquellos muros había un medio para abandonar el planeta. Los guardianes situados sobre los muros no parecían dispuestos a permitir que entrase nadie, todos armados con rifles claramente potentes que no apuntaban directamente a la multitud, pero tampoco apuntaban al aire. Si las cosas se torcían, allí habría muertos. Muchos muertos.

Bell y Loden habían suscitado el interés de los que intentaban huir, obviamente. Dos Jedi caídos del cielo no pasaban desapercibidos, ni siquiera en las desesperadas circunstancias de aquella gente. Loden fue hasta el grupo más cercano, dos hombres y una mujer. Uno de los hombres llevaba un bebé en brazos. Estaban asustados, enfadados, al borde de la desesperación... Bell no necesitó la Fuerza para sentirlo.

—Hola —dijo Loden—. Me llamo Loden Greatstorm. Soy miembro de la Orden Jedi. Este es mi aprendiz, Bell Zettifar. Venimos a ayudar. ¿Qué está pasando? ¿Por qué no les permiten subir a bordo de esa nave?

Uno de los hombres miró a los guardianes de los muros y después a Loden.

—Porque la nave pertenece a la familia propietaria de la lujosa casa que hay detrás de esos muros con clavos. Los Ranoraki. Pagan a esos guardias para asegurarse de que son los únicos que se marchan. Ahora se están preparando... haciendo las maletas, con sus bonitos calcetines o ese tipo de basura. Se están tomando su tiempo, mientras los demás esperamos aquí.

La mujer habló, con la voz entrecortada.

—No quedan más naves. Todas se han marchado y no volverán. Esta es la única manera de salir del planeta y la orden del ministro Ecka parecía... parecía...

Loden le acarició levemente la cara y la mujer se calmó, recuperando la compostura.

—No se preocupe —dijo, en un tono grave y profundo que Bell reconoció. Loden estaba empleando la Fuerza para dar peso a sus palabras y aplacar el caos y la ansiedad que los rodeaban—. Piense en su familia, en sus hijos. Cuide de ellos. Yo me encargo del resto.

La mujer asintió, incluso sonrió.

—Vamos, padawan —dijo Loden, echando a andar hacia las puertas con paso decidido. No se volvió a mirar si Bell le seguía, pero no era necesario. Allí donde iba, Bell lo seguía. Aunque solo fuera para ver qué tramaba su Maestro.

Los dos Jedi se abrieron paso entre la multitud, que se apartaba cuando veían quiénes eran. Seguían luciendo el atuendo ceremonial que habían llevado para la inspección de la Baliza Starlight, abrochado con un cierre dorado con la forma del símbolo de la Orden Jedi. En las operaciones sobre el terreno, solían usar sus prendas de cuero, a veces armadura incluso, según la misión, pero no les había dado tiempo a cambiarse. El *Tercer Horizonte* había llegado al sistema y ellos lo habían abandonado de inmediato.

A Bell le parecía que quizá era mejor así. Nadie podía confundirlos. A veces el mero hecho de ser Jedi bastaba para solucionar problemas. Sabía que Loden y él formaban un dúo imponente, un humano y un twi'lek, los dos altos y de piel morena, con sus espadas láser a la cintura... sus pasos resonaban con toda la autoridad del Consejo Jedi.

Los murmullos se extendían a su paso como olas en el mar, los gritos y quejidos se aplacaron, hasta que la multitud quedó en absoluto silencio, todos los ojos clavados en ellos. Parecía que Bell no era el único que quería saber qué tramaba su Maestro.

Loden llegó hasta la puerta. Miró hacia arriba, donde había dos guardias en almenas, uno a cada lado. Aquello no parecía un hogar, sino una pequeña fortaleza. Bell se preguntaba a qué se dedicaba aquella familia, los Ranoraki, para necesitar un equipo de seguridad tan amplio y costoso. Al menos dos docenas de hombres y mujeres hacían guardia en los muros y, presumiblemente, habría más dentro.

—Hola, Maestro Jedi —dijo uno de los guardias, en un tono bastante cordial—. No le puedo dejar entrar, lo siento. Además, parece que usted ya tiene nave propia. ¿Por qué no montan los dos y se vuelven a los Mundos del Núcleo? Esto es una propiedad privada.

—Estoy fuera de la puerta —dijo Loden—. Seguro que su autoridad, sea la que sea, no se extiende hasta el exterior de esos muros.

El guardia levantó su arma y la apoyó sobre su hombro. Escupió y un pegote de flema aterrizó en el suelo, ante los muros de la mansión.

—Si usted lo dice —dijo.

—Me han contado que no permiten que esta gente acceda a esa nave, a pesar de la orden de evacuación dada por el gobernante del planeta.

—Así es.

—Pero la nave podría cargar a la mayoría. Quizá a todos, con un poco de ingenio.

—Mi trabajo no es dejarles subir a bordo, Jedi. Mi trabajo es asegurarme de que no lo hagan.

—Quizá debería plantearse la jubilación anticipada —dijo Loden.

Como siempre, había un matiz risueño en su voz, pero Bell reconoció aquel tipo de tono, como cuando su Maestro había usado la sugestión mental Jedi para calmar a la mujer. Bell se abrió un lado de la toga, mostrando la empuñadura de su espada láser en la funda.

Sin mirarlo, Loden levantó una mano hacia él y juntó dos dedos, índice y medio, de su mano izquierda, una señal acordada. El significado era muy sencillo: «No. No lo hagas».

Bell se obligó a serenarse.

El capitán de la guardia parecía despreocupado. Incluso ligeramente divertido con aquello.

—¿Qué piensa hacer, Jedi? ¿Cortar los muros con su espada láser? ¿Pelear contra todos nosotros?

Su Maestro se inclinó hacia delante, con una sonrisa tan diáfana como risueño era su tono.

—Claro —dijo—, ¿por qué no?

La cara del guardia cambió. Ya no le hacía gracia. Ahora... estaba confundido. Preocupado.

—Abran las puertas —dijo Loden Greatstorm—. Se lo garantizo, es lo mejor que pueden hacer. Para toda esta gente, pero también para ustedes. Y sus amigos de arriba, también.

El guardia miró a Loden y este levantó la vista hacia el guardia. Bell sabía qué iba a pasar y no pudo evitar deleitarse, aunque sabía que disfrutar de aquellos momentos era muy poco Jedi.

Loden ni siquiera había desenfundado su arma. No había usado sus trucos mentales. Loden Greatstorm solo había dicho unas pocas palabras bien elegidas y...

—Abran las puertas —dijo el capitán de la guardia, en un tono de derrota.

—Gracias —dijo Loden.

Dio media vuelta, mirando a Bell.

—Nos quedamos un rato —dijo—. Para asegurarnos que todo va bien. Después iremos a ver si podemos ser útiles en algún otro sitio. ¿Vale?

—Vale —contestó Bell.

Ruidos a su espalda y los dos Jedi se volvieron. No eran ruidos buenos. Blásters disparando y gritos. No podían ver qué pasaba, con aquella multitud.

—Arriba —dijo Loden, saltando a lo alto del muro y aterrizando al lado del sorprendido capitán de la guardia personal de la familia Ranoraki.

Bell hizo lo mismo y, desde su posición elevada, pudieron ver deslizadores, dos, voluminosos y pesados, cada uno equipado con cañones bláster montados en cubierta, abriendo fuego directamente contra la multitud.

«Saqueadores», pensó Bell, llegados para hacerse con la nave de la mansión, tan desesperados como el que más por abandonar Hetzal Prime, pero considerablemente mejor armados.

Estaban atacando a la multitud indefensa, apartándola de su camino para acceder por la fuerza al recinto y robar la nave.

—Espadas —dijo Loden Greatstorm.

No había ni rastro de jovialidad en su voz.



CAPÍTULO DIEZ

SISTEMA HETZAL. SOBRE LA LUNA AFRUTADA.

50 minutos para el impacto.

—**N**o podemos hacerlo. Es imposible —dijo Joss Adren, actual capitán del Vigalarga de la República designado *Aurora III*—. Disparar a esa cosa ya era muy complicado.

Miró el monitor de su cabina, que mostraba su nave, los tres Vectores Jedi que la escoltaban, la gigantesca anomalía hiperespacial que cruzaba el espacio y que, asombrosamente, contenía seres vivos y, por supuesto, la luna densamente poblada con la que esa anomalía iba a impactar y a la que probablemente aniquilaría en, oh, unos doce minutos. En otras palabras, el problema que esperaban que resolviera.

Cuando se habían ofrecido voluntarios para pilotar un Vigalarga y ayudar en lo que pudieran, la principal motivación de Joss había sido probar una de las elegantes naves nuevas de la República. Nunca había pilotado aquel modelo y contaban que se habían hecho algunas mejoras muy interesantes en su diseño.

No es que no le gustase ayudar, por supuesto... pero ahora tenía vidas de gente en sus manos. De hecho, muchas vidas. Y, aunque la gente lo adorase si lo lograba, no tenía ninguna duda de que lo culparían si fracasaba.

Joss maldijo. Y volvió a maldecir, cuatro veces.

—¿Realmente te ayuda? —le dijo su copiloto, Pikka Adren, segunda comandante del *Aurora III* y primera de su corazón.

—No me digas que no me entiendes —contestó.

Ella parecía ligeramente divertida, un poco molesta y muy concentrada. Era hermosa, con ojos claros, pelo negro rizado y un montón de pecas oscuras en una piel levemente más clara que le encantaba ver y acariciar. A su mujer le gustaba decir que era atractivo, pero él sabía la verdad: parecía un bloque motor con una cabeza encima, con el pelo rapado para no tener ni que pensar en eso. Joss Adren suponía que debía tener sus cualidades buenas, si no jamás habría conseguido a alguien como Pikka... pero sabía que su aspecto no estaba entre ellas.

—Puedo entender tu frustración, cariño —le dijo su esposa—. Yo sigo queriendo salvar a esa gente.

—Bueno, y yo, por supuesto, Pikka —dijo Joss—. Pero no veo cómo.

La misión había empezado siendo de búsqueda y eliminación. El objetivo era uno de los misteriosos proyectiles aparecidos en el sistema Hetzal. Volaba rápido, pero no tenía

armas y parecía incapaz de modificar su trayectoria. Solo tenían que volarlo en pedazos, antes de que impactase en la luna. Complicado, pero no imposible.

Pero ahora, gracias a Te'Ami y sus tres colegas Jedi de la misión, sabían que ese objeto estaba, increíblemente, habitado. Llevaba gente a bordo. Gente viva.

Así que, cuando la parte de búsqueda estaba más que superada, la de la aniquilación se había abortado, al menos hasta que pudieran rescatar a la gente del interior. Una vez hecho eso, si lo lograban, que tampoco estaba claro, aún tendrían que volar aquella cosa porque estaba en trayectoria de colisión con la luna Fruta, o como la llamaran en aquel sistema.

Una misión complicada se había convertido en imposible, con la complicada misión original dentro.

Joss suspiró y empezó a analizar sus posibilidades operativas.

Un Vigalarga, con todas sus capacidades, armas y herramientas... una nave magnífica, sinceramente. Se podían hacer muchas cosas con un Vigalarga. Además, tenían tres Vectores con cuatro hechiceros espaciales a bordo, y siempre habían sido un poco esquivos respecto a lo que eran capaces de hacer. Los Jedi podían hacer cosas asombrosas, de acuerdo, pero ¿qué cosas asombrosas?

Pensó en eso, extremadamente consciente de que cada momento que pasaba intentando dar con una solución, en vano, significaba que aquel objeto, aquella nave, lo que fuera, se acercaba al impacto con la luna, exterminando a todos los que iban a bordo y los que estaban en el planetóide.

Bueno, ¿de qué eran capaces los Jedi?

Podían usar sus espadas láser contra sus presas con bastante eficacia. Siempre era divertido verlos en acción, pero no creía que fueran a servirles de mucho en ese momento. Los Jedi podían saltar mucho y correr muy rápido... pero no tan alto como hasta el espacio, ni tan rápido como una nave casi a velocidad luz.

Podían presentarse y lucir palmito. Se lo había visto hacer muchas veces.

Podían... mover cosas con la mente.

Joss se estremeció.

Se volvió hacia Pikka.

—¿Magnetoabrazaderas? —dijo, consciente de que no necesitaba dar más explicaciones. Ella lo entendería a la primera... era una de las razones por las que trabajaban tan bien juntos.

—Puede —dijo Pikka, pensando—. ¿Con qué tipo de cableado?

—Seda egariana —respondió Joss—. Acaban de modificar estos Vigalargas, ya no es cable de duraleación.

—Está bien. La egariana es más resistente a la tensión y tiene elasticidad variable. Puedes circular más electricidad por ella cuando más se tensa. Si podemos atrapar el objeto y empezar con suficiente elasticidad y después ir incrementando poco a poco esa tensión...

—Exacto. Gradualmente, para que los cables no salten.

Pikka asintió, martilleando el panel de control con un dedo, muy pensativa.

—Pero nunca lo atraparemos. Esas abrazaderas no son blásters. Son grandes y macizas. No están preparadas para trabajos precisos. Están diseñadas para remolcar naves averiadas hasta los amarraderos para repararlas. Las anomalías vuelan demasiado rápido.

—Sí, vale —dijo Joss—. También se me ha ocurrido algo sobre eso.

Activó su sistema de comunicación.

—Maestra Te'Ami —dijo. No estaba seguro de que la Jedi duros fuera Maestra Jedi, Caballera Jedi o algún otro rango de la Orden, él les llamaba maestros a todos. Mejor prevenir. Joss no sabía si los Jedi se ofendían, pero ¿por qué arriesgarse?

—¿Sí, capitán Adren? —llegó la voz de la Jedi, fría y sin rastro de tensión, aunque afrontaba el mismo problema que ellos.

—Puede que se me haya ocurrido algo. Pero tengo una duda. ¿Sabe eso que hacen ustedes de mover cosas con la mente?

Una breve pausa.

—Usamos nuestra conexión con la Fuerza, sí, sé a lo que se refiere.

—¿Pueden detener cosas que se mueven?

Otra pausa, más larga.

—Veo dónde quiere llegar, capitán, pero no somos dioses. No podemos detener esa cosa.

—No le pido eso —dijo Joss, mirando a Pikka, que le estaba sonriendo, y poniendo los ojos en blanco—. Tenemos algo a bordo que podría ralentizarla, pero no es fácil de usar. Tendremos que intentar igualar la velocidad del objeto y ya sabemos lo rápido que va. Necesitaremos toda la potencia de los motores y mucho combustible para llegar donde debemos.

»Si lo pueden frenar un poco, aunque solo sea un cinco por ciento, aunque sea solo un uno por ciento, podría suponer una gran diferencia. A esa velocidad, incluso una mínima bajada de la velocidad reduciría significativamente los recursos que deberemos emplear.

—Un momento —dijo Te'Ami. La línea quedó en silencio y Joss pensó que debía de estar hablando con los demás Jedi, decidiendo si aquello podía funcionar.

El comunicador volvió a cobrar vida.

—Haremos lo que podamos —dijo la Jedi.

—Excelente —dijo Joss. Después se lo pensó, se inclinó hacia delante y volvió a hablar por el comunicador.

—Y, uh, ¿pueden mantener el objeto entero, mientras lo ralentizan?

—¿Por qué?

—Porque vamos a golpearlo con unas grandes abrazaderas metálicas y no sabemos lo frágil que es. Ni siquiera sabemos qué es. Quizá se rompa en pedazos. Por eso, si pueden hacer algo, bueno... por evitarlo... sería bueno.

Una pausa muy larga.

—¿No se le ocurre nada mejor?

—No se me ha ocurrido nada más, Maestra Jedi. Si podemos alcanzar esa cosa, podremos revertir nuestros motores a toda potencia pero gradualmente, para frenarla. No vemos rastro de impulsión... es como un proyectil de escupebalas. Como si alguien golpeará una piedra muy rápido. Si pudiéramos aplicar alguna fuerza contraria, deberíamos reducir la velocidad bastante rápido. Si, bueno, si no se hace pedazos. Ahí es donde entran ustedes.

La pausa más larga de todas.

—Como le he dicho, capitán... haremos todo lo que podamos.

—Genial —dijo Joss.

Desactivó el comunicador y se volvió hacia Pikka.

—Los magos espaciales no parecen muy entusiasmado con esto —dijo ella.

—Eh —respondió él—. Les entusiasmará cuando funcione.

—¿Va a funcionar? —preguntó ella—. ¿O esa cosa se hará pedazos? ¿O los cables se romperán y nos catapultarán al espacio? ¿O no lograremos atraparla, por mucho que lo intentemos?

—Eh... —balbuceó Joss.

Empujó el acelerador hasta el fondo y el Vigalarga salió disparado hacia el espacio, con sus motores rugiendo y toda la nave vibrando.

—Vamos a descubrirlo.



CAPÍTULO ONCE

SISTEMA HETZAL. ESPACIO INTERPLANETARIO.

40 minutos para el impacto.

Una fila de cuatro naves, cargadas con unas tres mil quinientas personas, alejándose con paso decidido de Hetzal Prime. Buscaban ponerse a salvo de la lluvia de proyectiles mortales que había irrumpido en el sistema y estaba causando estragos. Reinaba la destrucción, desde los confines más remotos hasta las estaciones colectoras de gases próximas a los tres soles que creaban las interminables temporadas de cosecha de Hetzal.

Dos eran naves de pasajeros y otras dos cargueros reconvertidos en transportes para la emergencia. Aunque las naves de pasajeros podían volar a mayor velocidad que los cargueros, los cuatro capitanes habían decidido mantenerse juntos mientras salían del sistema, por si debían ayudarse.

La orden de evacuación del ministro Ecka pedía a todas las naves que se situasen a una «distancia de seguridad mínima», pero eso era muy vago. Para a ponerse a salvo, los capitanes confiaban en la nave de la República que había llegado al sistema cuando todo empezaba. Esta coordinaba sus esfuerzos desde la superficie de Hetzal Prime, emitiendo una transmisión de rastreo. Gracias a ella, los capitanes podían ver la trayectoria de la letal lluvia de proyectiles sobre el sistema. Eso les permitía hacerse una idea de dónde podrían refugiarse.

Basándose en lo que podían ver, debían salir pronto de la zona de peligro. Y después... ¿quién sabía? Al parecer, la República y sus compañeros Jedi tenían una especie de plan, pero ninguna de sus naves sabía en qué consistía, ni cuándo regresarían a su mundo natal. Si podían. Por lo que sabían, la situación era dramática y no volverían a poner los pies sobre Hetzal Prime.

Esto resultó ser cierto.

Las naves desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, remplazadas por cuatro bolas de fuego, vapor, metal desgarrado y restos moleculares de las miles de personas que viajaban a bordo, expandiéndose lentamente. Uno de los proyectiles había salido del hiperespacio justo en su camino y, volando las cuatro naves juntas, las había atravesado a todas, una tras otra, como una brocheta clavándose en trozos de carne. Las naves habían desaparecido.

En el *Tercer Horizonte*, la Maestra Jedi Avar Kriss oyó el repentino silencio de todas aquellas almas, perdidas en la Fuerza para siempre. Frunció los labios.

Siguió escuchando. Había algo extraño, una nota discordante en la melodía. Intentó entender lo que estaba oyendo, sintiendo, consciente de que estaba llevando sus habilidades al límite. Estaban pasando demasiadas cosas a la vez en el sistema Hetzal y su mente no era capaz de procesarlo todo. Se esforzaba, intentando que la Fuerza le revelase la respuesta... pero no era el camino. Necesitaba apartarse un poco, no abalanzarse. Dejar que la Fuerza le diera lo que quería, en su momento.

Avar ralentizó su respiración y su corazón, sintió la calma regresando a su mente y espíritu. Volvía a escuchar, buscando la nota discordante... y en ese momento un proyectil impactó en la superficie de Hetzal Prime, en el mar, destruyendo millares de kilómetros cuadrados de granjas de algas y lanzando vapor de agua hasta las capas altas de la atmósfera, creando maremotos en círculo que se expandían a gran velocidad. Hubo muertos... pero centenares, no millares ni millones, porque las granjas estaban automatizadas y gestionadas por droides. Quizá hubiera más víctimas cuando las olas llegasen a las costas, pero podría haber sido peor, mucho peor. El fragmento hiperespacial era pequeño y el agua lo había frenado. No había penetrado en la corteza del planeta.

Una nota discordante, sin duda... pero no peor que otros retazos de horror y dolor que oía. El sistema seguía desequilibrado, a pesar de los esfuerzos de los Jedi y la República por salvarlo. No, lo que buscaba no era una nota discordante.

Era la nota que faltaba. Allí había un vacío, justo en medio de su conciencia. Algo que no estaba oyendo, algo que la Fuerza le intentaba señalar. Pero con todo lo que seguía, las anomalías, el miedo de la gente atrapada en algunas de ellas, sus equipos intentando ayudar y toda la telaraña de vidas del sistema... era demasiado complejo y una enorme distracción.

Se estaba perdiendo algo. Y si no encontraba la manera de oírlo, creía que todo lo que estaban haciendo allí terminaría siendo inútil.

Avar Kriss abrió su espíritu tanto como pudo.

Y escuchó.



CAPÍTULO DOCE

COLECTOR SOLAR 22-X. VIGALARGA DE LA REPÚBLICA *AURORA IX*.
35 minutos para el impacto.

—**A**hora, contra maestre —ordenó el capitán Bright.

Innamin activó los sistemas antiincendios. Un chorro de espuma verde salió disparado de toberas montadas bajo la cabina del Vigalarga, aplacando las llamas que recorrían el anillo de amarre de la granja solar dañada.

En cuanto el incendio se apagó, Bright hizo avanzar su nave, intentando encajarla en el mecanismo de sellado del amarre. No era sencillo. El colector había quedado gravemente dañado cuando el proyectil hiperespacial le arrancó los brazos externos y toda la estación giraba sobre sí misma a gran velocidad. Aquel enredo gigante de paneles solares, puntales de refuerzo y un gran compartimento central para tripulantes iba equipado con propulsores externos, que en ese momento intentaban compensar la rotación. Pero el cerebro droide que se ocupaba del sistema antirrotación no parecía comprender que la masa del colector había cambiado radicalmente al perder tantos brazos en el impacto.

Todos sus pequeños reajustes, despidiendo chorros de vapor al espacio desde los reactores de maniobra solo empeoraban las cosas. La esfera central, donde vivía y trabajaba la tripulación, vibraba con un zumbido parecido a una colmena repleta de insectos furiosos. Para conectar el *Aurora IX* al sistema de amarre de la estación sin destruir la nave, la estación o ambas, se necesitaba el pilotaje más delicado y controlado posible.

Afortunadamente, el capitán Bright era un piloto muy dotado.

—Vamos a entrar —dijo, viendo las luces verdes en su panel de control que anunciaban que el diagnóstico daba por bueno el sellado. Levantó la cabeza y vio a su equipo, el contra maestre Innamin y el alférez Peeples, enfundado en los trajes de emergencia sacados de las taquillas del Vigalarga.

—Esta estación tenía una tripulación de siete miembros —dijo Bright—. No es muy grande, pero tiene muchos rincones. No responden a nuestros mensajes, lo que significa que o están heridos o los sistemas del colector quedaron dañados tras el impacto. Tendremos que registrarla. Nos separaremos y cada uno se ocupará de una tercera parte de las cubiertas. Si encuentran a alguien, llévenlo al compartimento estanco. Si necesitan ayuda, llamen al droide.

Señaló el cilindro plateado y redondeado por los extremos que flotaba en el exterior de la cabina. Un droide píldora. Un diseño muy simple, con un gran ojo redondo de cristal y una rejilla parlante debajo. No parecía particularmente práctico, pero era engañoso. Bright había visto aquellas cosas en acción. El droide tenía varios brazos extensibles ocultos tras paneles de su cuerpo y podía usarlos para cualquier cosa, desde apartar cascotes de encima de víctimas atrapadas hasta practicar operaciones quirúrgicas básicas en el terreno. Una maquinaria muy útil que convenía tener siempre a mano.

—Vamos —dijo Bright, apretando el botón que abría el compartimento estanco del *Aurora IX*.

Una ráfaga de aire caliente le llegó desde la maltrecha estación, trayendo aromas a humo cargado de sustancias químicas, plastoide fundido y metal sobrecalentado.

—Está ardiendo —dijo el alférez Peeples, con su trompa vibrando casi tanto como la estación—. Apesta. Quizá el colector solar ha desayunado mucho farfar.

—Sí, bueno, yo también lo noto... mis tentáculos son casi tan sensibles como tu nariz, Peeples. Ponte la máscara y haz respiraciones cortas. Tenemos trabajo.

Los tres operativos se dispersaron por la estación. El humo se hizo más denso y, a pesar de las lentes de tecnoaumento que llevaban, pronto quedó claro que la inspección visual sería inútil. Los tres gritaban al cambiar de cubierta, esperaban a recibir la respuesta y continuaban adelante.

Bright estaba cada vez más seguro de que todos los ocupantes de la estación habían muerto, cuando oyó una voz llamando débilmente desde detrás de un puesto de control derruido.

—Por favor, estoy aquí... por favor.

Fue hacia la voz y vio a una humana de piel oscura sentada con la espalda apoyada en un mamparo. Sangraba por un lado de la cabeza, desde una herida en el cuero cabelludo. A su lado había otro tripulante, inconsciente. Ella había colocado la cabeza de su compañero sobre su regazo, pero no parecía poder ayudarlo en nada más.

—Soy de la República —le dijo Bright a la mujer—. Soy el capitán Bright. No se preocupe, señora, los sacaremos de aquí. ¿Cómo se llama?

—Sheree —dijo ella, débilmente—. Este es Venn. No... no estoy segura de que... quizá esté muerto. Hace rato que no se mueve.

—No se preocupe por eso ahora, Sheree. ¿Hay más tripulantes vivos?

—No lo sé. Perdimos contacto cuando... todo se incendió. Los comunicadores no funcionan.

Justo lo que Bright pensaba.

Sacó un comunicador de su cinturón y se lo acercó a la boca.

—Innamin, Peeples, tengo dos supervivientes. Uno está demasiado herido para moverse. Voy a llamar al droide píldora y los llevaré al Vigalarga. ¿Han encontrado algo?

Mientras hablaba, apretó el botón de un control remoto que llevaba en el cinturón para llamar al droide de rescate. Esperaba que la máquina pudiera hacer algo por el

hombre inconsciente... Venn. Y, si no podía, la enfermería del *Aurora IX* estaba equipada para atender distintos tipos de emergencias.

El comunicador de Bright cobró vida con un chisporroteo.

—No hay más supervivientes, capitán —dijo Innamin, entre un montón de estática, era evidente que la estación dañada estaba causando interferencias—. Pero tenemos otro problema.

—Cuéntame —dijo Bright, viendo que el droide de rescate entraba volando silenciosamente en la estancia.

Hizo gestos a Sheree de que iba a continuar con su registro. Ella asintió, con expresión dolorida pero agradecida.

—He empezado por el nivel más bajo —prosiguió Innamin—. Es donde guardan el material operativo de la estación... energía, sistemas de soporte vital, todo eso. He tenido una corazonada y he ido a revisar el reactor principal. Me alegro de haberlo hecho. Está gravemente dañado. Es inestable. Si no se repara, estallará, seguro.

«Maldición», pensó Bright. No esperaba que aquello fuera fácil, pero esto lo convertía en un desafío mucho mayor.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó.

—Sinceramente, señor, si dependiera de mí, nos marcharíamos ahora mismo. Puede estallar en cualquier momento.

—¿No puedes hacer nada? ¿Estabilizarlo lo suficiente para que podamos seguir con el registro? He encontrado dos supervivientes... puede que haya más.

Innamin tenía entrenamiento como ingeniero. De los tres tripulantes del *Aurora IX* era el único con capacidad para plantearse reparar un reactor dañado. Eso también significaba que era el único que podía evaluar adecuadamente si se podía hacer algo al respecto. Innamin podía decir: «Lo siento, no. Tenemos que marcharnos, hemos hecho todo lo que podíamos», ¿quién notaría la diferencia? El muchacho era joven, tenía mucha vida por delante. Bright tampoco lo habría culpado si le dijera que debían marcharse.

—Lo puedo intentar —dijo Innamin—. Quizá pueda ganar unos minutos.

Bright sintió que le llenaba el orgullo.

—Todos somos la República —dijo.

—Todos somos la República —contestó Innamin.

—Acabaremos todos muertos si no concluimos el registro de la estación —intervino el alférez Peeples, desde otra cubierta—. Tengo otro superviviente. Gravemente herido. Mándeme un píldora.

Un temblor sacudió la estación, un golpe seco y rápido, como si alguien desde fuera la hubiera atizado con una vara de duracero de centenas de metros. Hizo trastabillarse a Bright, que apenas pudo sujetarse para evitar una caída que podría haber sido muy fea. Estaba convencido de que aquello era el final. Estallarían en pedazos, tres aspirantes a héroes caídos en un instante, junto a la gente que pretendían salvar. Pero el temblor se calmó y aún tenía la cubierta bajo sus pies y paredes a cada lado. La estación seguía

intacta. Bright decidió considerar aquel incidente como un recordatorio claro de que debían marcharse de allí cuanto antes.

—Contramaestre, consíguenos algo de tiempo —dijo, incorporándose—. Alférez Peebles, te mandaré el droide en cuanto haya terminado con mis dos supervivientes. Sigo buscando.

Bright echó a correr, mirando de lado a lado, buscando contornos de persona entre el humo.

—Pero, por la luz... los dos... dense prisa.



CAPÍTULO TRECE

HETZAL PRIME.

30 minutos antes del Impacto.

Los dos Jedi, Bell Zettifar y Loden Greatstorm, aprendiz y Maestro, corrieron hacia los deslizadores de los saqueadores. Sus espadas láser chisporroteaban y cortaban al aire mientras corrían. Las armas emitían un sonido único en la galaxia. A Bell le sonaba a habilidad, a entrenamiento, a concentración, a último recurso, al arte de los Jedi.

Las espadas láser estaban diseñadas para acabar con los conflictos. Estaban diseñadas para herir solo lo necesario y, cuando no había otra salida posible, mataban rápido. La espada láser hacía el daño que quien la empuñase quería. No había daños colaterales con ella.

El zumbido del filo de Bell le hacía pensar en todas aquellas cosas a la vez. Sospechaba que los saqueadores, a los que se acercaban rápidamente, debían asociar cosas muy diferentes a aquel sonido. Pensó que probablemente les sonaba a... consecuencias.

Los saqueadores los vieron llegar, ¿cómo no iban a verlos? Bell pensó que eso también formaba parte del sentido de las espadas láser. Eran relucientes, brillaban, imposibles de ignorar. Con su sonido y luz, el enemigo recibía la advertencia, tenía la opción de renunciar a combatir. ¿Acaso no era siempre esa la mejor solución posible?

Aquella gente malvada no parecía opinar lo mismo. Malvada, esa era la palabra correcta. Cualquiera que disparase a una multitud indefensa para intentar colarse en la mansión y robar la nave estelar... era la pura definición de maldad.

Unos veinte saqueadores esperaban, repartidos entre sus dos deslizadores. Ambos vehículos llevaban cañones grandes montados en la parte trasera, que giraron para apuntar hacia los Jedi, y un potente zumbido llenó el ambiente mientras las enormes armas se cargaban.

—¿Por qué la Fuerza nos pide luchar hoy? —preguntó Loden.

—Por la vida y la luz —contestó Bell.

Los cañones de los deslizadores dispararon una potente ráfaga de descargas bláster, un caos abrumador, traqueteante y desgarrador, que sonaba a muerte.

Bell aún no dominaba muchas de las artes Jedi. Loden hacía bien en presionarlo, aprovechando cualquier oportunidad para entrenarlo y apuntalar sus talentos. Era un padawan, probablemente lo seguiría siendo algún tiempo. Pero la espada láser... le había resultado de lo más natural desde el primer día.

Loden y Bell desviaron todas las descargas bláster. Los disparos eran letales, densos núcleos de energía a alta potencia y a una velocidad extraordinaria, pero no eran nada contra las espadas láser de los Jedi. No eran nada para la Fuerza. Desviaron la mayoría de las descargas hacia el cielo, lejos de la multitud, pero los dos Jedi mandaron unas pocas contra los deslizadores, muy precisas. No necesitaron coordinarse; Bell eligió el deslizador de la izquierda, Loden el de la derecha, con la elección clara para ambos gracias a la Fuerza. Las descargas rebotaron en sus filos lanzando chisporroteos de energía.

Los cañones explotaron, convirtiéndose en chatarra retorcida, humeante y fundida. Los saqueadores que los operaban murieron, como percibió Bell, a pesar de lo concentrado que estaba en protegerse y proteger a los que lo rodeaban, mediante la conexión que sentía con los demás Jedi del sistema gracias al esfuerzo de la Maestra Kriss desde el *Tercer Horizonte*.

Se habían deshecho de los cañones, pero no eran las únicas armas de los saqueadores. Disparos de armas de mano brotaron de los deslizadores humeantes; rifles, escopetas y pistolas bláster. No importaba. Loden y Bell siguieron avanzando, implacables, con sus relucientes espadas láser.

Una granada de fragmentación salió disparada del tubo que sujetaba uno de los asaltante, directamente hacia un grupo de refugiados. Loden Greatstorm alargó una mano sin detenerse y la granada giró en ángulo recto, pasando del plano horizontal al vertical y volando directa al cielo, hasta que estalló inofensivamente centenas de metros sobre sus cabezas. Las esquirlas de metal que habrían hecho picadillo a docenas de personas, cayeron en unas tierras de cultivo contiguas a la mansión de los Ranoraki.

Bell sintió el gran enojo de su Maestro por la maniobra de los asaltantes y estuvo a punto de compadecerse de ellos.

Los dos Jedi saltaron y dieron una voltereta en el aire, desviando más descargas bláster. Debían reconocer que aquellos saqueadores, aquella gente siniestra y egoísta... tenían buena puntería. Pero tampoco importaba.

Bell aterrizó sobre el deslizador de la izquierda, Loden en el de la derecha, como si lo hubieran hablado. Los saqueadores por fin estuvieron listos y saltaron de sus vehículos, dispersándose entre la multitud... pero no antes de que los Jedi desarmasen a algunos con precisas estocadas de sus espadas láser o usando la Fuerza para arrebatarles las armas de las manos.

—Maldición —dijo Loden, mientras los últimos villanos, unos ocho, se perdían entre la gente—. Algunos van armados. Pueden tomar rehenes. Debemos atraparlos, ahora.

—Lo sé, Maestro, pero ¿cómo vamos...?

Un chasquido y, de repente, Bell solo vio una luz dorada, intensa y cegadora, llenando todo su campo de visión. Su nariz se llenó del aroma a aire sobrecalentado e ionizado. Calor, luz y color... un filo de espada láser. Una descarga láser perdida inofensivamente en el aire, un destello de luz que solo un momento antes le iba a hacer un agujero en la frente.

Bell lo entendió. Su Maestro le acababa de salvar la vida.

Miró detrás del filo de Loden y vio que los guardias de los Ranoraki, aún apostados sobre las puertas cerradas, habían apuntado sus armas y les estaban disparando.

—Idiotas —dijo Loden.

—¿Qué hacen? —preguntó Bell, levantando su espada láser y desviando una descarga de bláster—. Creía que había llegado a un acuerdo con ellos.

—Quizá no lo hayan entendido bien —gruñó Loden—. Están apostando fuerte. Creen que entre ellos y los saqueadores podrán acabar con nosotros.

—Es una locura —dijo Bell—. Con todo lo que pasa, ¿y buscan pelea?

—Están asustados. Intentan recuperar cierto control sobre una situación incontrolable.

Desde la multitud, más fuego de bláster cuando los últimos saqueadores vieron su oportunidad y decidieron abrirse paso a tiros hasta la puerta. Aquello se estaba transformando en un caos, en una batalla sin cuartel, con las familias de refugiados respondiendo al ataque... por lo que quedaba claro que algunos llevaban armas.

Además, seguía acechando el desastre mayor. Cuanto más tiempo pasasen en el planeta, más probable era que todos murieran cuando los proyectiles impactasen en la superficie. De hecho, parecía que algunos ya lo habían hecho.

Más al oeste, una enorme nube negra se alzaba hacia el cielo como una gigantesca columna, expandiéndose en un denso platillo al llegar a la atmósfera alta. Gritos de terror brotaron entre la multitud de refugiados. Las nubes negras gigantes en el horizonte nunca eran buen augurio.

—Hay que parar esto —dijo Loden.

—Estoy de acuerdo —dijo Bell—. Pero ¿cómo?

Su Maestro miró la batalla. Después miró al cielo, donde el *Nova* seguía trazando círculos lentamente, a gran altura. Quizá estaba buscando las ardientes estelas caídas del espacio como una lluvia de muerte, que ni siquiera una espada láser podría repeler, por bueno que fuera quien la empuñara.

En realidad estaba analizando, decidiendo. Urdiendo un plan.

—Aprendiz —dijo Loden—. Protégeme.

Sin esperar a ver cómo interpretaba la orden su padawan, Loden desactivó su espada láser. Justo a tiempo. Bell desvió una descarga que le habría atravesado el pecho a su Maestro.

«Favor pagado, Maestro», pensó.

Loden cerró los ojos y levantó una mano frente a su pecho, con la palma hacia fuera. Extendió los dedos, como si fueran una estrella.

Eso fue todo lo que Bell pudo ver. Se colocó delante de su Maestro, con su espada láser en posición de guardia, y repelió las descargas de bláster de vuelta hacia los guardias de los muros.

«No pasará nada», pensó. «Protegeré a mi Maestro».

Sintió una crecida en la Fuerza a su espalda y ocho figuras se elevaron del suelo. Los últimos saqueadores. La mayoría soltó las armas, algunos dispararon al aire, sin darle a

nada, gritando enfurecidos, agitando los brazos, hasta que los blásters saltaban de sus manos.

Bell estaba fascinado. Aquel era el poder de los Jedi. Aquel, algún día, podría ser él. Algún día lo sería.

Incluso los guardias de los Ranoraki dejaron de disparar, mientras todas las miradas se concentraban en los asaltantes que se elevaban en el aire. Cada vez más y más alto, tres metros, cinco, diez... y entonces cayeron. Cayeron como rocas lanzadas desde un acantilado, gritando durante un segundo y medio. Después se estrellaron y los gritos se convirtieron en gemidos de dolor.

No estaban muertos. Bell lo habría percibido. Pero no volverían a matar a nadie. Ese día no. Quizá nunca más.

La multitud estalló en una ovación que los dos Jedi ignoraron. Hacían su trabajo porque era lo correcto, nada más.

—Gracias, Bell —dijo Loden.

—De nada, Maestro.

Loden levantó la empuñadura de su espada láser. Señaló las puertas de la mansión, aún cerradas a cal y canto, y clavó su mirada en los ojos del capitán de la guardia.

Activó su espada láser y, mientras su núcleo de fuego y luz cobraba vida, las puertas se abrieron hacia dentro con un fuerte chirrido, después de que la Fuerza y la maestría de Loden volasen la cerradura. Las pesadas puerta metálicas se estamparon contra las paredes interiores del recinto con tanta fuerza que parecía que iban a saltar de sus goznes.

—¿Lo entienden ahora? —les gritó a los guardias, mientras los refugiados entraban en la mansión a la carrera, directos hacia la nave estelar.

El capitán de la guardia se quedó mirando a los refugiados un instante y después miró a Loden. Entonces tiró su rifle, como el resto de sus guardias.

Loden bajó su espada láser y miró a Bell.

Sonrió.

Entonces, un instante de incertidumbre para Maestro y aprendiz.

—¿Percibe eso? —dijo Bell—. De la Maestra Kriss, en el *Tercer Horizonte*.

—Sí —contestó Loden—. Algo va mal.



CAPÍTULO CATORCE

EL *TERCER HORIZONTE*.
25 minutos para el impacto.

Avar Kriss estaba de pie ante la pared proyectora del puente del *Tercer Horizonte*, que aún mostraba el sistema Hetzal. La crisis había evolucionado de una fase de reacción a una de manejo. Hacía rato que no aparecía ningún nuevo fragmento desde el hiperespacio y ya se habían desecho de muchos de los proyectiles existentes, de una manera u otra.

Seguía escuchando la canción de la Fuerza y sabía que llegaban más Jedi al sistema, dispuestos a usar sus habilidades para ayudar.

Al mirar la pantalla, vio a Jora Malli y Sskeer ejecutando una maniobra compleja junto a dos Vigalargas de la República y destruyendo un fragmento poco antes de que chocase con un transporte con millares de evacuados a bordo.

—Listo —llegó la voz de Jora por el comunicador del puente, absolutamente impasible.

—Gracias, Maestra Malli —dijo el almirante Kronara, de pie a la izquierda de Avar—. No... no estaba seguro de que pudieran llegar a tiempo.

—Gracias a la Fuerza, almirante —dijo Jora—, y a sus hombres. Ha sido un esfuerzo conjunto. Ahora, si me disculpa, voy a ver qué más podemos hacer Sskeer y yo por aquí.

«Algo va mal», pensó Avar. Sabía que era cierto, lo sentía en sus huesos, pero no lograba identificar qué le resultaba extraño.

—Comunicación desde Coruscant, almirante —gritó uno de los oficiales del puente—. Es la Canciller Soh, solicita un informe del estado.

—Pásela, teniente. Creo que le alegrarán las buenas nuevas.

Kronara se volvió hacia ella, sonriente. No estaba contento, exactamente... había muerto gente en aquel sistema y seguían sin saber qué había originado el desastre, pero estaba claro que sentía que había hecho su trabajo bien, sin preaviso y sin ninguna planificación. Habilidad, entrenamiento e intuiciones acertadas habían solucionado el problema, el desenlace perfecto para cualquier militar.

—No debería decir esto —dijo el almirante Kronara—, pero creo que lo peor ya puede haber pasado.

«No debería decir eso», pensó Avar. La Fuerza seguía cantando en su mente, y en medio de todo, aún un enorme hueco en blanco. Un silencio. Algo que no percibía.

El almirante fue hasta un puesto de comunicaciones para responder la llamada de la canciller. Avar no apartó la vista de la pantalla.

«¿Qué me está pasando?», se preguntó. «¿Qué?».

Algo llamó su atención, una de las anomalías hiperespaciales, bien sumergida en el sistema, no muy lejos del mayor de los tres soles de Hetzal.

Avar hizo un gesto al oficial de puente más cercano y señaló la pantalla.

—Eso —dijo, señalando la anomalía cercana al sol—. ¿Qué es eso, teniente?

El oficial miró donde le señalaba.

—Uno de los fragmentos, Maestra Kriss —contestó—. No lleva seres vivos a bordo, podemos ignorarlo.

—¿Ignorarlo? ¿Por qué?

Tecleó algo en su datapad. Una línea de puntos apareció en la pantalla, mostrando la trayectoria del proyectil. Debía trazar un arco corto por el interior del sistema y después se perdería en las profundidades del sol.

—Como puede ver —dijo el teniente, señalando la pantalla—, caerá en la estrella y será volatilizado. Por suerte, de hecho... no tenemos ninguna nave cerca. Salió del hiperespacio muy adentrado en el sistema y la mayoría de nuestros recursos están desplegados en otros puntos.

Avar frunció el ceño.

—Hay algo más en esa anomalía. La Fuerza me ha hecho fijarme en ella y debemos averiguar por qué. ¿Sabe qué es? ¿Concretamente?

El oficial titubeó, mirando la pantalla atentamente, como si fuera a revelar algo nuevo.

—Está demasiado lejos para que nuestros sensores de a bordo obtengan más información, señora. Pero puedo consultar a los administradores hetzalianos. Quizá tengan algún satélite cerca capaz de suministrarlos más datos.

—Por favor —dijo Avar—. Dese prisa.

El oficial asintió y fue hacia un puesto de comunicaciones.

El almirante Kronara, tras su conversación con la canciller, llegó junto a ella.

—¿Qué sucede, Maestra Jedi? —preguntó.

—¿Cómo está la canciller?

—Aliviada, diría. No ha sido un buen día, pero sabe que podría haber sido mucho peor. La Canciller Soh me ha hecho un montón de preguntas que aún no puedo responder, sobre el origen de las anomalías, si volverá a pasar, esas cosas. Piensa a largo plazo.

—Es su trabajo —dijo Avar—. ¿Qué cree que hará?

—Yo diría que le preocupa que esto haya sido un ataque. Sé que es improbable, pero no imposible. Los enemigos no suelen anunciar sus intenciones de golpearlo con antelación.

—Tampoco suelen mandar compartimentos de pasajeros sin motor repletos de gente, almirante. ¿Qué se supone que son? ¿Una especie de fuerza invasora?

—No tengo la menor idea, Maestra Kriss. Podría tratarse de una táctica extraña que no comprendemos. Lo importante es que estábamos aquí para ayudar a pararlo y...

—Señor, señora —dijo el teniente, y los dos se volvieron hacia él. El oficial estaba pálido y Avar pudo sentir que estaba al borde de la desesperación. Como si acabase de saltar por un acantilado—. Ya saben que hemos estado cotejando los datos de nuestros sensores con los recursos del sistema, coordinados a través de la oficina del ministro en Ciudad Aguirre. Su técnico jefe es un hombre llamado Keven Tarr... ha logrado cosas bastante notables, como mantener la red de satélites activa a pesar de los daños causados por las incursiones hiperespaciales. Es realmente impresionante y...

—Teniente, por favor —dijo el almirante Kronara—. ¿Qué pasa?

El oficial asintió y continuó.

—Tarr redirigió todo lo que tiene para analizar la anomalía que nos indicó la Maestra Kriss... la que, eh, le señaló la Fuerza. Resulta que es una especie de módulo contenedor, enorme y dañado. Tiene una fuga. Es leve, pero suficiente para que la red de Tarr pudiera realizar un análisis espectrográfico. Es...

El teniente respiró hondo.

—Es tibanna líquido. Todo. Y la estrella a la que se dirige es de clase R.

El almirante Kronara maldijo, asustando levemente a Avar.

—¿Eso es malo, entiendo? —preguntó ella.

El almirante se quedó mirado la pantalla, con la mandíbula tensa.

—Si le soy sincero —dijo, girándose hacia ella—. No se me ocurre nada peor.



CAPÍTULO QUINCE

SISTEMA HETZAL. SOBRE LA LUNA AFRUTADA.

20 minutos para el impacto.

Tres Vectores Jedi volaban en formación encima y a ambos lados del Vigalarga de la República que tripulaban Joss y Pikka Adren. Te'Ami a la derecha de la nave de mayor tamaño, Mikkell Sutmani a la izquierda y Nib Assek y Burryaga sobre ella. Habían llevado sus naves hasta el límite de sus capacidades, persiguiendo al veloz proyectil que iba a impactar en la luna Afrutada en unos minutos, matando a miles de millones de seres, los habitantes de la luna y la gente a bordo de la anomalía.

Habían reducido mucho la distancia, quemando prácticamente todo su combustible en el proceso, pero ahora tenían el objeto a tiro. Sus sensores habían identificado, finalmente, que se trataba de un compartimento de pasajeros modular, del tipo que se adhería a los chasis de cargueros para poder transportar pasajeros. Notablemente autosuficiente, con sistemas de soporte vital y baterías de a bordo, incluso emisores de campo de hiperimpulsión individuales conectados a los sistemas de navegación y propulsión de su nave nodriza. En ese momento, era como una gran cápsula de salvamento, pero sin motores, incapaz de maniobrar ni frenar. Aunque eso explicaba que llevara personas a bordo, no aclaraba por qué había aparecido de repente en el sistema Hetzal desde el hiperespacio.

Te'Ami tenía sus sospechas. Imaginaba una nave viajando por el hiperespacio, una nave de carga, con compartimentos dedicados a todo tipo de cargamentos, materias primas, combustible... y pasajeros, probablemente colonos rumbo a una nueva vida en los poco habitados mundos del Borde Exterior. Algo le sucede a la nave en la hipervía y salta en pedazos. Todos esos fragmentos salen del hiperespacio a la vez. Por mala suerte, justo por el punto de acceso de Hetzal.

La mayoría de los cascotes eran simples pedazos de metal. Pero algunos, si disponían del blindaje adecuado, podían ser compartimentos de pasajeros, aún vivos, pero incapaces de detener su vuelo descontrolado por el espacio, invadidos por el miedo y el pánico que Burryaga había sentido, deseando morir. Esperando una ayuda que no llegaría.

Pero, a pesar de todo, la ayuda había llegado. Los Jedi y la República estaban allí y le salvarían la vida hasta al último de aquellos seres y a todos los habitantes de la luna Afrutada.

—Ahora —dijo Te'Ami, transmitiendo la orden simultáneamente a Nib, Mikkell y Burryaga, además de a Joss y Pikka. Era hora de hacer su trabajo.

Los Jedi habían debatido su plan, aunque brevemente. A primera vista, la tarea era sencilla. Se proyectaron con la Fuerza, tocaron el compartimento de pasajeros desde todos lados, lo envolvieron con toda la energía que pudieron reunir y asimilaron su naturaleza lo mejor que pudieron. Cada superficie, cada viga, cada puntal y cable. Y, lo más importante, las vidas del interior, los seres a los que intentaban salvar.

Rodearon el veloz fragmento con la Fuerza. Te'Ami había visto un rodeo en un mundo llamado Locura de Chandar. El objetivo era someter animales salvajes usando solo cuerdas o cables. Los valientes idiotas que participaban en el rodeo lanzaban sus lazos alrededor del cuello de la bestia, saltaban sobre su lomo y la cabalgaban, hasta que salían despedidos o la bestia terminaba calmándose.

Generalmente, los aspirantes a jinetes eran lanzados hasta unos cuatro o cinco metros de altura, antes de estrellarse contra la arena. A veces, los aterrizajes eran duros, otras más suaves.

Aquello era igual, estaban laceando un compartimento de pasajeros con la Fuerza, pero las oportunidades de aterrizar suavemente parecían mínimas. Los Jedi atraparon el cascode volante con sus cuerdas y tiraron de ellas. Te'Ami sintió que le faltaba el aliento, que los pulmones se le vaciaban. Nada había cambiado en su posición física, seguía sentada en la cabina de su Vector, volando a la misma velocidad, pero no lo sentía así. Se sentía como si la hubieran arrojado al espacio abierto y la estuvieran arrastrando, completamente fuera de control.

Parecía imposible que nada de lo que los cuatro Jedi pudieran hacer fuera a influir en la velocidad de aquella cosa, pero debían intentarlo. Joss Adren había sido muy claro... aunque solo fuera un uno por ciento, podía marcar la diferencia.

—Ralentí... cen... —balbuceó, hablando entre dientes. Podía notar el aceite acumulándose en sus costillas, la respuesta instintiva de su cuerpo a una gran tensión. El hedor punzante de aquella sustancia llenó la cabina, un retraso evolutivo y un mecanismo de defensa de los tiempos en que los duro podían ser devorados por muchas de las bestias que merodeaban por su mundo.

—Eso intento... —respondió Mikkel, con la tensión de su voz filtrándose por el traductor. Te'Ami se preguntaba cómo respondían los ithorianos a la tensión. Produciendo gran cantidad de una especie de aceite repugnante seguro que no.

—Capitán Adren —dijo Te'Ami—, hemos hecho todo lo que hemos podido. Si va a intentar algo, es el momento.

—Recibido, Maestra Jedi —replicó Joss. También parecía tenso—. Recuerde, si pueden mantener el módulo íntegro cuando nos enganchemos, les estaremos muy agradecidos. Esto se puede complicar.

—Haremos lo que podamos.

—Muy bien. Disparando magnetoabrazaderas en tres... dos...

Cuatro discos metálicos salieron disparados al espacio, virando hacia el compartimento de pasajeros. Aquella cosa desprendía gases desde algún sistema de refrigeración o soporte vital, creando una densa bruma en la que se perdieron los discos.

Se desenrollaron unos cables gruesos y plateados, conectados a los cabestrantes del Vigalarga, con los que iban a intentar frenar el compartimento de pasajeros. Tres cables se tensaron, mientras el otro flotaba en el espacio.

—Lo hemos alcanzado con tres de los cuatro. No podíamos esperar nada mejor. Vamos a activar los retropropulsores. Preparados.

En la Fuerza, Te'Ami pudo sentir nuevas tensiones en el sistema, con todas sus complejas conexiones e hilos. Del Vigalarga con el compartimento de pasajeros, de la Fuerza con los Jedi, del compartimento con la Fuerza... y ahora la nueva nota confusa de los desdichados supervivientes del interior, que debían haber oído los golpes de las abrazaderas al adherirse, probablemente como patadas de un gigante, sin saber lo que estaba a punto de sucederles.

Sinceramente, Te'Ami tampoco lo sabía. El Vigalarga activó sus propulsores y salió de la formación de naves, mientras los largos y gruesos cables se estiraban, estrechándose hasta límites imposibles, desapareciendo incluso de la vista. El capitán Adren les había avisado que la seda que formaba los cables se podía estirar casi hasta el nivel molecular sin perder resistencia. Los cables estaban resistiendo. El compartimento al que estaban conectados... no tanto.

—Va a saltar en pedazos —dijo Nib Assek. Burryaga gimió quejosamente.

—No, aguantará —gruñó Mikkel—. No lo permitiremos. Solo... sujétenlo.

—Dejen de hablar y háganlo —dijo Te'Ami.

Aquella estresada gran caja de metal, plastoide y cables no quería seguir existiendo en su forma actual. Aquello era demasiado y lo sabía. Se quería desintegrar, escapar de aquel peso y calor y convertirse en una nube de pedazos más pequeños, libres de volar en sus propias trayectorias.

De no ser por los Jedi, habría pasado exactamente eso. Usaron la Fuerza para mantener el contenedor de una pieza, con los lazos que antes habían empleado para ralentizarlo concentrados ahora en mantener su integridad.

No parecía que fuera a funcionar. Era demasiado. Y, por si fuera poco, los exhaustos Jedi debían volar con sus Vectores a máxima velocidad, lo bastante cerca del compartimento de pasajeros para no perder aquella conexión.

Y, en un rincón de sus mentes, una distracción, una nueva crisis aflorando en otra parte del sistema. Una sensación creciente de alarma extendiéndose por la red de Avar Kriss... pero no tenían tiempo para eso. Tenían su propia crisis entre manos.

El compartimento daba sacudidas, como un montón de piedras a punto de desmoronarse después de que alguien saque una. Te'Ami lanzó un gruñido de gran tensión, tan física como mental. Podía sentir el compartimento tirando de ella y ahora sabía que, si lo soltaba, si relajaba la sujeción aunque solo fuera un poco, su Vector se destruiría. Ya no se trataba solo de las vidas de los que iban a bordo del compartimento o de los habitantes de la luna, tan cercana ya que podía verla alzándose ante ella, cada segundo un poco más grande.

Te'Ami apartó aquellos pensamientos. Cerró los ojos y dejó que la Fuerza la guiase. Durante largos segundos, solo caos, tensión, estrés. Y después... un alivio. Un leve alivio de la tensión, pero lo simplificó todo. Como había dicho el capitán Adren, un simple uno por ciento podía marcar la diferencia.

Entonces ese uno se convirtió en dos, y después siguió creciendo, y los objetos que forcejeaban hasta hacía poco se convirtieron en un sistema compacto.

El compartimento perdió velocidad. Cada vez más, hasta que se detuvo, mientras el Vigalarga recogía sus cables.

—Uauh —sonó la voz del capitán Adren por el comunicador—. No creía que fuera a funcionar.

—A buenas horas lo dice —fue la respuesta de Mikkell. Incluso por su traductor, sonaba profundamente extenuado.

—Casi he terminado mi combustible —dijo Joss, ignorando el comentario—, dos segundos más y tendría que haber desactivado los propulsores. No lo podríamos haber hecho solos. Gracias, Jedi.

—Nosotros tampoco habríamos podido hacerlo solos —dijo Te'Ami—. Y la idea fue suya. Creyera lo que creyera, ha funcionado.

Pikka Adren intervino.

—Podemos ponernos los trajes espaciales e ir para allá, a ver si hay manera de sacar a los pasajeros. Si no la hay, lo podemos remolcar hasta una estación y amarrarlo allí. Como mínimo, podremos ofrecer asistencia médica. Estoy segura de que están bastante magullados.

—Muy bien —dijo Te'Ami—. Gracias. Dejaremos constancia de cómo hemos logrado esto... estoy segura de que esta información le será muy útil a otros equipos de rescate.

Maniobró su Vector para pasar por encima del compartimento de pasajeros. El módulo tenía ojos de buey repartidos por toda su superficie y tras ellos pudo ver caras. Seres de todos los tipos y edades, vivos. Sintió que su miedo empezaba a amainar, remplazado por...

Una enorme luz de alarma atravesó la red sistémica de conciencia que mantenía Avar Kriss. De nuevo, sin palabras. Pero, si la sensación pudiera traducirse en palabras serían estas: «Jedi. Los necesitan. Ahora».

Algo iba mal, muy mal.



CAPÍTULO DIECISÉIS

COLECTOR SOLAR 22-X 10 minutos para el impacto.

La estación dio una sacudida, lanzando al capitán Bright contra una pared. Se golpeó fuerte, logrando agarrarse a duras penas a un puntal para no abrirse la cabeza en la caída.

El droide píldora, que flotaba unos metros más adelante, en el pasillo en llamas, no pareció notar la sacudida... aunque, claro, no estaba en contacto con la cubierta. Flotaba, tan sereno como siempre, con su camilla desplegada y ocupada en esos momentos por un diminuto anzellano inconsciente, que dejaba un rastro de sangre morada a su estela.

No estaban lejos del *Aurora IX* y con el anzellano ya eran siete tripulantes rescatados del colector solar, todo el destacamento. Habían hecho su trabajo y, por ahora, todos habían sobrevivido, un verdadero milagro. Ahora la cuestión era si podrían alejarse de la estación lo suficiente antes de que explotase. Lo que iba a suceder en cualquier instante, como sugerían los mensajes cada vez más urgentes que recibía de la cubierta de ingeniería.

Bright levantó su comunicador.

—Contramaestre Innamin —gruñó—. ¿Qué rayos ha sido eso? ¿Creía que habías dicho que podías mantener la estación estable?

—Lo que he dicho, capitán, es que no podía hacerlo —replicó Innamin, con voz temblorosa por la irritación y el pánico—. El reactor va a estallar. No puedo evitarlo. Solo debemos estar lejos cuando suceda.

—Muy bien —dijo Bright—. Ya tengo al último tripulante. Llegaremos al Vigalarga en unos treinta segundos. Sube que soltamos amarras y nos marchamos.

El droide píldora había llegado al compartimento estanco, donde esperaba el alférez Peeples. Le había ordenado que estabilizase a los tripulantes heridos del colector solar en la enfermería del *Aurora IX*. Su hocico afilado zumbó al ver al anzellano.

—Ooh —dijo, en un arrullo—. ¿Quién es este pequeñín?

Peeples recogió al tripulante herido y lo acurrucó contra su pecho. La camilla del droide se desmontó y se plegó prodigiosamente, antes de desaparecer dentro de su caparazón.

—Maldita sea, Peeples, no es un niño. Llévalo a la enfermería y asegúrate de que estén todos bien atados y preparados para marcharnos. Tenemos que volar y puede que sea un poco movidito.

Peeples parpadeó con sus diecinueve ojos y a Bright sus tentáculos le dijeron que el alférez estaba frustrado, presumiblemente por haberle arruinado aquel instante de alegría. Pero se llevó al anzellano.

Entonces se dio la vuelta.

—Por cierto, ha llegado una orden del *Tercer Horizonte* —dijo Peeples—. Evacuación total del sistema. Se supone que deben abortarse todos los esfuerzos de rescate y todas las naves deben acudir a los puntos de acceso al hiperespacio y abandonar Hetzal inmediatamente.

—¿Han dicho por qué? Quedará mucha gente atrás.

Peeples se encogió de hombros, o hizo el extraño espasmo que en su caso significaba lo mismo, y se marchó, canturreando al pequeño ser inconsciente que llevaba en brazos.

Otro temblor en la estación y una llamarada en el pasillo. Bright apenas notó lo que pasaba, mientras el droide píldora volaba con una velocidad que contradecía su habitual elegancia lánguida. Se colocó entre las llamas y Bright. Abrió uno de sus paneles laterales y de este salió una tobera. Lanzó un chorro de espuma extintora contra las llamas, apagándolas antes de que el calor realmente abrumase a Bright.

Soltó el aliento que estaba conteniendo y respiró hondo, dándose cuenta de lo cerca que había estado de terminar quemado vivo. Dio unas palmaditas en la parte superior del cilindro del droide píldora.

—Gracias, amigo.

El droide píldora emitió dos pitidos cortos. Bright no entendía el binario sin traductor, pero captó que era una especie de estoico: «solo hago mi trabajo, señor», lo que le encantó.

Volvió a levantar su comunicador.

—¡Innamin! ¿Dónde demonios estás? ¡Si no apareces ya, me marchó sin ti!

—Bueno... —recibió la respuesta. Ni irritada, ni aterrorizada. Simplemente... resignada.

Eso a Bright no le gustó nada.

—¿Qué pasa, contra maestre?

—No me puedo marchar. Tengo que introducir una secuencia en la consola de control del reactor para inyectar refrigerante cada pocos segundos. Si no lo hago, estallará al momento. He intentado improvisar algún tipo de automatización, pero los procesadores están dañados. Yo... —se le quebró la voz.

—No, vamos a sacarte de aquí —dijo Bright—. Llevo al droide píldora. Podemos enseñarle la secuencia. Puede hacerla él mientras nosotros nos marchamos.

—Capitán... deberían marcharse. Bajar a salvarme les llevará tiempo y...

—Cállate, Innamin —dijo Bright.

Hizo un gesto hacia el sensor ocular del droide píldora, dándole la orden de seguirlo, y echó a correr hacia las escaleras más cercanas.

Bajó las cubiertas lo más rápido que pudo, llegando finalmente al nivel del reactor. Innamin levantó la cabeza, con la cara cubierta de sudor, tan aliviado que parecía que iba a perder el conocimiento.

—Aguanta —le dijo Bright a su subordinado.

La estación volvió a temblar, pero esta vez no paró.

—No tenemos tiempo —dijo Innamin.

—Está claro —dijo Bright—. Enséñale la secuencia al droide.

—Debe hacerlo cuando este indicador se ponga en rojo —dijo Innamin, mientras el indicador se ponía oportunamente en rojo. Apretó cinco botones de la consola consecutiva y rápidamente y el indicador bajó unos grados. No hasta la franja verde, solo hasta la naranja, pero debería bastar.

La secuencia no era muy complicada. Bright la captó a la primera. Evidentemente, el droide también la memorizó. Voló hasta ocupar el puesto de Innamin en la consola, esperando a apretar los botones.

—Vete —le dijo Bright—. Ve al Vigalarga.

—¿Usted no viene?

—Quiero asegurarme de que el droide sabe hacerlo. Vete. Ayuda a Peeples. Solo la luz sabe qué andará haciendo ahí arriba.

—Gracias, capitán, es... esto significa mucho para mí.

—Todos somos la República —dijo Bright.

Innamin asintió y echó a correr, saliendo de la sala del reactor, rumbo a la escalera más cercana.

—Muy bien, máquina bonita —dijo Bright, volviéndose hacia el droide píldora—. Demuéstrame que lo has entendido.

El indicador llegó al rojo y el droide píldora se movió con rapidez y determinación, apretando los cinco botones. El indicador volvió a bajar, menos que la vez anterior, como notó Bright, y la estación parecía un poco más lejos de saltar en pedazos.

—Vale, todo tuyo —dijo Bright—. Tengo que darme prisa. Ha sido un placer trabajar contigo.

Esta vez el droide no respondió, algo que Bright decidió tomarse como resignación. Dio media vuelta y salió corriendo de allí, siguiendo el camino de Innamin. Llegó a la escalera y puso un pie en el primer escalón.

«Funcionará», pensó, con más deseo que convicción.

Y entonces lo sintió, mejor dicho, sus tentáculos lo sintieron, gracias a su habilidad de percibir feromonas incluso en los entornos más contaminados. Allí había otro ser, vivo. Vivo y herido, si sus receptores no le engañaban.

Bright siguió el rastro del olor y allí, detrás de un plafón, encontró un twi'lek, pesado, herido, sangrando e inconsciente. Llevaba el uniforme de la estación y Bright no sabía si a Innamin se le había pasado porque lo distrajo el reactor dañado o porque aquel herido estaba muy escondido, o... Bueno, en realidad tampoco importaba.

Bright se agachó para verlo mejor e intentó levantar al twi'lek. Sus músculos se tensaron, aquel ser inconsciente era un peso muerto. Apenas lo movió.

«No», pensó. «Imposible».

Bright se dio un momento, uno solo, para pensar en aquella vida, las cosas que habría hecho y las que esperaba poder hacer. Pensó en la República y lo que significaba, y en sus juramentos de servirla y servir a sus ciudadanos.

Y volvió corriendo al reactor.

—Yo me ocupo de esto —dijo, apartando al droide píldora y tomando su puesto ante la consola de control. Señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—Tienes un paciente, unos metros después de la escalera. Llévalo a la nave.

El droide rotó y se marchó a toda prisa.

Bright tecleó la secuencia y el indicador retrocedió levemente... menos que la última vez.

Se acercó el comunicador y habló por él.

—Innamin —dijo—. ¿Has llegado?

—Sí, capitán —le llegó la respuesta—. Pero ¿dónde está? Se suponía que venía detrás de mí.

—Cambio de planes —dijo Bright—. Les mando al droide píldora con otro evacuado.

—Pero si ya tenemos a los siete tripulantes.

—Debían de ser ocho.

—Pero el reactor... —dijo Innamin, arrastrando las palabras. Bright casi podía oír los engranajes moviéndose en la cabeza del chico, comprendiendo lo que estaba a punto de suceder.

—Despega en cuanto el droide llegue a bordo. No esperes. Sal de los pozos de gravedad del sistema y márchate de un salto. Reúnete con el *Tercer Horizonte*, si puedes. Si no, vuelve a Coruscant. Parece que las cosas se están desmoronando en todo el sistema, no solo aquí.

—Pero, capitán, quizá...

—No. Escucha, siempre he mantenido la calma contigo cuando hemos volado juntos, Innamin. Tus insubordinaciones, las bromas... siempre he pensado que la vida es muy corta y la nave demasiado pequeña. Pero todo acaba aquí. La vida es corta, contramaestre, condenadamente corta. Te he dado una orden y si no la cumples me encargaré de que te sometan a un consejo de guerra.

Un largo silencio en el comunicador. Los dos sabían lo hueca que era aquella amenaza. Pero no su argumento. Finalmente, Innamin habló, en voz baja.

—Ya veo al droide. Trae al tripulante. ¿Un twi'lek?

—Exacto.

Bright introdujo la secuencia otra vez. El indicador retrocedió. Un poco menos.

Los temblores de la estación habían alcanzado niveles sísmicos. El colector estaba a punto de saltar en pedazos.

—¡Vete, Innamin!

—Ya... hemos soltado amarras, capitán. Revirtiendo propulsores. Rumbo a la distancia de seguridad mínima. No debería tardar.

—Bien —dijo Bright.

El indicador volvía a estar en rojo. Bright introdujo la secuencia. Esta vez, la aguja no se movió. Se quedó en el rojo.

Bright suspiró.

—Capitán, nos vamos —dijo Innamin—. Todos somos la República.

—Claro que sí —dijo Bright—. La República somos...

Calor, luz y nada más.



CAPÍTULO DIECISIETE

HETZAL PRIME. EL *TERCER HORIZONTE*.

4 minutos para el impacto.

—**M**aestra Jedi, ¿está segura de que es la decisión correcta? —preguntó el almirante Kronara.

Avar Kriss podía percibir su preocupación. Era un buen comandante y, aunque técnicamente ella no formaba parte de su tripulación, sabía que se sentía responsable de su seguridad. Sobre todo teniendo en cuenta que si hacía lo que ella le estaba pidiendo, probablemente la estaría condenando a muerte.

—Estoy segura, almirante —le dijo—. Llevamos tantos refugiados como podemos y algunos más.

Echó un vistazo al hangar. Era cierto. Solo aquella sala contenía centenares de seres, sin más equipaje que mochilas con ropa. No habían permitido que nadie llevase nada más. Todo el espacio disponible en el enorme crucero estaba dedicado a salvar vidas. E incluso así había quedado gente en la superficie del planeta. El almirante Kronara y su tripulación habían hecho todo lo que habían podido, pero el *Tercer Horizonte* solo era una máquina y si superaban determinado nivel de peso la nave ni siquiera podría despegar y no salvarían a nadie.

—Tienen miedo —dijo Avar—. Puedo sentirlo. Debe ponerlos a salvo.

—Pero si falla, morirá —dijo Kronara, intentándolo por última vez.

—Ya lo sé, almirante, pero ahí abajo hay miles de millones de personas que no han podido encontrar la manera de salir de Hetzal Prime. —Señaló el cielo abierto, al otro lado del hangar.

La nave estaba cien metros más arriba, detenida sobre los campos de cultivo de los alrededores de Ciudad Aguirre, tras haber abandonado el espaciopuerto cargada con tantos refugiados como podía.

—Si no intento esto —continuó Avar—, morirán. Hasta el último de ellos.

—Pero ¿realmente puede salvarlos? Nunca he oído que algo así sea posible... ni siquiera para los Jedi.

Avar le sonrió.

—Todo es posible en la Fuerza —dijo—. Ahora, tome el *Tercer Horizonte* y márchese. Tengo trabajo que hacer y es importante que informe personalmente a la Canciller Soh sobre lo que ha presenciado aquí. No basta con explicárselo por

comunicador. Nada de esto debería haber pasado. Aquí hay algo raro. Puedo sentirlo. El hiperespacio está... enfermo, a falta de una palabra mejor.

—Por supuesto, Maestra Jedi —dijo el almirante—. Pero eso debería hacerlo usted. Sigo sin entender por qué no puede hacer su tarea desde el espacio abierto. No sé mucho sobre la Fuerza, pero sé que funciona a distancia y, estando segura en la nave, como mínimo tendrá alguna manera de escapar si...

Avar Kriss creía que la mejor manera de ganar una discusión era no tenerla. Bajó corriendo la rampa de salida y saltó al vacío. La nave estaba sobre un campo de un cereal azul que no conocía... solo sabía que era precioso. Usó la Fuerza para reducir su velocidad, dio una voltereta y aterrizó suavemente en terreno arado, entre dos hileras de cereal.

El *Tercer Horizonte* era un vago puntito en el cielo cuando volvió a mirar hacia arriba. El almirante Kronara había aceptado su derrota y no perdía ni un momento para intentar abandonar el sistema. Bien. No tenían mucho tiempo.

«Concéntrate», se dijo. Tenían muy poco tiempo y la misión era prácticamente imposible.

Un tanque de tibanna líquido superenfriado, tan grande como una nave estelar, volando directo hacia uno de los tres soles del sistema Hetzal, una estrella de clase R. Cuando impactase, la naturaleza volátil de la sustancia, combinada con el calor intenso de la estrella y su composición única de nitrógeno pesado, provocaría una rápida reacción en cadena que hincharía el sol hasta casi el doble de su tamaño, emitiendo una radiación que achicharraría todo el sistema en cuestión de segundos. El sistema Hetzal, en poco tiempo, dejaría de existir.

A no ser que la Fuerza tuviera otra voluntad y emplease a sus instrumentos, los Jedi, para evitarlo.

Kronara ni siquiera entendía por qué era tan importante para ella quedarse en el planeta. Él no podía tocar la Fuerza.

Avar necesitaba estar en la superficie de Hetzal Prime porque era un planeta lleno de vida. La Fuerza estaba por todas partes, por supuesto, incluso en las profundidades más gélidas y oscuras del espacio. Siempre podía oír su canción, pero allí, de pie en aquel campo, rodeada de cosas que crecían, que los agricultores de aquel mundo habían cuidado con amor y atención, la canción era potente. Potente y agradable.

Allí no tenía que dedicar tiempo ni energía en buscar una conexión profunda con la Fuerza. Allí la rodeaba por todas partes.

Avar Kriss sacó su comunicador. Lo ajustó al modo solo emisión, consciente de que lo que iba a decir suscitaba dudas en muchos de los Jedi que había en el sistema, algunos de mayor rango que ella. Jora Malli era miembro del Consejo Jedi y aunque pensaba dimitir para ocupar su puesto en la Baliza Starlight, aún no había abandonado el Consejo. Técnicamente, podía ordenarle a Avar que dejase de hacer lo que estuviera haciendo.

Probablemente, no llegaría a tanto... pero ¿por qué correr ningún riesgo?

Pensó en Elzar Mann, que hacía ese tipo de cosas a todas horas. «Mejor pedir perdón que pedir permiso», era su credo.

«Esto le va a encantar», pensó. Y empezó a hablar.

—Amigos Jedi, les habla Avar Kriss. Estoy en la superficie de Hetzal Prime. Ya saben que los he estado viendo trabajar muy duro para salvar este sistema y a sus habitantes. Lo han hecho increíblemente bien. Pero está a punto de pasar algo más, algo terrible, y todos debemos actuar conjuntamente para detenerlo.

»Una de las anomalías hiperespaciales vuela directa hacia el sol más grande del sistema... y es un contenedor de tibanna líquido. Según me cuentan, cuando impacte, provocará una rara reacción en cadena que destruirá todo lo que hay en este sistema.

»Debemos desviar el contenedor de su trayectoria. Le pediremos a la Fuerza que nos asista. Quizá no sea posible y todo el que se quede aquí corre el riesgo de morir si fracasamos. El *Tercer Horizonte* está a punto de abandonar el sistema. Si alguien se quiere marchar puede amarrar en él. Mis mejores deseos para todos.

Avar esperó. Aunque había silenciado las respuestas en el comunicador, la canción del sistema le dijo que ningún Vector había alterado su rumbo hacia el *Tercer Horizonte*. Todos habían decidido quedarse. Los Jedi estaban con ella.

—En marcha —dijo.

Guardó su comunicador. No iba a hacer aquello con palabras.

Avar mandó sus ideas por la conexión con sus compañeros Jedi. Cada uno las recibiría a su manera, una serie de impresiones que esperaba que resonasen adecuadamente en todos ellos. Un plan muy sencillo, de hecho:

«Hay una cosa que vuela muy rápido. Es muy grande y pesada. Debe cambiar de dirección. La encontraremos todos juntos y la empujaremos con la Fuerza juntos, por el mismo punto, de la misma manera y al mismo tiempo, y la desviaremos para que no impacte en el sol».

Simple... pero enormemente complicado. El espacio era grande y había muchos Jedi, coordinando sus esfuerzos para no estorbarse ni tocar la Fuerza sin la sincronía necesaria... bueno. Esa era su tarea. No servía de nada quejarse.

La espada láser de Avar salió de su funda, elevándose en el aire gracias a la Fuerza. Flotó hasta que la empuñadura se colocó ante su cara, con la cruz a la altura de sus ojos. La espada láser se activó con un chasquido y un siseo, con un haz verde intenso ascendiendo hacia el cielo azul e iluminando el campo de cereal azul que la rodeaba.

El arma empezó a rotar, poco a poco, como las aspas de un molino de viento. Hizo un ruido mientras se movía en el aire, un leve zumbido profundo. Avar respiró hondo y la espada empezó a aumentar su velocidad. El ruido al cortar el aire cambió, ya no un zumbido sino más agudo, una preciosa nota redonda. La espada láser se movía más deprisa, tanto que ya no se veía el filo, solo un círculo de luz verde con un reluciente centro metálico.

Era precioso, pero Avar cerró los ojos. No necesitaba verlo. Necesitaba oírlo. Su espada láser no era solo un arma. Allí, en ese momento... era un instrumento.

La nota del filo creció, convirtiéndose en un tañido claro, con el habitual zumbido crepitante de la espada láser en combate remplazado por un tono puro y delicado.

Su conciencia era la melodía de la espada y ella ajustó la velocidad de la rotación hasta que la nota que producía estuvo en precisa sintonía con...

«Sí», pensó Avar Kriss. «Ya lo oigo».

Su mente se abrió al exterior, con la melodía de la espada sonando armónicamente con el gran coro de la Fuerza, transformándose instantáneamente en todo el sistema y todo lo que en él había, más concretamente en todos los Jedi, cada uno conectado a la Fuerza a su propia manera.

Lo que ella oía como una canción, Elzar Mann lo veía como un profundo e interminable mar turbulento. Para el wookiee Burryaga era como una hoja en un árbol gigante de raíces profundas y brazos altísimos. Douglas Sunvale veía la Fuerza como un enorme engranaje interconectado, compuesto por una variedad infinita de materiales, desde cristal hasta huesos. Bell Zettifar bailaba con el fuego. Loden Greatstorm bailaba con el viento.

No era la red sencilla que había creado antes. Esta era más profunda. Todos los Jedi eran la Fuerza y la Fuerza era todos ellos. Y ella, Avar Kriss, podía tocarlos a todos, independientemente de cómo percibieran la Fuerza.

Pero debía encontrar su objetivo. El módulo de tibanna volando a toda velocidad hacia el sol. Era complicado, con tantos Jedi cantando en su cabeza, un coro en la sinfonía de la Fuerza a todo volumen. Tanta gente, tantos seres, tanta vida. Cada grano del campo que la rodeaba, que ahora percibía vagamente, sonando como flautas.

Entre todo aquello, en algún sitio, estaba el módulo de tibanna líquido, volando hacia el sol para destruirlos a todos. No tenía su propia canción, pero ella debía sentirlo. Un silencio, una cesura, una fermata de la duración y el tamaño exactos.

«Allí», pensó.

Lo tenía, sin duda. Estaba... desapareció. Lo había perdido.

—¡Maldición! —dijo en voz alta, y todo flaqueó y estuvo a punto de esfumarse.

Había perdido a la anomalía y no lograba encontrarla, no entre aquel caos de cosas volando por el interior del sistema. Era como mirar una flor concreta en una pradera azotada por el viento, desviar la vista, volver a mirar e intentar encontrar la misma flor.

El tiempo se estaba fracturando, esquirlas de momentos volando hacia la nada para no regresar jamás. Tenía que encontrarlo. Debía... no podía fallar. Era su responsabilidad. Nadie más podía...

No. ¿Qué había dicho?

«Lo encontraremos juntos».

Tenía un sistema repleto de Jedi cooperando con ella. Cada uno tenía su propia conexión con la Fuerza... quizá distinta a la suya, pero no menos poderosa.

Avar Kriss pidió ayuda y la ayuda llegó.

Estala Maru lo encontró. Avar pudo ver la Fuerza a través de los ojos de Maru... para ella, la bomba de tibanna era una luz en una sola ventana de un único edificio bajo en una

ciudad en espiral infinita de noche. Pero cuando Estala lo tuvo, solo debía señalárselo a los demás Jedi para que mirasen hacia allí, como hicieron.

Ahora era el turno de Avar.

Replegó su conciencia, calculando lo cerca que estaba la bomba de impactar en la estrella... faltaba poco. El calor del sol ya estaba creando vapor en la parte delantera del tanque. Tenían que hacer algo.

«Hay una cosa que vuela muy rápido. Es muy grande y pesada».

«Debe cambiar de dirección».

«La empujaremos con la Fuerza juntos, por el mismo punto, de la misma manera y al mismo tiempo».

Avar Kriss les mostró a los Jedi lo que debían hacer y, como un solo ser, los Jedi se proyectaron con la Fuerza. Nadie se guardó nada. Actuaron con disciplinada desesperación, sin reservar nada.

«La desviaremos».

No muy lejos de la luna Afrutada, Te'Ami perdió el conocimiento, mientras un líquido amarillo salía de su boca.

«La desviaremos».

Un grupo de cinco Vectores volando en formación cerrada perdió el control de su Deriva, demasiado concentrados en los esfuerzos por desviar la bomba de tibanna. Dos de las naves chocaron y los tres Jedi a bordo de esas naves murieron.

«La desviaremos».

«Ahora», pensó Avar.

Los Jedi de todo el sistema se proyectaron hacia la Fuerza. Algunos cerraron los ojos, algunos levantaron los brazos, algunos se pusieron de pie, algunos se sentaron a meditar en el suelo, mientras otros flotaban en el aire. Algunos estaban a bordo de naves estelares, otros en la superficie. Muchos estaban solos, otros con más miembros de la Orden o rodeados de pequeños grupos de gente que podían percibir la relevancia de lo que estaba sucediendo, aunque no tuvieran contacto directo con la Fuerza.

Docenas de Jedi actuando al unísono.

La galaxia vibraba. Una mano invisible agarró la bomba de tibanna con firmeza y la desvió hacia un lado. Con suavidad y precisión, como quien le lanza un huevo a alguien para que lo atrape sin que se rompa.

Avar escuchó.

Lo habían logrado. Habían movido el tibanna.

Pero también habían fracasado.

El tanque no se había movido lo suficiente. Seguía en dirección al sol y podía sentir el líquido calentándose dentro del contenedor, la presión creciente, preparando una explosión que sería el preámbulo de otra posterior y aún mayor.

«Otra vez», le dijo a los Jedi, al menos aquellos que aún podía oírla y responder. Muchos habían quedado inconscientes por la tensión de su primer intento, incrementando la carga para los restantes.

«Tenemos que intentarlo otra vez».

Avar pudo sentir el cansancio de todos sus compañeros de la gran Orden en la canción, aquellos héroes que se habían quedado para salvar a gente que no conocían y probablemente nunca conocerían, gente que nunca sabría la decisión o el sacrificio que habían hecho por ellos. Nada de eso importaba.

Sintió a sus compañeros dejando a un lado su cansancio, haciendo acopio de fuerzas y recuperando la concentración.

No solo eso, también sintió que otros Jedi se habían sumado a sus esfuerzos... desde Coruscant, desde toda la galaxia. Incluso Yoda, desde donde estuviera con su grupo de iniciados. Su gran y sabia mente cantaba su propia parte del coro, conmovedoramente hermosa, una voz de pura luz que contradecía su aspecto físico. No como aquella situación espantosa.

Avar no habría creído que aquello fuera posible, pero, como le había dicho al almirante, en la Fuerza no había nada imposible. Su gran Orden estaba con ella, ella estaba con ellos y la Fuerza estaba con todos.

«La desviaremos».

Otro momento de gran esfuerzo.

«La desviaremos».

Sintió a los Jedi diciendo aquellas palabras con ella, cada uno a su manera, a través de su prisma de la Fuerza. No, no las decían. Las entonaban. Las cantaban.

«La desviaremos».

Más Jedi cayendo... la mayoría desmayándose o cayendo en picado con sus Vectores. Algunos lograban recuperar el control, pero a otros los perdieron para siempre. Rohmar Montgo. Lio Josse.

El Caballero Jedi Rah Barocci se tambaleó y cayó desde una torre granja de la luna Enraizada, donde estaba ayudando a una familia después de que su hija sufriera un ataque por la tensión de la orden de evacuación. La hija estaba tranquila, superada su crisis, pero Rah cayó desde veinte pisos de altura y no se recuperó a tiempo de salvar la vida.

Con cada Jedi que perdían, su tarea se complicaba.

Elzar Mann, solo en un promontorio rocoso junto a una granja que producía cantidades muy limitadas del nuevo fármaco milagro, el bacta, percibió la tensión, la inercia de la bomba de tibanna que se resistía a que la movieran.

Para Mann, la Fuerza era un mar sin fondo, interminable, en el que nadaban todas las cosas. Muy iluminado en sus capas altas y tendiendo a la oscuridad en el fondo, pero todo el mismo gran océano. Se proyectó hacia ese mar, dejándose llevar por sus corrientes, sumergiéndose más que nunca, viendo y sintiendo cosas que no había encontrado jamás. Se sentía fuerte, su agotamiento se disipaba. Añadió ese poder al de sus compañeros, dando todo lo que podía.

«La desviaremos».

...

...

...

...

«Y no impactará en el sol».

El tibanna entró en la fotosfera exterior de la estrella más grande del sistema Hetzal. Por un largo instante, la canción se detuvo. Avar Kriss solo oyó silencio.

El fragmento se alejó del sol, habiendo tocado solo sus capas más externas, caliente pero intacto, en una trayectoria que lo sacaría del sistema.

La canción volvió a sonar.

La Maestra Jedi Avar Kriss se postró de rodillas sobre el campo de Hetzal Prime. La empuñadura de su espada láser, ahora desactivada, cayó al suelo al cabo de un instante, clavándose en el suave terreno.

Avar se permitió respirar. Dos respiraciones profundas, después tres. Y se acercó el comunicador.

—Gracias —dijo.

Ni Avar Kriss ni ningún otro de los Jedi en Hetzal sabían que esos momentos se estaban emitiendo a todo el Borde Exterior. La señal llegó incluso hasta los mundos interiores de la República, aunque con un leve retraso por las limitaciones de la red de comunicaciones galáctica. La señal la mandó Keven Tarr, trabajando desde la oficina del ministro Ecka en Ciudad Aguirre, aún al pie del cañón, a pesar de que había podido marcharse con el *Tercer Horizonte*.

La emisión empezó siendo una simple transmisión para la oficina de la canciller, que la había solicitado, de banda ajustada y segura, para que Lina Soh y sus ayudantes tuvieran la información más actualizada del desastre, a medida que se acercaban a su fase final.

Pero Keven Tarr tomó una decisión. Si aquellos iban a ser los últimos instantes de Hetzal, su hogar y el de miles de millones de seres, no quería que muriera anónimamente. Cambió los ajustes de la transmisión, eliminando los códigos de seguridad y mandándola a todos los canales, repetidores, oídos y ojos que pudiera encontrar.

De alguna manera, era un prodigio tecnológico tan imposible como lo que estaban intentando los Jedi.

En cualquier caso, los habitantes de la República vieron los momentos decisivos de la crisis de Hetzal. Contuvieron la respiración cuando los Jedi se unieron para salvar a aquellos mundos, repletos de desconocidos. Aquel pequeño grupo de valientes había arriesgado su vida para salvar las de otros, usando sus poderes únicos para preservar, para ayudar.

Un grito de consternación se oyó en millares de mundos cuando el primer intento fracasó y vieron que los Jedi no lo habían logrado. Quizá no lo lograsen. Algunos

miraron hacia otro sitio para no ver el destello deslumbrante de la estrella al explotar, seguida de la inmediata muerte de miles de millones de seres.

Otros no pudieron apartar la vista y vieron lo que sucedió a continuación. La estrella no explotó. La gente no murió.

Los gritos de alivio y alegría recorrieron la galaxia. Sí, hubo lamentos de aquellos que vivían en la oscuridad, deseando que los Jedi fracasaran, que acabasen aplastados, que murieran... pero eran pocos.

Aquella República valoraba y honraba a los que la protegían. Aquello era una victoria.

Ese día, al menos, la luz había triunfado.

Todo había terminado.



CAPÍTULO DIECIOCHO

No se había terminado.

En el sistema Ab Dalis, más adelante en la misma hipervía que el *Ruta Legado* transitaba cuando encontró su final, emergieron siete fragmentos de la nave del hiperespacio, pasado el punto de acceso.

Uno, ni el más grande ni el más pequeño, era un trozo de la superestructura del gran carguero, una viga de duracero adherida a un gran trozo del casco.

Los fragmentos volaban ligeramente por debajo de la velocidad luz, pero no estaban propulsados, eran electrónicamente inertes y llegaron por el habitual punto de transferencia hiperespacial por el que las naves accedían al sistema. Las baterías de sensores y los sistemas de alerta no detectaron las anomalías hasta que fue demasiado tarde, pero, aunque lo hubieran hecho, no había ningún crucero de la República cargado de Jedi cerca para solventar la situación.

Los siete fragmentos volaban por la eclíptica del sistema, pero Ab Dalis no estaba tan poblado como Hetzal. Su espacio era inmenso y los fragmentos comparativamente diminutos.

Seis de ellos no impactaron con nada, atravesando el sistema y saliendo por el otro extremo sin incidentes.

El séptimo impactó de refilón con el mundo más poblado del sistema, un páramo de pantanales interrumpido solo por fábricas grandes como ciudades, los suburbios habitados por los obreros que operaban esas fábricas y las puntuales torres de aquellos que explotaban a unos y otras. El fragmento quedó desintegrado por el impacto, pero la onda expansiva arrasó una de las ciudades, sus suburbios y las torres.

Murieron aproximadamente veinte millones de personas.

Aquella fue la primera Emergencia.



INTERLUDIO

Los Nihil.

Ab Dalis. Nunca un mundo bonito, siempre envuelto por remolinos de nubes amarronadas, como si los pantanos de la superficie intentasen huir de la gravedad del planeta. Ahora, sin embargo, tenía un aspecto peor incluso del habitual. El impacto orbital había lanzado una enorme nube de agua y barro volatilizados al aire y gran parte de ella se había ionizado, generando gigantescas tormentas eléctricas por toda la atmósfera planetaria.

Parecía una especie de infierno.

Un convoy de seis cargueros cruzó el sistema, escapando del planeta devastado. Contenía a todos los obreros de Tecnologías Garelo, una compañía de fabricación e investigación de materiales de medio nivel con sede en el distrito Ketfia, y sus familias. Aparte de la gente, las bodegas del carguero también contenían gran parte de los recursos más importantes de investigación, bases de datos, maquinaria y recursos financieros de la compañía. Todo se había cargado a bordo de las seis naves estelares para sacarlo del planeta, mientras el desastre asolaba Ab Dalis, un esfuerzo enorme que ocupó todo el día y la noche transcurridos desde el impacto.

El director general de la compañía, Larence Garelo, le había cedido el resto de naves estelares disponibles al gobierno de Ab Dalis para operaciones de rescate, después de ocuparse de su gente y sus negocios. Mucha gente confiaba en Tecnologías Garelo y quería asegurarse de que, cuando la crisis pasase, todos los que hubieran confiado en él siguieran sanos y salvos, sin dejar de trabajar para una compañía que seguiría produciendo ideas y productos útiles para muchos.

Muchos empresarios abdalisianos del nivel de Larence se burlaban de él por dedicar tantos recursos a empaquetar su explotación y sacarla del planeta, pero no le importaba. Los oligarcas y multimillonarios se preocupaban más por una simple viga de duracero de sus fábricas que por las personas que trabajaban en ellas. Larence era rico, sí, pero eso se debía a que la buena gente que tenía empleada lo daba todo. Pensaba ocuparse de todos ellos.

El convoy volaba hacia los confines del sistema, donde esperaba a ver cómo evolucionaba la situación.

Pero antes de poder llegar a su destino, las naves encontraron algo extraño.

Parecía una tormenta. O una nube de tormenta. Un remolino gigante de vapor, azul y gris, en el espacio, denso y amenazante, directamente en el camino del convoy. Unas

débiles luces parpadeaban en su interior, como chispamoscas al atardecer sobre las ciénagas de Ab Dalis.

La nave que lideraba el convoy era la *Arbitraje*, capitaneada por un shistavanen de pelaje oscuro llamado Odabba, un tipo bondadoso y firme que llevaba más de una década trabajando para Tecnologías Garello. Examinó la nube, pero los sensores no ofrecían ninguna información. Dio la orden a todas las naves de cambiar de rumbo para rodear aquella cosa, lo que fuera. Mejor prevenir que curar.

Pero no había nada seguro... ya no.

La nube de tormenta se iluminó. Una enorme descarga de energía salió disparada del centro de la nube, volando más allá del *Arbitraje* para impactar en otra de las naves del convoy, la *Diligencia de Maree*, llamada así en honor de la madre de Larence Garello.

La nave brilló intensamente un instante, envuelta en fuego fosforescente, y quedó a oscuras, con sus luces de posición apagándose en todo su casco y sus motores perdiendo potencia. La *Diligencia de Maree* empezó a alejarse del convoy, a la deriva, con todos sus sistema claramente inutilizados.

El capitán Odabba ordenó al convoy que activasen sus escudos y se preparasen para el combate, pero las seis naves eran cargueros, no naves de guerra, y con las prisas por evacuar el planeta no habían preparado una escolta de cazas. Los cargueros iban prácticamente desarmados, con solo unos pocos cañones láser ligeros en cada uno.

Otro destello en la nube, después otro y ya era imposible pensar en ellos como otra cosa que relámpagos... enormes descargas de energía a una escala difícil de procesar. Esos últimos rayos alcanzaron al convoy de Garello, pero ya tenían los escudos activados, por lo que no inutilizaron las naves, como habían hecho con la *Diligencia de Maree*, aunque sus defensas recibieron un golpe importante.

Pero cada destello de luz iluminaba la nube desde dentro y los seres a bordo del convoy pudieron ver fugazmente lo que les esperaba. Naves. Muchas naves.

Como si el tercer y último rayo fuera una señal, las naves escondidas en la extraña nube salieron disparadas, como un enjambre ruidoso y agresivo. Eran bloques feos, con púas protuberantes sin patrón discernible. Parecían herramientas diseñadas para matar a golpes a alguien. La mayoría tenían un tamaño para uno o dos tripulantes, pero había algunas más grandes. Y en el centro de la nube esperaba una nave mucho más grande. Como mínimo tan grande como los cargueros del convoy, pero no era una nave de carga. Era una nave cruel, construida para la guerra, para la destrucción.

Todas las naves compartían dos cosas, independientemente de su tamaño y diseño: tres franjas brillantes en zigzag a los lados, como pinturas de guerra, y un extraño acople en sus motores, una celosía metálica en forma de media luna llena de un fuego verde ondulante de función desconocida.

Los cargueros empezaron a disparar descargas láser, débiles y ligeras en comparación con la amenaza que afrontaban. Eran... tantos.

La noticia empezó a correr entre la gente de Tecnologías Garello y los tripulantes del convoy. La esperanza caía, remplazada por pánico y terror. Habían visto los rayos y el emblema de las naves. Ya sabían quién les estaba atacando.

Los Nihil.

El capitán Odabba dio orden de escapar, de volver a toda prisa a Ab Dalis. Sabía que era inútil, pero no tanto como combatir y quizá alguna nave llegase a salvarse.

Los Nihil. Hasta hacía un año, ni Larence Garello ni ninguno de sus empleados había oído aquel nombre. Pero en los últimos meses, la palabra se había convertido casi en algo místico en todo el Borde Exterior, como una plaga o un depredador imposible de eludir o combatir.

Los Nihil eran saqueadores, ladrones, asesinos, secuestradores. Podían aparecer de la nada en cualquier parte y cualquier momento. Actuaban en el espacio, en planetas, en ciudades, en plena naturaleza. Se movían como fantasmas y mataban como demonios. No estaba claro si eran monstruos o solo actuaban con un salvajismo monstruoso. Lo que se sabía sobre ellos no era nada comparado con lo que se desconocía.

Lo más importante que se sabía sobre los Nihil era que se llevaban lo que querían y destruían todo lo que no y, aunque había historias sobre algunas personas que sobrevivían a sus encuentros con los Nihil, nunca nadie había oído que se los pudiera ahuyentar por la fuerza.

Gran parte de las naves enemigas rodearon el *Diligencia de Maree* inutilizado, arremolinándose sobre ella de manera caótica, pero deliberada, como insectos voladores sobre un cadáver, sin chocar unas con otras.

Las naves de los Nihil abrieron fuego. No fueron descargas láser ni misiles. Eran algo parecido a arpones, cada uno de ellos clavándose profundamente en el casco del carguero indefenso y sin escudos.

Al unísono, las naves Nihil rotaron 180 grados, de manera que sus motores quedaron encarados al *Diligencia de Maree*. Los activaron. Largas llamaradas brotaron de cada nave y los Nihil tensaron los cables que los unían al carguero.

Desde el puente del *Arbitraje*, Larence Garello lo contemplaba horrorizado, pensando en la gente de aquella nave, los millares de personas que iban a bordo.

Sus familias. Les había dicho que se llevaran a sus familias, que cuidaría de ellos.

El *Diligencia de Maree* saltó en pedazos.

No estalló, aparte de algunas pequeñas explosiones localizadas. Probablemente, porque los sistemas de la nave estaban prácticamente muertos tras el primer ataque de los Nihil. En cualquier caso, dio unas sacudidas y se resquebrajó, exponiendo sus pasadizos y compartimentos internos al espacio. Pequeños objetos y residuos volaron hacia el vacío y Larence Garello, director general de Tecnologías Garello, supo que algunos de ellos eran su gente.

—¡Sigan disparando! —gritó el capitán Odabba a su tripulación de puente—. He solicitado ayuda a Ab Dalis y mandarán lo que puedan. Solo debemos resistir.

Larence no era militar, pero incluso él sabía que aquellas palabras estaban huecas. Ab Dalis estaba abrumada por una enorme catástrofe planetaria. Su gobierno era corrupto e ineficaz, después de generaciones sirviendo a oligarcas y multimillonarios, y era muy posible que no mandasen a nadie, aunque pudieran.

Otra descarga de aquel arma de relámpagos, lanzada por la nave más grande de la fuerza Nihil, el buque de guerra del centro. Alcanzó a uno de los cargueros, que quedó inutilizado como el *Diligencia de Maree*. Todos los que quedaban en el convoy pensaron que esa nave también sería destruida y saqueada por las moscas de cadáver Nihil.

Por supuesto, las naves enemigas rodearon al carguero inactivo y dispararon sus cables... pero esta vez sucedió algo distinto. Quizá el reactor del carguero aún conservaba algo de vida o cometieron algún otro error, pero la nave de carga estalló. Una bola de luz blanca envolvió la nave de Tecnologías Garello y a gran parte del enjambre de Nihil que la rodeaba y, aunque a Larence Garello le dolió en el corazón la pérdida de más empleados, sintió un punto salvaje de triunfo al pensar que, al menos, se habían llevado por delante a algunos de aquellos malditos.

—Nos están abordando —dijo el capitán Odabba, en un tono sombrío, mirando las alertas y los indicadores de peligro que corrían por sus monitores—. Voy a abrir la armería. No tenemos bastantes blásters para todos. Cualquiera con experiencia militar tiene prioridad. Todos los demás... busquen algo para combatir.

Se alejó de la consola de mando, hacia el anexo del puente, donde almacenaban el limitado armamento del carguero.

Pero antes de poder dar dos pasos, la compuerta del puente se abrió de golpe, como si la hubiera pateado un gigante. Resbaló por la cubierta, golpeando y probablemente matando a un miembro de la tripulación del capitán Odabba. Una mujer klatooiniana que cayó sin hacer ningún ruido.

Desde el pasadizo exterior volaron tres botes blancos. Estallaron antes de caer a la cubierta y el puente se llenó de un gas denso azul y gris. Fue instantáneo. El aire, hasta entonces respirable, se convirtió en una bruma. O una nube de tormenta.

Larence Gallero intentó contener la respiración, pero el impacto de los acontecimientos le había acelerado el corazón y no era tan joven. Respiró hondo... pero aquello no era aire y su sistema reaccionó instantáneamente al gas tóxico.

Levantó la vista hacia la compuerta, por donde entraban los Nihil en el puente. Los distinguió con su vista borrosa y menguante, vio sus máscaras y supo que no importaba lo que hubiera debajo, que ellos querían que la galaxia creyera que eran monstruos.

Larence Garello hizo una última respiración abrasadora y supo que no iba a ser de los pocos que sobrevivían a un encuentro con los Nihil.



SEGUNDA PARTE
Los Caminos



CAPÍTULO DIECINUEVE

CORUSCANT. PLAZA DE LOS MONUMENTOS.

Lina Soh posó la palma de su mano sobre la tosca superficie del Umate, el pico más alto de la cordillera Manarai. La cima estaba unos veinte metros más arriba y el pie unos 5216 niveles más abajo, en el fondo de la ciudad-mundo que era Coruscant. Este era el único lugar del planeta en que se podía ver su topografía original. Más abajo, la ciudad había asimilado la estructura de la montaña, convirtiéndose en una especie de colmena de túneles, pasadizos y cámaras revestidos de duracero y permacreto, apenas distinguible de otras partes del planeta. Pero allí aún quedaba algo de naturaleza.

Habitantes de toda la República visitaban la plaza de los Monumentos para ver el Umate y muchos hacían como Lina Soh, tocaban su superficie y dedicaban un momento a la reflexión. Un anillo ennegrecido al pie del pico daba testimonio de las incontables manos que lo habían acariciado desde hacía generaciones. Todas aquellas mentes, todas aquellas sensibilidades, todas aquellas perspectivas. Umate significaba cosas distintas para los distintos seres: resistencia; imperturbabilidad de la naturaleza, a pesar de los esfuerzos de los seres conscientes por reconstruir la galaxia; o simplemente la rareza de algo natural en un mundo artificial.

Para Lina Soh, canciller de la gran República que estaba llevando luz a muchos mundos de la galaxia, sumándolos a una unión luminosa en la que todo era posible, Umate significaba... capacidad de elección.

Los planificadores de la ciudad-mundo podían haber eliminado la montaña en cualquier momento de sus milenios de historia, pero no lo habían hecho. Habían decidido una y otra vez preservar aquel lugar, aquello. Muchos sistemas políticos se habían hecho con Coruscant en su época, desde imperios brutales hasta las democracias más puras, pero todos habían elegido conservar el Umate como estaba, con la plaza de los Monumentos ascendiendo siglo a siglo, a medida que se añadían nuevos niveles a la superficie de la ciudad.

El progreso era inevitable y esencial, pero no era la única meta. La conciencia también era importante. La capacidad de elección.

La Canciller Soh se alejó de la montaña. Dio media vuelta. Matari y Voru levantaron sus grandes cabezas y fueron hacia ella. Las enormes y hermosas bestias notaron su humor y que estaba lista para marcharse. Los dos targones, gemelos, un macho rojo y una hembra amarilla, ambos más altos que ella, con pelaje denso y orejas puntiagudas, ocuparon sus puestos habituales a ambos lados de ella, siguiendo su paso mientras se alejaban del Umate. Aquellos felinos gigantes la acompañaban a todas partes, actuando

como sus guardianes, compañeros, incluso cajas de resonancia. A menudo hablaba con ellos, mientras barruntaba ideas o planes. Las criaturas no entendían sus palabras, pero los targones tenían habilidades empáticas de bajo nivel, por inusual que eso fuera en una especie depredadora. Puede que Matari y Voru no comprendieran sus palabras... pero la entendían. Por encima de todo, las criaturas eran enormemente leales. Lina se dedicaba a la política. La lealtad era la cualidad que más valoraba.

El nivel 5216, que rodeaba el pico Umate, se había convertido en un espacio verde, haciendo el esfuerzo de replicar las plantas y árboles originales que crecían al pie de la montaña muchos milenios antes, cuando aún se podía acceder a la superficie del planeta. Nadie sabía si las variedades elegidas por el diseñador del parque eran las correctas, pero no había duda de que eran preciosas.

Normalmente, la plaza de los Monumentos estaba abarrotada de turistas, esperando su turno para tocar el Umate en una larga cola que atravesaba gran parte del parque, hasta la colina del Senado. Ahora, sin embargo, la zona estaba desierta, despejada por la Fuerza de Seguridad de Coruscant. Lina podía haber celebrado aquella reunión en su oficina o en cualquier lugar del planeta, pero le gustaba estar allí. Allí, más que en ningún otro lugar, era donde se sentía conectada al resto de la República. Eso sacaba de sus casillas a sus equipos de seguridad, porque quedaba teóricamente vulnerable a ataques aéreos, al estar al aire libre (aunque ella pensaba que Matari y Voru sabrían encontrar la manera de abatir un deslizador, si llegaba ese momento). A Lina no le preocupaban los ataques, ni aéreos ni de ningún tipo. Aquello era el corazón del Núcleo y la República estaba en paz, excepto por algún puntual conflicto regional. Estaba tan segura en la plaza de los Monumentos como en su cama.

«Espero que eso siga siendo cierto», reflexionó, recordando lo que había sucedido con el *Ruta Legado* y todo lo que podía implicar.

Norel Quo, su primer asistente, un koorivar no pigmentado inusual en su especie, esperaba a una distancia respetuosa.

—¿Preparada, Canciller? —preguntó.

—Sí, Norel —respondió Lina—. Espero que a nadie le moleste que me haya tomado un momento para mí. No vengo lo suficiente por aquí y, teniendo en cuenta la conversación que vamos a mantener, me pareció conveniente tener un momento para relajarme.

—Es la canciller de la República —dijo Norel, volviéndose para seguirle el paso, mientras se alejaban de la montaña y se adentraban en el parque, con los Guardias de la República de Lina, con sus uniformes azules, formando alrededor—. Esperarán.

El camino rodeaba una arboleda de bilianos, con sus flautillas silbando a la brisa de la tarde, hasta llegar a un pequeño claro. Allí, esperaban a Soh algunas de las personas más poderosas del planeta y, por lo tanto, de toda la República. Cuatro Jedi: el quermiano Yarael Poof y la togruta Jora Malli, ambos miembros del Consejo; la mano derecha de Malli, el imponente Jedi trandoshano Sskeer; y la Maestra Avar Kriss, quien había participado personalmente en la resolución del desastre del *Ruta Legado*, en el sistema

Hetzal. El senador Izzet Noor de Serenno, portavoz de la mayoría de los Territorios del Borde Exterior. Jeffo Lorillia, su secretario de transportes. Y, finalmente, el almirante Pevel Kronara, de la Coalición de Defensa de la República, la organización creada con los fondos mancomunados de muchos mundos para ocuparse de los raros estallidos de violencia a escala local que no podían resolver las fuerzas respectivas de cada planeta. Kronara no comandaba la CDR, pero era un miembro de alto rango de esta con conocimiento directo sobre los asuntos a debatir.

Unos pocos guardias de la Fuerza de Seguridad de Coruscant estaban discretamente colocados en el perímetro del claro y había un droide sirviente de color cobre pulido cerca, dispuesto a ofrecer cualquier ayuda necesaria.

Las siete personas charlaban entre ellas, pero se callaron cuando Lina se acercó. Fue directa hacia Avar Kriss, sonriendo. Extendió los brazos y tomó la mano de la Jedi entre las suyas, mirándola a los ojos. Avar parecía cansada, pero no era de extrañar, a tenor de la terrible experiencia que había vivido.

—Maestra Kriss, en nombre de toda la República, le ruego que acepte mi gratitud por todo lo que hizo en Hetzal. Usted y los otros Jedi salvaron miles de millones de vidas, por no mencionar su ayuda para garantizar la distribución de alimentos en el Borde Exterior.

—Todos somos la República, señora canciller —contestó Kriss, dedicándole una leve sonrisa—. Hicimos lo que pudimos.

—Eso es muy edificante y simboliza todo lo que quiero de esta República. Todos nos ayudamos unos a otros y todos crecemos y prosperamos juntos.

Lina soltó la mano de la Jedi, esbozando otra sonrisa. Miró a los demás.

—He decidido extender el cierre del hiperespacio otros quinientos parsecs alrededor de Hetzal hasta nuevo aviso.

El senador Noor lanzó un débil silbido. Era un hombre delgado y alto, mayor pero vigoroso, calvo excepto por un frondoso mechón de pelo canoso que llevaba largo, dejándolo caer sobre el cuello de su toga verde.

—Eso asfixiará a esa parte del Borde Exterior, canciller. ¿Tiene idea del tráfico que transita esas rutas? Comercio, transporte, mercancías...

—No digo que sea permanente, senador. Pero las Emergencias siguen sucediendo... ¿cuántas llevamos ya?

El almirante Kronara le hizo un gesto al droide sirviente y este proyectó un mapa plano del Borde Exterior en el aire, centrado en Hetzal, que estaba resaltado en rojo. Había varios sistemas más marcados en rojo, creando un círculo bastante irregular alrededor del lugar del primer desastre. Otro anillo rojo lo rodeaba todo... los límites del cierre actual de las vías hiperespaciales.

—Quince hasta ahora, canciller —respondió el almirante Kronara—. Quizá se nos pase alguna porque no todos los fragmentos del *Ruta Legado* impactan con planetas. Damos por supuesto que otros pedazos están emergiendo del hiperespacio sin que los detectemos.

—¿Y seguimos sin saber qué ha causado esto?

—Sí —contestó el secretario Lorillia, en un básico con fuerte acento—. Mis analistas no habían visto nada igual... pero estamos trabajando en el problema.

—Bueno —dijo Lina—, ¿es teóricamente posible que una nave que viaje por el hiperespacio pueda ser destruida de manera parecida?

El secretario de transportes asintió, incómodo. Era un muun muy sensato que detestaba las incertidumbres. Su objetivo, el de toda la agencia galáctica que dirigía, era mantener los espaciopuertos ocupados, las mercancías fluyendo y los transportes de pasajeros yendo y viniendo con puntualidad. La idea de que pudiera haber un problema en el hiperespacio, una sistema que apenas comprendían y que permitía la existencia misma de la República... bueno, Lina pensó que aquella podía ser la peor pesadilla de Jeffo.

—El riesgo de que se produzca un desastre similar es lo que me ha llevado a cerrar la rutas y por lo que seguirán cerradas hasta que sepamos más —dijo Lina.

Lorillia torció sus finos labios y levantó las manos, juntando sus dedos largos y finos lentamente. Lina le dio una palmadita reconfortante en el hombro.

—No pasa nada, Jeffo. Soy consciente de que esto hace su trabajo mil veces más complicado, pero le apoyaré en todo lo que pueda. Espero que entienda por qué es necesario. Las Emergencias ya son bastante graves. No podemos permitirnos que otra nave acabe destruida como el *Ruta Legado*.

Hizo un gesto a Kronara y Avar Kriss.

—La próxima vez puede que no tengamos héroes Jedi y de la República cerca para solucionar el problema.

El secretario Lorillia asintió secamente, recobrando la compostura.

—Por supuesto, canciller. Puede confiar en mí. Me encargaré de que funcione.

Lina dedicó un instante a pensar en los informes que había recibido y después se volvió hacia los miembros del Consejo Jedi que tenía al lado, escuchándolos atentamente, pero sin decir nada.

—¿Y qué opinan ustedes? —preguntó, finalmente.

—Podemos decir que esos sucesos no parecen consecuencia directa de los actos de ningún usuario de la Fuerza —dijo Yrael Poof, con su cabeza de quermiano balanceándose adelante y atrás sobre su alargado cuello, como una flor bajo la brisa—. No podemos saberlo todo, pero de momento no tenemos ninguna prueba en ese sentido.

—Yo estaba en Hetzal —añadió Jora Malli, una mujer menuda con la túnica blanca y dorada del Templo Jedi. Parecía un poco frustrada, no dejaba de martillear con un dedo las hermosas colas craneales rayadas que se le enrollaban alrededor del pecho. Los togrutas desprendían cierta majestuosidad como especie, con sus montrales arqueándose sobre la cabeza como coronas y sus colas craneales rodeando su cuerpo como togas naturales. Incluso su coloración contribuía al efecto general. En este caso, la piel naranja intenso y unas impactantes marcas faciales blancas que evocaban a un baile de máscaras. Lina sabía que aquellas características no eran más que fruto de la evolución, coloración de camuflaje, pero se combinaban para darles cierto aire de autoridad cuando

interactuaban con la mayoría de las especies inteligentes de la galaxia. Jora Malli explotaba aquel efecto al máximo, conscientemente o no.

Lina solo había tratado con ella unas pocas veces en el pasado, pero había tenido la sensación de que Jora tenía un punto de impaciencia muy poco Jedi. Le gustaba insistir en los problemas hasta que afloraba la solución, probando muchas cosas hasta que alguna funcionaba, en vez de plantearse todos los factores y tomar una sola medida decisiva. En resumen, prefería mantenerse ocupada.

Lina suponía que por eso el Consejo Jedi le había asignado la tarea de dirigir el sector de la Orden en la nueva estación Baliza Starlight del Borde Exterior. La estación sería la primera en responder a cualquier cuestión relacionada con la República o los Jedi en aquella enorme extensión del espacio. Tendría el mismo nivel de mando que un almirante de la CDR y un administrador territorial de la República, con todas las decisiones importantes sometidas a mayorías simples. Un problema tras otro, interminables negociaciones y reajustes, millares de cosas que hacer a la vez. Era el destino perfecto para ella.

—Mientras Sskeer y yo llegábamos, después de que la tragedia del *Ruta Legado* hubiera empezado —continuó Jora Malli—, si hubieran usado la Fuerza para causarlo, creo que alguno de los Jedi en el sistema o yo lo habríamos sentido. La Maestra Kriss, en particular, estaba muy conectada a la Fuerza prácticamente desde el inicio de todo.

Sskeer siseó su conformidad.

El senador Noor se acercó a Lina, interponiéndose en la dirección de su mirada, un acto ligeramente agresivo que hizo que Matari y Voru aplanasen sus orejas. El senador no pareció notarlo, la idea de que unas meras bestias pudieran violentar su persona ni siquiera se le pasaba por la cabeza.

—Canciller, debo añadir algo —dijo Noor—, ¿hasta cuándo planea tener las rutas hiperespaciales cerradas? No todos los mundos del Borde Exterior son autosuficientes. Miles de millones de personas dependen de esas vías para su subsistencia y la llegada de productos esenciales.

—No voy a dejar que la gente muera de hambre, senador —dijo Lina, ligeramente exasperada—. Ya tengo una crisis... no pienso crear otra intentando resolverla. Solo quiero reducir las posibilidades de otro desastre, al menos hasta que entendamos a qué nos enfrentamos. Si es necesario, autorizaré el transporte restringido de bienes esenciales por esas rutas.

Se volvió hacia Kronara.

—Le ruego que implemente la prohibición, almirante. ¿Puede coordinarse con los demás mandos de la CDR para colocar cruceros en las balizas hiperespaciales que convenga? No quiero que nadie reactive la red de navegación. Si los datos de navegación no se actualizan nadie podrá usar esas vías.

—Será una movilización mayor que ninguna reciente, señora canciller, pero cuente con ello.

—Gracias —dijo Lina.

Dio dos pasos adelante, hasta colocarse ante el mapa de los Territorios del Borde Exterior que flotaba en el aire.

—Todos queremos que esto acabe lo antes posible. Además del objetivo inmediato de evitar más muertes y destrucción, saben que tengo planes para esa parte de la galaxia. La estación Baliza Starlight convertirá la República en algo más que un ideal remoto que aparece esporádicamente por el Borde Exterior, cuando nuestras naves lo cruzan o vamos a recaudar impuestos. Ahora estaremos allí, con ellos, echando una mano desde Bunduki hasta Bastión.

La Canciller Soh tocó el mapa con su dedo índice y apareció un punto brillante en forma de estrella, más o menos en el centro de la región confinada por el desastre hiperespacial en curso.

La Baliza Starlight. Por fin terminada, después de un complicado y farragoso proceso de construcción. Una enorme estación apeadero construida con varios fines: como embajada y fortaleza, si era necesario, de la República; como símbolo de presencia de fuerzas para disuadir la actividad de piratas y merodeadores. Como puesto avanzado Jedi dotado del mayor contingente fuera del propio Templo Jedi, donde investigarían, instruirían y buscarían la orientación de la Fuerza. Espacios culturales para mostrar la belleza de los muchos mundos que componían el sector. Como repetidor de comunicaciones que potenciaría exponencialmente la velocidad de transmisión en la región. Como instalaciones médicas más avanzadas del Borde Exterior... en aquellos mismos instantes, los supervivientes de los desastres de los sistemas Hetzal y Ab Dalis estaban siendo tratados en Starlight, a pesar de que la estación no se había inaugurado oficialmente aún.

La Canciller Soh tenía planes para muchas Grandes Obras, como se conocían, desde infraestructuras hasta cultura... la Feria de la República, la construcción en curso de repetidores de comunicaciones por toda la galaxia, el descubrimiento del código del cultivo de bacta, las negociaciones de un nuevo tratado entre los quarren y los mon calamari, toda clase de innovaciones tecnológicas y de otros tipos. La Baliza Starlight y las demás estaciones previstas de la red Baliza serían su legado. La mayor de sus Grandes Obras, sacando la República del Núcleo para convertirla en una verdadera entidad galáctica.

Aunque era enormemente caro, tanto en créditos como en capital político. Incluso en aquella era de ilustración y paz, cuando el comercio florecía y las arcas estaban relativamente llenas, había quien prefería mantener el statu quo. Según estos, las cosas iban bien, pero podían torcerse y ¿por qué gastar unos créditos ahora que podías necesitar después? La República era enorme y el consenso absoluto era imposible. Un grupo de tres personas puede afrontar el mismo problema y encontrar tres soluciones completamente distintas, multiplicando eso por miles de millones se podía empezar a entender lo que era liderar un gobierno galáctico. Pero Lina lo había liderado, no con promesas que no pensaba cumplir, ni con amenazas, ni abusando del poder de su cargo. Se había limitado a hacer todo lo posible por demostrarles a los mundos de la República

lo que podían llegar a ser si se unían. Lo mucho que podían mejorar las cosas. Que vivían un momento histórico único y debían aprovecharlo, avanzar y, en el mejor de los casos, prolongarlo para que las generaciones futuras vivieran en la paz y prosperidad que todos disfrutaban en aquel momento.

La Baliza Starlight simbolizaba todo lo que quería para la República y todos los miembros del Senado lo sabían. Si iba bien, el resto sería mucho más fácil. Si fracasaba...

—No pienso poner ninguna vida en peligro —dijo la canciller—, pero todos saben lo importante que es, por muchos motivos, que la ceremonia de inauguración de la Baliza Starlight se celebre cuando estaba previsto.

Jora Malli intervino, con un tono más suave que antes. Para aquella pregunta sí tenía respuesta.

—Yo vengo directamente de Starlight, ya está terminada, excepto por un último lavado de cara —dijo—. Una breve demora no afectaría demasiado a la agenda prevista.

Señaló a Avar.

—La Maestra Kriss también estuvo allí recientemente, justo antes del desastre del *Ruta Legado*, en la visita de inspección, revisando el sector Jedi. ¿Qué le pareció?

—Como dice, Maestra Malli —respondió Avar—, no soy ninguna experta, pero el administrador Tennem dijo explícitamente que la Baliza Starlight podría celebrar su inauguración cuando se preveía. De no ser por el bloqueo, los últimos retoques podrían completarse en pocas semanas. Y parece de los que no exageran.

—Muy bien —dijo Lina—. Dejemos claro esto. Tengo algunas dudas.

Levantó la mano y empezó a señalarse los dedos, uno por uno.

—¿Cuántos fragmentos quedan del *Ruta Legado*? ¿Alguno de ellos contiene supervivientes? Si es así, ¿hay alguna posibilidad de rescatar a esa gente? Son todos ciudadanos de la República y debemos salvarlos, si podemos.

»¿Hay alguna manera de predecir dónde se producirán las próximas Emergencias? Y lo más importante...

Cerró la mano en un puño.

—¿Qué pasó, en realidad? ¿Y por qué? ¿El hiperespacio es seguro o esto solo acaba de empezar?

Nadie respondió. Todos sabían que no convenía especular.

—Les pido a todos que lo averigüen. Ustedes representan a oficiales, políticos, fuerzas de seguridad y, por supuesto, a los Jedi. Algunos de ustedes presenciaron el desastre del *Ruta Legado*. Entre todos, deberían tener suficiente habilidad y contactos para determinar qué sucedió y evitar que se repita. Tienen a su disposición los recursos de la República y toda la autoridad de mi cargo. Creen los equipos que deseen, incorporen a cualquiera que consideren que pueda ser útil. La Baliza Starlight debe inaugurarse dentro de treinta días. Me gustaría aprovechar esa ocasión para celebrar el triunfo de la República sobre la adversidad. No quiero inaugurar esa estación mientras una buena porción de la galaxia está confinada, subrayando la incapacidad de la República de

mantener a sus ciudadanos a salvo. Pónganse la inauguración de la Baliza Starlight como fecha límite. Descubran qué está pasando, amigos míos. Estoy convencida de que son capaces.

La Canciller Lina Soh extendió las manos hacia ambos lados, enterrándolas en el pelaje de Matari y Voru, reconfortándose con su calidez y presencia. Miró más allá de los últimos árboles, al pico del Umate, solo veinte metros más arriba. Antigüamente, la montaña debía de haber dominado aquella parte del planeta, la reina de la cordillera Manarai. Ahora solo era un pedazo de piedra que asomaba en la superficie de un mundo que la había engullido por completo, empequeñecida por todo lo que la rodeaba.

Pero allí seguía el Umate, gracias a la decisión de una generación tras otra de preservar la montaña, aunque solo fuera en aquella forma atenuada. Lina Soh daba gracias por eso, por esa manera que las sociedades tenían de elegir patrimonio sobre progreso, representado en la piedra viva.

Pero para la canciller, Umate tenía otro significado. Un simbolismo que nunca le contaba a nadie porque era contrario al espíritu general de optimismo, esperanza y posibilidades que actuaba como piedra angular de su gobierno y, por supuesto, de la propia República.

Ese significado era este: no había nada lo bastante grande para no ser engullido. Nada lo bastante fuerte para no ser humillado. Nada lo bastante alto para no acabar empequeñecido. Ni una montaña, ni una República.

—No soy partidaria de alarmismos —dijo la canciller, sin apartar la vista del pico del Umate—, pero si esto sigue empeorando y perdemos la capacidad de volar por el hiperespacio, aquí termina todo. Será el fin de la República.

Su mirada se desvió de la montaña al cielo nocturno. Coruscant era una ciudad-mundo que irradiaba luz a todas horas, imposibilitando ver muchas estrellas ni en la noche más oscura. Solo se veían algunos puntos de luz, brillando débilmente, separados por grandes extensiones de vacío.

—Solo quedarán mundos aislados en medio de la oscuridad.



CAPÍTULO VEINTE

SISTEMA HETZAL. EL *TERCER HORIZONTE*.

El droide de montaje colocó el fragmento de la nave en su sitio, con sus brazos manipuladores haciendo ajustes precisos al pequeño trozo de metal. Cómo sabía dónde colocar la pieza en el rompecabezas general que estaban construyendo y la función original de cualquier resto... era tarea de un circuito motivador avanzado que escapaba a la comprensión de Elzar Mann. Para él, todos los pedazos de duracero roto eran idénticos.

Pero el proceso parecía estar funcionando. Dentro de una gran área rectangular iluminada por focos enormes, el contorno de la nave que fue el *Ruta Legado* era claramente visible. Cerca de una docena de droides de montaje trabajaban, sacando restos de la nave desde las puertas abiertas del hangar de un gran carguero aparcado fuera del perímetro de luces. Uno por uno, los droides colocaban los pedazos de metal y plastoide en su sitio, en la zona de reconstrucción, algunos grandes como compartimentos, otros pequeños como un simple cable. Era como si intentasen reconstruir la nave con la chatarra encontrada aquí y allá.

De hecho, la tarea era más o menos esa. Los restos del desastre inicial en Hetzal se habían recogido después de que cayeran del hiperespacio y los rastrease una enorme red de satélites, estaciones y telescopios de vigilancia. El sistema lo había improvisado durante el desastre un lugareño claramente brillante llamado Keven Tarr, un joven pálido y callado que en ese momento estaba a un metro a la izquierda de Elzar. No estaba solo. Todo un grupo se había congregado para ver la nave destruida, contemplando en silencio los restos a través de un panel en la cubierta de observación del *Tercer Horizonte*.

No quedaba gran cosa. Los droides de montaje estaban haciendo todo lo que podían, pero muchas piezas del *Ruta Legado* se habían volatilizado al impactar con objetos en el sistema Hetzal o habían atravesado el sistema y desaparecido antes de que pudieran recogerlas. Algunas habían aparecido en otros sistemas, vía Emergencias, de las que ya se habían producido dieciocho. Aquellos pedazos también los habían llevado allí, cuando era posible. Pero aún podía haber más en el hiperespacio, esperando para emerger y sembrar el terror en alguna parte del Borde Exterior. Aquel era el sentido de intentar recomponer la nave caída, calcular lo que faltaba aún por caer.

Para ver hasta dónde podía llegar la gravedad de todo aquello.

Elzar notó que uno de los pedazos más pequeños se estaba desalineando, posiblemente por culpa del reactor de uno de los droides de montaje al alejarse o movido

por una ráfaga de viento estelar. Levantó la mano en un gesto sutil. El pedazo volvió a su sitio por sí solo.

Notó que alguien lo miraba y se volvió hacia la derecha, donde se encontró con los ojos de la Maestra Jedi Avar Kriss. Por supuesto, ella le había sentido usar la Fuerza. Ese era el don de Avar, entre muchos otros. Lo llamaba canción y nunca la dejaba de oír.

Elzar le guiñó un ojo. Avar puso los suyos en blanco y esbozó una leve sonrisa. No podía evitarlo.

Sabía que Avar pensaba que usaba la Fuerza para fines frívolos algunas veces, pero no compartía su punto de vista. Si podías usar la Fuerza, debías usarla. ¿O se suponía que debías guardártela para ocasiones especiales? La Fuerza no se agotaba. Avar oía una canción y Elzar veía un mar, de profundidad y amplitud infinitas. La Fuerza no empezaba ni terminaba y era imposible agotarla.

Así que si el Caballero Jedi Elzar Mann podía ayudar a un esforzado droide de montaje con un pequeño empujoncito con la Fuerza, ¿por qué no debía hacerlo? ¿Qué mal hacía?

Sabía que Avar estaba de acuerdo, aunque nunca fuera a admitirlo. Su leve sonrisa le decía todo lo que necesitaba saber.

—¿Cuánto del *Ruta Legado* tenemos aquí? —preguntó Jeffo Lorillia, secretario de transporte de la República. El pobre hombre parecía tenso. Un músculo en su increíblemente larga frente parecía haber desarrollado un tic involuntario. Era comprensible. Su trabajo consistía en garantizar que se pudiera viajar de manera segura y fiable por toda la República y la canciller acababa de ampliar el bloqueo hiperespacial en el Borde Exterior cincuenta parsecs más, tras la decimoctava Emergencia en las proximidades de Dantooine.

Keven Tarr consultó el datapad que tenía entre las manos.

—Aquí tengo planos de la superestructura de la nave —dijo—, y el manifiesto de la compañía de transportes que detalla todo su cargamento. Diría que tenemos cerca de una tercera parte. Nuestro cerebro toma el contorno que hemos construido aquí y lo completa, te hace creer que estás viendo la nave entera... pero no tenemos tanto.

Elzar pensó que parecía el fantasma de una nave, pero decidió no comentar eso en un sistema en que había muerto tanta gente. En Ab Dalis había sido aún peor, por supuesto, los veinte millones de muertos en su planeta principal eran una tragedia indescriptible, pero Hetzal había sufrido muchísimos daños. Y el Borde Exterior sufriría aún más, al parecer.

—Es decir, esto no terminará en años —protestó el senador Noor. El representante del Borde Exterior entendía las consecuencias de los cierres hiperespaciales tanto como el secretario Lorillia. Aquellos mundos ya eran considerados por algunos como remotos y atrasados, si ni siquiera podías viajar hasta ellos... bueno. La galaxia contenía muchos mundos. Era fácil olvidarse de todo un sector, si no había otro remedio.

—No lo sabemos, senador —dijo Avar—. La investigación apenas ha empezado.

El senador miró mal a Avar.

—Y, mientras tanto, señora Jedi —le espetó—, los pobres y atribulados habitantes del Borde Exterior, que dependen de las rutas comerciales para su subsistencia, están cada vez más cerca del caos. Estoy recibiendo informes sobre acaparamiento en varios mundos y el impacto económico crece cada día que pasa.

Noor señaló la ventanilla y los restos del *Ruta Legado*, iluminados y flotando en el espacio.

—¿Qué hacemos aún aquí? Es un carguero destruido. ¿Qué importa? Deben salir de aquí, descubrir qué ha pasado. ¡Descubrir quién ha hecho esto!

—¿Cree que el desastre fue intencionado, senador? —preguntó Elzar—. ¿Un ataque? Noor levantó las manos.

—¿Qué otra conclusión puedo sacar? Hetzal es el corazón agrícola del Borde Exterior. Quizá algún planeta más cercano al Núcleo se haya puesto celoso de los créditos que fluyen hacia aquí y quiera acabar con el suministro de alimentos. Quizá hayan sido los selkath, molestos por la expectativa de que el bacta los saque del negocio. Lo único que sé es que ni la República ni los Jedi están haciendo nada por encontrar al culpable. ¡Están contemplando el espacio! ¿Qué hacen aquí? ¡No forman parte del comité de la canciller!

—Le garantizo, senador, que este hombre nunca se dedica solo a la contemplación —dijo Avar—. Deje que le presente a Elzar Mann, un Caballero Jedi al que conozco desde hace mucho. Estaba aquí, en el sistema, durante el desastre. Fue fundamental para ayudar a los Jedi a evitar que el fragmento de tibanna impactase en el sol. Sin su colaboración, Hetzal ya no existiría.

—Todos cumplimos nuestra parte —murmuró Elzar. Pero, en su interior, le alegraba que Avar lo hubiera notado. Docenas de Jedi trabajando juntos en aquel momento... no, en realidad millares, si lo que le había contado Avar era cierto, pero, a pesar de todo, Avar sabía lo que había hecho él específicamente.

—Por supuesto —dijo el senador Noor—. Agradecemos sus esfuerzos. Pero eso no cambia mi argumento. Se nos termina el tiempo. En definitiva, la preciosa Baliza Starlight de la canciller languidece en el espacio, esperando que lo activen. ¿Y si una Emergencia impacta contra ella? Apuesto que entonces sí que se pondrían manos a la obra.

Elzar Mann alargó una mano y la puso sobre la boca del senador. Por encima de sus dedos, pudo ver los ojos del hombre, estupefactos.

—Shh —dijo Elzar—. Estamos trabajando, se lo prometo. Pero de maneras que no puede ver. La Fuerza no necesita proclamar sus actos. Solo actúa.

Apartó su mano. El senador estaba perplejo y callado, que era de lo que se trataba. De hecho, todos los presentes parecían bastante sorprendidos.

A Elzar le parecía que, a veces, era importante recordarle a la gente que, por importantes que se creyeran, en realidad solo eran personas.

Probablemente habría conseguido lo mismo con un truco mental, la mente de Noor parecía frágil, como la de la mayoría de los políticos, pero Avar no lo habría aprobado y

Elzar lo sabía. Normalmente, eso no le importaría demasiado. Avar Kriss era una vieja e íntima amiga, lo que significaba que podían discrepar, incluso reñir como ratas scree en celo, sin que pasase nada. Pero en aquellos momentos, allí... las cosas eran distintas.

El Consejo había puesto a Avar al cargo de la respuesta Jedi a las Emergencias por sus actos durante el desastre del *Ruta Legado*. Era una tarea enorme, ¿y a quién había elegido de compañero para su investigación? Oh, nada menos que al Caballero Jedi Elzar Mann.

Pero ¿por qué? Elzar creía saberlo. Avar y él compartían una larga historia, sin duda, y trabajaban bien juntos; él era bueno en muchas técnicas Jedi, incluidas algunas bastante ocultas, pero no creía que fuese por nada de eso. Muchos otros Jedi estaban tan cualificados como él. Elzar creía que Avar lo había elegido porque si lo hacía bien en esa misión podría alcanzar el único objetivo que realmente le interesaba en los Jedi: llegar a Maestro. Cuando eras Maestro, podías seguir tus propios estudios, avanzar en la Fuerza a tu manera. De hecho, el Consejo esperaba que los Maestros hicieran precisamente eso. Sonaba como el paraíso, pero un paraíso que hasta el momento le había dado la espalda. Si lo hacía bien en la investigación del *Ruta Legado*, si le demostraba al Consejo que podía ayudar a los Jedi en sus objetivos, podía ser determinante.

En otras palabras, Avar Kriss lo había elegido como compañero porque intentaba ayudarlo... y Elzar no quería darle ningún motivo para arrepentirse de su elección.

Así que nada de trucos mentales. Siempre que hubiera alternativa, al menos.

—Soy buena anticipando los problemas, senador —dijo Avar—. Mi compañero, Elzar Mann, es bueno encontrando soluciones. Suele encontrar formas únicas de salir de la mayoría de los embrollos, formas que otros no ven. Le prometo que aclararemos todo esto. Como dice, se nos acaba el tiempo.

Se volvió para mirar una vez más lo que quedaba del *Ruta Legado*.

—Aquí veo dos problemas a solucionar que lo abarcan todo. Primero, las Emergencias. Debemos asegurarnos de que lo que pasó en Hetzal y Ab Dalis no vuelva a pasar.

»Y segundo, necesitamos descubrir qué está causando las Emergencias... que puede ser también lo que causó el desastre inicial. Creo que los restos de esta nave pueden ayudarnos con eso, pero es una mera corazonada. No soy forense. De todas formas, sé que se pueden descubrir cosas asombrosas incluso en los pedazos más diminutos de material, con el análisis adecuado. ¿Lo estamos haciendo?

—Sí, tengo técnicos de mi departamento revisando los datos y estamos averiguando más cosas con cada pedazo que encontramos —contestó el secretario Lorillia—. Hasta ahora, nada concluyente, pero quizá haya una manera sencilla de obtener una visión panorámica mucho más clara.

Señaló una videopantalla de la sala, que mostraba un plano detallado del *Ruta Legado* en su forma original.

—Este tipo de carguero tiene una caja negra especial. Extremadamente duradera y específicamente reforzada para sobrevivir accidentes. Podría contarnos más sobre lo que sucedió en los últimos momentos del *Ruta Legado*, antes de que se desintegrara.

—Ya había pensado en eso, secretario, pero los droides de montaje aún no la han encontrado —dijo Keven Tarr, repasando sus notas—. Puede que haya emergido en otra parte o que siga en el hiperespacio.

—Imposible saberlo —dijo Lorillia—. Solo podemos esperar y rezar para que la encuentren.

—Bueno —dijo Keven—. Se me ha ocurrido algo. La red de vigilancia que monté durante el desastre estaba diseñada para supervisar todo el sistema solar en tiempo real y rastrear los restos lo mejor posible. Detectaba los nuevos fragmentos cuando emergían del hiperespacio y seguía sus trayectorias. O eso parecía cuando estaba sucediendo.

Levantó su datapad, activando la función proyector para mostrar una imagen más grande del sistema. Unas líneas largas y finas se cruzaban sobre Hetzal, todas dirigiéndose en arcos suaves hacia los tres soles del centro.

—Aquí hay muchos datos —dijo Keven—. Y si los vinculo a las otras dieciocho Emergencias...

Tecléo en su datapad varias veces y la imagen cambió, ampliándose para abarcar una gran porción del Borde Exterior. Aparecieron más líneas finas aquí y allá... dieciocho series, aparte del primer estallido mortal en Hetzal.

—Aparece una especie de imagen. Aún no la tengo del todo. No dispongo de suficiente potencia de procesamiento, pero si lograra los droides suficientes, navidroides porque son buenos calculando rutas hiperespaciales, quizá pudiera prever dónde se producirán las Emergencias. Y si puedo hacer eso, quizá pudiéramos anticiparnos y encontrar la caja negra. Si sigue allí.

Todos quedaron en silencio.

—Eso es... realmente impresionante —dijo Elzar—. Debe hacerlo.

Keven se encogió de hombros.

—Me gustaría... pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Lo acabo de decir, necesito droides.

—Hay droides por todas partes. Use esos —dijo el senador Noor, señalando a los droides de montaje del otro lado del plafón.

—Necesito muchos.

—¿Cuántos?

—Si son navidroides último modelo, unos... veinte o treinta mil, quizá. Como he dicho, se les da bien ese tipo de cosas. Si son droides normales, o navis viejos, muchos más. Como cien mil. Y, use los que use, tendrán que estar todos interconectados para que funcione. Un problema.

Más silencio.

—La canciller dijo que podíamos usar todos sus recursos, ¿no? —dijo Avar.

—Sí, pero decenas de miles de navidroides... eso... hum —dijo el secretario Lorillia, frunciendo los labios, pensando en el problema—. Muchos de esos modelos están directamente ensamblados en las naves donde operan. Esos podrían llegar bastante rápido, pero algunos habría que... hum. La República no tiene tantos, pero quizá podamos obtenerlos de los fabricantes... hum.

—Debería ponerse manos a la obra —dijo Elzar—. Cuanto antes empecemos, antes podríamos anticiparnos a las Emergencias. Podemos salvar vidas y, con un poco de suerte, encontrar la caja negra.

Avar intervino:

—He estado pensando en algo que dijo la canciller. Es posible que esto no sea un problema puntual, que algo vaya mal en el hiperespacio a gran escala. ¿Tenemos alguna idea sobre cómo afrontar eso? No estoy segura de que sepamos por dónde empezar, siquiera.

—Si quiere saber más sobre el hiperespacio, sé con quién debe hablar —dijo el senador Noor—. No viven aquí, se mudaron al Borde Medio cuando su familia se hizo rica, pero se los puedo presentar.

—¿A quién? —preguntó Elzar.

—Los San Tekka.

—Conozco ese nombre... ¿los prospectores?

—Prefieren el término exploradores. Son peculiares, pero nadie sabe más del hiperespacio que ellos. Si pasa algo raro, probablemente ellos podrán ayudarnos.

—Muy bien —dijo Avar—. Secretario Lorillia, ¿puede ocuparse de la cuestión de los navidroides de Keven Tarr? Elzar y yo nos reuniremos con los San Tekka, a ver si descubrimos algo. Nos mantendremos en contacto. Como dice el senador...

Volvió a mirar a lo que antaño fue el *Ruta Legado*.

—Se nos acaba el tiempo.



CAPÍTULO VEINTIUNO

EL NO-ESPACIO.

—¿**Q**uiénes somos? —rugió Pan Eyta, con su voz profunda aflorando de su enorme pecho, ampliada y distorsionada por la máscara que llevaba, que a su vez era una versión distorsionada de su cara de dowutin, con frente grande y cuernos naciendo de su barbilla. Sus palabras cayeron sobre el mar de caras que los miraban, a él y los que lo acompañaban en la mesa. La mayor parte de aquella multitud lucía sus propias máscaras, de muchos diseños y una única función. Unos millares de personas, de muchos mundos de toda la galaxia, unidos por el deseo de robar, matar y devorar.

—¡LOS NIHIL! —llegó la respuesta, como un trueno rodante.

—¿Qué cabalgamos? —gritó Lourna Dee, levantando el puño y un brazo fibroso. Era una twi'lek de unos cuarenta años, muy delgada, con la piel verde como aguas pantanosas y una lekku escuálida con franjas blancas colgando del cogote. Llevaba una coraza de cuero de dragón kell y máscara a juego, con un brazo descubierto y un cuchillo largo enfundado a la cintura.

Lourna estaba de pie junto a Pan Eyta, sobre una plataforma elevada en un extremo del Gran Salón de los Nihil, en una mesa de banquete cubierta de abundante comida y potentes licores. Había varias docenas de mesas como aquella repartidas por el salón, entre torres de llamas que ahuyentaban la noche infinita. Estaban repletas de caprichos para todos los gustos. Comida, bebida, drogas. Tantas como quisieran.

—¡LA TORMENTA! —respondieron en un clamor los Nihil.

El tercer y último de los Jinetes de la Tempestad gritó su pregunta. Este era Kassav, un veterano weequay con una piel como carne secada al sol, vestido solo con una capa y pantalones de cuero manchado, además de su máscara, una fina placa de metal martillado con ranuras recortadas para ojos, nariz y boca. Una parodia espantosa de una cara.

—¿Quién nos guía? —bramó.

—¡EL OJO! —llegó la respuesta, y tras estas palabras, los Nihil se volvieron hacia otra plataforma, más baja que la de los Jinetes de la Tempestad, donde había una sola persona sentada ante una mesa.

Marchion Ro.

Este también llevaba máscara, pero distinta a las demás. La suya era única, incluso en el Gran Salón de los Nihil. Transpariacero ahumado con un símbolo tallado, un grabado primitivo y brutal, rizos y líneas que evocaban una estilizada supertormenta mataplanetas vista desde el espacio, con su ojo central situado en medio de la cara. Sus ropas eran

sencillas, pantalones y chaqueta negros bajo una túnica blanca sin mangas, y guantes de cuero finos con nudillos reforzados. Sus extremidades eran largas y las partes visibles de su piel eran color gris pizarra. No llevaba ningún arma a la vista.

Marchion miró hacia atrás, al vacío que los rodeaba a todos. Unas luces extrañas parpadeaban a lo lejos, en el límite de su campo de visión y en todo el espectro. Los Nihil conocían aquel lugar como el no-espacio y solo ellos sabían cómo llegar, a través de rutas secretas por hipervías tortuosas no registradas en las bases de datos galácticas. Rutas que Marchion Ro había transitado, igual que su padre antes que él.

El Gran Salón de los Nihil no tenía paredes ni techo, solo campos de vacío invisibles que creaban una cúpula de aire respirable sobre una amplia plataforma de duracero de un centenar de metros de longitud. Parecía vagar a la deriva en medio de la gran nada.

El simbolismo era obvio e intencionado. Dentro de los Nihil todo era luz y vida. Fuera... muerte fría y vacía.

—¿Qué veo? —dijo Marchion Ro, en voz baja, un suspiro, no un grito. La multitud se calló para oírle—. ¿Qué ve el Ojo para los Nihil?

—¡TODO LO QUE QUEREMOS! —llegó el rugido de respuesta, inmediato, con todas las voces elevándose, hambrientas, seguras y alegres.

Marchion miró a Pan Eyta y asintió. Le tocaba al dowutin. El gigantesco ser se ajustó las solapas de su traje de cuero, tallado con elegancia y de un turquesa claro elegido para resaltar su piel amarilla.

—Exacto —dijo Pan—. Todo lo que queremos. Como en Ab Dalis. Matamos a aquel convoy. Asaltamos las naves y nos llevamos todo lo que tenían. Y ahora, todos los que lucharon junto a nosotros recibirán su parte, por la Regla de Tres. Con los Nihil, todo el mundo come.

Pan Eyta señaló al exterior de la plataforma, al extraño y salvaje no-espacio, donde el vacío solo se veía perturbado por la flota de naves de los Nihil. Marchion Ro recorrió las naves con la mirada. No había dos iguales, todas reflejaban los gustos y culturas de sus dueños. Todas compartían cierta estética brutal y las medias esferas verdes y relucientes de los motores Camino, el milagro de navegación suministrado a la organización por Marchion y su padre.

Las naves de los Nihil, grandes y pequeñas, parecían puños blindados con púas, llegados para matarte a golpes y robar a tu cadáver. Ninguna curva si bastaban líneas rectas. Bordes afilados, una falta general de simetría. Desde las pequeñas Rayos, tipo caza, o las más grandes Nubes y Tormentas, hasta las tres naves de tamaño corbeta de los Jinetes de la Tempestad. Kassav tenía el *Nueva Élite*, Pan Eyta volaba en su *Elegancia* y Lourn Dee... bueno, ella había bautizado su nave como *Lourn Dee*.

Mucho más grande, imponente, alzándose tras el resto de la flota Nihil, con una silueta de depredador marino, estaba la fortaleza y palacio volador de Marchion Ro, con sus pasadizos desiertos y resonantes... el *Eléctrica Mirada*.

—Por eso estamos todos aquí hoy —dijo Pan Eyta—. Por eso estamos celebrando. Volamos juntos, morimos juntos y cuando volvemos... recogemos la recompensa.

Pan señaló a Lournadee y Kassav.

—También debo dar las gracias a mis compañeros jefes. Ab Dalis fue un golpe llevado a cabo por mi Tempestad, pero tanto Lournadee como Kassav me apoyaron con sus tripulaciones. Ellos también recibirán su parte.

Acercó una mano a la mesa, levantó la enorme copa de vino especiado, mostrándoselo a la multitud, y se volvió hacia Marchion Ro.

—Y aquí está el Ojo de los Nihil, quien nos dio los Caminos para hacerlo todo posible. No lo podríamos haber logrado sin él.

Pan Eyta echó la cabeza hacia atrás, se levantó un poco la máscara y se bebió la copa, derramando algo de vino al suelo. La multitud rugió en aprobación y Marchion Ro levantó una mano para saludar a los entusiasmados Nihil.

—Pero ya saben —dijo Pan, dejando la copa sobre la mesa—, podríamos haberlo hecho mejor. En ese convoy había seis cargueros y solo abordamos cinco.

Fingió un cierto descontento, sacudiendo su enorme cabeza.

—Perdimos uno en el ataque. Estalló cuando lo estábamos abriendo y lo que guardaba para nosotros... ahora es polvo caliente.

Extendió un brazo, señalando al otro lado del Gran Salón.

—¿Dónde está el Tormenta al mando del equipo asignado a ese carguero?

Un murmullo entre los reunidos, mientras las cabezas se giraban, buscando al que admitiría el error. Pasaron unos instantes, pero finalmente la presión fue demasiado grande y un hombre se levantó. Un miembro de la Tempestad de Lournadee, por el atuendo minimalista que lucía. Costaba identificar su especie, pero su máscara incluía unos grandes cuernos rizados que bajaban desde sus orejas, pequeñas ranuras blancas para los ojos y el sempiterno filtro sobre nariz y boca, lo mejor para sobrevivir a las distintas armas químicas que los Nihil solían usar en sus asaltos. En su túnica se veían tres franjas blancas en zigzag, símbolo de su rango dentro de la organización.

—Eh —dijo Pan Eyta, volviéndose hacia Lournadee—. Parece que es uno de los tuyos, Lournadee. ¿Te importa si...?

—Adelante —dijo Lournadee, sin afectación en la voz. Nunca revelaba gran cosa de lo que pasaba tras sus gélidos ojos azules—. Se llama Zagyar.

—¿Zagyar! —grito Pan Eyta, señalando al hombre—. Acércate con el resto de tu tripulación. Tus Nubes y Rayos.

Zagyar hizo un gesto al grupo sentado a su mesa y estos se levantaron. Siete hombres y una mujer, enmascarados, todos distintos excepto por las ranuras blancas de los ojos de su líder. Los Nubes tenían dos de las franjas en zigzag en algún punto de su atuendo, los Rayos solo una. Avanzaron en grupo, mientras los demás Nihil les abrían paso, hasta que llegaron ante Pan Eyta y compañía.

—¿Qué sucedió, Zagyar? —preguntó Pan—. ¿Por qué perdimos una sexta parte de lo que fuimos a buscar?

El Tormenta no intentó disimular. Se limitó a responder, llana y claramente. Sin adornos ni ocultando la verdad. Marchion Ro respetaba aquello.

—Uno de mis Rayos, una muchacha llamada Blit, calculó mal el disparo de su arpón. Impacto en uno de los tanques de combustible del carguero. No hizo falta más. Bum.

—Ya me parecía que había sido algo así. ¿Esa Rayo está aquí?

—No. Blit murió en la explosión. Como la mayoría de mis tripulantes. Solo sobrevivieron estos siete. Un par de Nubes y cinco Rayos.

Zagyar señaló a su gente.

—Ya veo —dijo Pan—. Pero alguien debe pagar por ese error. Todos perdimos con eso. Yo perdí.

Señaló a Marchion Ro, aún sentado a su mesa, uno o dos metros por debajo de los Jinetes de la Tempestad.

—El Ojo perdió. Debemos repararlo. Por los Nihil.

Zagyar, de nuevo, no mostró miedo ni ira... solo respondió, alto y claro. Marchion Ro entendió que hubiera llegado a Tormenta, que no era nada fácil. En los Nihil ascendías de rango por sucesión o haciendo todo lo posible para asegurarte que otros no lo lograban.

—La Rayo que lo arruinó lo pagó con su vida. Diría que eso ya es algo.

—Algo es... pero esa Rayo no está aquí. Tu tripulación y tú también son responsables. Alguno podría haber orientado mejor a Blit, la podría haber ayudado. No lo hicieron y alguien debe pagar por ello. Los dejaré elegir a ustedes.

Zagyar titubeó, mirando a su tripulación, uno por uno, con sus máscaras impidiéndole saber qué pensaban.

Brotó un cántico al fondo del salón y creció rápidamente, hasta que todos los Nihil gritaban las mismas tres palabras.

—¡Paguen el precio!

—¡Paguen el precio!

—¡Paguen el precio!

Los tripulantes de Zagyar se pusieron tensos. Se miraron unos a otros, miradas rápidas y furtivas, sin saber quién sería el primero en dar el paso. Los blásters estaban prohibidos en el Gran Salón, pero todos tenían sus cuchillos y ya estaban echando mano a sus empuñaduras.

—¡PAGUEN EL PRECIO!

Marchion Ro volvió la cabeza, mirando hacia el borde de la plataforma, donde una hilera de luces azules y blancas marcaban la frontera entre luz y vida, a un lado, y gélido vacío, al otro. Odiaba los espectáculos que organizaban Pan, Lournna y Kassav, enfrentando a Nubes, Rayos y Tormentas entre sí.

Todos los Nihil trabajaban bajo la misma enseña y todos usaban los Caminos que les había dado Marchion, nada más. Eran un caos. Cada uno a lo suyo, cada Tempestad preparada para menoscabar a las otras. Cualquiera Nihil le rebanaría el pescuezo a otro a la más mínima provocación u oportunidad de lucro.

Los Caminos podían llevar a los Nihil a cualquier parte de la galaxia, pero no lo querían ver. El único capaz de ver el potencial de la organización era, inevitablemente, el

Ojo. Pero el Ojo no mandaba allí. Cada Tempestad tenía su jefe, su Jinete, y Marchion Ro no podía influir en nada de lo que hacían. Recibía su parte del botín de todos los golpes en los que empleasen sus Caminos, por la Regla de Tres... pero nada más.

El Ojo podía ver... pero el Ojo no podía actuar.

Le llegaron ruidos de pelea, pero no se giró a mirar. Alguien estaba pagando el precio.

Vio, como todos los Nihil, que arrastraban a un tripulante de Zagyar hasta el borde de la plataforma, que no dejaba de gritar y protestar por lo injusto que era todo, con lo leales que siempre habían sido. Marchion Ro no sabía a quién habían elegido, quizá al propio Zagyar. Tampoco importaba. La lección quedaba clara.

Todos los Nihil debían colaborar. O hacías la organización más rica o la hacías más fuerte. Y una manera de hacer algo más fuerte era... eliminar a los débiles.

Un cuerpo quedó a la deriva en el vacío del no-espacio, todavía agitándose. Por poco tiempo.

Pan Eyta se volvió hacia los Nihil. Abrió los brazos para abarcarlos a todos, mientras señalaba las mesas y las fuentes llenas de distintos intoxicantes, además de bastones de la muerte y montones de estimupolvo y tranquifuego.

—Ahora diviértanse, amigos —dijo—. Se lo han ganado.

Bajó de la mesa, mientras los Nihil retomaban su celebración. Si alguien tenía algún reparo sobre lo que acababa de suceder, lo disimularon tras sus máscaras, puñados de comida y sorbos de polvo. La música empezó a sonar... alta, con un sonido como placas de metal martilleadas en complejos polirritmos.

—Tenemos que hablar —dijo Marchion Ro, mirando a los tres Jinetes de la Tempestad.

Kassav frunció el ceño.

—Estamos de celebración, Marchion. ¿No has oído a Pan? Tenemos mucho que celebrar. ¿Por qué no te relajas?

Marchion Ro se quedó mirando al hombre durante tres largos segundos.

—Tenemos cosas que debatir —dijo—. Es importante y quiero hablarlo, ahora que estamos todos y antes de que estén demasiado borrachos para pensar.

Los Jinetes de la Tempestad se miraron, todos molestos.

Lourna Dee se encogió de hombros.

—Vale, Marchion, vale. Vamos atrás.

Marchion Ro bajó de la plataforma elevada y fue hasta el extremo de la plataforma, con los Jinetes de la Tempestad siguiendo sus pasos. Nihil de todos los niveles les tendieron la mano para encajársela, desesperados por entablar algún tipo de relación con los líderes de la organización.

El grupo llegó a una pequeña estructura construida al extremo del Gran Salón. Esta albergaba el compartimento estanco y los mecanismos de amarre, además de un pequeño conjunto de salas que ofrecían intimidad, si era necesario. Dos droides centinelas protegían la entrada y les hicieron una reverencia con la cabeza cuando Marchion y los

tres Jinetes de la Tempestad entraron. Los droides superaban los dos metros de altura, color negro mate, y en vez de rudimentarios rasgos faciales en sus cascos se veían los tres relámpagos de los Nihil en un vistoso azul blanquecino. No llevaban armas, tampoco las necesitaban. Sus miembros y cuerpos estaban llenos de púas afiladas y sus puños eran de aleaciones pesadas capaces de hacer picadillo huesos y tejidos.

Dentro, una vez sellada la puerta, Marchion se volvió hacia Kassav, Lournna Dee y Pan Eyta, cada uno de ellos responsable y máxima autoridad de una Tempestad, las tres grandes divisiones de los Nihil.

—Bonita fiesta —dijo Kassav.

Kassav siempre era el primero en hablar. Predecible como un amanecer. Odiaba el silencio o estaba patológicamente decidido a asegurarse de que nadie olvidaba su presencia.

Marchion Ro se quitó la máscara, levantando una mano para pasarla por su larga cabellera negra y desenredársela. La energía de la estancia cambió, aunque los Jinetes de la Tempestad ya habían visto a Marchion sin máscara muchas veces. Su aspecto solía tener un efecto particular en los que lo rodeaban; piel gris pizarra, ojos totalmente negros, cierta delgadez angulosa en su físico. Para muchas de las especies de la galaxia, los rasgos del pueblo de Marchion eran sinónimo de depredador, a un nivel instintivo profundo.

—¿Te parece bonita, Kassav? —dijo Marchion—. Yo solo veo una gran fiesta. En número. Muchas caras nuevas. De sus tres Tempestades.

—Siempre necesitamos sangre nueva —dijo Pan Eyta. Su voz era tan baja que algunas sílabas caían a rangos subsónicos, dándole un tono tembloroso y resonante—. Los Rayos encuentran gente que enrolar y cuando tienen un grupo suficiente a su mando, ascienden a Nubes. Si se labran una buena reputación, llegan a Tormentas. Así funciona desde siempre. Ya lo sabes. Es así desde que tu padre era el Ojo.

Marchion Ro estaba bastante convencido de que alguna de las tres personas que tenía delante había asesinado a su padre, Asgar Ro. Custodio de los Caminos y Ojo de los Nihil hasta que Marchion heredó el cargo y todo lo que conllevaba, tras la muerte de su padre. Pero no sabía cuál de los tres Jinetes de la Tempestad lo había matado y solo era el Ojo. Ellos eran los jefes y tenían mil soldados cada uno. Él solo tenía un verdadero aliado y ella no le serviría de nada en una pelea.

—Sé cómo funciona, Pan —dijo Marchion—. Pero los Caminos no son un recurso ilimitado. Si somos demasiados podemos dispersarnos demasiado. Necesitamos frenar un poco el ritmo.

—Eso no le va a gustar a nadie —dijo Lournna Dee—. Nosotros no frenamos nada. Somo los Nihil.

Marchion posó su dedo índice sobre su casco.

—Los Caminos vienen de mí. Y ahora les digo que necesitamos tener un poco de cuidado en la siguiente fase. Nada más.

—¿Se trata de la República, otra vez? —preguntó Pan Eyta—. Ya hemos discutido eso. Sabemos que van a inaugurar esa estación, la Baliza Starlight, pero eso no significa que vayan a molestarnos. Nos consideran aficionados. No nos han incordiado nunca y ni siquiera tienen un ejército. ¿Cómo iban a perseguirnos? Tenemos tus Caminos, ¿no?

El dowutin se ajustó el traje otra vez, aquel cuero turquesa pulido. Pan era peculiar en sus gustos. Lo elegía todo cuidadosamente, desde su ropa hasta lo que comía o la música que escuchaba. Los Nihil en su Tempestad solían ser iguales. Al principio, Pan había elegido a sus primeros Rayos y estos después habían elegido a los suyos, buscando siempre seres afines.

Cada Tempestad era un reflejo de su Jinete. La gente de Pan era muy precisa planificando. El grupo de Kassav era caótico e impulsivo, con todos sus Rayos, Nubes y Tormentas intentando apuntarse el siguiente tanto, persiguiendo la siguiente aventura disparatada de la que poder alardear cuando iban tan ebrios que apenas podían hablar. Los de Lournaa Dee eran sutiles, introvertidos, discretos sobre sus intenciones hasta que alcanzaban su objetivo. También, en general, su gente era la más cruel de todos los Nihil.

—No es solo la Baliza Starlight, es todo eso del *Ruta Legado* en Hetzal —dijo Marchion—. Esas Emergencias están causando desastres por todo el Borde. Mi gente en la República me dice que lo están investigando a fondo. Incluso han recurrido a los Jedi.

—Jedi —dijo Kassav, mostrando sus pequeños y afilados dientes—. Siempre he querido matar uno. Esa sí que sería una buena historia.

Marchion sabía que Kassav nunca se las había visto con un Jedi. Tampoco Marchion Ro, pero su familia había tenido tratos con ellos y había crecido oyendo anécdotas. Algunos podían alterar o destruir la mayor de las aspiraciones. Podían... usar algo. No solo la Fuerza. Era la propia Orden. Les daba una confianza, una estructura, la voluntad de servir a una causa mayor: extender la luz por la galaxia. Eso los hacía audaces y fuertes. No temía a los Jedi... pero solo los idiotas podían pensar que no eran una amenaza seria.

—Puedes intentar matar tantos Jedi como quieras cuando quieras, Kassav —dijo Marchion—. Solo danos el nombre del Tormenta que crees que debería remplazarte como Jinete de la Tempestad cuando ya no estés.

Esperó antes de volver a hablar, mirando a cada uno de sus interlocutores, dejando que sus ojos fríos y oscuros hicieran la mayoría del trabajo. El silencio se transformó en tensión y Marchion siguió mirándolos, desafiándoles a volver a retarle. No lo hicieron. No iban a hacerlo. Al menos abiertamente. Sabía que cualquiera de ellos le cortaría la cabeza en el acto si supieran cómo acceder a los Caminos, pero mantenía su secreto con gran celo.

—Lo que me preocupa es esto —dijo, finalmente—, los tres manejan sus operaciones con bastante autonomía y tienen equipos lanzando asaltos por todo el Borde Exterior. La Canciller Soh ha ordenado el bloqueo hiperespacial de la región, y lo va extendiendo con cada nueva Emergencia. Los Nihil son prácticamente las únicas naves que pueden volar estos días, porque tenemos los Caminos. ¿Y si la República se topa con un equipo Nihil y

descubre lo que podemos y no podemos hacer? ¿O los Jedi? No queremos que la Orden se nos eche encima. Ni la Coalición de Defensa de la República.

Sacudió la cabeza.

—Sé que la República no tiene un ejército propio. No importa. No somos lo bastante grandes para combatirla, aunque solo tengan la fuerza de asalto de la CDR. Nos barrerían. Creo que debemos ocultarnos. Nada de nuevas operaciones, por ahora. Ni más Caminos. Si su gente protesta, díganle que el Ojo ve algo especial en el futuro, algo grande. Un nuevo impulso.

—¿Y el Ojo realmente ve eso? —preguntó Lourn Dee—. Un nuevo impulso, me refiero.

—Siempre pienso en el siguiente paso, Lourn —dijo—. Ya lo sabes.

Kassav y Pan Eyta se miraron.

—Parece impropio de nosotros —dijo Kassav.

—Solicito una votación —dijo Marchion.

—En ese caso, yo voto que esto es estiércol de bantha —dijo Kassav—. Los Nihil no paran. Debemos seguir cabalgando la tormenta.

—Bueno —dijo Pan Eyta—, creo que coincido con Marchion. Soy partidario de que nos demos un respiro. Una temporada. Quizá deberíamos dedicar un momento a planear nuestra estrategia... y decidir qué hacemos si la República empieza a meter las narices en nuestro territorio.

—Pff —dijo Kassav—. Por supuesto. Los tuyos y tú están empachados gracias al golpe en Ab Dalis, por eso no necesitarán comer durante un tiempo. Pero ¿qué pasa con los demás?

—Quizá deberías haberme prestado más gente, Kassav —dijo Pan—. ¿No podías cederme más que un Nube? Por favor. En todo caso, a mí no me importa hacer un descanso. Quizá me tome vacaciones. Puedo comprar entradas para la ópera de Cato Neimoidia.

Kassav hizo un ruido desdeñoso y gutural.

El resto de la votación ya era irrelevante. En cualquier decisión relacionada con los Caminos, el Ojo tenía voto de calidad, una regla antigua. Con el voto de Pan, tenían, como mínimo, un empate a dos votos sobre la pausa en la actividad de los Nihil, al menos hasta que la presión por el *Ruta Legado* amainase. Lourn Dee no se había pronunciado, pero su voto era irrelevante... y era habitual que esperase para expresar sus opiniones. Parecía preferir que la gente supiera lo menos posible sobre lo que pensaba. Marchion no sabía si era algo estratégico o patológico. Probablemente ambas cosas.

—Supongo que ya está decidido —dijo Lourn Dee—. Pero quiero proponerles un golpe.

—¿Eh? —dijo débilmente Marchion.

Pan Eyta y Kassav tampoco parecían muy entusiasmados. Los Jinetes de la Tempestad podían autorizar asaltos de sus equipos sin consultar a los demás, pero todo lo que precisara de Caminos debía ser sometido a votación. Normalmente, eso hacía que

Marchion fuera el factor decisivo, porque los dos Jinetes de la Tempestad que no tenían intereses directos en el golpe solían votar en contra. En realidad no era un mal sistema. Como Ojo, Marchion era el Custodio de los Caminos, así que debía tener mayor voz en la decisión de cómo se empleaban.

—Tengo un nuevo grupo en mi Tempestad —continuó Lourn—. Siete Rayos a las órdenes de un Nube. Me plantearon un plan muy interesante... han encontrado una familia de colonos en un mundo minero, con muy buenos contactos. Mis chicos quieren secuestrarlos y pedir rescate por ellos a sus parientes ricos. Es muy astuto.

—No, Lourn. Ya te lo dije. Acabamos de votar. Ningún golpe hasta que se relaje la tensión por Hetzal.

Ella se le acercó un paso, con su fina cara concentrada y una mirada intensa.

—Hazme caso, Marchion, será sencillo. El planeta es Elphrona, que apenas tiene fuerzas de seguridad, y parece que la familia decidió empezar una vida rural completa, viven muy apartados, en medio de la nada. Son un botín fácil. Será visto y no visto.

Marchion se quedó callado, lo que Lourn interpretó como una invitación a seguir hablando.

—El Nube pidió algunos Caminos. Ya sabes... por si acaso. Sé que estamos bajo presión, pero este es un grupo nuevo, con mucho potencial. Quiero subirlos al carro, darles la oportunidad de demostrar su valía. Créeme, esta operación dará muchos beneficios.

—Elphrona —dijo Marchion—. En ese planeta hay un puesto avanzado Jedi.

—¿En serio? —preguntó Lourn Dee, en un tono que dejaba claro que ya lo sabía.

Marchion se quedó callado. Los Nihil no eran una banda de saqueadores más, como las millares que operaban en el Borde. Ellos eran especiales, poderosos... y todo gracias a los Caminos. En todos los sentidos, los Caminos hacían de los Nihil lo que eran. Les permitían usar el hiperespacio de maneras inaccesibles a cualquier otra nave de la galaxia. Microsaltos, saltos a puntos muy adentrados en los pozos de gravedad, acceso al hiperespacio desde prácticamente cualquier sitio, sin elaborados cálculos ni tener que viajar hasta las zonas de acceso oficiales... los Caminos permitían que las naves Nihil aparecieran y desaparecieran a voluntad, como fantasmas. Podían aparecer en cualquier sitio, en cualquier momento, y ninguna defensa podía detenerlos.

Los Caminos hacían a los Nihil lo que eran, pero provenían de una única fuente no inagotable y Marchion le había exigido mucho últimamente, tanto para impulsar el crecimiento de los Nihil como para respaldar sus propios planes. El desastre del *Ruta Legado* no era la única razón por la que quería enfriar las cosas una temporadita.

Pero la idea de Lourn Dee... tenía posibilidades.

No era necesario pedir una votación formal. Lourn Dee estaba claramente a favor y el voto de calidad del Ojo aseguraría su victoria, si la apoyaba.

—Bien —dijo—. Mándame el plan, con lo que crees que necesitarás, y te daré algunos Caminos. Pero no hagas nada que llame la atención de los Jedi. Irán, raptarán a la familia y se marcharán.

—Gracias —dijo Lourn a y se marchó. Como siempre, la mujer no decía ni una sola palabra más de las necesarias.

Kassav y Pan Eyta se miraron y después se volvieron hacia Marchion Ro.

Pan se encogió de hombros y se marchó, siguiendo a Lourn a Dee hacia la fiesta del exterior.

Kassav no.

Marchion volvió a ajustarse la máscara en la cara.

—Esto no me parece muy justo, Ro —dijo el weequay—. Darle un trabajo a Lourn a Dee, darle los Caminos, pero decirnos a Pan y a mí que paremos. Yo también tengo bocas que alimentar. Tengo unas mil personas en mi Tempestad y a ninguna va a hacerle ninguna gracia esto. ¿Qué te parece si te mando algunas propuestas? Puedes elegir una para que tengamos algo que hacer. Te llevarás tu parte... un tercio para el Ojo, como siempre. ¿No te interesa?

Regresaron al Gran Salón, pasando entre los droides guardias con púas, que volvieron a inclinar la cabeza ante el Ojo y el Jinete de la Tempestad.

Marchion fue hasta el borde de la plataforma, con Kassav pisándole los talones, hasta las luces azules que marcaban el límite de los campos de vacío.

—Tu padre nunca haría nada así —dijo Kassav—. ¿Clausurar los Caminos? Ni hablar. Asgar Ro no. No era un cobarde, ni mucho menos.

Marchion Ro se quedó muy quieto.

—Mi padre está muerto, Kassav —dijo—. Ahora el Ojo soy yo. Puedes hacer lo que quieras con tu Tempestad, pero los Caminos los suministro yo. ¿No te gusta? ¿Quieres jugármela, intentar quitarme lo que tengo? Adelante. Pero recuerda...

Señaló el vacío del exterior.

—... que todo tiene un precio.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

EL BORDE EXTERIOR. PUESTO AVANZADO DE ELPHRONA.

—¿Qué esperas? —preguntó Loden.

Bell se acercó al borde del acantilado y miró hacia abajo. El suelo no parecía más cerca que las últimas cuatro veces que había mirado. Se volvió hacia su Maestro, que tenía los brazos cruzados. Estaba sonriendo, pero era una de esas sonrisas que parecían más una mueca de desaprobación.

«Sigue adelante», decía esa sonrisa. «A no ser que prefieras ser padawan durante el resto de tu vida».

La Orden Jedi había establecido puestos avanzados en todos los sectores menos poblados de la República, como una oportunidad de explorar nuevas regiones y ofrecer ayuda a cualquiera que pudiera necesitarla en aquellas regiones más salvajes. No eran tan grandes como templos y estaban operadas por equipos de entre tres y siete Jedi, a menudo con diversos niveles de experiencia. Que te mandasen a un puesto avanzado era parte habitual del entrenamiento de un padawan y eso era lo que Bell estaba haciendo en Elphrona. Loden y él llevaban un tiempo allí, aunque a veces les asignaban alguna misión fuera del planeta, como la visita a la Baliza Starlight que había terminado con ellos en pleno desastre del *Ruta Legado*. Inicialmente, debían regresar a Coruscant después de eso, con el *Tercer Horizonte*, pero el bloqueo hiperespacial de la Canciller Soh los había obligado a volver al puesto avanzado.

El Consejo pensaba que los Jedi podían ser más necesarios en el Borde Exterior durante la crisis. Pero, de momento, el bloqueo no era muy distinto a la vida habitual de un puesto avanzado. Para el padawan Jedi Bell Zettifar, eso significaba recibir órdenes constantes de su Maestro para hacerle las cosas imposibles, todo en nombre de su supuesto «entrenamiento».

El viento arreció, haciendo recular a Bell del borde del acantilado. Notó el inconfundible aroma de Elphrona, metal y polvo calientes.

La Orden diseñaba sus puestos avanzados para que encajasen en su entorno natural y en la cultura del planeta. El puesto avanzado de Kashyyyk era una enorme casa-árbol. En Mon Cala, era una balsa gigantesca hecha con coralita, con algas colgando de su parte baja, proporcionando un hábitat arrecife para las criaturas marinas locales, mientras vagaba a la deriva empujado por las corrientes.

Elphrona era un mundo árido de pizarra y arcilla, topográficamente diverso. Prácticamente toda su superficie estaba cubierta de largas cordilleras montañosas,

compuestas esencialmente de hierro y otros minerales ferrosos, que se rizaban sobre sus superficies en arcos, siguiendo el patrón de los campos magnéticos del planeta. Desde la órbita era precioso... como si un calígrafo hubiera garabateado todo el planeta con un bolígrafo gigante. Desde el suelo, tenía justo el aspecto que esperarías de una polvorienta bola de metal... un mundo con los huesos pegados a la piel.

En este duro lugar, los Jedi habían construido su puesto avanzado junto a una ladera montañosa, o dentro de ella. Habían recortado una cara de la montaña de hierro, tallándola con cinceles láser para construir una entrada columnada tipo templo. La entrada estaba flanqueada por dos enormes estatuas de Caballeros Jedi, con sus espadas láser desenfundadas y en posición de guardia. Los Jedi llevaban togas con capucha de un estilo que era un guiño a una época antigua. Sobre las puertas, un símbolo gigante de la Orden, con las alas alzadas abarcando una lanza de luz estelar que se proyectaba hacia la galaxia.

A Bell no le gustaba Elphrona, habría sido más feliz en el puesto de Mon Cala, por ejemplo, donde las brisas olían a mar y vida, no a óxido. Pero adoraba aquel puesto avanzado. Era simple y majestuoso. Todo lo que los Jedi debían ser.

Era al amanecer y la luz naciente se reflejaba en el electrum del símbolo Jedi, iluminándolo con reflejos de fuego. La vista desde el acantilado no podía ser mejor. Era la perfección.

Bell Zettifar, padawan Jedi, se empapaba de ella. Entonces hizo ademán de girarse, para decirle a su Maestro, el Caballero Jedi Loden Greatstorm, que no estaba preparado para el ejercicio y que quería repasar las técnicas un poco más, antes de saltar de un acantilado perfecto.

—Creo en ti —oyó que Loden le decía, unos metros más atrás.

Bell sintió que su Maestro se proyectaba hacia la Fuerza y después notó como una mano en el centro de su espalda. Y recibió un fuerte empujón que lo arrojó por el borde del acantilado.

A unos treinta kilómetros estaba el asentamiento de Esperanza de Ogden, un pueblo bastante grande y mantenido por los sueños de aquellos que creían que podrían transformar la riqueza mineral del planeta en riqueza personal. La industria minera de Elphrona tenía más de un siglo de vida, pero los gobiernos del planeta llevaban décadas resistiendo los esfuerzos de grandes compañías galácticas por comprar y fusionar sus explotaciones. Todo el planeta estaba dividido en una cuadrícula y ninguna familia, empresa ni asociación estaba autorizada a poseer más de cuatro parcelas.

Eso significaba que gran parte del planeta seguía sin explotar y quién sabía qué tesoros podían esperar bajo la superficie, listos para ser descubiertos. Anteriormente se habían descubierto minerales raros, aurodio y platino, incluso sustancias más extrañas... como un filón de cristales. Elphrona era una cámara acorazada del tamaño de un planeta

y, extrañamente, era propiedad de todos los que lo habitaban. Esperanza de Ogden, como pueblo, tenía un nombre muy apropiado. Era un lugar de posibilidades, donde todos tenían las mismas opciones de éxito y libertad. La Canciller Lina Soh solía citar Elphrona en sus discursos como emblema del espíritu de la República. Era un lugar duro, pero bueno, en general.

A este buen lugar había llegado una familia, proveniente de un populoso y rico mundo del Núcleo. Madre, padre, hijo e hija. Solicitaron dos parcelas juntas, a una hora en deslizador de Esperanza de Ogden, más si te topabas con una tormenta de óxido. Se construyeron un hogar en el que vivir con la ayuda de sus droides. La primera versión era una estructura burda y fea de permacreto, poco más que un refugio del sol y el viento, pero lo habían hecho suyo con el tiempo. Más habitaciones, más ventanas, una segunda planta, decoración, todos esos pequeños detalles que convierten una casa en un hogar. Perforaron el terreno, buscando cualquier tesoro que pudiera yacer bajo sus pies.

La familia podría haber usado sus droides para hacer la mayor parte del trabajo, pero no habían ido a Elphrona para eso, así que todos hacían su parte. Los niños estudiaban con sus droides tutores y cada día estaban más altos. Los padres trabajaban, planeaban y creían haber tomado la mejor decisión para su familia.

Hasta una mañana temprano, cuando la madre, llamada Erika, levantó la vista de un droide perforador que estaba reparando y vio una extraña nube cerca de su casa. Era rara, distinta a todas las que había visto antes. Para empezar, estaba pegada al suelo, como la niebla. Pero Elphrona era un mundo árido. Había agua, pero circulaba a mucha profundidad, por ríos y canales subterráneos. La lluvia era un acontecimiento único que se daba una vez por década. Así que niebla... no. No era posible.

Aparte de eso, la nube tenía un aspecto extraño... tenía una especie de brillo, como azul metálico. Como una nube de tormenta, en realidad, pero no había visto una igual desde que había dejado su mundo natal, años atrás. Y parecía moverse con rumbo. Directa hacia ellos.

—Ottoh —llamó a su marido, que andaba cerca, echando de comer a su pequeño rebaño de acereros. Las bestias de patas largas se apiñaban alrededor del comedero, visiblemente contentas por recibir su desayuno—. ¿Qué es eso?

Ottoh se volvió a mirar. Y quedó petrificado. A diferencia de su mujer, se mantenía al día de los asuntos galácticos, no se había aislado por completo de las noticias de la República. Así que había oído historias y sabía lo que significaba que una tormenta se acercase lentamente a tu casa, negocio o familia.

—Ve a buscar a Bee —dijo, dejando caer el saco de comida—. Yo voy por Ronn. Tenemos que meternos en la casa y encerrarnos. Ya.

Erika no hizo preguntas. No titubeó. Estaban a muchos kilómetros de cualquier posible ayuda e incluso un mundo bueno de los Territorios del Borde Exterior estaba plagado de peligros. Llamó a su hija y corrió hacia la casa.

—¡Ronn! —gritó Ottoh, sin apartar la vista de la nube—. ¡Entra en casa ya!

Empezaban a atisbar varias figuras, unas diez, dentro de la niebla que se aproximaba. Aún no distinguía los detalles, pero sabía quiénes eran. Había oído hablar de ellos... unos saqueadores extraordinariamente crueles que aparecían de la nada y se marchaban igual, sin dejar nada a su estela, más que terror por que pudieran regresar.

Los Nihil.

Bell se proyectó hacia la Fuerza. Sabía que, como Jedi, podía sobrevivir a la caída. Había visto a Loden haciendo cosas parecidas muchas veces, la última en Hetzal Prime, y también en entrenamientos. Loden podía caer como una piedra y frenarse en el último momento para hacer un aterrizaje perfecto. No era volar, ningún Jedi nacido sin alas podía volar, por lo que Bell sabía, pero tampoco era exactamente caer.

Bell sabía que podía hacerlo y sabía que Loden Greatstorm le creía capaz de hacerlo. Su Maestro, probablemente, no habría usado la Fuerza para empujarlo por aquel acantilado espantosamente alto si no lo pensase. Bell pensó que el Consejo Jedi pondría mala cara ante el homicidio involuntario de un padawan, pero también pensaba que Loden lo podría justificar, probablemente con el argumento de que un padawan incapaz de dominar algo tan simple como un descenso controlado no serviría de nada en la Orden.

Todo eso pasó por la cabeza de Bell en el segundo inicial de su caída al vacío. Con un esfuerzo enorme, se obligó a concentrarse, a encontrar la llama de la Fuerza en su interior y hacerla crecer, y con ella conectarse a las corrientes de aire que azotaban su cara y sus rastas. Loden le había dado instrucciones sobre la manera segura de ejecutar esa maniobra, aunque fue desalentadoramente vago en su descripción del proceso.

La idea general era guiarte hacia las corrientes ascendentes y usarlas como puntal para frenar tu caída. Cuando ya tenías eso, se suponía que debías usar la Fuerza de alguna manera para empujarte contra el suelo, a medida que se acercaba. Los dos elementos podían frenarte lo bastante para aterrizar sano y salvo. Bell lo había logrado con facilidad en entrenamientos en el Templo, cayendo desde alturas menores o sobre plataformas repulsoras que evitaban lesiones.

Pero, en ese momento, cayendo en picado desde un acantilado, ante la perspectiva de un accidente gravísimo, con suerte, apenas recordaba lo que Loden le había dicho que debía hacer. Sabía que el verdadero desafío no era dominar la Fuerza, sino dominar el miedo... siempre la mayor prueba para todo Jedi.

Una prueba en la que estaba a punto de fallar. Y sabía que ni Loden Greatstorm podría atraparlo en el aire desde tan arriba. Era el final. Bell cerró los ojos. El miedo le embargó y ni siquiera opuso resistencia. Pidió serenidad y esperó morir rápidamente, no sufrir una terrible agonía en las escarpadas rocas metálicas del fondo del acantilado.

El viento dejó de azotarle.

Bell abrió los ojos y vio el suelo, un metro más abajo. Después cayó, golpeándose fuerte, pero no tanto como si no hubieran detenido su caída.

Rodó sobre sí mismo, gruñendo, y una sombra le cubrió.

—Debes aprender —le dijo Indeera Stokes—. Loden acabará matándote en una de estas.

Le tendió una mano, Bell la tomó y dejó que la otra Jedi le levantase. Indeera era una tholothiana de piel oscura, solo un poco más clara que la de Bell, con elegantes zarcillos en vez de pelo y unos ojos tan azules que casi parecía que brillaban, como en todos los miembros de su especie que Bell había conocido. Su ropa de cuero estaba rasguñada y gastada, con la insignia Jedi en blanco en un hombro. Llevaba la funda de su espada láser en un cinto de rejilla amarilla colgado en diagonal al cuello, útil como máscara durante las tormentas de polvo y moldeable a prácticamente cualquier forma que pudiera necesitar.

De pie, al lado de Indeera, había una criatura pequeña de cuatro patas, con un moteado básicamente negro, blanco y gris, pero con algunos puntos de rojo y naranja, y ojos amarillo intenso. Una perra char nativa de Elphrona. Esta se acercó y le husmeó la mano a Bell. Este le rascó detrás de las orejas y el pequeño animal ronroneó de placer.

—Hola, Ascu —dijo Bell—. Me alegro de verte.

Rascó un poco más a la perra char y miró a Indeera.

—¿Loden te ha pedido que me ayudes? —preguntó, sacudiéndose la ropa, un cuero originalmente blanco, pero ahora muy gastado y manchado, testimonio de su uso intensivo.

—Sí —dijo Indeera—. No tienes nada de qué avergonzarte. Ningún Jedi es perfecto en todo desde el principio.

Ella le tendió su espada láser. Bell no había notado que se le había caído. La recogió y se la enfundó en la cintura.

—Nada de qué avergonzarme... —dijo él.

Loden sabía que iba a fallar, desde el principio.

—Lo único que no entiendo es por qué insiste —dijo—. Es evidente que no puedo hacerlo.

—Porque un día caerás por un acantilado de verdad y no estaría haciendo su trabajo si no intentase evitar que mueras cuando eso suceda. Los Jedi se caen de todos los sitios. Tienes que estar preparado.

Indeera se volvió hacia el camino que llevaba de vuelta al puesto avanzado.

—Vamos —le dijo—. Porter está preparando el desayuno. Estofado de nueve huevos. Me ha pedido que le recoja algunos pimientos piedra.

—¿Crees que Loden me dejará desayunar antes de volver a arrojarme por el acantilado? —preguntó Bell.

—Yo insistiré —dijo ella—. Nadie debe morir con el estómago vacío.

—Uauh —dijo Bell—, eres muy amable.

La siguió camino abajo. Ascu corrió para ponerse a su altura.

Ottoh levantó el ocular monolente y se lo acercó al ojo. El dispositivo tenía un ajuste que le permitía ver a través de las paredes para detectar las firmas de calor del exterior... bien, porque los Nihil habían inutilizado las cámaras de seguridad de su casa. Los monitores de la sala de seguridad solo emitían estática.

Pero no habían fallado todos los elementos del moderno sistema de seguridad que habían instalado cuando se trasladaron. Los postigos de duracero reforzado habían funcionado como les prometieron, cerrándose sobre puertas y ventanas en cuanto la familia estuvo a salvo en el interior, pero sin las cámaras estaban prácticamente ciegos.

Ottoh solo tenía el ocular y los vagos contornos que le ofrecía su ajuste infrarrojo. Los Nihil aparecían como siluetas moradas y rojas, con extrañas cabezas deformes. Ottoh había visto centenares de especies alienígenas distintas, pero nunca nada parecido. Le hacía pensar que debían llevar máscaras, lo que encajaba con las historias que había oído y con el hecho de que empleasen gas para ocultar sus movimientos y sacar a sus presas de circulación. Aunque saberlo no los hacía menos amenazantes. Eran monstruos aparecidos de la nada.

El gas también estaba allí, aunque no lo notase. El rebaño familiar de acereros estaba tirado en su redil, inconscientes o muertos, sin que nadie los hubiera tocado, por lo que sabía.

—¿El sellado es seguro? —preguntó Erika, pensando en lo mismo.

—Eso me prometieron. Se supone que la sala de seguridad es impermeable a todo, excepto a los niveles más elevados de fuego de bláster, aparte de armas químicas y radiológicas.

—No has hablado de explosivos —dijo su mujer—. ¿Y si traen explosivos?

Ottoh no respondió.

—Bueno, traigan lo que traigan, estoy dispuesta a luchar —dijo ella, y Ottoh bajó el ocular para mirarla.

Erika tecleó en su datapad por última vez y se lo tendió a Ottoh, mostrándole los elementos del plan que había urdido.

—El deslizador, ¿no?

—Sí —dijo Ottoh—. Como mínimo, ganaremos tiempo. Quizá alguien vea la explosión. O los Nihil se marchen.

Ahora fue su mujer la que se quedó callada.

—¿Ha habido suerte, Ronn? —Ottoh gritó a su hijo, de trece años, con todo lo que implica esa edad. Pero en ese momento, ni angustia ni rechazo, solo hacía lo que le habían pedido, intentando mantener a su familia con vida.

Ronn estaba en el comunicador de la familia, intentando contactar con alguien en Esperanza de Ogden que pudiera ayudarlos. La hija, Bee, de nueve años, estaba acurrucada junto a él, buscando consuelo, abrazada a un varáctilo de peluche que llevaba años sin tocar, por lo que Ottoh sabía.

—No logro contactar, papá. He comprobado el tiempo y hay una gran tormenta de óxido entre nosotros y Esperanza de Ogden. Creo que está interfiriendo con las transmisiones.

—Sigue intentándolo, hijo —dijo Ottoh—. Tu madre nos dará algo más de tiempo.

Un enorme *bum* desde abajo... no una explosión, sino el ruido de metal contra metal. Ottoh volvió a mirar por el ocular y vio que un grupo de cuatro Nihil se había congregado ante la puerta de la casa. Estaban colocados como si sujetasen algo entre los cuatro, pero el ajuste de calor del ocular no detectaba el objeto.

—Intentan derribar la puerta —dijo Ottoh.

Otro *bum*.

—¡Ahora, Erika! —gritó Ottoh.

Su mujer apretó un botón en su datapad.

Fuera, Ottoh pudo ver que sus cuatro droides perforadores salían del modo de reposo y de la caseta de droides que había junto a la casa principal. Por el ocular, sus contornos eran verdes y amarillos, emitiendo un tipo de calor distinto al de los Nihil, pero claramente visibles.

Las máquinas salieron de la caseta y se movieron con rapidez, cruzando el patio a toda velocidad. Los droides perforadores eran máquinas industriales, ruidosas y potentes, diseñadas para perforar terrenos duros y sacar los restos resultantes. No podían moverse sigilosamente, por mucho que los cubriera el gas que seguía circulando en el exterior. El cuarteto de droides se dividió, dos yendo hacia el grupo de la puerta y los otros hacia el deslizador.

Ottoh dedicó un momento a apreciar la habilidad de su mujer en lo que hacía, anular simultáneamente las funciones autónomas de cuatro droides, tomar el control y hacerlos operar de maneras para las que no estaban diseñados, haciéndolos correr deprisa, guiándolos mediante las transmisiones de sus circuitos de vigilancia por una diminuta imagen en el datapad. Una operación realmente compleja, pero los droides avanzaban en línea recta hacia sus objetivos.

—Bien, Erika... lo estás logrando.

—No me... hables... ahora... —dijo ella, con voz tensa por la concentración.

Descargas de bláster, intensas por el ocular, empezaron a brotar de los dos grupos de Nihil, los cuatro de la puerta y otros seis alrededor del deslizador. Los asaltantes habían visto a los droides que se aproximaban, como era de esperar.

Eran máquinas duras, construidas para soportar fuertes impactos y altas temperaturas, pero no eran invencibles. Uno de los droides cayó. Y después otro.

—¡Más rápido, Erika! ¡Los están abatiendo!

Su mujer no respondió, solo le lanzó una rápida mirada de reojo. Ottoh la entendió. Erika estaba manejando a los droides desde su datapad. Sabía cuándo quedaban inoperativos al instante, no necesitaba que la avisara. Ottoh lo sabía. Lo sabía incluso cuando lo dijo, pero quería... hacer algo.

Oyó la voz de su hijo a su espalda, hablando apresuradamente, y se dio cuenta de que por fin había logrado contactar con alguien por el comunicador. En Esperanza de Ogden había una pequeña fuerza de seguridad comunitaria, en cuyo presupuesto contribuían todas las parcelas anualmente. Su puesto no estaba muy lejos. Si la familia lograba resistir un poco más...

Un tercer droide paró en seco, con chispas verdes saltando desde donde antes tenía la cabeza.

Solo quedaba uno y Ottoh observó su avance. Lo vio esquivar un disparo de los Nihil y volvió a maravillarse por la habilidad de su mujer. ¿Quién podría hacer que un droide perforador esquivase nada? Al parecer, la persona con la que se había casado.

El último droide recibió un disparo certero y fue perdiendo velocidad.

—¡Maldición! —exclamó su mujer.

—¿Ya está? —preguntó Ottoh.

—No —respondió Erika, en un tono frío y seguro—. No está.

Ottoh oyó los dedos de su mujer tecleando furiosamente en el datapad, realizando los ajustes y modificaciones necesarios. El último droide se tambaleó hacia delante, ganando velocidad. Los Nihil no habían dejado de disparar, pero el droide parecía imparable. Perdió un brazo. Después el otro. Media cabeza voló, pero no se detuvo.

Llegó al deslizador de los Nihil y Ottoh se apartó del ocular justo antes de que sus lentes brillasen con un intenso fulgor blanco. Un gran estruendo en el exterior, no un *bum* sino un *BUM*, esta vez sí, una explosión.

Los droides perforadores eran máquinas mineras. A veces excavaban, a veces clasificaban, a veces cargaban residuos... y a veces abrían agujeros con pequeños explosivos en la dura roca metálica. Por el ruido, Erika había hecho detonar todas las cargas del droide.

—Hum —dijo su mujer, en un tono satisfecho—. ¿Cuántos me he llevado por delante, cariño?

Ottoh se acercó el ocular al ojo y miró fuera. La escena había cambiado radicalmente. El deslizador Nihil había desaparecido, como el droide perforador, ambos remplazados por metal retorcido caliente y llamas. Redujo el brillo del ocular, buscando... allí. Contó los contornos... cuatro, cerca del fuego, todos inmóviles. Pero había dos vivos, uno alejándose a rastras lentamente del vehículo volado y otro rescatado por el equipo de la puerta. Este grupo, por desgracia, había podido cubrirse de la potente explosión.

—No los suficientes, pero ayuda —dijo Ottoh.

Bajó el ocular y se volvió hacia su hijo, que hablaba con Bee en voz baja, reconfortándola.

—¿Has contactado con alguien, Ronn? —le preguntó—. Te he oído hablar por el comunicador. ¿Viene alguien a auxiliarnos?

Ronn levantó la vista. Su expresión era sombría.

—He contactado con la seguridad de Esperanza de Ogden, papá —le contestó—. Les he contado lo que pasa. El hombre me ha hecho un montón de preguntas, pero se ha

callado cuando le he dicho que los Nihil estaban aquí... Solo... solo... me ha dicho que están demasiado lejos para llegar a tiempo. Que lo sentía... pero parecía asustado. He intentado volver a contactar, pero no responden.

—Cobardes —gruñó Erika.

Desde abajo, un ruido seco, algo pesado golpeando su puerta, y una voz.

—No deberían de haber hecho eso —gritó una voz desde fuera, profunda y extraña—. Solo queríamos raptarlos.

Otro golpe seco.

—Ahora les vamos a hacer daño.

—¿Quieres más estofado? —preguntó Porter Engle, mirando el cuenco vacío de Bell—. Supongo que caer abre el apetito.

Al otro lado de la mesa, Loden rio entre dientes. A Bell no le importó. Estaba por encima de eso. Acabaría aprendido a caer con la Fuerza y, aunque no fuera así, no tenía por qué rechazar otro tazón del estofado de nueve huevos de Porter.

Porter era una leyenda. Llevaba más de trescientos años en la Orden Jedi, un fornido ikkrukki que, a aquellas alturas, era casi más barba que persona. Había hecho largas carreras en la mayoría de las principales tareas Jedi de su época: profesor, explorador, diplomático, guerrero... Y las historias que se contaban sobre él en cualquiera de esos sectores eran más que suficientes para garantizarle un sitio en los libros de historia. Solo tenía un ojo, por ejemplo, habiendo perdido el otro hacía mucho, con una gran cicatriz en la cara que era toda una historia en sí. Pero se aproximaba al final de su vida y parecía que su última afición iba a ser la cocina. El estofado realmente llevaba nueve tipos distintos de huevos, pero Porter solo explicaba cinco. Los restantes eran demasiado raros o repugnantes para revelarlos. Llevase lo que llevase, estaba realmente bueno.

Bajo la mesa, Bell notó que Ascu se revolvió. Estaba estirada sobre sus botas, con su calor interno claramente perceptible a través del duro cuero. La perra no era tonta, de todos los Jedi de Elphrona, Bell Zettifar era claramente el más proclive a darle algo durante sus comidas.

La criatura había aparecido un día en la entrada del edificio, esquelética, tiritando y con una herida infectada en el anca trasera.

Indeera le curó la herida, Porter la alimentó, Bell le puso nombre y Loden le permitió quedarse, proclamando que la Fuerza había traído un nuevo miembro a su equipo. Aquello solucionaba la regla de la Orden contra todo tipo de vínculo, porque se esperaba que te preocupases de cuidar de tus compañeros de equipo, obviamente, asegurándote de que estaban a salvo, contentos, bien alimentados y... bien. Los Jedi del puesto avanzado de Elphrona le habían tomado mucho cariño a la perra char Ascu, más allá de las reglas.

—Sí, por favor —dijo Bell, levantando su tazón—. Hoy está delicioso.

—Son los pimientos piedra —dijo Porter, satisfecho, sirviendo otra cucharada de estofado—. He encontrado unos bien duros en el mercado.

Los Jedi veteranos podían vivir donde quisieran cuando la edad reducía de manera natural su capacidad y deseos de participar en los trabajos más activos de la Orden. La mayoría se quedaban en el Templo de Coruscant, que tenía alojamientos para todos sus miembros más antiguos, viviendo a su aire. Porter Engle había optado por el planteamiento opuesto, solicitando ser destinado al puesto avanzado de Elphrona. Parecía decidido a seguir siendo todo lo útil que pudiera, a pesar de su edad, y un puesto avanzado era la mejor manera que conocía de asegurarse de que sus trescientos años de experiencia Jedi ayudaban efectivamente a la galaxia.

En un día cualquiera, un puesto avanzado Jedi podía ser contactado para solventar una disputa, defender un pueblo de saqueadores, llevar criminales ante la justicia, enseñar a niños, ofrecer asistencia médica o, simplemente, usar la Fuerza en cualquiera de las decenas de millares de maneras que se podía usar para ayudar al prójimo. No todos los problemas necesitaban a un Jedi para solucionarse, pero cuando alguno llegaba a ese nivel, la gente solía celebrar vivir en un mundo con un puesto avanzado.

—La Baliza Starlight está a punto para la inauguración —dijo Loden, mientras Bell se concentraba en su segundo tazón de estofado.

—Solo faltan unas semanas —dijo Indeera—. Pero los cierres hiperespaciales de la canciller pueden retrasarla.

—Hum... espero que no —dijo Porter Engle, sentándose a la cabeza de la mesa—. Tampoco se acaba el mundo si se inaugura con retraso, pero sé que es importante para los futuros planes de la canciller que todo salga a la perfección. Me gustaría verlo, la verdad. Suena maravilloso.

—Lo es —dijo Loden—. ¿No crees, Bell?

—Precioso —dijo Bell—. Hay una zona de biosfera, donde los visitantes pueden ver recreaciones de varios mundos de los Territorios del Borde Exterior. La jungla de Dantooine, una llanura helada de Mygeeto... me encantó.

Loden dejó la cuchara en su tazón vacío.

—La idea es mostrar la diversidad de los mundos de la región —explicó—. Irán rotando las biosferas, llevando diferentes criaturas... es muy ambicioso.

Indeera intervino, sin levantar la vista del datapad que ojeaba.

—Toda la estación es ambiciosa. Y solo es la primera de muchas, ¿no? La canciller tiene planeada toda una red de Balizas. Creo. Lo he leído en algún sitio.

—Es lo que nos dijeron en el cónclave —respondió Bell.

—Lina Soh y sus Grandes Obras —dijo Porter Engle—. A mí me parece fantástica. Si ha habido un momento para Balizas, redes de repetidores y difusión es justo este. Recuerdo cuando la galaxia empezaba a unirse, hace unos cuantos siglos... en realidad, nuestro único pensamiento era sobrevivir. Hay que aprovechar esta época de prosperidad para construir algo útil para el futuro.

—¿Crees que la red de puestos avanzados de la Orden cerrará cuando todas las Balizas estén operativos? —le preguntó Bell.

—Espero que no —respondió Porter, reclinándose hacia atrás en la silla y llevándose las manos a la nuca—. Este tipo de vida es perfecto para mí. Todos los días son un poco distintos, siempre a la expectativa de lo que surja, ayudando a gente que lo necesita... no está tan mal.

Le hizo un gesto a un droide sirviente, que rodó hasta ellos y empezó a recoger los platos del desayuno. Estaban sentados en el comedor del puesto, un salón confortable de techo alto, de los ocho situados junto a la sala principal, que era una zona circular y alta diseñada alrededor de un enorme símbolo de la Orden Jedi en el suelo. Dormitorios, la cocina, el almacén, el hangar, una sala para entrenar con espadas láser... todo accesible desde la zona central, igual que la Fuerza, en contacto con todo.

—Por cierto —continuó Porter—, ¿qué tienen programado para hoy?

—Yo me voy a llevar uno de los Vectores a un punto del hemisferio sur —dijo Indeera—. Unos mineros creen haber encontrado un filón de essurtanio. Nunca lo he visto... se supone que tiene raras propiedades, puede incluso que reactivas a la Fuerza. Quiero comprarles una muestra para traerla y analizarla.

—Llévate a Bell —dijo Loden.

—¿Qué? ¿Para que pueda tirarme de la cabina? —dijo Bell.

—Qué sabio eres, mi padawan —dijo Loden.

—Bueno, voy a fregar los platos —dijo Porter—. ¿Y tú, Loden?

—Una parcela del norte está teniendo problemas con un nido de cromantes. Creo que iré a echar una mano.

—¿No pueden llamar a una unidad de exterminio? —preguntó Indeera.

—Probablemente sí —dijo Loden—. Pero quizá me apetezca combatir con un centenar de cromantes.

Bell negó con la cabeza. Él también quería combatir con un centenar de cromantes, pero no dijo nada. Iba a saltar desde otro Vector, no había nada más que hablar.

Un débil pitido desde la sala central y los cuatro Jedi se volvieron hacia el ruido, la señal de una transmisión en el sistema de comunicaciones de emergencia del puesto avanzado. Loden tecleó un botón en la mesa, pasando la transmisión al comedor. Una voz sonó, débil y cargada de tensión.

—Uh, Jedi... soy... no. No quiero involucrarme. Pero hay una granja familiar, a unos treinta kilómetros al suroeste del pueblo. Dos padres, dos hijos. Los Blythe. He interceptado una comunicación suya con la comisaría de Esperanza de Ogden, tengo el canal pinchado en mi comunicador, por hobby. En todo caso, pedían auxilio. La familia está siendo atacada... por los Nihil. La seguridad de Esperanza de Ogden no irá. Creo que tienen miedo. Yo también lo tendría... con lo que cuentan de los Nihil... pero la persona que llamó... era un niño. Parecía... parecía realmente grave. Quizá puedan ayudarles. De alguna manera. Les mando las coordenadas. Yo no puedo involucrarme, con los Nihil no. Pero pensé... que debían saberlo.

El mensaje terminó.

Ascuá notó la tensión en el ambiente. Lanzó una especie de resoplido desde debajo de la mesa, como una bota pisando un pedazo de carbón.

—Los Nihil —dijo Indeera.

—La familia —dijo Porter Engle.

Su voz sonó muy fría. Quizá por primera vez, al mirar a aquel hombre, Bell no vio al chef ikkrukki barbudo y bromista que tanto conocía, el inventor del estofado de nueve huevos. Ahora veía al Jedi al que antiguamente habían conocido como el Cuchillo de Bardotta.

—Vamos —dijo Loden.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

EL BORDE MEDIO. NABOO.

Avar Kriss se asomó por la barandilla de piedra tallada adornada y miró el lago, hacia la pequeña isla boscosa con una pequeña colina en el centro. Un pequeño asentamiento de casas bajas con tejados naranjas se apiñaba a orillas del lago, por lo demás la isla parecía bastante virgen.

—Varykino —dijo Elzar Mann, llegando junto a ella.

Avar lo miró. Tenía buen aspecto. Contento, con un brillo en sus ojos oscuros y una sonrisa iluminando su cara, aunque podía ser por la copa que llevaba en la mano, una bebida verde en un cuenco de cristal plano. No sabía qué era, pero conocía a Elzar y era muy probable que fuera el mejor licor que tuvieran sus huéspedes. Sabiendo quienes eran, debía ser de los buenos.

—¿Vari qué? —preguntó ella.

—Varykino —dijo Elzar, señalando la isla con su copa—. Es el nombre de la isla. Un refugio de artistas, un lugar para gente creativa y marginada en el que pueden vivir juntos y compartir sus pensamientos profundos. Hay un poeta, un hombre llamado Omar Berenko. Dicen que es brillante.

Elzar la miró. Se pasó una mano por su pelo negro, muy corto, con naturalidad.

—Suenan bien, en realidad —dijo—. Deberíamos recordarlo, para cuando seamos demasiado viejos y no le resultemos útiles a la Orden. No me importaría dedicar mis días a la serena contemplación. Quizá descubra cómo pescar con la Fuerza.

Dio un sorbo a su bebida y puso cara de admiración.

—Mientras haya un buen suministro de esto. Por la luz, está delicioso.

—Déjame probarlo —dijo Avar, y él le tendió la copa.

Dio un sorbo al licor, un sabor especiado y suave que le dejó un hormigueo en la lengua.

—No admite discusión. Es delicioso. Pero se bebe muy fácil. Y hemos venido a trabajar.

Elzar dio un último trago y dejó la copa sobre la barandilla. Un reluciente droide sirviente dorado la recogió rápidamente y se retiró discretamente, flotando cerca por si los dos Jedi necesitaban algo más.

—¿Tus dueños vienen para aquí? —le preguntó Avar al droide—. Llevamos un rato esperando.

—Por supuesto, Maestra Jedi —contestó el droide, con un timbre encantador de voz—. Los señores Marlowe y Vellis están terminando algún asunto urgente, pero me han notificado que pasarán por aquí. Si lo desean, pueden sentarse a esperarlos.

El droide alargó un brazo lánguido hacia una zona de asientos en el porche, sofás y sillas afelpadas con varios aperitivos en una mesa baja de cuarzo. Avar supuso que allí era donde Elzar había encontrado su bebida. Todo era una exhibición de lujo, el simple hecho de tener una casa en el país de los lagos de Naboo estaba solo al alcance de las familias más adineradas de la galaxia. De todas formas, la sensación que generaba la decoración no era de ostentación, todo estaba elegido pensando en la simplicidad y la integración en el entorno natural. Que, por supuesto, era imponente de por sí.

Como para enfatizarlo, una leve brisa atravesó el patio, meciendo las milaflores que colgaban de la pérgola. Su fragancia saturaba los sentidos de Avar y la canción de la Fuerza crecía con toda aquella belleza.

No costaba olvidar que estaban allí para continuar la investigación sobre la emergencia galáctica en curso. Se obligó a concentrarse. La serena contemplación podía esperar a su jubilación y, por un instante, solo uno, se permitió considerar la idea de pasar ese tiempo junto a Elzar Mann, aunque no pensase decírselo jamás. No la dejaría terminar de hablar.

Otra Emergencia, una nueva tragedia, se había producido en el sistema Ringlite, donde habían muerto varios millares de personas. Solo los valientes esfuerzos de los escuadrones de seguridad del sistema habían evitado algo peor. La Canciller Soh había vuelto a ampliar el cordón hiperespacial. El senador Noor había protestado, a pesar de que era claramente necesario, pero la presión por resolver el misterio de una vez por todas estaba creciendo.

La reunión de ese día podía ser clave.

Como si le hubieran leído la mente, aparecieron dos hombres en el patio y fueron hacia ellos. Marlowe y Vellis, el heredero del imperio San Tekka y su marido.

Los dos eran de piel clara, con pelo rubio y ojos azules. Ahí terminaban sus semejanzas. La cara de Vellis parecía tallada en granito, mientras que los rasgos de Marlowe eran más suaves. Aun así, se notaba que eran una pareja y, como su casa, todo en ellos irradiaba riqueza, confort y paz.

Ella se preguntaba qué pensarían los ancestros de Marlowe sobre la evolución de su familia. Los San Tekka habían amasado su fortuna un siglo antes, más o menos, como prospectores hiperespaciales, gente áspera que localizaba rutas por el espacio salvaje de la galaxia, como exploradores planetarios buscando pasos de montaña en cordilleras mortales. La prospección del hiperespacio era igual de peligrosa, muchos de los que lo probaban terminaban desaparecidos, perdidos en la nada y sin poder regresar a casa. Los San Tekka parecían tener una facilidad especial y siempre encontraban los caminos más rápidos y cortos para moverse por la galaxia. Vendieron algunas de esas rutas a comerciantes, gobiernos y emprendedores, e instalaron algunas vías hiperespaciales de peaje, donde se podía descargar datos de navegación por un precio. Todo sumaba. En ese

momento, los San Tekka eran una de las familias más ricas de la galaxia y su equipo de prospectores, conocidos ahora como hipertopógrafos para darle cierta pátina de respetabilidad al oficio, seguían buscando nuevos y lucrativos caminos entre las estrellas.

La galaxia era infinita y la gente siempre querría cruzarla de la manera más rápida y segura posible.

—Bienvenidos a nuestro hogar —dijo Marlowe, tendiéndole una mano a Avar—. Es un honor tener invitados Jedi.

Ella le estrechó la mano brevemente. Elzar hizo lo propio con Vellis.

—Por favor, sentémonos —dijo Velis, señalando el sofá—. El droide sirviente me ha dicho que ya han probado el attar de giroseada, también es uno de mis preferidos. Pero hay muchas otras cosas para probar. Lo que deseen.

—Gracias —dijo Avar.

El grupo se sentó y Avar se proyectó suavemente con la Fuerza para percibir el estado emocional de sus anfitriones. Estaban totalmente relajados, pero no esperaba otra cosa. ¿Un precioso patio junto al lago, con el amor de tu vida al lado y suficientes créditos para mil vidas? Claro que los San Tekka estaban relajados.

—El senador Noor nos dijo que están investigando el espantoso desastre del Borde Exterior —dijo Marlowe, sirviéndose una copa de algo rojo y dándosela a Vellis—. No estoy seguro de cómo podemos ayudarles, pero estamos a su plena disposición, por supuesto. Izzet es un viejo amigo y sabemos que es el responsable del Borde Exterior. Lo que necesite, de verdad.

—Por no mencionar a toda la gente en apuros —dijo Elzar, con un matiz de mordacidad.

—Por supuesto —dijo Vellis—. Todos somos la República.

—Las Emergencias son graves y estamos trabajando en un sistema para predecir dónde se van a producir —dijo Avar.

—¿Ah, sí? Qué interesante —dijo Marlowe—. ¿Cómo?

—En Hetzal Prime hay un genio analista de sistemas del ministerio de tecnología. Intenta construir una red de navidroides, conectando sus procesadores para analizar todos los datos que tenemos sobre el desastre original y las Emergencias. No es seguro. Al parecer, el problema es conseguir los suficientes droides para realizar esos cálculos.

Marlowe y Vellis se miraron fugazmente, transmitiéndose información de una manera que Avar ni siquiera logró detectar.

—Creo que podremos ayudarles con eso —dijo Vellis—. Tenemos patentada una serie de algoritmos que sirven para modelar posibles rutas hiperespaciales. Si su analista de Hetzal está interesado, podemos mandar a algunos navuladores, nuestros especialistas en hipervías, para que le ayuden a refinar el sistema.

—Generalmente, preferimos conservar nuestros secretos profesionales —añadió Marlowe—, pero hay muchas vidas en juego.

—Muchas gracias —dijo Avar—. Es muy generoso por su parte. Los pondremos en contacto con el analista, se llama Keven Tarr. Estoy segura de que aceptará encantado cualquier ayuda posible.

—Pero no estamos aquí por eso, en realidad —dijo Elzar.

—¿Eh? —dijo Marlowe, arqueando una fina ceja.

—No se trata solo de detener las Emergencias. Queremos asegurarnos de que no vuelva a suceder nada como lo del *Ruta Legado* y para eso debemos averiguar qué lo ocasionó. Su familia sabe más que nadie sobre el hiperespacio, o eso asegura el senador Noor. ¿Tienen alguna teoría?

—Bueno, hemos leído las noticias en la HoloRed, pero no dan demasiados detalles. ¿Disponen de más información?

Elzar metió la mano en su túnica, sacó un chip de datos y se lo ofreció a Vellis.

—Aquí está todo lo que tenemos por ahora. El personal del Departamento de Transporte de la República ha analizado los restos y, basándose en los patrones de desgaste, parece que el *Ruta Legado* se desintegró en vuelo.

—¿Una colisión? —dijo Marlowe.

—No —contestó Avar—. Parece que la nave intentó ejecutar una maniobra que estresó su superestructura más allá de sus capacidades. Estoy simplificando mucho, pero parece que se hizo pedazos.

Vellis y Marlowe se quedaron callados un momento. Vellis dejó su copa en la mesa. Avar creía que ni siquiera la había probado.

—Estoy seguro de que ambos lo saben, pero la misma naturaleza del hiperespacio implica que nunca hay ningún motivo para maniobrar. Está desierto. No hay nada con lo que chocar. Las rutas se calculan con precisión para garantizar que ese tipo de colisiones sean simplemente imposibles.

—Lo sabemos —dijo Elzar—. Todo el mundo lo sabe. Pero... allí fuera pasó algo y hay gente sufriendo y muriendo por todo el Borde Exterior. Pensar que es imposible es perder el tiempo.

Señaló el chip de datos en manos de Vellis.

—Estamos investigando algunas posibilidades. Está todo en el chip. Nuestro primer pensamiento fue un error del piloto, pero lo estudiamos. El capitán del *Ruta Legado* era una mujer llamada Hedda Casset. Exmilitar y veterana condecorada. Cuesta imaginar que cometiera un error que causase la destrucción de su nave. Según todas las fuentes, era firme y muy centrada.

—¿Un motín? —preguntó Marlowe.

—¿Por qué? —contestó Avar—. Era una nave cargada de colonos. Un viaje de rutina desde el Núcleo hasta los Territorios del Borde Exterior. Sin nada especial ni demasiado valioso a bordo.

—Cuando estás en el espacio profundo pueden pasar cosas extrañas psicológicamente —dijo Marlowe—. En nuestra familia se cuentan cosas que no creerían. La locura se cuela en tu mente sin que te des cuenta.

—Es posible —dijo Elzar—. Pero este era un viaje directo por una ruta muy transitada. Los oficiales del DTR entrevistaron a algunos de los supervivientes que rescatamos y no sugieren nada en ese sentido. El motín parece muy improbable.

—¿La nave pudo sufrir una avería? —preguntó Vellis.

—No es imposible, pero parece improbable —continuó Avar—. El *Ruta Legado* era una nave vieja, pero sabemos por sus registros de mantenimiento que la capitana Casset la mantenía en las mejores condiciones y que había pasado una revisión completa dos viajes antes del último.

—La teoría que manejamos es que encontró algo en la vía hiperespacial e intentó no chocar con ello —intervino Elzar.

—Imposible —dijo Marlowe—. Ya se lo he dicho. El hiperespacio no funciona así.

Avar percibió un destello de impulsividad en Elzar. No era una palabra, ni un mensaje, pero lo entendió. Conocía a Elzar Mann desde hacía mucho, habían sido iniciados a la vez, y luego padawanes, y eso creaba una conexión, un vínculo en la Fuerza que hacía que a veces no necesitasen las palabras para entenderse.

Pero si Elzar hubiera usado palabras, ella sabía cuales: «está mintiendo».

Elzar tenía más talento que ella para detectar el engaño. Pero, en lo concerniente al don particular de Avar, su entendimiento natural de la forma en que la Fuerza tocaba a toda la vida de la galaxia, estaba convencida de que no había ningún Jedi en toda la Orden mejor que ella. Bueno, quizá el Maestro Yoda. Pero entendiendo a los demás, Elzar Mann era un experto. A ella le parecía que probablemente ni siquiera necesitaba la Fuerza para eso.

Avar sospechaba que Elzar se estaba planteando emplear la Fuerza, lo que la mayoría de los Jedi llamaban «contacto mental», aunque él prefería «truco mental» porque le parecía una manera más honesta de describir lo que sucedía. Elzar levantaría dos dedos sutilmente y tocaría la mente de Marlowe San Tekka con la Fuerza y este haría lo que Elzar le dijera.

El contacto mental era una herramienta de la luz, Avar lo sabía, pero prefería enfoques más indirectos que una intromisión tan directa en otro. Elzar también tenía sus reservas, pero consideraba la técnica como una manera de abrir a la gente a la verdad, de dar claridad, de permitirles sentir la voluntad de la Fuerza. En otras palabras, era un solucionador de problemas y el truco mental resolvía problemas, sin duda.

Avar mandó un impulso por el nexo que los conectaba, que él reconocería en el acto, simple y directo.

«No».

Elzar se volvió a mirarla, inexpresivo pero fácil de interpretar para ella. Le dedicó una leve sonrisa que decía «vale, me has pillado», y se volvió hacia los San Tekka.

—¿Está completamente seguro de que la colisión es imposible, Vellis? —preguntó Avar—. Una nave abandonada o un asteroide, quizá... Seguro que un objeto puede quedar extraviado en las vías hiperespaciales.

Vellis negó con la cabeza.

—El hiperespacio no es como el espacio real. Cuando una nave, o lo que sea, entra en él, no puede encontrar nada. Está en una burbuja espaciotemporal con la que nada puede interferir, porque cada vía, por lo que sabemos, está en su propio plano de existencia.

Avar sabía que recordaría aquellas palabras cada vez que viajase por el hiperespacio durante el resto de su vida. El salto a la velocidad luz se había convertido en algo rutinario, pero cada vez que lo hacía era como alejarse un poco del terreno conocido, un viaje a un nuevo universo, una nueva dimensión. La canción de la Fuerza era hermosa, aunque a veces su inenarrable enormidad le hacía sentir insignificante, a pesar de toda su concentración y su entrenamiento. Podía dejarla dando tumbos.

Otro impulso de Elzar: «miente». Y otro de ella: «no».

—En cualquier caso —dijo Avar—, el *Ruta Legado* cayó con mucha de la gente que iba a bordo y han muerto millones en las Emergencias. Su familia ha dedicado más tiempo a estudiar el hiperespacio que nadie en la galaxia. ¿Alguna vez se han topado con algo parecido?

—No —dijo Marlowe, secamente, y esta vez Elzar no mandó ninguna señal.

—Entonces, ¿no creen que sea un problema del hiperespacio? —dijo Elzar.

—Repasaremos sus datos —dijo Vellis, levantando el chip—, pero me cuesta imaginar algo así. No creo que deban preocuparse por que vuelva a suceder algo como lo del *Ruta Legado*. Nuestra teoría, basada en más de un siglo de experiencia en esas vías...

—... es que ha sido de esas cosas que suceden una vez en la vida —concluyó Marlowe por él.

Avar se levantó y Elzar la imitó, disimulando su sorpresa.

—Gracias —dijo ella—. No saben lo mucho que agradecemos que le envíen ayuda a Keven Tarr en Hetzal. Debemos continuar con nuestra misión... pero si se tenemos alguna otra duda, ¿podemos contactar con ustedes?

—Por supuesto —dijo Marlowe, levantándose también—. Como hemos dicho, es un honor y un privilegio ayudar a los Jedi y la República en todo lo que puedan necesitar.

Se intercambiaron las últimas formalidades y Avar y Elzar se marcharon de la finca de los San Tekka, rumbo al Vigalarga con el que habían llegado a Naboo, que esperaba en una plataforma de aterrizaje en el exterior de la finca.

—Ocultan algo —dijo Elzar. Su tono era ligero, pero ella sabía que se sentía frustrado. Una emoción habitual en él. Siempre insistiendo... forzando las cosas.

—Seguro, Elzar. Son hombres de negocios. Pero no sabemos si lo que ocultan es relevante. Los San Tekka no parecen malintencionados. En realidad, todo lo contrario... están dispuestos a compartir uno de sus secretos mejor guardados para ayudarnos a salvar vidas.

Elzar no dijo nada, pero ella percibió que lo aceptaba con reticencias.

—Continuemos la investigación, a ver si logramos descubrir algo más. Si es necesario, podemos volver e interrogarlos. Hoy hemos hecho progresos. Puedes sentirte satisfecho.

—Al menos el licor era bueno —dijo Elzar, echando a andar hacia el Vigalarga.

La brisa soplaba en el porche. Marlowe y Vellis San Tekka estaban sentados en silencio, mirando el lago y la isla de Varykino, donde unos genios extraños trabajaban en aislamiento, creando arte que, probablemente, nadie de fuera de aquella pequeña isla vería jamás.

—Ya sabes a quién suena todo esto, ¿verdad? —dijo Vellis.

Levantó su copa de vino, pasó la uña por encima del borde varias veces y volvió a dejarla sobre la mesa de cuarzo.

—No puede ser —respondió Marlowe—. No puede seguir viva. Sería extraordinariamente vieja.

—Espero que no —dijo Vellis—. Por su propio bien, por todos los dioses...

El sol se reflejaba en las suaves olas del lago y los dos hombres pensaron en la historia de su clan, en la verdadera procedencia de su fortuna y en la gran tragedia que llevaban clavada en el corazón.

—Espero que no.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

HIPERESPACIO. EL *ELÉCTRICA MIRADA*.

La nave insignia de Marchion Ro viajaba por el hiperespacio de una manera que ninguna otra nave de la galaxia podía. Su rumbo no estaba predeterminado, pasando siempre por zonas de acceso fijadas, por hipervías bien definidas. No, el *Eléctrica Mirada* serpenteaba por el hiperespacio. La enorme nave descendía y ascendía, hacía giros cerrados imposibles, lanzándose por pequeños desvíos de la vía principal para aparecer en otro espacio completamente nuevo. Seguía rutas que no se veían y que no se podían imitar.

Sus trayectorias las cartografiaba Mari San Tekka y Marchion Ro la dejaba hacer porque tenía un absoluto control de los sistemas de navegación, y qué importaba que el viaje fuera un poco accidentado, a veces incluso terrorífico. Aquellos trayectos hacían que Mari se sintiera feliz y bien, le permitían probar sus teorías y trabajar en nuevas ideas.

Pilotar el *Eléctrica Mirada* la serenaba, le hacía sentir que estaba en buen sitio, de manera que cuando Marchion le pedía Caminos concretos, ella se los podía dar sin extenuarse ni sentirse molesta.

Miró por la ventanilla, los paisajes extraños e irreales por los que llevaba la nave. Como volar entre una ventisca de flores de luz verde. Hermosa y terrorífica a la vez.

Viajar por el hiperespacio en circunstancias normales era una experiencia única. Entrabas en la hipervía, surcabas aquella nada inmutable y arremolinada por un tiempo y volvías al espacio real.

Pero los vuelos de Mari eran como los de un insecto de alas veloces, saltando de flor en flor, cambiando de dirección sin plantearse cuestiones de inercia, aceleración o deceleración.

Esas habilidades tenían un precio, tanto en desgaste como en combustible, pero el *Eléctrica Mirada* estaba especialmente equipado para manejarlas con un motor Camino de diseño único. El original, de hecho, era parecido a los de todas las naves Nihil, pero en este se habían mejorado considerablemente sus capacidades. Los motores permitían que los Nihil tradujeran los Caminos a datos de navegación tangibles que cualquier sistema convencional descartaría por imposibles. Eran la clave de todo, en ese momento y en el futuro.

Marchion había tenido la gran nave durante mucho tiempo, como su padre antes que él, deambulando ambos por grandes espacios desiertos diseñados para miles de seres y

que ahora habitaban solo unos pocos. Los Ros, padre e hijo, no tenían mundo propio, lo habían abandonado hacía mucho. La nave era lo más parecido a un hogar que Marchion tenía, como Mari era lo más parecido a la familia que había abandonado.

Marchion Ro miró a Mari, estirada en una cápsula alargada sellada con frontal transparente. Varios cables salían de las fuentes de energía del suelo y había grandes tanques de distintas sustancias químicas médicas burbujeando cerca, que introducían su contenido en la cápsula por unos tubos. La máquina era, en esencia, una cápsula médica que mantenía a Mari lo más sana y cómoda posible, teniendo en cuenta que era una humana con bastante más de un siglo de vida.

Mari se había sumergido en el estado de concentración especial que encontraba en aquellos viajes, cartografiando rutas por el remolino hiperespacial que solo ella veía. Ningún otro ser parecía capaz de hacerlo y los navidroides ni siquiera se aproximaban. Los cerebros de los droides podían cartografiar rutas en las vías ya establecidas, lo que hacía Mari era muy distinto. Mari encontraba caminos entre caminos, gracias a una mezcla de instinto y análisis matemático inconsciente a un nivel que ella era incapaz de explicar.

Marchion le había preguntado muchas veces por esa cuestión, por supuesto, muchísimas, igual que su padre y su abuela. Si podían replicar el don de Mari San Tekka, no habría ningún límite para sus aspiraciones. Mari lo había intentado, pero era como explicar por qué encontrabas más estrellas cuando viajabas más lejos, cuando mirabas más profundamente. Algunas cosas sucedían y no se podían explicar.

Ni duplicarse.

El día que Mari San Tekka muriera, que no podía estar muy lejano, a pesar de que se empleaba la mejor tecnología de la galaxia para alargar su vida, los Caminos morirían con ella. En ese momento, desaparecerían todas las cosas que hacían de los Nihil algo más que una mera banda de saqueadores trabajándose su territorio en el Borde Exterior.

Marchion apretó un botón del exterior de la cápsula médica de Mari y habló:

—¿Puedes llevarnos de vuelta, Mari?

La anciana lo ignoró y el *Mirada* dio otro salto. Marchion se preparó para el golpe. Algunas personas apenas podían mantenerse en pie cuando Mari San Tekka hacía uno de sus viajes, pero era algo que él había vivido desde niño.

—¿Mari? —repitió.

Sin respuesta. El hiperespacio se arremolinaba al otro lado de las ventanillas y Mari lo seguía con la mirada, viendo caminos solo aparentes para ella.

Marchion Ro frunció el ceño. Apretó otro botón en la consola de la cápsula médica y el cuerpo de Mari se tensó cuando la recorrió una leve descarga eléctrica.

Marchion preferiría que no lo obligase a hacerlo. La mujer no estaba muy fuerte y él no sabía cuántas descargas más soportaría. El médico, un corpulento chadra-fan llamado Uttersond, había descrito una vez el corazón de Mari San Tekka como un farolillo de papel.

Pero no tenía tiempo para dejarla perderse en sus pensamientos. Tenía planes, preguntas, los Nihil necesitaban Caminos y los Caminos los proporcionaba Marchion Ro, aunque en realidad fuera aquella anciana a la que había apostado todo su futuro, aquella mujer a la que mantenía viva y a la que mimaba, que lo único que quería era pilotar su nave por toda la galaxia, en vez de...

Apretó el botón otra vez y el cuerpo de Mari se puso rígido.

... darle...

Otra vez.

... lo que...

Y otra.

... necesitaba.

Mari San Tekka se encogió en la cuna de su cápsula médica y su cuerpo tembló y dio unas sacudidas. Abrió la boca, con saliva brillando en las comisuras, y sus ojos quedaron en blanco.

Una alarma empezó a sonar, un pitido insistente y grave, que Marchion sabía que haría aparecer al doctor Uttersond. Apretó otro botón y la alarma paró.

Se inclinó sobre la cápsula médica, mirando el ataque que estaba sufriendo Mari San Tekka. La cápsula inició los procedimientos de emergencia: asomaron brazos mecánicos con agujas desde todos los lados, que se clavaron en las venas hinchadas de los esqueléticos brazos de la anciana, mientras unas placas metálicas se introducían bajo su ropa para estimular su corazón.

«Quizá sea el final», pensó Marchion. «Todo lo que he hecho, todos los años planificando... podrían terminarse, aquí y ahora».

La idea tenía un atractivo perverso. Fascinado, viendo el diminuto y tembloroso cuerpo de Mari San Tekka, se preguntaba si su vida estaba a punto de emprender un «camino» completamente distinto.

Su dedo sobrevoló la alarma de llamada del doctor Uttersond, dudando de si este podría hacer algo, aunque quizá sí. Lo estaba apretando cuando Mari San Tekka tosió, una especie de ladrido seco, y superó su ataque.

Abrió los ojos y miró alrededor, maravillada. Miró a los ojos de Marchion y sonrió, una sonrisa amplia, cordial y sincera, como de niña.

—Vaya, Marchion, hola —dijo—. ¿Me he vuelto a perder? Lo siento. Ya sabes cómo me pongo cuando viajamos. Hay tanto que ver, ya lo sabes.

Su dedo índice tocó el panel de control que tenía debajo y Marchion notó que el *Mirada* había salido del hiperespacio.

—No pasa nada, Mari, todo va bien.

Mari rotó la cápsula médica para colocarla en vertical y no tener que mirarle desde abajo, sino directamente a los ojos. Su mente estaba nublada por la edad, pero no su mirada... sus ojos eran claros y centrados. Y nunca parecían incómodos cuando se clavaban en sus ojos negros.

—Bueno, ha estado bien, en todo caso. He encontrado un nuevo camino entre Pasaana y Urber. Debería reducir el tiempo de viaje en una tercera parte, quizá más. ¡Te sacarás un dineral con esto!

Mari San Tekka había sido prospectoras espacial desde los seis años. Algo le había sucedido cuando viajaba por el espacio interestelar salvaje con su familia y había cambiado. Le había cambiado la mente. La abrió de tal manera que podía ver cosas que nadie más veía... los Caminos. Durante algunos años, había empleado ese don en beneficio de los suyos, aportándoles riqueza y fama. Pero esa fama les costó muy cara.

La familia de Marchion Ro se había llevado a Mari San Tekka... la habían raptado, no había motivo para no llamarlo por su nombre. Habían explotado su habilidad para encontrar cosas que entonces creían necesitar y después, simplemente, se la habían quedado. La habían engañado para mantenerla contenta y en activo. Se la habían legado de generación en generación, hasta que acabó instalada en el *Eléctrica Mirada*.

Al parecer, Mari San Tekka creía que seguía trabajando como prospectoras. A veces confundía a Marchion Ro con su padre (o con el padre de este, o su abuela), a veces pensaba que era su hijo, otras su carcelero, otras su socio en el negocio. Su sentido del tiempo se había enfangado con el paso de las décadas, pero su talento para encontrar nuevas hipervías no había menguado. Y no solo para los Caminos que Marchion le pedía para los saqueos de los Nihil. Mari había cartografiado nuevas rutas secretas por toda la galaxia, desde el Núcleo Profundo hasta el Espacio Salvaje. Parecía pensar que Marchion Ro se las vendía a la República, o quien creyera que mandaba en la galaxia. Esa creencia era estable, más allá de la identidad que le atribuyera.

En realidad, Marchion no hacía nada con aquellas nuevas rutas de Mari. Las almacenaba en la base de datos central del *Eléctrica Mirada*. Quizá algún día le fueran muy valiosas, pero aún había muchas piezas por encajar para que ese día llegara.

De todas formas, mantenía a Mari San Tekka contenta, haciéndole creer que era útil, porque cuando lo estaba era más fácil que hiciera lo que él necesitaba.

—Muchas gracias, Mari —le dijo—. Puedes introducir las en la computadora y contactaremos con los compradores. Eres fantástica.

Mari sonrió, repentinamente tímida. Era tan buena, tan ignorante. Marchion detestaba lo mucho que la necesitaba.

—¿Cómo te van las cosas, Marchion? —preguntó—. Ese gran plan tuyo. ¿Avanza?

Marchion le había contado cosas a aquella mujer... cosas que no le había explicado a ningún otro ser vivo. Se decía a sí mismo que lo había hecho porque necesitaba su sabiduría, no porque no tuviera a nadie más a quien contárselas.

Pensó en su pregunta. Los Caminos y la propia Mari eran su herencia, legada por su padre. Asgar Ro no había creado a los Nihil, ni los había gobernado nunca. Tampoco Marchion. Los dos servían como el Ojo, que sonaba muy impresionante, pero en realidad solo les ofrecía una cosa, los Caminos, que los verdaderos jefes de los Nihil, los Jinetes de la Tempestad, pagaban extremadamente bien.

Pero Asgar Ro no les llevó los Caminos a los Nihil solo por los créditos que le pagarían. Tenía un objetivo en mente, redención y venganza, para su familia y muchas otras. No había vivido lo suficiente para verlo y le había cedido la tarea a su hijo.

Para completar esa tarea se necesitaba un cambio. Los Nihil debían convertirse en algo completamente distinto a la banda de criminales egoístas, devastadores y desorganizados que eran. Hasta poco antes, Marchion Ro no había visto la manera de lograrlo, pero ahora había una opción. Durante siglos, la República había dejado que el Borde Exterior se gobernase prácticamente por su cuenta, pero las cosas estaban cambiando. Estaban construyendo una enorme estación, la Baliza Starlight, y lo que ellos llamaban «difusión galáctica» él lo llamaba «proyección de poder».

Los Nihil tenían que evolucionar, antes de que fuera demasiado tarde y la República llevase su ley, orden y control al Borde Exterior. Además, por supuesto, de los Jedi. No debía olvidarse.

—Mi plan sigue... su curso —dijo, respondiendo a la pregunta de Mari—. He encontrado algunos obstáculos y los próximos pasos requerirán de verdadera sutileza. Vivo tiempos peligrosos para mí, podría decirse. En realidad, esperaba que me ayudases con algo.

Mari levantó una frágil mano y su sonrisa se esfumó.

—Oh, quieres Caminos. ¿Es necesario? He trabajado mucho para encontrar esa nueva ruta. Me ha agotado. ¿No puedo hacerlo más tarde? ¿Después de una siesta?

«Lánzale una descarga», pensó Marchion. «Lánzale otra descarga y otra, hasta que entre en combustión dentro de la condenada cápsula».

—No —dijo Marchion—. Solo es una pregunta. Quería que reflexionases sobre una cosa. El chef ha preparado tu cena preferida, podemos pedir que la traigan, si quieres.

Mari suspiró.

—Muy bien, Marchion —dijo—. Si de verdad lo necesitas. Tu padre nunca me hacía trabajar tanto, ¿sabes? Le echo de menos.

El dedo de Marchion Ro se acercó al botón que provocaría otra descarga en la cápsula médica. Su padre estaba muerto. Marchion no y no pensaba seguir sus pasos. Mari San Tekka y los Jinetes de la Tempestad podían lanzarle tantas puyas como quisieran, sugerir que nunca estaría a su altura. Le daba lo mismo. Su padre estaba muerto.

Respiró hondo y cerró la mano enguantada en un puño.

—Gracias, Mari —dijo—. Esto es lo que me gustaría que hicieras.

Sacó un chip de datos de su cinturón y lo introdujo en un lector de la cápsula médica. En la parte interior de la cubierta apareció información en color azul, con las líneas de datos que describían los últimos momentos del malogrado *Ruta Legado*, mientras sus pedazos se esparcían por el sistema Hetzal. Mari San Tekka agudizó la mirada, analizando la información, sin perderse nada.

—Oh, cielos —dijo—. Pobre nave. Qué tragedia.

—Ajá —dijo Marchion Ro—. Pero no ha acabado. Siguen cayendo pedazos de esa nave desde el hiperespacio en todo el Borde Exterior. Lo llaman Emergencias. Hay un

fragmento concreto, una parte del puente que contiene la caja negra de la nave. La República la está buscando porque creen que les dirá lo que necesitan saber sobre lo que sucedió con el *Ruta Legado*.

—Sí, entiendo —dijo Mari, sin dejar de revisar los datos en su cápsula.

—Intentan construir una especie de máquina gigante, con muchos droides de navegación interconectados, y usarla para predecir dónde aparecerán los fragmentos del *Ruta Legado*. Solo quiero saber si es posible. ¿Eso se puede hacer?

Mari no lo dudó ni un instante. Se echó a reír, una carcajada sorprendentemente sonora. Marchion no entendía de dónde salía. Su pecho parecía poder partirse con solo rozarlo con un dedo.

—Por supuesto, tonto. Puedo hacerlo ahora, si quieres. Te puedo decir dónde aparecerá hasta el último pedazo de esa nave. No me costará mucho. Pero... estoy cansada.

Marchion quedó petrificado. Ahora lo veía todo claro, en ese momento se le habían revelado todos los pasos que necesitaba dar. Había opciones, ramificaciones, tendría que tomar decisiones, improvisar... pero todo era un mismo camino y conducía a aquello que había buscado durante toda su vida.

Su comunicador sonó y lo sacó de su cinturón.

—¿Sí?

—Ha sufrido otro ataque —le llegó la voz chillona del doctor Uttersond—. Lo he visto en mis monitores.

La voz del chadra-fan era extremadamente irritante, incluso cuando no impostaba el tono de reprimenda que estaba usando en ese momento.

—Está bien —le dijo.

—No, señor, con el debido respeto, no lo está. Necesita descansar. Basta de prospecciones, basta de Caminos, al menos hasta la semana próxima. Está frágil y necesita recuperar fuerzas.

—Gracias, doctor. Entendido.

—¿De verdad, señor? Porque a veces lo dudo. Creo que...

Marchion cortó la transmisión. Miró a Mari San Tekka, que tenía una sonrisa cándida en la boca, mientras veía piezas del *Ruta Legado* matando y destruyendo por todo Hetzal.

—Agradecería mucho tu ayuda, Mari —le dijo—. Necesito ocuparme de unos asuntos, pero volveré más tarde. ¿Puedes ponerte ya a eso? Me encargaré de que el chef te traiga la cena. Puedes cenar mientras trabajas.

La anciana no contestó. Meneó una mano débilmente y su cápsula médica volvió lentamente a la posición horizontal. Se estaba sumergiendo, con su mente atisbando carreteras turbulentas que solo ella comprendía, mientras empezaba a trabajar en aquel problema.

Marchion dejó aquella sala y fue al puente de la nave. El *Mirada* estaba tripulado prácticamente al completo por droides y personal contratado ajeno a los Nihil. No podía fiarse de los Nubes y los Tormentas, mucho menos de los Rayos. De ninguno de ellos.

No dejaba subir a bordo de su nave ni a los Jinetes de la Tempestad. No sabían de dónde salían los Caminos, pero si lo descubrían, bueno... cualquiera podía mantener la cápsula médica en funcionamiento.

Marchion llegó al puente, una sala preciosa tallada de un enorme tronco de árbol wroshyr importado de Kashyyyk y moldeado por artesanos por una tarifa desorbitada. Fue hasta su silla de capitán sin dirigir palabra a su tripulación y apretó el botón que levantaba las pantallas de privacidad, todas ellas también pantallas de comunicaciones.

Otro botón y Kassav, Pan Eyta y Lourn Dee aparecieron en las pantallas.

—A ver si lo adivino, estás asustado por los Jedi y no quieres darnos los Caminos —dijo Kassav, siempre el primero en hablar y el último en callarse.

Pan Eyta y Lourn Dee siguieron en silencio.

—No tengo miedo a los Jedi, Kassav. Pero no soy idiota y los considero una seria amenaza. Podrían destruir todo lo que hemos construido.

Kassav parecía querer añadir algo, pero Marchion siguió hablando para no darle oportunidad de hacerlo.

—Sé que todos se sienten frustrados porque estamos parados —dijo—. Sin asaltos. Bueno. ¿Recuerdan el nuevo impulso que les comenté? Ya está en marcha. Vamos a cambiar las cosas. Voy a conseguirles una lista de las Emergencias para cada uno, de las que no se han producido aún. Repásenla, busquen las oportunidades que ofrezcan. El único problema es que no habrá Caminos. Tendrán que planear operaciones sin Caminos. Solo tácticas y técnicas estándar.

Lourn y Pan no dijeron nada, pero podía verlos rumiar, intentar decidir hasta qué punto aquello iba a ayudarlos o a perjudicarlos, qué había en juego, cómo podrían explotarlo o hacerle cambiar de opinión. O si había llegado el momento de poner en marcha los planes que estaba convencido que ambos tenían para matarlo, robarle todo lo que tenía y quedarse los Caminos.

Kassav no dijo nada, para variar. Probablemente se estaba preguntando lo mismo que sus dos compañeros.

—Estoy realmente impresionado —dijo Kassav, finalmente—. Esto es bastante bueno. Pero, si vamos a dar los golpes por nuestra cuenta y no nos darás ningún Camino, el reparto debería ser otro. Opino que el Ojo no debería llevarse una tercera parte de eso. ¿Qué te parece un... diez por ciento? Me parece justo.

Marchion le dedicó una sonrisa que era cualquier cosa menos una sonrisa.

—También puedo hacer otra cosa, Kassav... si tú no quieres la lista de Emergencias, se la puedo dar a Pan Eyta y Lourn Dee. O no dársela a ninguno de los tres. Ustedes eligen. Pero si quieren algo del Ojo, tendrán que pagarlo como siempre o se acabaron los Caminos. Los botines se reparten como siempre. La Regla de Tres sigue vigente.

A Kassav aquello no le hizo ninguna gracia. A Marchion no le importó.

—La República también está intentando adivinar dónde se producirán las próximas Emergencias y aparecerán en cuanto se produzcan, deben usar a sus mejores hombres. Les conviene llegar y marcharse rápidamente. Pueden encontrar una zona catastrófica y

saquearla. Podrían vender la información sobre dónde va a producirse una Emergencia concreta... pero háganlo anónimamente y metan los créditos en nuestras cuentas opacas. En resumen, deben ser sutiles. Si la República se entera que hay alguien que sabe dónde van a producirse las Emergencias podría descubrir nuestro rastro. Y no queremos esa presión.

Se inclinó hacia delante.

—¿Entienden?

Los Jinetes de la Tempestad asintieron y Marchion Ro cortó la conexión. Se quedó pensando un momento. Todo estaba claro ahora. Tan claro. Apretó un botón en el reposabrazos de su silla de mando.

—Llévale la cena a la abuela —dijo.



CAPÍTULO VEINTICINCO

ELPHRONA.

Un tañido metálico y el vehículo dio una sacudida. Bell oyó a Indeera maldecir entre dientes, pero no redujeron la velocidad. De hecho, aceleraron y el rugido del motor sonó más agudo.

Ascuá se agitó nerviosamente al lado de Bell y este la acarició, notando las variaciones de temperatura en la coloración del animal.

—Tranquila, pequeña —le dijo—. Indeera ha chocado con algo. No es nada.

Iban en otro vehículo diseñado especialmente por Empresas Valkeri para los Jedi, un Vanguardia, el equivalente del Vector en tierra. Algunos lo llamaban también Rueda-V, pero no siempre se desplazaba sobre las ruedas. Cada puesto avanzado Jedi tenía como mínimo uno entre su equipo estándar y estaba diseñado para operar en todos los entornos planetarios en los que estaban esas bases. Podía operar como transporte con ruedas o rodaduras y como deslizador repulsor en terrenos demasiado complicados para los tanques. Algún Vanguardia tenía incluso utilidad limitada como vehículo anfibio y sumergible, capaz de sellarse por completo. Podían hacer de todo menos volar y resultaban muy útiles en Elphrona, donde los potentes campos magnéticos planetarios hacían que algunas regiones fueran realmente inhóspitas para las aeronaves.

La estética general era análoga a los Vectores, líneas suaves y estilizadas, curvas y bordes rectos integrados en un bonito conjunto geométrico. Tras los asientos de la cabina del conductor, ocupada en ese momento por Indeera Stokes y Loden Greatstorm, había una amplia zona de pasajeros versátil, con espacio para cualquier material que pudieran precisar en la misión. Los Vanguardias eran más duros que los Vectores, pero compartían muchas de las mismas funciones relacionadas con los Jedi. El sistema de armas tenía mecanismo de activación por espada láser y muchos de los controles eran mecánicos para poder ser operados con la Fuerza en emergencias, no con la electrónica.

Ningún Jedi usaría la Fuerza para nada que pudiera hacer con las manos, pero la habilidad de abrir un Vanguardia desde lejos, disparar sus armas o incluso guiarlo había salvado muchas vidas. Bell no se creía capaz de hacerlo y no estaba seguro de que Loden pudiera, tampoco. Indeera... quizá. Claramente, era la más versada en tecnología del equipo. Casi siempre conducía ella cuando usaban el Vanguardia, ese día no era ninguna excepción.

Indeera había elegido el rumbo más directo hasta su destino, una línea recta por un terreno que atravesaba unas colinas bajas. Había una carretera desde el puesto de

Esperanza de Ogden que rodeaba las parcelas, pero era un camino sinuoso. Si lo usaban malgastarían un tiempo que no parecían tener, a la vista del mensaje de emergencia que habían recibido. Así que el viaje fue movido y complicado... pero rápido, con Indeera a los mandos.

El Vanguardia sobrevoló la colina.

—Humo —dijo Loden.

Bell se giró para mirar por la ventanilla del Vanguardia y vio de qué hablaba su Maestro. Una gran columna de humo negro, lejana, en su trayectoria, visible después de haber superado las colinas.

—Si no es la granja de los Blythe, es la de al lado. ¿Crees...? —dijo Indeera.

—Sí —contestó Loden—. Los Nihil, por lo que he oído, son muy destructivos. Se llevan todo lo que quieren y destrozan lo que queda. También emplean gases en sus asaltos... quizá sea eso lo que vemos.

—No veo fuego —dijo Indeera—. Ocupate de conducir, Loden. Voy a lanzar un Velo, quizá podamos ver dónde nos estamos metiendo.

—Y nos permitirá recurrir a medidas en múltiples frentes, si los Nihil están allí. O si nos dejan alguna sorpresita —dijo Loden.

Indeera asintió. Se levantó de su asiento cuando Loden sujetó el volante. El Vanguardia redujo la velocidad.

Indeera volvió al compartimento de pasajeros, pasando junto a Porter Engle, que estaba sentado en silencio, con la mirada perdida.

Exteriormente, el ikkrukki parecía tranquilo, pero Bell sentía la energía bullendo en su interior. Porter Engle, el cocinero amable, inventor de platos ingeniosos y repartidor de aforismos útiles, estaba desapareciendo. En su lugar asomaba un volcán dormido a punto de despertarse... tumultuoso y preparado, cargado de un poder inconcebible. El antiguo Jedi estaba invocando a un viejo fantasma, una de sus vidas anteriores. Una versión de sí mismo de esas que explicaba a los padawanes. Alguien a quien cualquiera que atacase a familias de colonos indefensas debería rezar por no encontrarse jamás.

—¿Estás bien, Porter? —dijo Bell.

—Sí —respondió el viejo Jedi, sin desviar la vista.

Bell decidió dejarlo en paz. Porter no le daba miedo... los dos eran Jedi, a fin de cuentas. Pero no le apetecía conocer a ningún fantasma del pasado.

Indeera pasó junto a ellos, rumbo a la parte trasera del vehículo, donde sus dos deslizadores Velo estaban aparcados en caballetes, uno encima del otro. Como todo lo que Empresas Valkeri construía para la Orden, estaban diseñados para usuarios de la Fuerza y, por tanto, eran máquinas delicadas y muy sensibles. Poco más que un sillín sobre un chasis hueco de duralio, un solo repulsor y cuatro acoples tipo ala a los lados. Un Velo era básicamente un palo volador. Pero, si sabías pilotarlo, era increíblemente rápido y maniobrable. Un puñado de pilotos hábiles, empuñando sus espadas láser, podían acabar con pelotones enteros de vehículos blindados, a pesar de sus descargas de bláster.

Los Velos eran extraordinariamente divertidos y Bell solía llevarse uno por las colinas y valles de los alrededores del puesto avanzado de Elphrona las raras veces que Loden le daba alguna hora libre.

Indeera sacó un Velo del caballete y bajó la manija que abría la compuerta trasera del Vanguardia con el pie. El aroma metálico del aire se coló en el compartimento.

—Cuídate —le dijo a Bell y saltó al exterior, mientras las alas del Velo se abrían. La vio buscar una corriente y salir disparada.

Bell cerró la compuerta. Se levantó y fue hacia la cabina del Vanguardia, pasando junto a Porter, que no dijo nada. Se sentó en el asiento del conductor que acababa de dejar vacante Indeera. Ascu se estiró entre ellos y Loden bajó una mano para acariciarle la cabeza, sin apartar la vista de delante.

Por la ventanilla, vieron que el origen de la columna de humo era una casa de dos plantas en llamas, corazón de lo que había sido una pequeña y pulcra finca familiar, aparentemente dedicada a la minería.

Loden detuvo el Vanguardia a unos centenares de metros del fuego y miró a Bell.

—¿Sientes a algún superviviente?

Bell se proyectó con la Fuerza. Nada. Un vacío frío.

—No.

—Yo tampoco —dijo su Maestro—. Pero debemos comprobarlo. Veamos si se nos ha pasado alguien por alto... o si encontramos alguna pista de lo que ha pasado. Intentaremos hacer justicia, de una manera u otra.

Loden abrió la puerta de su lado de la cabina y bajó. Bell lo siguió. Ascu bajó tras él. Porter apareció al cabo de un instante, con la mano apoyada en la empuñadura de su espada láser, aún enfundada.

Bell cayó en la cuenta de que nunca lo había visto desenfundarla. Nunca.

Loden se acercó el comunicador y habló.

—Hemos llegado a la parcela de los Blythe, Indeera. Parece que los Nihil le han prendido fuego a todo. Vamos a echar un vistazo. ¿Tú ves algo?

—Nada —contestó la voz de Indeera—. Estoy en un promontorio, a medio kilómetro de ahí. Puedo llegar rápidamente, si pasa algo. Les avisaré si veo que alguien se acerca.

—Bien —dijo Loden, y guardó el comunicador.

—Vamos, pero poco a poco.

Dio unos pasos hacia la casa en llamas. Pasaron junto a un redil, donde varios acereros aterrorizados trotaban y pateaban el suelo, con los ojos como platos y lanzando grandes resoplidos por las narices. Porter levantó una mano.

—Calma, amigos —dijo, y las bestias se calmaron al instante, postrándose, apiñadas en el redil.

—Deslizador destruido —dijo Loden, señalando una pila de cascotes humeantes cerca de la casa—. Cadáveres, también. Y un puñado de droides mineros... abatidos con fuego bláster. Creo que la familia usó los droides para intentar defenderse. No les funcionó. O no del todo.

Porter gritó desde el redil de los acereros. Estaba agachado, examinando un pedazo de terreno removido junto a la puerta.

—Los Nihil se llevaron algunos de los acereros de la familia al perder su deslizador. Puedo verlo todo aquí en la tierra. Seis personas, cuatro cautivos.

Se levantó y su cara parecía lo bastante fría para extinguir aquel incendio.

—Dos son niños.

Bell miró la casa más detenidamente. Había algo extraño en la puerta. Parecía inusual, como escritura o...

Se acercó más. En la puerta del hogar de los Blythe había tres líneas zigzagueantes dibujadas. Los bordes eran irregulares, salvajes, como tallados por un vibrocuchillo escaso de batería.

—Aquí hay algo —dijo y dio otro paso.

Las líneas parecían... rayos. Tres relámpagos. El calor era intenso, pero el símbolo le fascinaba de una manera casi primitiva. Se acercó más, necesitando verlo con la mayor claridad posible.

Ascuá ladró, claramente alarmada.

Bell se detuvo y se volvió hacia la perra char.

—¿Qué pasa, pequeña? —dijo, y entonces entendió qué intentaba decirle Ascuá... cuatro hileras de tierra movida, corriendo hacia él a toda velocidad.

«Topos mina», tuvo tiempo de pensar Bell. Hizo dos cosas.

Primero, empujó a Ascuá con la Fuerza. Intentó no ser brusco, pero el objetivo era alejarla del peligro. Aunque le hiciera daño, no sería nada comparado con una explosión. Después, Bell saltó, en vertical, mientras desenfundaba su espada láser.

Los topos mina estaban diseñados para correr hacia su objetivo ligeramente por debajo de la superficie y salir disparados hacia el aire, explotando a un metro de altura y lanzando un anillo de metralla horizontalmente, acompañado de una corona de llamas y calor intenso. Eran brutales y mortales... La gente ni siquiera se daba cuenta de que los estaban atacando y morían sin saberlo.

Dos de los topos minas salieron del suelo, cilindros gris oscuro con bocas sonrientes llenas de engranajes, las que les permitían perforar el terreno. Cuando Bell alcanzó el cénit de su salto, los agarró con la Fuerza y los arrojó tan arriba como pudo, una maniobra improvisada que esperaba que funcionara.

Los otros dos topos aún no habían salido del suelo, con sus primitivos cerebros desconcertados al no entender dónde se había metido su objetivo, ahora que no tenía los pies en el suelo.

Un estruendo enorme, un *buuum*, y después otro, cuando los dos minas del aire estallaron.

Bell sintió una ráfaga de calor... intensa, pero soportable.

Cayó, viendo asomar la punta de uno de los topos mina justo debajo, e intentó desviarse hacia allí.

Al aterrizar, clavó su espada láser en el suelo y atravesó a uno de los dos topos mina restantes. El último explosivo salió disparado del suelo y Bell reaccionó sin pensar, guiado por la Fuerza, cortándolo en dos en pleno ascenso.

Las dos mitades del topo mina cayeron al suelo y Bell miró hacia arriba.

Vio a Loden y Porter enfrascados con sus propios topos, cada uno a su manera. Loden estaba usando la Fuerza para arrancarlos del suelo antes de que se le acercaran, lanzándolos a volar hasta que explotaban inofensivamente sobre las llanuras de óxido. Porter estaba agachado, con la espada láser activada, un filo azul intenso que empuñaba al revés.

Estaba cortando las minas por la mitad en cuanto salían del suelo. Uno tras otro. La misma maniobra que Bell había hecho una vez y que ni siquiera entendía, Porter la estaba haciendo sin parar. La expresión de su cara era inmutable. Su espada brillaba, el topo de metal caía y él seguía intacto.

Bell y Loden estaban obnubilados. Los dos eran buenos espadachines, Loden incluso genial, pero aquello no lo habían visto nunca. Ni en el Templo Jedi, ni en el Maestro Yoda o Zaviel Tepp, ni siquiera en el viejo Arkoff. Bell no podía ni imaginar cómo sería batirse en duelo con Porter Engle.

La exhibición de habilidad era hermosa y no podían dejar de mirarla, por eso no vieron el topo mina que excavó su camino hasta el Vanguardia, salió disparado del suelo y se autodestruyó en un paroxismo de alegre inmolación. La explosión partió el transporte en dos y arrojó a Bell y Loden al suelo, con un golpe que apenas pudieron amortiguar con la Fuerza.

—¿Están bien? —llegó la voz angustiada de Indeera—. ¡Loden! ¡Porter! ¡Contesten! ¿Qué demonios está pasando ahí? ¡Todo ha empezado a estallar!

Loden gruñó y rodó para ponerse boca arriba. Sacó su comunicador.

—Estamos bien, Indeera —dijo—. Solo unas sorpresitas que han dejado los Nihil. Topos mina. Parece que no quedan más, pero hemos perdido el Vanguardia.

—Si dejaron minas es que pensaban que alguien podría seguirlos —dijo Indeera—. Lo que significa que se han marchado.

—Eso pienso también yo —dijo Porter, acercándose, con la espada ya enfundada—. Sospecho que tienen una nave aparcada en algún punto de una de las zonas de acceso hiperespacial. Los campos magnéticos son duros aquí, por eso no podían aterrizar cerca y raptar a la familia, sin más. Debían venir en deslizador. La familia destruyó su deslizador y tuvieron que robar los acereros para volver cabalgando hasta su nave.

—¿Y cómo vamos a atraparlos? —preguntó Bell, levantándose del suelo—. El Rueda-V está muerto.

—Quedan tres acereros —dijo Porter—. Puedo ensillarlos y usar la Fuerza para convencerlos de que cooperen, de que nos den todo lo que tengan para salvar a su gente. Si nos damos prisa, podemos atrapar a esos monstruos antes de que saquen a la familia del planeta.

—Hazlo —dijo Loden, acercándose el comunicador—. Indeera, vamos a perseguir a los Nihil, quedan bestias que podemos cabalgar. Tú vuelve al puesto y trae un Vector. Quizá debamos seguirlos fuera del planeta.

—Recibido —dijo Indeera—. Que la Fuerza los acompañe.

Loden volvió a guardarse el comunicador y fue hacia los restos en llamas de su Vanguardia. Los dos trozos del vehículo estaban separados por varios metros de cascotes. Se detuvo junto a lo que había sido el compartimento del conductor.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Bell.

—Los sistemas internos del Vanguardia están reforzados contra ataques. En teoría, puedes acribillar uno con mil balazos y las ruedas seguirán girando. Bueno, este pobre Rueda-V ya no irá a ningún sitio, pero quizá pueda seguir siendo útil...

Levantó la mano y un panel metálico alargado del frontal del Vanguardia empezó a vibrar, elevándose un poco del resto de la máquina.

—Ayúdame, padawan —dijo—. Está muy apretado.

Bell levantó una mano y el panel de metal ennegrecido saltó hacia atrás, rebotando por el suelo. Loden se inclinó a mirar los mecanismos internos del Vanguardia.

—Hum —dijo—. Parece intacto.

Hizo un gesto con la mano, cerrándola en un puño, y Bell oyó metal doblegándose y partiéndose dentro del compartimento del motor, los chasquidos de las finas abrazaderas superando el límite de su resistencia.

Loden metió la mano en la máquina y sacó un tubo metálico de un metro y medio, con una especie de cesta de alambre en una punta que tenía dentro un pequeño módulo de energía. Los cables se tensaron y rompieron cuando lo sacó del todo, con sus componentes electrónicos conectados a un panel metálico plano que colgaba del tubo, completamente fuera del Vanguardia.

Bell observó que su Maestro ataba los cables y se colgaba aquello al hombro. Los extremos del tubo sobresalían tras su espalda, en los hombros y la cintura.

—Buf —dijo Loden—. Pesa.

Miró a Bell y vio su cara intrigada.

—Por si las moscas —le dijo Loden, sonriendo.

Porter regresó del redil, sujetando las riendas de tres acereros de lomo plateado, ahora ensillados y a punto.

—Conecten con sus monturas lo mejor que puedan. Son buenas bestias, pero vamos a exigirles mucho. Deben hacerles entender lo importante que es esto.

Bell no estaba seguro de qué significaba aquello, exactamente, pero suponía que lo descubriría o terminaría descabalgado por su acerero a mitad de camino.

Puso un pie en el estribo y se impulsó sobre su montura, no con la suavidad que hubiera deseado, pero lo importante es que ya estaba a bordo. El acerero se agitó, dando pasitos laterales y sacudiendo la cabeza. Pateó el suelo con un casco, mostrando su enojo por llevar un jinete claramente inexperto, y saltaron chispas donde el metal chocó con la piedra.

—¿Hacia dónde, Bell? —le preguntó Loden, ya sobre su propio acerero.

Bell se proyectó hacia fuera, buscando miedo, dolor, ira... y los encontró. Más cerca de lo que esperaba. Tenían alguna posibilidad.

—Por allí —dijo, señalando.

Y se marcharon.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

FRAGATA MÉDICA DE LA REPÚBLICA *PANACEA*, DE CLASE SALVACIÓN.

—**N**o me siento cómodo con esto, Maestra —dijo Burryaga—. Solo estábamos haciendo nuestro trabajo.

Hablaba en shyriiwook y, por lo que sabía, la única persona a un parsec a la redonda capaz de entenderlo era su Maestra, la Caballera Jedi Nib Assek, a la que tenía al lado. Pero no quería que nadie pensase que estaba protestando o que no deseaba estar allí. La ocasión era solemne. Los dos llevaban el atuendo del Templo para honrar el momento. En su caso, un simple tabardo sin mangas con varias capas y faja azul celeste, pero Nib llevaba el conjunto completo, blanco y dorado, con su larga melena canosa recogida en un moño y las botas y la empuñadura de su espada láser bien pulidas.

—Esto no es para nosotros, padawan —dijo Nib—. Estamos aquí para dar un poco de consuelo a esta gente, un poco de paz. Querían conocernos. Vamos, no será para tanto.

Los dos Jedi estaban cerca de la entrada de una sala de techos altos como de catedral. La enorme estancia ocupaba la mayor parte de la sección central del *Panacea*, una nave de asistencia médica gigante y una de las primeras Grandes Obras de la Canciller Soh. En los años pasados desde el inicio de su servicio, la nave se había enviado a varias zonas de conflicto, zonas catastróficas y lugares afectados por brotes contagiosos, como prueba tangible del compromiso de la República con todos sus ciudadanos, particularmente los más débiles. Más recientemente, Soh había enviado la nave al sistema Hetzal, a recoger y tratar a los supervivientes del desastre del *Ruta Legado*.

La enorme cámara central del *Panacea*, conocida como cubierta mirador, era una cúpula de transpariacero. En circunstancias normales, la cúpula mostraba lo que había fuera de la nave, pero en deferencia a la mayoría de los presentes se había decidido otra cosa. En vez del oscuro vacío del espacio, los circuitos internos de la cúpula la habían opacado, con sutiles tonos de verde y azul moviéndose por la cúpula y una cálida luz amarilla cenital. Unos sonidos apacibles se oían débilmente a lo lejos, agua borboteando, el viento azotando las hojas. Los psicólogos de la nave habían recreado sutilmente los colores, sonidos y ambiente de un planeta parecido al que los colonos que viajaban a bordo del *Ruta Legado* pretendían convertir en su hogar... si la nave de transporte no hubiera sido destruida en un instante de horror y fuego, arrancándolos del hiperespacio en un desastre que seguía activo.

Burryaga estaba siguiendo las Emergencias muy de cerca. Como había estado presente al principio del desastre y había desempeñado un papel bastante esencial en su

resolución, se sentía profundamente implicado en aquella terrible situación. Quería ayudar en lo que pudiera, hasta que aquella lenta tragedia terminase. Entre otras cosas, leía el informe diario de la oficina de la canciller sobre la evolución de la crisis. Recientemente, estos se centraban en el creciente descontento por los efectos del cada vez más extenso bloqueo hiperespacial. Pero también comentaban las Emergencias. La cuenta actualizada: veintiuna, una de las cuales había causado la destrucción de una planta de transporte orbital sobre Dantooine, que estaba coordinando un envío masivo de ayuda para los sistemas cada vez más afectados de los Territorios del Borde Exterior.

Nib Assek fue hasta el centro de la cubierta mirador, donde había reunidas unas treinta personas, charlando en voz baja. El personal del *Panacea* había repartido piscobebidas y la mayoría de los presentes tenían bebidas en las manos. Era como una fiesta... sin serlo.

Aquellos eran los primeros supervivientes rescatados del *Ruta Legado*, los mismos cuyo miedo Burryaga había detectado cuando Nib, Te'Ami, Mikkel Sutmani y él mismo estaban a punto de destruir el módulo de pasajeros en el que iban. Los supervivientes se habían congregado allí para conocer a sus salvadores, Jedi y de la República, en un intento por cerrar aquel capítulo y poder expresar su gratitud personalmente. Todo aquello incomodaba a Burryaga, no le parecía necesario darle las gracias a un Jedi por ser un Jedi.

Joss y Pikka Adren, el matrimonio de pilotos de Vigalarga, no parecían compartir sus reticencias. Se les veía completamente cómodos, conversando ya con algunos de los pasajeros del *Ruta Legado*. A Burryaga no le molestaba aquello, por supuesto, habían sido parte esencial del rescate y se alegraba de que estuvieran allí, aunque solo fuera para librarles un poco de la carga social.

Burryaga examinó a los supervivientes del *Ruta Legado*. En la Fuerza, pudo sentir la rara tensión de aquellas personas... una extraña mezcla de remordimiento, vergüenza, alegría y alivio. La culpa del superviviente, supuso.

Suspiró y echó a andar, ajustándose la faja y sintiendo el reconfortante peso de la empuñadura pulida de su espada láser. Brillaba tanto como la de Nib, aunque la suya estaba hecha con el ámbar de un árbol wroshyr blanco del planeta de los wookiees, Kashyyyk, con una cruz ancha de electrum. No esperaba usar su arma allí, pero se sentía como si se adentrara en una batalla. Su Maestra sabía lo mucho que detestaba aquel tipo de recepciones. Ninguna de aquellas personas podía entenderle. A veces eso era una ventaja, porque la gente solía pensar que los que no hablan tampoco escuchan. Útil cuando buscaba información, pero no estaba en una batalla, ni en territorio enemigo. Solo era una especie de evento social y no creía poder descubrir gran cosa, por muchas conversaciones que escuchase.

Dicho eso, sabía que Avar Kriss le había pedido a Nib que preguntasen a los supervivientes por las experiencias vividas en el *Ruta Legado*, por si aclaraban algún detalle sobre el desastre. La Maestra Kriss y su colega Elzar Mann estaban buscando pistas de lo sucedido. Kriss pensaba que algunos de los supervivientes podían tener

recuerdos reprimidos que podían aflorar con el tiempo. Pero buscar esa información era tarea de su Maestra, no suya... no se le ocurría cómo podría preguntarle a aquella gente por sus experiencias. Nadie iba a entender ni una sola de sus palabras.

Quizá si el *Panacea* tuviera droide traductor a bordo, pero no. Solo había unos cuantos droides terapeutas, con sus grandes ojos y movimientos tranquilos, además de unos cuantos droides píldora flotando alrededor. En definitiva, era una nave médica.

Burryaga fue hasta un grupo de tres personas que charlaban discretamente, una pareja mimbanesa y una hembra humana. Parecían derrotados, encogidos. Incluso la piel escarlata y los enormes ojos azules sin pupila de los mimbaneses parecían apagados. Podía entenderlo. Todos habían pasado lo que les había parecido una eternidad dando tumbos por el espacio, dentro de aquel compartimento de carga, convencidos de que morirían en cualquier instante. Burryaga levantó una mano para saludarlos.

—Hola —dijo, en shyriiwook, esperando las consiguientes y habituales caras perplejas como respuesta.

—Maestro Jedi —respondió el varón mimbanés, en básico—. Es un honor conocerlo. Estamos todos tan agradecidos por lo que hicieron.

—Encantado, señor —contestó Burryaga—. No es necesario que nos lo agradezcan. Todas las vidas son preciosas y todos somos la República.

Más miradas perplejas. Reprimió un suspiro.

—Eh, Burry —dijo alguien, y se giró.

Era Joss Adren, con su mujer, Pikka. Los dos llevaban bebidas en la mano y parecían completamente relajados. No sabía cómo lo hacían. Quizá fueran las bebidas. Los dos pilotos se acercaron al grupo.

—Quizá no lo sepan, chicos —dijo Joss—, pero este es Burryaga. Si están vivos es gracias a él.

—Oh, cielos, ¿no podrías decirlo de otra manera? —le regañó Pikka. No era pequeña, para ser humana, pero al lado de su marido lo parecía. Joss Adren era como un tronco de árbol con una cabeza en vez de copa.

—Es la verdad —dijo Joss—. Nos estábamos preparando para volarlos en pedazos... bueno, no sabíamos que iban dentro, claro. Creíamos que eran otro fragmento más y queríamos asegurarnos de que no chocara con nada. Pero entonces Burryaga empezó a gritar como un poseso por el comunicador... Los sintió allí dentro y evitó que disparásemos, en el último momento.

Sonrió.

—Por un pelo. De verdad. Un segundo más y...

Pikka le dio un codazo en el brazo, fuerte.

—Ay —dijo Joss.

—Vamos, cariño —dijo, llevándoselo.

Los tres supervivientes miraban boquiabiertos a Burryaga. Este tenía calor y unas ganas locas de jadear, pero sabía que algunos de sus interlocutores lo interpretarían como una amenaza, era un wookiee, tenía dientes afilados y...

—¿Eso que nos ha contado es cierto? —preguntó la mujer mimbanesa—. ¿Tan cerca estuvieron?

Asintió y sus expresiones se volvieron pensativas, lo que solo avergonzó más a Burryaga. Le estaban tratando como si fuera una especie de...

Decidió aprovechar la oportunidad para escapar y fue hacia la mesa de aperitivos. Estaba famélico... como casi siempre. Su pelaje era claro, básicamente dorado, con mechones caoba más oscuro aquí y allá. Estaba en pleno crecimiento. Comía siempre que tenía oportunidad.

Las mesas de aperitivos estaban a rebosar, los droides del *Panacea* se habían asegurado de ello, pero un solo vistazo le bastó para saber que todo eran quesos, panes, frutas, verduras recién recogidas, pastas para untar, salsas y dulces... nada de carne. Los wookiees comían prácticamente de todo pero, en ese momento, Burryaga sentía que necesitaba algo más vigorizante que unos meros zanahorinos y un puñado de pipafutas.

De todas formas, era comida. Se llenó un plato con lo que había y empezó a rumiar. Como mínimo, con la boca llena quizá nadie intentase entablar conversación con él.

Masticando una fruta verde que no había probado antes, bastante buena, Burryaga miró al otro lado de la sala, examinando aquella extraña recepción celebrada en una especie de ilusoria pradera que flotaba en medio del espacio. Pequeños grupitos... Nib Assek en animada conversación con una familia, Joss explicándole otra historia a otro grupo, todos muy sonrientes. Pikka sujetando la mano de una mujer, escuchando atentamente lo que esta le contaba.

Burryaga pensó en los otros dos Jedi que habían participado en el rescate de aquella gente, los Maestros Te'Ami y Sutmani. ¿Cómo habían logrado librarse de la reunión? Sintiendo que su ánimo decaía, se comió el corazón de la fruta, con semillas y todo, triturándolo y tragándose lo.

Se volvió hacia las bandejas de comida, pensando que podía probar algún queso, cuando su mirada se cruzó con la de otra persona. Allí, a un lado, en los límites del suelo blanco, mirando los remolinos azules y verdes en la cúpula de la cubierta mirador, había un chico humano, pelirrojo, que no hablaba con nadie. Uno de los droides terapeutas andaba cerca, con su cara ancha y jovial proyectando lentamente toda una gama de colores pastel, cálidos y agradables, mientras hablaba con el niño. Burryaga no era un experto calculando las edades de otras especies, pero le pareció que el chico debía de tener diez años, alguno más quizá.

No contestaba al droide terapeuta, a pesar de los esfuerzos de la atenta máquina. Tenía la mirada perdida, absorto en lo que ocupase su mente.

Burryaga dejó su plato y fue hacia él, proyectándose con la Fuerza. Sintió una inmensa tristeza en el niño, mezclada con... culpa. Culpa por algo monstruoso e inmenso, algo que nadie de su edad debería sentir.

Se acercó al niño. Sus ojos estaban huecos, eran como agujeros en su cara.

—Soy Burryaga —dijo, tocándose el pecho, aunque sabía que el chico no le entendería. Señaló al niño—. ¿Cómo te llamas?

Estos gestos eran universales, obvios, y el chico esbozó una sonrisa triste.

—Serj —dijo—. Serj Ukkarian.

Burryaga señaló al resto de supervivientes, con expresión de duda.

Serj los miró, un vistazo largo, lento y triste que no parecía acabar nunca, como si buscara algo entre los supervivientes aunque sabía que no estaba allí. Mejor dicho, alguien.

Negó con la cabeza.

Burryaga alargó los brazos y envolvió al niño en un abrazo. No entendía por qué nadie lo había hecho aún. Si alguien estaba herido, debía hacer lo que pudiera por curarlo.

Si alguien se perdía, debía encontrarlo.

Usando la Fuerza, hizo todo lo que pudo por consolar al pobre Serj. No podía librarlo de sus malos sentimientos, pero podía aliviar parte de su peso y que el chico cargara con aquello con un poco más de facilidad.

Serj estaba rígido, pero empezó a relajarse, poco a poco, deshaciéndose de parte de la carga. Burryaga notó que empezaba a temblar entre sus brazos y entendió que estaba llorando.

—Fui yo —dijo Serj, con su voz amortiguada contra el pecho de Burryaga—. Todo fue culpa mía. Me infiltré en los sistemas del puente porque la capitana Casset se creía muy lista. Quería demostrarle que no sabía tanto como creía... iba a proyectar un holovideo en las pantallas del puente, pero justo cuando ya lo tenía, lo vi... vi aquello... y la nave saltó en pedazos y yo estaba en el compartimento ocho pero mis padres estaban en el doce... aún no lo han encontrado... y pienso que... y pienso...

El llanto lo abrumó. Burryaga lo sujetó entre sus brazos un buen rato.

Pero el chico no había terminado de explicarse y Burryaga escuchó todo lo que tenía que contar. Finalmente, cuando Serj parecía haber vaciado el buche, lo soltó y reculó un paso.

—Tú —le dijo, tocando suavemente la frente del niño con un dedo— no hiciste nada malo.

El niño juntó las yemas de los dedos y las separó lentamente, simulando una explosión.

Burryaga negó con la cabeza y sonrió a Serj.

—No hiciste nada malo —repitió.

Evidentemente, el niño no hablaba shyriiwook, pero le entendió.

Burryaga llevó al niño hasta Nib Assek, que estaba charlando con otro grupo de supervivientes.

—Tiene que escuchar esto, Maestra —le dijo.

Ella le miró, intrigada.

—Le presento a Serj Ukkarian —dijo Burryaga, dando unas palmaditas en los hombros del niño, que parecía repentinamente muy nervioso, como era normal... ser el

centro de atención de un Jedi podía intimidar a cualquiera—. Teme haber perdido a su familia en el desastre, debemos hacer lo que podamos por ayudarlo.

Nib Assek asintió.

—Por supuesto —dijo—. Todo lo que podamos.

—Serj se coló en los sistemas del puente del *Ruta Legado* justo antes del accidente —dijo Burryaga—. Para gastar una broma, nada grave, pero pudo acceder a sus pantallas y, cuando lo hizo, vio un atisbo de lo que se encontraron y causó la desintegración de la nave.

—Eso es fascinante —dijo Nib, evitando mirar a Serj, para no asustarlo. Podía sentir su estado tan bien como Burryaga. Bueno, quizá no con la misma facilidad porque las emociones no eran su fuerte en la Fuerza, pero la tensión y la confusión del chico brillaban como un árbol en llamas en plena noche. Hasta un iniciado en su primer día en el Templo podría sentir la agitación de Serj.

Tras pensarlo un momento, se volvió hacia el niño y se postró sobre una rodilla, colocándose a su misma altura.

—Burryaga me ha contado que fuiste muy valiente —dijo.

Serj no respondió.

—También que viste algo cuando te colaste en los sistemas del *Ruta Legado*, justo antes del desastre. Estamos haciendo todo lo posible por detener las Emergencias y evitar que algo así pueda volver a suceder jamás. Sé que puede ser un recuerdo doloroso, pero ¿me puedes decir qué viste, Serj? ¿Me lo puedes explicar?

Serj miró a la Jedi, con la mirada otra vez vacía y perdida.

—Relámpagos —dijo—. Parecían tres relámpagos.



CAPÍTULO VEINTISIETE

ELPHRONA.

—**T**odo irá bien —dijo Erika, mirando a sus hijos a los ojos, primero Bee, después Ronn.

Ronn era más mayor, a solo unos años de estar preparado para hacer su camino, pero en ese momento los dos parecían unos crios aterrorizados y desesperadamente necesitados del consuelo de sus padres.

La Nihil que iba con ellos en la carreta resopló.

—Sí —dijo ella—, muy bien.

Llevaba una máscara, como los demás, pero Erika sabía que era trandoshana por el aspecto de sus brazos, largos en comparación con el torso, con una reluciente piel gris moteada y acabados en garras blancas. Una sola línea zigzagueante de pintura azul atravesaba su máscara, desde la frente hasta la barbilla. Empuñaba un rifle y llevaba un bláster enfundado y solo la galaxia sabía qué armas más.

Erika y su familia no podrían reducir a aquella mujer, ni aunque los cuatro se pudieran quitar los plastigrilletos que les sujetaban los brazos a la espalda. Eran dos mineros y sus hijos, y Ottoh estaba medio inconsciente por un fuerte puñetazo en la cabeza que le propinaron los Nihil cuando los sacaron de casa.

No, las cosas no iban bien.

Pero no podías decirle eso a tus hijos.

—Sigán así de valientes —dijo Erika.

Viajaban por una carretera de tierra que serpenteaba entre dos cordilleras bajas. Hierro a la izquierda, magnetita a la derecha, con el campo generado por ambas partes impidiendo que las naves volasen por aquella zona de Elphrona, lo que explicaba que aún no estuvieran en la nave estelar de los Nihil, rumbo al espacio exterior. Sin su deslizador, los Nihil habían decidido añadir el robo de ganado a su lista de crímenes y les habían robado cinco de sus acereros.

Los secuestradores habían enjaezado a dos de los animales para que tirasen del repulsor en el que viajaba la familia en ese momento. Otros tres les seguían, con un Nihil por animal. Erika notó, con desdén, que eran jinetes inexpertos, agachados en sus sillas, distribuyendo mal su peso. No paraban de espolear y azotar a las bestias, intentando ganar velocidad, sin darse cuenta de que los acereros correrían el doble de rápido si se sentaran bien.

Erika no pensaba decírselo, claro. Cuanto más lento avanzasen mejor. Porque alguien venía tras ellos y cuanto más tardasen los Nihil en llegar a su nave, más posibilidades había de que sus perseguidores los alcanzasen.

Ronn fue el primero en darse cuenta. Estaba sentado en la carreta, mirando hacia atrás.

Ronn le había dado unos golpecitos discretos con la bota. Tres seguidos, una clara señal. Ella lo miró y vocalizó un «¿qué?».

Su hijo no se movió, solo miró a un lado, tras ella, y después volvió a mirarla. Después volvió a mirar tras ella, hacia el camino que dejaban atrás y de nuevo a sus ojos.

Ronn se inclinó hacia Bee y dijo, en voz alta:

—No llores, Bee, esa lagarto tonta no te va a hacer nada. —Lo que le granjeó una patada de su guardia trandoshana, que encajó silenciosamente, su valiente hijo. Eso también le dio un momento a Erika para volver la cabeza y mirar atrás, donde vio lo mismo que Ronn... chispas lejanas.

No estaban cerca, pero tampoco tan lejos. Había vuelto a mirar varias veces desde entonces, aprovechando cualquier oportunidad para echar un vistazo rápido, y sus perseguidores cada vez estaban más cerca.

Las chispas eran idénticas a las que provocaban sus acereros cuando los cascos pateaban la roca metálica. Las manadas de acereros salvajes corriendo de noche eran una de las maravillas naturales de Elphrona. También hacían mucho ruido, chasquidos rápidos y secos que se camuflaban con los que hacían los Nihil que los escoltaban.

Calculó que los perseguidores debían de ser tres. No pudo distinguir los detalles, pero le parecieron tres, cabalgando juntos.

Nadie más parecía haberlo notado, aparte de ellos dos. Su guardia trandoshana mantenía la vista fija en sus cautivos. Y, por supuesto, los Nihil de fuera miraban solo hacia delante. Agarrados como si les fuera la vida en ello, intentando no caer de sus sillas.

Le lanzó una mirada interrogativa a su hijo y este respondió con una mirada que intentaba ser de incertidumbre. El tampoco sabía quién los seguía y Erika recordaba que no había logrado que Esperanza de Ogden les mandasen ayuda.

Quizá la fuerza de seguridad del asentamiento había entrado en razón y había mandado a un equipo en su auxilio. Pero irían en deslizador, no a lomos de animales.

No tenía ningún sentido, pero era una chispa de esperanza y la esperanza no abundaba en esos momentos.

Lanzó otro vistazo hacia atrás, solo para ver si se acercaban, y se le terminó la suerte. La guardia la vio y también miró. Vio a sus perseguidores al instante, aunque ya era imposible no verlos. Saltaban chispas junto a ellos, como si cabalgasen por una carretera de fuego.

La Nihil se puso de pie en la carreta y gritó a sus compañeros.

—¡Problemas! ¡Nos sigue alguien y son rápidos! Parecen tres...

Y entonces Ottoh, que en realidad no estaba inconsciente sino que lo estaba fingiendo, esperando un momento como aquel, guardando sus propias reservas de esperanza, chasqueó la lengua fuerte contra el velo de su paladar tres veces. Fue un ruido sonoro y los cinco acereros, bien entrenados y cuidados por su marido, reconocieron la orden y la obedecieron en el acto.

Se detuvieron, con sus cascos de duraleación fijándose al suelo con el campo organomagnético que les permitía ascender las montañas más empinadas de Elphrona. Allí, los frenó en seco.

Pero, aunque perdieron velocidad, no perdieron la inercia. Tres de los Nihil salieron disparados de sus sillas. También su guardiana, que estaba en la peor posición posible cuando los acereros frenaron, de pie y en equilibrio precario dentro de una carreta repulsora que corría a toda velocidad. Salió volando por la borda, como disparada por su propio rifle.

Al cabo de un instante, ruidos potentes y secos, ruido de algo muy duro rompiéndose al chocar con algo aún más duro.

Erika no pudo verlo porque su familia y ella estaban aplastados contra la parte delantera de la carreta repulsora, en un amasijo de brazos y piernas, presión e incipientes moratones. A pesar de todo, estaba bastante convencida de haber aprendido el ruido que hacía un cráneo trandoshano al partirse contra la dura hierropiedra.

Buen viaje.

—¿Están todos bien? —preguntó.

—Yo sí —dijo Bee. Una niña dura.

—A mí me duele la mano, pero no parece nada —dijo Ronn.

—Siento no haber podido avisarles —dijo Ottoh, saliendo del amasijo familiar—. No habría funcionado sin efecto sorpresa. Ahora intenten hacer lo mismo que yo.

Rodó por el suelo para colocarse boca arriba, después acercó las piernas al pecho y extendió los brazos tanto como pudo, intentando pasar los grilletos por debajo de los pies y así poder usar las manos, al menos.

Erika se preparó para imitar la maniobra. Si podían usar las manos, quizá pudieran encontrar la forma de desatarse o de escapar.

La culata de un rifle golpeó con fuerza en la cabeza a Ottoh y este quedó inconsciente, con los ojos en blanco. Seguía vivo, pero Erika no sabía en qué condiciones. Lo que tenía claro era que las sorpresas de su marido se habían terminado, al menos de momento.

Los Nihil seguían allí. Habían caído, algunos fuerte, pero estaban allí, seguían teniendo armas y ahora estaban muy molestos. El que había golpeado a su marido levantó el rifle para asestar otro golpe y Erika supo que este iba a romperle el cráneo a Ottoh, si el primero no lo había hecho ya.

Saltó hacia adelante y cubrió a su marido con su cuerpo, intentando interceptar el golpe.

—¡No! —gritó.

El rifle le impactó en un costado y la hizo retorcerse de dolor, inmediato e inmenso. Pero mejor ella que Ottoh.

—Aparta o acabarás muerta tú también —le gruñó el Nihil, en un tono profundo y extraño.

Alguien desde fuera de la carreta lo agarró y tiró de él. Erika respiraba con dificultad, pero oía perfectamente.

—No vas a matar a nadie.

—Asaria está muerta. ¡Muerta!

«Asaria», pensó Erika. «Bonito nombre».

—Estos mineros idiotas ya han matado a la mitad de los nuestros, Dent.

—Muy bien —oyó que susurraba Ronn.

—Es hora de que paguen por ello.

—He dicho que no. Por cada uno que matemos, perdemos un veinticinco por ciento de nuestra parte. Me trae sin cuidado a quién hayamos perdido... así se duplica nuestra parte. Pero también hemos perdido un deslizador y eso significa que, de momento, estamos perdiendo dinero con esto. Necesitamos hasta el último crédito que podamos sacar. No mates a nadie. Solo eres un Rayo. Yo soy la Nube. Debes obedecerme.

Un largo silencio y Erika supo que las vidas de su marido y la suya, quizá las de toda su familia, dependían del respeto que aquel Rayo tuviera por aquella Nube, significase lo que significase todo aquello.

—De acuerdo —espetó el Rayo y le oyó marcharse.

Erika exhaló lentamente.

—Ottoh —dijo.

Sin respuesta. Decidió creer que seguía vivo. La esperanza era una elección, y justificada. Oyó ruido a lo lejos. Cascos. Sus perseguidores los estaban alcanzando.

—Tenemos que cargarnos a los que nos siguen —le dijo la líder de los Nihil a su equipo. Una Nube, según sus propias palabras—. Egga, Get, suban a esas colinas. Mack, Buggo y yo seguiremos hacia la nave. Nos llevamos a la familia para que nos sigan persiguiendo. Acaben con ellos.

Erika escuchó cómo el plan se ponía en marcha y, tras dar una sacudida, la carreta volvió a moverse, ganando velocidad rápidamente.

Pero ahora no había guardiana y podía completar la maniobra que le había enseñado su marido para colocar las manos por delante del cuerpo. Cuando lo logró, le tomó el pulso a Ottoh, firme y potente. Estaba inconsciente, nada más. Una vez atendido su marido, Erika se volvió hacia sus hijos. Le acarició la cara a Bee y la besó, después tomó las manos de Ronn entre las suyas.

—Los dos están siendo muy fuertes y valientes. Estamos muy orgullosos de ustedes.

—¿Papá está bien? —preguntó Bee.

—Lo estará. No te preocupes por él. Tú mantén la calma y prepárate para hacer lo que yo te diga, cuando te lo diga. De momento, intenta pasar las manos delante del cuerpo,

como he hecho yo. Eres un gusanito muy flexible, seguro que puedes hacerlo, sé que puedes. Tú también, Ronn.

Observó a sus hijos contorsionándose como les había pedido.

«¿Y ahora qué?», pensó.

Erika tenía un marido inconsciente, dos niños a los que salvar y...

Recordó a sus perseguidores. Ayuda en camino, quizá.

Se agarró al borde de la carreta y se incorporó para mirar atrás. Tenían que estar cerca... y lo estaban. El retraso por el truco de Ottoh con los acereros había dado frutos. No podían estar a más de quinientos metros.

Ahora los podía ver, tres personas, cabalgando bien y deprisa... jinetes expertos, no como sus captores.

Erika quería gritar, decirles que iban directos hacia una trampa, pero no creía que pudieran oírla y no quería hacer nada que invitase a los Nihil a decidir que un setenta y cinco por ciento del botín tampoco estaba tan mal.

Entonces pasó algo.

Tres haces de luz salieron disparados desde los jinetes que los perseguían, uno dorado, uno azul y uno verde, y Erika entendió lo que estaba pasando y quién era aquella gente.

—Por la luz —dijo, lanzando un suspiro—. Son Jedi.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

HIPERESPACIO. LA NUEVA ÉLITE.

—¿Están listos para cabalgar la tormenta? —gritó Kassav.

Levantó una cubeta de mache azul y suave, con una boquilla fina en un extremo para que la droga fuera accesible para todo tipo de anatomías de intercambio de gases de la galaxia. Tuvieras nariz, trompa, estomas, probóscide o un agujero extraño en la cara, podías usar una cubeta de mache. Y eso era bueno porque en su equipo había de todo eso y más.

La tripulación del *Nueva Élite* levantó sus cubetas, con sonrisas expectantes. La música vibraba en todas las superficies, un potente y estruendoso chatarrapunk, donde todos los instrumentos de la banda estaban elaborados con restos forjados de naves estelares caídas.

Kassav dio una calada larga e intensa y *bum*, su mente se iluminó. Todo era más claro, más brillante. Podía hacerlo. Podía. Podía hacerlo. Podía hacerlo todo.

Miró a su tripulación, haciendo lo mismo... algunos introducían el mache por los filtros de sus máscaras de gas, un buen truco que potenciaba los efectos. Vio la energía corriendo entre ellos, aquella carga, aquella avalancha, aquel subidón de azúcar que hacía que todo brillase, zumbase y sisease. Dejó caer su cubeta vacía en la cubierta y sonrió.

—Sienta bien, ¿verdad? —gritó, escupiendo las palabras—. Muy Nihil, ¿verdad?

Su gente rugió. Algunos se estremecían al ritmo de la música. Otros solo se estremecían.

—Vale, disfrútenlo, denle un minuto, pero después tomen el redondeador. Tenemos que estar despiertos para esto. Vamos a cabalgar la tormenta, no a dejar que la tormenta nos cabalgue a nosotros, ¿verdad?

Un líder debía dar ejemplo de vez en cuando, así que metió la mano en su túnica y sacó una pequeña píldora naranja y amarilla. La levantó, mostrándosela a su tripulación, se la metió en la boca y la masticó. Casi de inmediato, el efecto del mache adquirió una nueva cualidad sinuosa, como olas en un mar turbulento. Enorme, potente, debías tener cuidado... pero con aquellas olas podía surfear.

Le recordaba un poco al hiperespacio. No el normal, sino las extrañas rutas de los Caminos de Marchion Ro. Kassav se volvió a mirar por la ventanilla del puente, viendo la hipervía pasar. Túneles construidos con interminables rizos de luz, infinidad de colores, bañándose, chocando y tejiéndose unos con otros. Aquello significaba algo, pero no era suficientemente listo para entenderlo.

No tenía ni idea de dónde salían los Caminos. Marchion Ro era muy reservado con eso, nunca daba muchos detalles, como su padre. A veces, Kassav quería desentrañar el secreto a punta de pistola, mejor aún, a punta de cuchillo, pero los Ro no eran idiotas. Como mínimo, Asgar no lo era. Sabía lo que tenía con los Caminos y que habría quien los querría. Y aunque Marchion no era como su padre, ni mucho menos, había heredado todas las medidas de seguridad implantadas por su padre. El *Eléctrica Mirada*, aquellos droides perversos que empleaba... no resultaba nada fácil acercarse a Marchion. Y les había dejado claro que los Caminos también estaban protegidos. Si moría, estaban perdidos. Eso había sido distinto cuando Asgar murió, pero Marchion no tenía hijo al que legarle el negocio familiar.

Pero no eran solo las naves estelares y los droides asesinos que protegían a Marchion Ro. También era la estructura que su padre había insistido que los Nihil adoptasen, cuando les llevó los Caminos, muchos años atrás. Antes de eso, el grupo era mucho más reducido, apenas una banda. Operaban en un pequeño rincón del Borde, cerca de la Mortaja de Thull y Belsavis, ganándose la vida con los trabajitos que surgían. Un día apareció Asgar Ro y les ofreció los Caminos, a cambio de un tercio de todo lo obtenido en las operaciones en que los emplearan. Pero eso no era todo... también quiso derecho a voto.

Cualquier golpe en que se usasen los Caminos precisaba de la votación de los tres Jinetes de la Tempestad más el Ojo y todos los empates caían del lado del Ojo. En aquel momento les pareció irrelevante, pero provocaba que Pan Eyta, Lourn Dee y él siempre estuvieran enfrentados, cortejando siempre el favor del Ojo para obtener los mejores Caminos. En teoría, podían intentar aliarse los tres contra Marchion, pero había demasiadas rencillas. Normalmente, Kassav apenas podía compartir la misma estancia con Lourn Dee y Pan Eyta, mucho menos plantearse compartir el trono con ellos.

Marchion estaba solo, debía estar completamente vulnerable... pero, por algún motivo, no lo estaba. Estaba protegido por el sistema que su padre, mucho más listo que él, había creado. Era engorroso... pero funcionaba.

Demonios, Kassav había copiado muchas ideas de Asgar para su Tempestad.

Kassav tenía tres Tormentas en la cima de la jerarquía de su Tempestad: Gravhan, Dellex y Calado. Todos querían ser él, pero jamás cooperarían para quitarlo de en medio porque ninguno llegaría a ser Jinete de la Tempestad... solo tres Tormentas repartiéndose el poder. Sí. Era un buen sistema.

Los tres Tormentas estaban en el puente del *Nueva Élite* y todos habían inhalado el mache en el mismo momento que él. No sabía si se habían tomado el redondeador ni si los Nubes y los Rayos lo habrían hecho, pero no importaba. Ir un poco colocado no era tan malo. Los Nihil eran salvajes. No pasaría nada, siempre que todo el mundo cumpliera las órdenes.

Y lo harían. Eso era el otro factor que hacía de los Nihil un gran sistema, aunque lo disimulasen, teniendo en cuenta que costaba verlo si no estabas en la cúspide de la organización. Aparentemente, todo en los Nihil se basaba en la libertad, en escapar de los

sistemas de control de la galaxia. Olvidarse de la República, olvidarse de los hutt, olvidarse de todo, menos de hacer lo que querías cuando querías. Ese era su eslogan comercial, lo que animaba a la gente a enrolarse. Cabalga la tormenta, hermano, cabalga la tormenta.

Pero cuando eras un Nihil, también tenías una bota pisándote el pecho, aunque no siempre la notarás, con tanta fiesta descontrolada, el mache y la excitación de llevarte lo que te apetecía, cuando te apetecía. Aun así, debías obedecer al pie de la letra a tus jefes. Y ellos a los suyos. Si no lo hacías, en el mejor de los casos te quedabas sin tu parte de la Regla de Tres. En el peor, terminabas con un cuchillo clavado en el cuello o te arrojaban desde el Gran Salón. Todo el mundo debía cumplir las normas, todo el mundo pagaba el precio. Bueno, todos menos Marchion Ro y los Jinetes de la Tempestad... él, Lournu y el presumido de Pan Eyta. ¿Alguna vez se planteaba lo ridículo que era, un dowutin intentando ser elegante?

Los Nihil solo eran otro sistema de control, una maquinaria diseñada para que los créditos fluyeran hasta la gente que lideraba la organización.

Sí, un buen sistema.

Kassav estudió a su tripulación, los escalones más altos de su Tempestad: Gravhan, Calado y allí estaba Dellex, delante de todos, con su único ojo orgánico brillando por el mache, era evidente que no había tomado el redondeador. Tras ellos, sus equipos en formación.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo Kassav—. Vamos a pegársela a esos idiotas, les haremos pagar tanto dinero que cuando nos marchemos no quedarán más de dos créditos en todo el condenado sistema. Nos quedaremos todo lo que tienen y nos darán las gracias.

Eso les encantó a todos, suscitando muchas sonrisas salvajes y palabras de admiración en sus filas.

—Estamos a punto de salir del hiperespacio en un sistema llamado Eriadu. Está sufriendo mucho con el bloqueo hiperespacial de la República, padecen escasez de alimentos. Dicen que la gente está a punto de derrocar a los gobernantes. Esa gente está en problemas y no querrá más. Perfecto para nosotros.

»Cuando aparezcamos, todo sucederá rápido... debemos darnos prisa porque las Emergencias se suceden. Tormentas, ¿han informado a sus equipos? ¿Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer?

—No sé estos dos bufones, Kassav, pero los míos conocen bien su tarea —dijo Gravhan, rascándose un colmillo. Era un chevin, básicamente una cabeza enorme, con piel gris arrugada y mechones de pelo largo y rubio. Parecía lento y pesado, posiblemente lo fuera, pero Kassav le había visto partir en dos a un guardia de seguridad con las manos, atracando un banco en un pequeño asentamiento de un anodino mundo nevado. Gravhan agarró al muchacho y... bueno, si la Tempestad de Kassav tuviera un lema, sería algo así como «el fuerte gana» y Gravhan era el paradigma. Solo debías preguntarle al guardia de seguridad.

—Los míos también están preparados, jefe —dijo Dellex—. Los he estado entrenando desde que nos contaste el plan.

—Seguro —dijo Gravhan, y unos cuantos de sus Rayo se rieron, los bastante estúpidos para no entender que no convenía enemistarse con Dellex.

Kassav la conocía desde hacía mucho, incluso había tenido una aventura pasajera con ella, hacía un tiempo. Sabía que ella se veía fea y por eso gastaba todo lo que ganaba en mejoras estéticas de tipo técnico. Se estaba haciendo hermosa, añadiendo algo nuevo a su cuerpo tras cada golpe, pero todo ese metal no le estaba haciendo bien a su carácter. Estaba más bonita, sin duda, pero también mucho más fría. Kassav sospechaba que los risueños Rayos de Gravhan podían aparecer con el cráneo aplastado cualquier noche de aquellas.

Oh, vaya. Tampoco era su problema. Siempre había más Rayos.

—Afirmativo —dijo Calado, levantando los pulgares desde donde estaba sentado, ante la computadora central de la nave.

Algunos creían que se llamaba Calado... pero no era así. En realidad, siempre que participaba en un asalto terminaba cubierto de sangre, de la cabeza a los pies. Empapado. Había pasado tantas veces que la gente empezó a llamarlo así y él no mató a nadie, así que parece que le gustó. Con Calado a veces costaba saber lo que le gustaba y lo que no.

Calado era un pirata informático. Condenadamente bueno, llevaba infiltrándose en sistemas desde niño y ahora explotaba esa talento para hacer todo tipo de maldades en su tiempo libre. Cosas crueles y agresivas.

Tampoco era problema de Kassav.

—En marcha —dijo.

El *Nueva Élite* salió del hiperespacio en el sistema Eriadu. No había mucho tráfico espacial en los radares... ninguna sorpresa. El planeta había recibido poco combustible últimamente por culpa del bloqueo. La falta de tráfico también suponía que los satélites de vigilancia del sistema ya debían de haberlos detectado. Perfecto, no estaban allí para ocultarse y si los eriadu querían mandar unas cuantas patrulleras a echarles un vistazo, bueno, ahí entraban Dellex y Gravhan. Sus artilleros estaban a punto.

—Calado... adelante —dijo Kassav, señalando a su teniente.

Calado se puso en acción, colándose en la red de comunicaciones, sorteando todas las códigos y medidas de seguridad, subiendo y subiendo, hasta que encontró a quien buscaba.

Apretó unos cuantos botones más y volvió a levantar los pulgares.

—Estás dentro, jefe —dijo.

Una voz sonó por los altavoces del puente, ronca, sibilante y fría.

—¿Con quién hablo? Está en una red de comunicaciones restringida —dijo Mural Veen, gobernadora planetaria de Eriadu—. ¿Qué demonios es esa... música?

«Glups», pensó Kassav.

Apretó un botón y el volumen del chatarrapunk bajó hasta ser un susurro.

—Hola, gobernadora —dijo Kassav—. Soy su nuevo mejor amigo.

Silencio al otro lado de la línea. Esperaba que le preguntara qué quería.

—Quizá haya visto una nave saliendo del hiperespacio cerca del límite del sistema. Soy yo. Todo lo que necesita saber es que puedo esquivar el bloqueo hiperespacial de la Canciller Soh, cuando ninguna otra nave puede. Bueno, eso es lo primero que debe tener en cuenta, mientras el caos avanza. Puedo hacer cosas que nadie más puede.

—Deje que lo adivine —dijo la gobernadora—. Se ha infiltrado entre el bloqueo y va a ofrecernos comida a un precio desorbitado. No me sienta bien la extorsión.

—Ya lo veremos, señora —dijo Kassav, enfatizando la última palabra, lo que provocó una leve risotada entre los Nihil del puente, todos atentos como si fuera la mejor holorepresentación que hubieran visto en su vida.

»Pero le diré una cosa —continuó—, me ofende que nos tome por simples contrabandistas. Somos mucho más que eso.

—¿Y quién demonios son? —preguntó ella.

—Ya se lo he dicho. Soy su nuevo mejor amigo. Su salvador, de hecho.

Silencio.

—Quizá no sepa quién es, pero sé dónde está —dijo Mural—. Mis técnicos acaban de localizarlo. Voy a cortar esta comunicación y mandaré cruceros de seguridad a detenerlos. No sé a qué juega, pero podrá explicarlo desde su celda en Eriadu. Si se resisten, los volaremos en pedazos.

—¿Está segura? —preguntó Kassav, en tono bromista.

—Por supuesto. Adiós. No tengo tiempo para esto.

—En eso —dijo él—, estoy de acuerdo. Tres Emergencias se dirigen a su sistema. No tardarán en aparecer. Sabemos cuándo y dónde sucederán. Podemos pararlas por usted, si nos paga.

—¿De qué está hablando? Nadie puede predecir las Emergencias.

—Y nadie puede viajar por el hiperespacio en el Borde Exterior, tampoco.

—Ya he oído suficiente. Vamos a mandar los cruceros. Puede contarles a mis interrogadores todo lo que sabe.

—Si vemos acercarse a sus naves, nos marcharemos y usted será la responsable de la muerte de miles de millones de los suyos.

Kassav sonrió. El efecto del mache redondeado mejoraba por segundos. Se sentía como si volara, empujado por la cresta de la ola narcótica, con los brazos abiertos, imparable. Sabía que aquel plan era bueno desde el principio. Había repasado la lista de Emergencias que Marchion Ro les había pasado a los tres Jinetes de la Tempestad y había visto la oportunidad al momento. Era tan buena, de hecho, que había olvidado comentarles a Marchion y a los otros Jinetes que iba a aprovecharla. Ups. Qué fallo. Ninguna Regla de Tres iba a dividir aquel botín.

Kassav se dio cuenta de que aún no le había dicho a aquella gobernadora petulante lo que quería. Negó con la cabeza. Debía mantener la concentración.

—Gobernadora, es muy sencillo. Si me da cincuenta millones de créditos, no morirá nadie. Yo puedo detener las Emergencias y usted salvarle la vida a su pueblo. Puedo ponérselo muy fácil...

Levantó un dedo y Calado envió la información bancaria encriptada para que la gobernadora Veen depositase el dinero en una cuenta opaca controlada por Kassav, sin dejar rastro. No una cuenta de los Nihil... de Kassav.

—Está loco —dijo la gobernadora.

—Es demasiado escéptica. Lo entiendo. Espere, deje que la ayude.

Kassav levantó otro dedo y Calado mandó otra ristra breve de información.

—Acaba de recibir las coordenadas de la primera Emergencia. No será muy lejos de mi nave, en realidad. Elegimos este lugar por algo. Écheles un vistazo.

Kassav levantó un tercer dedo y bajó el brazo hacia Gravhan, que asintió y se volvió hacia los puestos de los artilleros.

—En cualquier momento... cualquier momento... —dijo Kassav.

Un pedazo del *Ruta Legado* cayó del hiperespacio a unos treinta segundos luz del *Nueva Élite*, exactamente donde Kassav había anunciado. Gracias a Marchion Ro, los Caminos y ese dominio del hiperespacio que le permitió descubrir las trayectorias que seguirían todos los fragmentos, Kassav estaba a punto de ganar millones de créditos.

Miró las holomirillas proyectadas en la videopared del puente, ya fijadas en el fragmento. Parecía un compartimento entero intacto. Había oído que algunas de aquellas cosas llevaban gente dentro, colonos que viajaban a bordo de la nave cuando se desintegró.

Bueno. Tampoco era problema suyo.

—Fuego —dijo.

El equipo de Gravhan era muy bueno. Una salva de fuego láser y torpedos salió disparada desde la batería de cañones del *Nueva Élite*, directa hacia el fragmento. Todo impactó a la vez y el compartimento se pulverizó, desapareciendo de la videopared. Un disparo perfecto. Por supuesto, ya sabían dónde apuntar y lo tenía todo planeado, pero había sido impresionante.

—Ya lo ve —dijo, volviéndose a mirar por la ventanilla delantera, donde la gobernadora Mural Veen, en algún punto entre ellos y el sol, probablemente ya se sentía menos segura de sí misma—. Ahora sabe que no la engañó. Llegan dos Emergencias más. La siguiente dentro de noventa segundos. Ya tiene los datos bancarios. Pague o deberá afrontar las consecuencias.

—Bastardo —dijo la gobernadora Veen.

—No lo descarto —dijo Kassav—. Pero no conocí ni a mi madre ni a mi padre. No creo que importe. Lo importante son las decisiones que uno toma en su vida, no de dónde viene. Como la que debe tomar usted ahora, gobernadora.

Los segundos pasaban. Kassav miró a Calado, que negó con la cabeza. Sin transferencia aún. Un poco molesto, Kassav le hizo el gesto de luz verde.

Mandó otras coordenadas, veinte segundos antes de la Emergencia. El *Nueva Élite* no estaba lo bastante cerca de aquella para llegar a tiempo. Esta Emergencia se iba a producir y nada iba a detenerla. Pero podía servir.

—Acaba de recibir las coordenadas de la segunda Emergencia —dijo Kassav—. Podría haber evitado lo que va a suceder ahora, gobernadora. No lo olvide.

Otro pedazo del *Ruta Legado* apareció en el espacio real, a demasiada velocidad para que nadie pudiera reaccionar.

La principal exportación de Eriadu era la lommita, un mineral usado para fabricar transpariacero, la aleación básica de las ventanillas y los ojos de buey de las naves estelares. Cuando la Canciller Soh instauró el bloqueo, los transportes de carga que debían partir cargados de lommita quedaron allí varados. Aquellos transportes se habían concentrado en un gran espacio abierto, cerca del punto seguro de acceso al hiperespacio más cercano, para esperar la reapertura de las hipervías.

El fragmento atravesó uno de los cargueros, haciéndolo estallar. La onda expansiva destruyó cuatro naves, antes de que pudieran subir los escudos.

—Ay —dijo Kassav—. Varios centenares de tripulantes, fácilmente... por no mencionar la lommita. ¿Qué le costará eso a su sistema, gobernadora? Apuesto que mucho dinero. Ahora está peor que antes. Y, recuerde, se avecina otra Emergencia. Tiene unos cuatro minutos. Y esta vez no morirán centenares, sino miles de millones. Quizá usted entre ellos. Tiene los datos de la cuenta. No se demore.

—Esto es perverso —dijo la gobernadora—. Es consciente, ¿verdad?

Kassav se volvió hacia su *Tempestad* y puso los ojos en blanco... más risas.

—¿Se ríen? —dijo la gobernadora, incrédula—. ¿Se están riendo?

—Sí, gobernadora. Es gracioso, nada más. No es malvado, solo son negocios.

—Ustedes están provocando las Emergencias de alguna manera, ¿verdad? Ustedes están haciendo esto. No puede ser de otra manera.

—¿Acaso importa? Pierde el tiempo, gobernadora. Dos minutos.

Kassav se estaba poniendo ligeramente nervioso, en realidad. Necesitaban moverse rápido para colocarse en la trayectoria de la tercera Emergencia, si no, no podrían detenerla. Y le parecía importante hacerlo, porque si no, bueno, aquel truco difícilmente le volvería a funcionar. Ni siquiera estaba seguro de volver con los Nihil, después de aquello, con cincuenta millones de créditos en la cuenta y una *Tempestad* que le era leal, aparte de la lista de las Emergencias a explotar.

Sí, Marchion Ro no era como su padre, estaba claro... regalando información como aquella. Aquel tipo tenía un extraño sentido de lealtad hacia los Nihil. Creía que eran más de lo que eran. Los Nihil eran una banda de criminales y si Kassav había aprendido algo sobre los criminales era que nunca podías fiarte de ellos.

El era el ejemplo perfecto.

Noventa segundos.

—Gobernadora, se le termina el tiempo.

—Son unos monstruos.

—Como usted, si no salva a su gente.

—Bien —gruñó la gobernadora Veen—. Están transfiriendo el dinero.

Miró a Calado, que volvió a levantar los pulgares hacia él. Kassav señaló a Dellex, que activó los motores para hacer el trayecto que los colocaría en el camino de la tercera Emergencia, cuando apareciera.

Los artilleros de Gravhan se pusieron en marcha, preparando la salva que destruiría el último fragmento y les haría ganarse el sueldo.

—Deben saber —llegó la voz de la gobernadora Veen por el altavoz— que he transmitido nuestra conversación al senador Noor, quien la difundirá por todo el Borde Exterior. También hemos enviado un escaneado de su nave, a la que hemos localizado en nuestras bases de datos, la *Nueva Élite*, propiedad de Kassav Milliko, imagino que ese debe de ser usted. Ya tiene su dinero, señor Milliko... pero creo que sus problemas solo acaban de empezar.

—¿Problemas? ¿Qué problemas? Estamos salvando vidas. Somos unos héroes, gobernadora.

Kassav hablaba para los oídos de los Nihil que lo rodeaban, atentos a todas sus palabras, pero en su estómago sintió un leve... quizá no lo había pensado tan bien. Oh, vaya. Ya era tarde para hacer nada al respecto.

—Adelante —dijo, señalando a Dellex.

Ella asintió y la nave dio un salto, pero iban escasos de tiempo. Tanto que el equipo de Gravhan tendría que disparar en cuanto se detuvieran. Pero no pasaba nada. Había tiempo.

Pero no fue así. La tercera Emergencia se produjo cuando esperaba y el fragmento del *Ruta Legado* voló directo hacia la luna habitada de Eriadu, con una población estimada de mil doscientos millones de seres. El equipo de Gravhan disparó sus armas justo cuando debían.

Pero no dieron en el blanco. El *Nueva Élite* había calculado mal la microaceleración y había rebasado por mucho el punto al que se dirigían. No estaban cerca de la Emergencia y los láseres y torpedos que dispararon se perdieron en el vacío.

Kassav lo supo al instante. Miró a Dellex. Ella también lo sabía. Le estaba mirando fijamente.

—Jefe, debo... debo de haberme equivocado con los cálculos de navegación. No sé cómo ha podido pasar.

Kassav tenía sus sospechas. Su ojo orgánico seguía brillando, nadando en mache, y supo que no había tomado el redondeador. No hacía falta mucho para estropear un cálculo de navegación y Dellex solía ser muy buena con ellos gracias a sus componentes mecánicos, pero esta vez... esta vez...

El fragmento del *Ruta Legado* impactó en la luna. Todos los ocupantes del puente lo vieron. Se proyectó en la videopared, claro como el agua. Grandes nubes de residuos ascendiendo de la superficie, ondas expansivas arrasando el pequeño mundo, mucho

fuego y aquellas nubes muy negras que generaban las grandes explosiones. Como una especie de tormenta.

Una voz llegó por el comunicador, resonando entre los Nihil, ahora completamente callados. Nadie reía ya. Solo silencio.

—Pagarán por esto —dijo la gobernadora Veen, probablemente con la voz más fría que Kassav había oído en su vida—. Les juro venganza. Los habitantes de Eriadu somos cazadores natos. Usted y todos los monstruos que lo acompañan se han convertido en nuestros obje...

Kassav tecleó en su consola y la voz se calló.

Miró a su Tempestad y supo lo que pensaban.

Mil doscientos millones de personas.

Oh, vaya.

No era su problema.

—Sácanos de aquí —dijo.

—¿Hacia dónde? —dijo Dellex, en un tono extrañamente sumiso.

Kassav se lo pensó. La gente de Eriadu sabía su nombre. Conocían su nave. Tenía el dinero, pero no le gustaba lo que le había dicho la gobernadora. No parecía de las que olvidan. Iba a necesitar protección. Necesitaba formar parte de algo más grande. Necesitaba...

—Volvemos —dijo, resignado—. Volvemos con los Nihil.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

SISTEMA HETZAL. LUNA ENRAIZADA.

Keven Tarr miró desde la meseta. La vista era impresionante.

Cincuenta y siete mil ochocientos diecisiete navidroides, conectados en una enorme red. Todos modelos distintos, tamaños distintos... desde las últimas unidades miniaturizadas y autoalimentadas, con patas u otros dispositivos de movilidad para poder ir de nave en nave, hasta unidades procesadoras arrancadas de las naves en las que estaban instaladas. La capacidad computacional variaba enormemente entre droides, pero en conjunto era imponente.

Si conseguir los droide había sido un desafío (ayudado por los titánicos esfuerzos del secretario Lorillia, todo sea dicho, que había requisado droides por toda la galaxia), conectarlos en red había sido prácticamente igual de complicado. La idea era colocar series de procesadores que trabajasen en paralelo, de manera que distintas secciones se pudieran ocupar de distintas partes del problema a la vez. Keven había diseñado el sistema de arriba abajo, pero para conectarlo habría necesitado meses, que no tenían, de haberlo hecho solo. Más allá de tener la idea original y lograr los droides, necesitaba montar un equipo de ingenieros entrenados en arquitectura positrónica y estructuras de red. Muchos.

En Hetzal había unas pocas personas con las habilidades necesarias, pero ni mucho menos las suficientes. Los San Tekka habían mandado a una docena de sus navuladores, gente que llevaba unos implantes extraños enrollados alrededor de sus cabezas rapadas, que les permitían hacer cálculos con precisión de droide, sin perder los saltos conceptuales de las mentes orgánicas. Increíblemente útiles, pero ni de lejos los suficientes para montar la red en un tiempo razonable. De nuevo, para juntar los recursos necesarios habían tenido que usar los contactos del senador Noor, el secretario Lorillia y los suyos propios, y algo habían conseguido. Keven allí tenía ingenieros de lugares tan remotos como Byss y Kuat. «Todos somos la República», nunca le había parecido tan real.

Keven no sabía lo que había costado en términos de influencia y capital montar aquello, pero tampoco le importaba.

Solo quería ponerlo en marcha.

El sistema tenía tres nodulos principales, cada uno con sus subnodos. Asignó una parte del cálculo total a los tres núcleos principales. El primero estaba diseñado para crear una simulación informática del desastre original con todos los datos disponibles. El

segundo creaba modelos de las Emergencias conocidas hasta entonces. Y el tercero, claramente el más grande y complejo, procesaba un algoritmo diseñado para calcular dónde se producirían las siguientes Emergencias.

El tercer nódulo era el complicado. Los otros dos solo describían cosas que ya habían sucedido. El tercero debía predecir el futuro.

«Y si lo logro», pensó Kevin, «seré como un Jedi».

Pero no lo era, por supuesto. Unos pocos Jedi auténticos andaban cerca... el dúo con el que había coincidido varias veces, los que le habían ayudado con los San Tekka, Avar Kriss y Elzar Mann. Parecían agradables, aunque, sinceramente, eran muy distintos a él. Avar era toda confianza serena y extrema competencia, Elzar parecía salido de un holodrama, con la piel verde oliva y su pelo negro ondulado... un galán.

Keven Tarr, probablemente, se parecía más a un droide o a uno de los navuladores, aunque sin aquellos implantes raros, por suerte. Le gustaban los sistemas, las reglas y los sistemas y reglas que había detrás de esos sistemas y reglas. Todo era igual, en realidad. Sistemas y reglas.

Era cierto con la gente, con los droides, con toda la galaxia y con todo lo que había en ella. Cuanto más aprendías a profundizar en un sistema, o a comprender sus reglas, más cambios podías generar. Eso fue lo que le permitió ascender tan rápido en Hetzal, hasta un cargo de importancia en el ministerio de tecnología antes de cumplir los veinticinco. Cuando aún era un niño, detectó que cuatro cultivos distintos estaban interactuando en una relación compleja y que una plaga que exterminaban de manera rutinaria en realidad no era una plaga sino un socio simbiótico de los cultivos. Si dejaban que las plantas crecieran en los campos a la vez, no por separado, y dejaban vivir a la supuesta plaga, el rendimiento global no solo era mayor, sino que además el grano y las semillas que producían era de mejor calidad. Más aún, empezó a brotar una especie de fruto híbrido, que no podía crecer sin la colaboración de las cuatro plantas, dos veces por año.

Ese proyecto le había dado justo lo que quería, acceso a sistemas mayores y mejores a los que podía dedicar su tiempo para intentar entender. Las autoridades hetzalianas le habían dado atribuciones cada vez más relevantes, desde desarrollar algoritmos de rotación de cultivos hasta modelos climáticos, y todo le resultaba enormemente atractivo y gratificante. Lo único que le resultaba frustrante era lo lento que le parecía todo. No podía investigar lo que deseara, ni siquiera con su alto cargo en el sistema del ministerio de tecnología. Había muchas cosas a las que aún no podía acceder sin autorización.

Pero era lo que había elegido. Keven sabía que podía haber sido un pirata informático extraordinario, infiltrándose en núcleos de todo tipo de computadoras, pero no creía en eso. Creía en la ley y en la República. Hacía mucho, había decidido que la única manera de trabajar con los sistemas realmente relevantes era ganarse ese privilegio con su talento y dedicación.

Bueno, ese momento parecía haber llegado. No había demasiadas cosas mucho más importantes que lo que estaba a punto de intentar.

Keven Tarr se iba a infiltrar en el sistema del hiperespacio.

Una suave brisa fría le dio en la cara, soplando en la meseta desde la que veía la gran matriz. Buena señal.

Keven miró a los espectadores cercanos, charlando discretamente entre ellos. De haber hecho las cosas como él quería, la primera prueba se habría hecho en privado, por si algo salía mal, pero todo aquello era demasiado importante, tenían demasiado poco tiempo y habían dedicado muchísimo a la creación de aquella matriz. Mucha gente poderosa había decidido apoyar la idea de Keven y todos querían estar presentes para comprobar si su idea valía la pena.

El senador Noor y su asistente, Jeni Wataro. El secretario Lorillia. El ministro Ecka. Los dos Jedi, por supuesto, charlando con Marlowe y Vellis San Tekka, quienes habían sido de extraordinaria ayuda. Además de proporcionarle los doce navuladores, le habían prestado herramientas de modelación del hiperespacio a las que Kevin jamás habría podido acceder por su cuenta. Había firmado un montón de contratos con el departamento legal de la empresa, declarando que nunca usaría aquella tecnología para otra cosa, pero no le importaba. De hecho, se planteaba preguntar a los San Tekka si estarían interesados en que trabajase para ellos, cuando todo aquello hubiera terminado. Hetzal era su planeta natal, pero ya estaba preparado para marcharse. El planeta también era un sistema y ya había aprendido todo lo que se podía. A partir de allí, cuanto más grande mejor.

Por supuesto, si la matriz no funcionaba, ninguna de aquellas excitantes posibilidades se materializaría. Si anunciabas que ibas a intentar hacer algo, la gente entendía que ibas a hacer algo y si no lo lograbas pensaban que habías fracasado. Y te culpaban por haberlo intentado. No era muy justo, sobre todo porque predecir el futuro con una enorme matriz informática creada con cerebros droides interconectados era básicamente imposible, pero así funcionaba el sistema llamado sociedad y Keven Tarr nunca sería bastante poderoso para cambiar sus reglas.

Su situación era binaria. Éxito o fracaso. Había hecho todo lo posible para asegurarse que fuera un éxito. Y nada más.

Levantó el comunicador y habló por él.

—¿Tienen la última remesa de droides conectada?

Un crujido, tantos droides en un mismo sitio causaban interferencias. Se podía notar en el ambiente, como si lamieras metal nuevo.

—Aún falta uno —llegó la respuesta del jefe Innamin, de la Coalición de Defensa de la República. El antiguo contramaestre, recientemente ascendido por su heroico desempeño durante el desastre del *Ruta legado*. Este y su compañero de nave, Peeples, entonces alférez ahora teniente, habían decidido quedarse en el sistema tras la tragedia, ayudando en lo que pudieran, como homenaje a su capitán, Bright, caído cuando intentaban un rescate en un colector solar.

A Keven le gustaba que los dos oficiales aportasen sus habilidades, le parecía noble y bondadoso. Y lo más importante, Innamin tenía los conocimientos de ingeniería necesarios para ser particularmente útil en la luna Enraizada y para dirigir a Peeples, aunque el teniente fuera, técnicamente, su superior. A Peeples no parecía importarle e

incluso se había ofrecido a intercambiar su rango con Innamin. Este se había negado, con un gran suspiro. En cualquier caso, en esos momentos, los dos estaban completando el cableado del subnodo encargado de modelar la quinta Emergencia.

En su fuero interno, de una manera que nunca expresaría abiertamente, Keven deseaba que se hubieran producido algunas Emergencias más. Cada una de ellas aportaba datos y hasta el momento habían tenido veintinueve. Nada mal, una buena serie, pero cuanto más información dispusiera aquella máquina, mejor. No tendrían una segunda oportunidad con aquello, por muchos motivos.

Principalmente uno, de hecho, algo que había decidido no contar a las amables personas que le habían ayudado a reunir todas aquellas máquinas raras y valiosas para su matriz.

Keven miró furtivamente a Jeffo Lorillia, el secretario de transporte de la República, relativamente cerca, enfrascado en una conversación con el senador Izzet Noor, con su cara larga inusitadamente animada. Lorillia había pedido favores increíbles para reunir tantísimos navidroides en tan poco tiempo. El Borde Exterior seguía en cuarentena hiperespacial, para gran frustración del senador Noor, pero la requisa del secretario Lorillia había sacado tantos navidroides de circulación que la escasez ya no afectaba únicamente al Borde Exterior. El transporte de mercancías de toda la República empezaba a verse afectado.

Por supuesto, si su algoritmo funcionaba bien, sabrían dónde sucederían las siguientes Emergencias y podrían levantar el bloqueo, pero ese era el gran interrogante. Solo tenía cincuenta y siete mil droides, cuando la cantidad que realmente necesitaría era más del doble. Los cálculos necesarios tardarían el doble, como mínimo, aunque forzase el sistema al límite. Ese estrés tan prolongado generaría... bueno. Tenía sus dudas sobre cuántos de aquellos valiosos cerebros electrónicos sobrevivirían al proceso. Ese era el hecho crucial que había preferido no compartir con el secretario Lorillia. La matriz, una vez activada, tendría hambre y su alimento serían... los navidroides.

Pero esa era la solución que tenía. Debía intentarlo, aunque supiera lo que pasaría si fracasaba. Eso era lo que hacía la buena gente.

—¡Peeples! ¡Ven aquí! ¿Qué crees que...? Oh, sí, es una idea bastante buena, creo — dijo el jefe Innamin por el comunicador, sonando un poco lejano, como si se hubiera girado para gritar a alguien. Entonces volvió a oírlo alto y claro—. Ya está, señor Tarr. Conexión completada.

—Gracias, jefe... y puede llamarme Keven. Despejen la zona y saquen a cualquier equipo que vean de ahí. Bajen de la meseta y vuelvan aquí, a la plataforma de observación.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Ustedes saquen a todo el mundo de ahí, ¿entendido?

Keven levantó un datapad, la unidad de control central de toda la matriz. Rezó una plegaria rápida a la Matrona Vid, santa patrona de la región de Hetzal Prime donde había crecido, y apretó el botón de encendido de aquella condenada cosa.

El senador Izzet Noor se abanicó la cara cuando la enorme matriz de navidroides interconectados cobró vida con un enorme zumbido. Sonaba como un enjambre de insectos, ni siquiera era un sonido, más bien una sensación, levemente por debajo del nivel de percepción. También rezaba, pero no a la Matrona Vid, sino mascullando un vago «por favor, por favor, por favor» entre dientes.

Los mundos de todo el Borde Exterior estaban al borde de la revuelta. Aunque la canciller había autorizado envíos de ayuda a los mundos que padecían la ausencia de tránsito hiperespacial, seguían muy lejos de la normalidad y los envíos ocasionales de raciones de emergencia no eran manera de aplacar el descontento.

Si aquel plan loco de los droides de Keven Tarr no funcionaba, tendría que acudir a la Canciller Soh y suplicarle que reabriera las hipervías, independientemente de los riesgos. En algún momento, Soh tendría que darse cuenta de que el daño causado a los pueblos del Borde superaba al riesgo de otra crisis como la del *Ruta Legado*.

—¿Puedes creerlo? —le dijo Noor a Jeni Wataro, su asistente de más confianza desde hacía diez años. Era una chagriana de piel azul y gruesos tentáculos rizados con puntas en asta a los lados de su cabeza que caían sobre su pecho. Wataro era esencial para Noor en muchísimos sentidos. Noor creía que todos los políticos debían tener asistentes chagrianos.

—¿A qué se refiere, senador? —preguntó Wataro.

Noor señaló vagamente a la gigantesca matriz de droides esparcidos bajo la meseta.

—Todo eso, Wataro. Mira. Hemos hecho una inversión enorme y no tenemos ninguna garantía de que esto funcione. No veo por qué no podemos reabrir las hipervías. ¿Sabes qué? —continuó, volviéndose a mirarla—. Ahí fuera hay alguien que ya posee la habilidad de predecir las Emergencias, si pensamos en lo que sucedió en Eriadu.

Wataro asintió.

—¿Por qué estamos haciendo esta bobada de los droides cuando el almirante Kronara y la CDR deberían estar buscando a los que intentaron extorsionar a los eriadu? —prosiguió Noor—. Ese tal Kissav... creo que la gobernadora Veen dijo que se llamaba así. ¡Lo encontramos y le preguntamos dónde se producirá la siguiente Emergencia y listo! Así de fácil.

Noor volvió a mirar la matriz, con el ceño fruncido. El zumbido inicial se hacía más profundo y molesto, no como un ruido, sino como una sensación que se colaba en los huesos.

—Respeto las decisiones de la canciller, pero me gustaría que se plantease un enfoque distinto —dijo.

—Quizá debiera presentarse para el cargo, senador —le dijo Jeni.

Siempre le decía eso y Noor sabía que tenía un punto de actitud pasivo-agresiva, como si le señalase su hipocresía por criticar a la canciller cuando nunca se había propuesto para el cargo.

—Quizá lo haga, Wataro... quizá lo haga —replicó—. Espera y verás.

Habían instalado una gran pantalla en la cubierta de observación de la matriz, que en ese momento mostraba una recreación aproximada del desastre del *Ruta Legado*, acelerada a diez veces la velocidad a la que había sucedido. Keven Tarr, los Jedi, el senador y los demás oficiales locales y de la República contemplaban solemnemente el desarrollo de los acontecimientos. Muchos habían estado presentes cuando sucedió, había muerto gente. Habría podido ser peor, pero era una tragedia y nadie abrió la boca mientras la miraban.

Keven bajó la vista hacia su datapad, que le dio otra serie de información esencial, el estado de la matriz de navidroides. Los 57.708 procesadores, realizando cálculos de altísimo nivel, al límite de sus capacidades. Con unos pocos comandos, Keven podía expandir cualquiera de los tres nodulos principales para ver los subnodos, grupos más pequeños o incluso droides individuales. La matriz estaba diseñada para funcionar como un enorme cerebro, con sus neuronas y todo.

Las lecturas le daban la velocidad a la que cada nódulo, unidad y droide individual operaba; era útil, pero no los datos principales en los que Keven estaba concentrado. No, estaba centrado en otra cifra, mostrada al final de cada larga cadena de datos... el calor.

Todos aquellos procesadores, operando al máximo de su capacidad, eran básicamente como un horno gigante. Keven lo había planeado lo mejor que podía... por eso la matriz estaba en el exterior, expuesta al viento y las temperaturas relativamente frías de la luna Enraizada. La podría haber construido en el espacio, pero el calor no se disipaba en el vacío, así que habría sido peor.

Muchos de los droides contaban con unidades refrigerantes internas, origen del zumbido que se alzaba en la meseta, cada vez más intenso e insistente. Keven no necesitaba consultar su datapad para saber que las temperaturas estaban subiendo deprisa.

Afortunadamente, todos los espectadores parecían fascinados con los sucesos que se desarrollaban en la gran pantalla: cada rescate audaz de supervivientes del *Ruta Legado*, cada muerte trágica, cada huida por los pelos. Keven, a pesar de la inquietud creciente por la matriz, dedicó un instante a apreciar la enormidad de lo que los equipos de la República y los Jedi habían conseguido allí.

El sistema Hetzal habría desaparecido. Era asombroso que siguieran allí, en la superficie de la luna Enraizada. Sacudió la cabeza, viendo en la simulación el último fragmento acelerando hacia el sol de Hetzal, el tanque de líquido tibanna que había estado a punto de destruir todo el sistema. Recordaba aquellos momentos con claridad... cuando estaba convencido de que iba a morir en unos instante, totalmente convencido. Pero no sucedió.

Los Jedi se habían unido para mover un pedazo de metal gigante que no quería moverse, de la manera precisa, con una coordinación perfecta a pesar de los millones de kilómetros que los separaban.

Era imposible. Pero lo habían hecho.

Keven lo vio otra vez, el fragmento pasando de largo de uno de los soles del sistema, rozándolo. Parecía tan simple, tan fácil, en la pantalla. Sabía que los Jedi habían tenido que esforzarse al máximo. Algunos habían muerto en el intento.

Lo habían logrado. El no podía fallar ahora.

La simulación del desastre del *Ruta Legado* terminó y un segundo nódulo se activó, este mostrando el modelo de la primera Emergencia. La pantalla mostró los siete fragmentos aparecidos en el sistema Ab Dalis y el impacto del último en el planeta. Todos los presentes estaban en silencio, otra tragedia, pero esta no la había podido evitar la milagrosa intervención de los Jedi.

Pero Keven había dejado de mirar. No podía apartar los ojos de su datapad. Las temperaturas estaban subiendo más rápido de lo que preveía. Para que su algoritmo funcionara, los sistemas debían modelar continuamente todo lo que había sucedido, cada detalle, cada fragmento, cada trayectoria, todo a la vez. A medida que cada nueva Emergencia se añadía a la simulación, la carga crecía.

Sentía que el calor ya se alzaba hasta la meseta. Seguramente eran imaginaciones suyas. Keven se limpió la frente con la manga... estaba sudando.

No. No eran imaginaciones suyas. La matriz se estaba calentando y aún le quedaban cerca de treinta Emergencias por modelar.

El senador Noor se revolvía con incomodidad. Se volvió hacia su asistente, señalando el aire sobre la matriz, que resplandecía por el calor que se alzaba hacia el cielo del amanecer.

—Wataro. Eso es... ¿cómo se supone que funciona eso?

—No... no estoy segura —contestó ella, sacando un pañuelo de su túnica para limpiarse los puntitos de sudor verde que habían aparecido en su frente.

Keven estaba preocupado por el Nódulo Cinco. El secretario Lorillia había hecho todo lo posible, pero era evidente que no todo el mundo estaba dispuesto a renunciar a sus mejores y más modernos navidroides, por noble que fuera la causa. Una buena proporción de los droides de la matriz eran modelos viejos, algunos incluso retirados del servicio. Seguían funcionando, pero ni tan bien ni tan rápido como los otros.

Había distribuido los droides más viejos por la matriz, intentando equilibrar las cargas, pero, inevitablemente, algunas secciones habían terminado con mayor proporción de máquinas menos capacitadas. El Nódulo Cinco era una de ellas. El calor aumentaba rápidamente y solo era cuestión de tiempo que...

Una lluvia de chispas saltó de la matriz y Keven no necesitó mirar para saber que provenía del Nódulo Cinco. Los circuitos de uno de los droides viejos habían dicho basta, después de que el calor friera el núcleo.

—¡Maldición! —dijo.

—¿Qué pasa, Tarr? —oyó que gritaba el senador.

Keven no respondió. No tenía tiempo. Si el Nodulo Cinco fallaba, toda la simulación tendría que empezar de cero y sabía que no se lo permitirían. Muy probablemente, aquella era su única oportunidad. Afortunadamente, había previsto el problema, al menos en parte.

Una falange de droides píldora voló hasta un lado de la matriz, todos equipados con unidades de refrigeración para lanzar descargas de aire glacial donde fuera necesario. Keven los había reservado hasta entonces, pero era evidente que había llegado el momento de usarlos.

Tecleó en su datapad y varios de los droides píldora volaron hasta el Nodulo Cinco, disparando chorros de aire frío desde sus bocas de ventilación y reduciendo la temperatura de inmediato. Bien. Todo iba bien.

Siempre que el refrigerante de los droides aguantase y no perdiera muchos más navidroides. Ahora cincuenta y siete mil setecientos doce, cuando no debería haberlo intentado con menos de setenta y cinco mil.

El Nodulo Siete estaba empezando a sobrecalentarse y Keven había aprendido la lección. Mandó otro grupo de droides píldora hasta allí para refrigerarlo antes de que se estropease.

«Esto puede funcionar», pensó. «Puedo hacerlo».

El Nodulo Catorce entró en acción, modelando la decimonovena Emergencia, y se sobrecargó al instante, cincuenta droides lanzando las mismas chispas que acababa de producir el Nodulo Cinco. Podía tratarse de un problema en la conexión o de una parte especialmente compleja de la simulación.

—¡No! —gritó Keven.

Era vagamente consciente de las voces a su alrededor, haciendo preguntas, dando consejos, inquietas... no podía perder el tiempo con ellas, ni un instante. La matriz estaba al borde de un fallo fatal en cascada.

Veinte droides píldora volaron hasta el Nodulo Catorce... la mitad de los que le quedaban y apenas habían llegado a las dos terceras partes de la simulación.

«Me culparán a mí», pensó. «Dirán que ha sido culpa mía. Yo solo intentaba ayudar. He hecho todo lo posible. He hecho...».

Una mano le tocó un brazo y Keven se sobresaltó. Miró. Era la Jedi, Avar Kriss. Unos pasos más atrás, el otro Jedi, Elzar Mann. Al parecer, iban siempre juntos.

—Mantenga la calma —le dijo, y se calmó. Se sentía mejor con ella cerca.

—¿Qué pasa? —preguntó Avar.

—La matriz está generando demasiado calor, pero no puedo detener la simulación. Si no termina esto no tendrá ningún sentido. No hemos descubierto nada nuevo. Si paramos ahora, será un absoluto desperdicio.

Otra lluvia de chispas... Nodulo Once. Trescientos ochenta y dos droides perdidos de golpe. Quedaban cincuenta y siete mil doscientos ochenta y cinco.

Keven mandó al resto de droides píldora a enfriar aquella sección, lo que serviría por un rato, pero un vistazo al datapad le reveló que había, como mínimo, otros cuatro nodulos en serios problemas.

Los Nodulos Tres y Ocho fallaron. Cincuenta y tres mil cuatrocientos doce. Si bajaban de los cincuenta mil se acabaría todo. Ninguna redistribución ni reequilibrio de las cargas generaría potencia de procesamiento donde no la había.

La brisa cesó y el poquito de refrigeración que añadía se disipó. No podía hacer nada más. Se había terminado.

Avar Kriss siguió usando la Fuerza para ayudar al joven a contener su pánico. No era fácil. Keven Tarr quería perder el control. Sentía culpa, vergüenza, frustración... probablemente ninguna merecida, pero las emociones raramente eran lógicas.

Miró a Elzar.

—¿Se te ocurre algo?

—¿Necesita refrigerarlo todo?

—Eso ha dicho.

—Vale —dijo Elzar, en tono pensativo—. Quizá tenga una idea. Nunca lo he probado, pero la teoría tiene base. Podrás sentirlo. Si puedes echar una mano, te lo agradeceré. No creo que pueda hacerlo solo.

Elzar se sentó en el suelo, cruzando las piernas, levantó los brazos y cerró los ojos. Avar se proyectó hacia fuera, intentando ver qué hacía. Estaba invocando a la Fuerza... pero ¿para qué?

Sospechaba que era una de sus... cosas. Siempre se le ocurrían cosas, formas de usar la Fuerza para innovar, dar con nuevas maneras de que el lado luminoso respondiera a su llamada. Fracasaba a menudo, pero a ella aquel compromiso por aportar nuevas ideas a los Jedi le inspiraba. A Elzar Mann lo que eran los Jedi no le parecía ni de lejos tan interesante como lo que podían llegar a ser.

Avar escuchó la canción de la Fuerza... y, de repente, entendió lo que Elzar estaba intentando hacer.

«Imposible», le transmitió, un concepto lo bastante básico para comunicarlo por el laxo vínculo emocional que los unía en la Fuerza.

Elzar sonrió, sin abrir los ojos.

«Ayúdame», le transmitió él.

Elzar Mann le estaba hablando al aire. Hacía calor allí, en la superficie, sobre los droides que trabajaban frenéticamente, pero en las alturas hacía mucho más frío. El aire caliente ascendía, como siempre, pero lentamente. No lo bastante deprisa.

Le pidió a la Fuerza que le ayudase y ella respondió, aunque lentamente. El aire pesaba más de lo que parecía.

Entonces sintió un cierto alivio y supo que Avar estaba con él. Eso era bueno. Todo era más sencillo con ella al lado. Literalmente, de hecho. Abrió los ojos fugazmente y vio que Avar se había arrodillado junto a él, con los brazos apoyados en los muslos, las palmas de las manos hacia arriba, los ojos cerrados y la cara ligeramente inclinada hacia arriba.

La pequeña masa de aire caliente ascendió más, con los dos Jedi creando corrientes que la mandaban sobre la meseta. Eso no ayudó demasiado a la matriz de navidroides, pero no era el objetivo.

Al ascender, el aire caliente alcanzaba zonas más frías de la atmósfera. El aire caliente cargaba humedad evaporada de la superficie. Las diminutas moléculas de agua se encontraban, entraban en contacto y se conectaban.

Elzar y Avar lo hicieron juntos, empujando el aire, ayudándole a hacer lo que quería hacer, de hecho, ayudando a convertir todas aquellas gotas de agua en una sola. Elzar sintió algo parecido al júbilo. No era orgullo, no era propio de los Jedi, sino la alegría por hacer bien un trabajo complicado, dos personas conectadas a un nivel profundo, sin necesidad de explicarse lo que debían hacer.

Siempre había sido así, desde sus días de padawanes. Su conexión mejoraba muchas cosas, aunque si era sincero... también empeoraba algunas.

Los dos Jedi trabajaban. Elzar notó que el agotamiento se extendía por su interior. Avar y él estaban trabajando con una pequeña porción de la atmósfera, una masa de aire relativamente reducida. Moldeándola, intentando llevarla a una masa crítica que haría que los sistemas climáticos de la luna se ocupasen del resto del trabajo, creando una semilla, esencialmente, pero seguía siendo agotador. Sudaba por todo el cuerpo y sabía que se debía al calor que emanaba de la matriz solo en parte. Cada respiración se le hacía costosa y sentía el pecho como si se lo apretasen con un tornillo de banco, como si todo el aire que se movía sobre su cabeza saliera directamente de sus pulmones.

Pero Elzar Mann no se detuvo, ni Avar Kriss, y algo empezó a aparecer sobre la meseta. Grande y cada vez más oscuro.

Una nube.

Quedaban cincuenta y un mil dieciocho navidroides y Keven había logrado mantener la simulación intacta, la pantalla estaba mostrando ahora la trigésimo primera Emergencia, lo que significaba que estaban a solo minutos de poder pasar de modelar cosas que habían sucedido a proyectar cosas que iban a suceder... pero la matriz no duraría tanto, era imposible. Todos los droides que quedaban estaban en rojo, incluso los modelos más avanzados. Keven maniobraba los droides píldora sobre la matriz en arcos amplios, intentando enfriarla toda a la vez. Funcionaba, pero hasta cierto punto, ganando algunos

segundos, pero su datapad también mostraba las reservas de refrigerante y la mayoría estaban ya en una sola cifra.

En esas circunstancias, solo podía aspirar a predecir una Emergencia o dos... lo que podía bastar para evitar futuras tragedias. Estaba prácticamente seguro de que no lograrían encontrar la caja negra del *Ruta Legado*, el segundo objetivo claro de todo aquello porque les ayudaría a entender lo que había sucedido y, con suerte, evitar que se repitiera.

Pero debía tomar lo bueno como venía, así que Keven siguió usando los sistemas que le quedaban, forzándolos tanto como podía, aunque otros pocos centenares de navidroides se quemasen y estropearan.

Algo impactó en su nuca, sobresaltándolo. Era suave, quizá un insecto. O...

Otro impacto, esta vez en su mano, que volaba sobre su datapad, y entendió lo que estaba pasando.

—Está... está lloviendo —oyó decir al senador Noor.

Y, de repente, tras el estruendo de un trueno, lo estaba. Llovía sobre la matriz. Brotaba vapor de los navidroides estresados y Keven tuvo que pasar una mano sobre su datapad para limpiar el agua y poder leer. Las temperaturas estaban bajando rápidamente en todos los nódulos. Los navidroides estaban reforzados para operar en el vacío... un poco de agua no les haría daño.

Nubes de vapor se alzaron desde la matriz y Keven se dio la vuelta... primero hacia los Jedi, Avar Kriss y Elzar Mann, arrodillados uno junto al otro, con los brazos levantados y los ojos cerrados, temblando por el esfuerzo sostenido, mientras la lluvia empapaba sus túnicas. Parecía que estuvieran intentando levantar una nave estelar con las manos. El sol seguía brillando sobre la meseta y la luz se filtraba entre la lluvia, creando un espectro brillante alrededor de ellos.

Detrás de los esforzados Jedi, la videopantalla por fin mostraba algo nuevo: la zona de espacio deshabitado donde se produciría la trigésimo cuarta Emergencia.

Hasta el momento se habían producido treinta y tres emergencias.

El sistema funcionaba. Estaba prediciendo la ubicación de Emergencias futuras y, mientras siguiera lloviendo, se mantendría estable.

Keven vio que no había fracasado, a fin de cuentas. Él, Keven Tarr, el hijo de un agricultor de Hetzal Prime, se había infiltrado en el sistema del hiperespacio.

Qué extraña galaxia aquella.



CAPÍTULO TREINTA

ELPHRONA.

Porter Engle se inclinó sobre el cuello de su acerero, susurrándole, calmando sus temblorosos músculos con la Fuerza.

—Eres un ser luminoso —le dijo—. No hay dolor, no hay fatiga, no hay miedo. Eres luz y velocidad y no hay nada más hermoso en este mundo. Estoy aquí contigo. Estamos juntos. Haremos grandes cosas. Salvaremos a esta familia.

El filo de su espada láser zumbaba mientras cabalgaba, persiguiendo a los bastardos que habían secuestrado a cuatro inocentes en su propia casa. ¿Cómo los había llamado Loden? Los Nihil.

Porter Engle no estaba enfadado. Era un Jedi desde hacía casi tres siglos. Sabía muy bien dónde podía llevarte la ira. Había encontrado una manera mejor de expresar sus emociones en aquel tipo de situaciones. No estaba enfadado.

Estaba convencido.

Convencido de que se había cometido una gran injusticia.

Convencido de que podía repararla.

Y, lo más importante...

Estaba totalmente convencido de que aquellos... Nihil... no volverían a hacer nada parecido.

De una forma u otra, ellos se lo impedirían.

Había tomado la cabeza, cabalgando un poco por delante de Loden Greatstorm y Bell Zettifar. Los dos le caían bien. Loden tenía un sentido del humor muy bienvenido entre los Jedi. Porter había conocido a muchos en la Orden que se lo tomaban todo demasiado en serio. La vida era larga y tenían el don de la Fuerza. ¿Por qué ser estoico? Sus votos no significaban que hubieran muerto.

Y Bell... Bell era un joven maravilloso. Buscándose aún, pero solo tenía dieciocho años. El tampoco se conocía mucho a su edad. Pero, algún día, Bell sería el tipo de Jedi que serviría como ejemplo para las generaciones futuras.

Siempre que Loden no lo matase antes con su entrenamiento.

Porter volvió a concentrarse en la tarea que tenían entre manos. Escarpadas pendientes de hierropiedra se alzaban a los lados y el camino se estrechaba. Los Jedi no redujeron la velocidad, solo colocaron a los acereros en fila india para cruzar el desfiladero.

Los Nihil y sus cautivos aún estaban a cierta distancia, pero estaban recuperando terreno. No les faltaba mucho. Recordó batallas de un pasado remoto, revisando estrategias en situaciones con rehenes. Era evidente que los Nihil creían que la familia era valiosa y no querrían hacerles daño innecesariamente. Eso les daba una ventaja a Porter y su equipo. Pero debían actuar deprisa. Lo mejor sería que uno de ellos, probablemente Loden, usase la Fuerza para liberar a la familia de las garras de los Nihil, mientras Bell y él se concentraban en los secuestradores.

Era muy probable que los Nihil nunca hubieran combatido con Jedi, como la mayoría, y aunque hubieran oído historias sobre ellos, las palabras no hacían justicia a la experiencia. Así que quizá no supieran lo estúpido que era emplear fuego bláster. Una descarga bláster disparada contra un Jedi era, en esencia, lo mismo que pegarte un...

Un levísimo destello de peligro, una pequeña señal en la Fuerza o solo sus instintos aguzados tras muchas otras persecuciones por muchos otros desfiladeros estrechos con enemigos en el horizonte. El ruido de un rifle bláster abriendo fuego. Porter Engle levantó bruscamente su espada láser, agitándola para repeler el ataque... pero no iba dirigido a él.

Su acerero se encabritó, con el dolor de su mente y su corazón resonando en el interior de Porter. Cortó su vínculo con el animal y saltó cuando se desmoronó al suelo, escarbando el suelo duro con sus cascos metálicos. Dio una voltereta en el aire, usando su espada láser para repeler unos cuantos disparos más. Los Nihil se habían escondido en las colinas, esperando para tenderles una emboscada.

Porter aterrizó.

—Cobardes —gruñó.

Volaron más descargas desde ambos lados, pero ya tenía los ángulos controlados y estos más la cadencia del fuego bláster le explicaban una historia. Solo dos tiradores.

—¡Sigan! —le gritó a Loden, que había frenado un poco a su montura—. ¡No permitas que los otros Nihil lleven a la familia hasta la nave! Yo me ocupo de estos monstruos. Me reuniré con ustedes en cuanto pueda.

Loden asintió y siguió adelante con Bell, desviando algunos disparos perdidos al galope.

Porter Engle se quedó solo en el desfiladero, con el cadáver de su montura cerca, un animal noble que había hecho todo lo que había podido.

—Se creen muy listos, ¿verdad? —gritó—. Disparando a mi acerero.

Silencio desde las colinas. Sin disparos, sin ningún movimiento. Quizá eran más listos de lo que pensaba. No había duda de que lo estaban rodeando, intentando apuntarle desde otro sitio. Los dejaría hacerlo.

Gritó hacia las rocas de las alturas.

—Les confesaré que, antes de que mataran a mi acerero, no tenía claro qué iba a hacer con ustedes. Tenía todas las opciones sobre la mesa. Pero esa criatura vivía en la luz y ustedes se la robaron. No tenían ningún derecho. Gracias por demostrarme lo que son en realidad. Me facilita mucho las cosas.

Rotó lentamente, con su espada láser levantada, examinando las colinas. Sabía lo que iba a pasar. Cualquiera que disparase a la montura de un hombre, en vez de a él, cualquiera que atacase en emboscada, era el tipo de gente que...

Fuego bláster, tres disparos, justo a su espalda. Por supuesto.

Porter dio media vuelta, bloqueando el primero y el segundo, y mandando el tercero justo a su punto de procedencia. Movimientos en las rocas de las alturas y saltó más alto de lo que aquellos cobardes Nihil habrían creído posible. Un salto en vertical, hasta que vio al hombre que le había disparado. Porter lanzó su espada láser, que empezó a girar como un disco volante, ineludible.

El francotirador Nihil se agachó tras un risco de hierro-piedra, creyendo que lo protegería. No le sirvió de nada. La espada cortó la roca y después al hombre. Porter lamentó que un ser vivo e inteligente, un hijo de la Fuerza, hubiera tomado decisiones que habían desembocado en aquel final.

El segundo atacante disparó a Porter antes de que aterrizase de su gran salto y recuperase su espada láser. Estaba en el aire, sin su principal medio de protección, complicando un poco más la situación. Pero los Jedi a veces perdían sus armas y cualquier Caballero Jedi que se preciase dedicaba muchas horas a desarrollar estrategias para defenderse sin armas.

Porter Engle se proyectó con la Fuerza, estiró la mano con la palma hacia fuera y desvió la descarga, devolviéndola hacia las colinas. No era estrictamente necesario. La podría haber desviado con la mente. O haberla frenado en seco. Pero apartarse una descarga láser como si fuera un insecto... era toda una declaración.

—Te he visto, amigo —gritó, llamando su espada láser a su mano—. He visto donde te escondes.

La empuñadura aterrizó en su mano con ese chasquido que siempre le resultaba enormemente satisfactorio, encajando sus gruesos dedos en los surcos moldeados en el cilindro tras millares de horas de entrenamiento y combate.

—Y pronto volveré a verte —gritó.

Porter Engle corrió hacia la colina, más rápido de lo que el Nihil podía ver, saltando de un lado a otro. Ninguna descarga bláster más. Tuvo la impresión de que el último Nihil se lo había pensado mejor y ya corría por su vida.

Cuando llegó a la cima, supo que había acertado. El Nihil estaba montado en otro acerero, intentando que la bestia se moviera, clavándole los talones en los costados. No gritaba al pobre animal, que tenía la cabeza gacha y pateaba fuerte el suelo, porque sabía que no le convenía, pero Porter no dudaba de que en circunstancias normales lo estaría maldiciendo, vociferando las peores groserías que le vinieran a la mente.

—Apuesto que eres el que ha disparado a mi animal —dijo Porter.

El Nihil se volvió rápidamente, disparó su bláster y el encuentro terminó de la única manera posible.

Porter estaba convencido.

El Nihil cayó de su acerero, con un agujero humeante en la máscara.

Porter Engle no perdió ni un instante con él. Desactivó su espada láser y la enfundó. Después se acercó al acerero traumatizado, tendiendo una mano.

—Eh, amigo... Eres un ser luminoso. ¿Qué te parece si hacemos algo bueno?

El acerero lo miró con los ojos muy abiertos. Él le acarició un costado y el animal se calmó. Sujetó el estribo, preparándose para montar en la silla...

Y entonces el Nihil con un agujero en la máscara se incorporó. Levantó su bláster para disparar y Porter Engle entendió que debía ser de una de esas especies que tenían el cerebro en otra parte del cuerpo y podían sobrevivir a los disparos en la cabeza. Así que Porter, que tenía las manos ocupadas con el acerero, estaba a punto de morir.

Esos pensamientos pasaron por su cabeza, además de un raro instante de pena por un retoque que quería hacerle a una de sus recetas de pasteles y que ya no podría probar, y preparó su espíritu para unirse a la Fuerza.

Un borrón negro, gris y rojo anaranjado saltó de las rocas, directamente hacia el Nihil herido.

«Ascu», pensó Porter Engle, estupefacto. La había olvidado por completo.

La perra char abrió sus fauces y escupió una enorme llamarada amarilla, envolviendo al Nihil antes de que pudiera apuntar su bláster. Un grito extraño y hueco emanó de la máscara y el Nihil rodó por el suelo, intentando apagar el fuego que devoraba su cuerpo. Ascu no se detuvo, siguió quemándolo hasta que dejó primero de gritar y después de moverse.

Entonces la perra cerró la boca y fue hasta Porter, que se agachó con cautela y la rascó detrás de una oreja. Estaba tan caliente como su horno del puesto avanzado. Supuso que era lógico. Debía de haberlos seguido desde la casa en ruinas, con los Jedi tan concentrados en perseguir a los Nihil que ni siquiera se les había ocurrido que nadie pudiera estar siguiéndolos a ellos.

—Buena chica —le dijo—. Muy buena chica.

Porter montó en el acerero y se marchó, bajando la colina con Ascu al lado, corriendo tras Bell y Loden y la familia que intentaban salvar.

Loden Greatstorm y Bell Zettifar no habían dejado de recuperarles terreno a los Nihil que perseguían, pero aún no los habían alcanzado. Ahora ya veían las naves de los secuestradores, aparcadas en la arena color óxido que había justo en el límite de la zona de exclusión aérea. Dos, parecidas a dos pilas de cubos y púas soldadas, ambas marcadas con las tres líneas que habían visto en la puerta de la granja de los Blythe. Los Nihil casi habían llegado a sus naves, con sus prisioneros aún dentro de la carreta.

—No los alcanzaremos —dijo Bell.

—Ya lo sé —dijo Loden.

Soltó las riendas de su acerero, pero la criatura no frenó su galope, lanzando chispas a cada paso. Bell supuso que su Maestro estaba guiando a su montura con las rodillas y una

sensata aplicación de la Fuerza. En un solo movimiento suave, Loden hizo girar el tubo que había rescatado del Vanguardia alrededor de su cuerpo, colocándose sobre un hombro. Desenfundó su espada láser, tocó la placa plana conectada a los componentes electrónicos del tubo y la unidad de energía del extremo de esta brilló en dorado, el mismo color que el filo de Loden.

Bell entendió qué era eso que Loden había sacado de su vehículo, el cañón láser, su arma antinaves con llave de kyber. Contuvo la respiración. No podía creer lo que estaba a punto de suceder.

Loden disparó y una descarga de luz dorada salió por un extremo del tubo, como un filo de espada láser pero más denso, más tangible. Los bordes de las espadas se disipaban en una blancura intensa, pero esta descarga espesa y oscura tendía al ámbar de los primeros rayos de un amanecer de otoño. Y aquel sonido... Bell lo oyó con los huesos, no los oídos. Cuando el arma disparaba, todos los demás ruidos cesaban.

El acerero de Bell se encabritó y tuvo que forcejear para no perder el control, por lo que no vio el impacto del disparo. Aunque lo oyó, un sonido inconfundible de metal sobrecalentándose al instante y vaporizándose, seguido de dos sonoros golpes secos.

Cuando su montura se calmó, avanzó para alcanzar a Loden, cuyo acerero no había reducido su paso ni un ápice, por supuesto. Bell vio lo que el arma había causado, una de las dos naves de los Nihil estaba partida por la mitad, con la parte del centro sencillamente... desintegrada. Los dos lados que quedaban habían caído al suelo y de sus bordes sobrecalentados brotaban chispas y llamas.

—Uauh —dijo Bell.

Espoleó a su acerero para que acelerase y gritó a Loden.

—¡Dispare a la otra nave!

—No puedo —respondió su Maestro, señalando adelante con el arma humeante, antes de tirarla al suelo, donde rebotó contra el duro suelo metálico y quedó abandonada.

Bell miró donde Loden le había señalado y lo entendió de inmediato. Los Nihil habían detectado el peligro que corría su última nave, su única escapatoria, y se habían repositionado, colocando la carreta en la que iba la familia secuestrada directamente en su línea de tiro. El cañón del Vanguardia no era una arma de precisión, como mínimo fuera de los puntales en el vehículo. No podía arriesgarse a disparar, había muchas probabilidades de que le diera a la familia.

—Quizá es mejor así —dijo Loden—. Si llego a disparar otra vez podría haberme estallado en las manos. Tuve que dejar el módulo refrigerante en el Rueda-V.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Maestro? —preguntó Bell.

—Lo que podamos —contestó Loden.

No era muy tranquilizador. Si a Loden Greatstorm se le habían terminado las ideas, las cosas estaban muy feas.

Se acercaban a los Nihil y las complicaciones de la situación empezaban a abrumar la capacidad de planificar de Bell. Tendría que confiar en la Fuerza, dejarla guiar sus decisiones.

Algo pasó al frente. Bell y Loden oyeron un disparo de bláster y una persona salió volando de la carreta. Los Nihil aceleraron, abandonando el cuerpo inmóvil.

—No es un Nihil —dijo Bell—. No lleva máscara. ¿Han matado a un rehén?

Loden se quedó callado.

Los Jedi seguían avanzado a toda velocidad, viendo los detalles más claros a cada metro que pasaba. Era la madre.

—Está viva —dijo Bell—. Aún puedo sentirla.

Como para reforzar las palabras de Bell, la mujer levantó un brazo desde donde estaba... un gesto frágil y lleno de dolor, incluso desde lejos.

Tras ella, los Nihil ya casi habían llegado a su nave.

Los Jedi llegaron hasta la mujer, detuvieron sus acereros y saltaron de las sillas. Ella tenía un agujero humeante en un costado... probablemente no mortal, al menos de inmediato.

—Por favor —dijo ella, con un hilo de voz—, mis hijos, mi marido. Por favor, tienen que...

—Lo haremos —le dijo Loden, con firmeza, aunque Bell no sabía si por convicción o por consolarla—. ¿Cómo se llama?

—Erika. Erika Blythe.

Loden alargó una mano hacia su herida de bláster.

—Erika, puedo ayudarla con su herida, con la Fuerza. Puedo estabilizarla lo bastante para llevarla de vuelta al puesto avanzado... allí hay equipo médico.

—Pero... mi familia —dijo ella, recuperando la voz, mientras Loden hacía lo que podía con su herida.

—Los salvaremos —le dijo Loden.

Los tres oyeron un ruido lejano... los motores de la nave Nihil arrancando.

—¡No! —gritó Erika Blythe, intentando incorporarse. Bell no sabía qué pensaba hacer, pero la desesperación de su voz era mucho más profunda que cualquier dolor que pudiera padecer.

Loden se levantó, desenfundado su espada láser.

—¿Qué pasa, Maestro?

La nave Nihil despegó, ganando altura rápidamente y Loden activó su espada láser.

La nave giró en el aire, dio media vuelta y voló directa hacia ellos.

—¿Vienen a matarla?

—No —dijo Loden—. Ella era el cebo. Sabían que nos pararíamos a ayudarla. Intentan matarnos a nosotros.

La nave estelar Nihil volaba hacia ellos, espantosa y salvaje, con los tres relámpagos pintados en el casco con pintura reflectante brillando bajo el implacable sol de Elphrona.

—Ponte detrás de mí, padawan —dijo Loden—. Protege a Erika.

«¿Cómo?», pensó Bell. «Eso es una nave estelar».

Pero era obediente. A falta de más ideas, se plantó entre la nave Nihil y la mujer herida y echó mano a su espada láser.

Loden cambió de postura, colocándose de perfil al avance de la nave. Tenía la rodilla delantera doblada y empuñaba la espada láser con ambas manos. Parecía un muro de duracero. Indestructible.

«Pero eso es una nave estelar», volvió a pensar Bell.

Los Nihil dispararon una lluvia de descargas desde los láseres de su nave. La mayoría salieron desviados, una persona era un blanco muy pequeño para una nave estelar, pero otros fueron certeros.

Loden Greatstorm rugió, un grito de guerra que resonó en los páramos desiertos de Elphrona. Su espada láser brilló, demasiado rápido para que Bell entendiera lo que estaba haciendo, y las descargas láser salieron repelidas. Loden patinó un poco hacia atrás, levantando un polvo color óxido, y gruñó, como si le hubieran golpeado fuerte en el estómago con un mazo enorme y pesado.

Cayó sobre sus rodillas y el filo de su espada se apagó, justo cuando la nave Nihil pasaba sobre sus cabezas.

—¡Maestro! —gritó Bell.

—Estoy... bien —dijo Loden—. Pero... creo que no puedo volver a... hacerlo.

Bell miró hacia arriba. La nave Nihil volvía para un segundo ataque.

Activó su espada láser y su filo verde cobró vida con un zumbido.

Se colocó de perfil a la nave. Dobló la rodilla delantera. Se convirtió en un muro que no dejaría pasar nada malo.

«Es imposible», pensó. «Si Loden apenas ha podido...».

Quizá fuera imposible, pero no tenía elección.

Bell se proyectó hacia la Fuerza.

Fuego láser desde las alturas. Cinco disparos.

Bell se preparó, mirando hacia su interior, no al cielo.

Otro ruido... una explosión, como una tos, apagada.

«Eso ha sido...».

Levantó la cabeza justo para ver dos Vectores Jedi volando sobre la nave Nihil, que ahora soltaba humo negro desde uno de sus motores.

Los Vectores trazaron un giro increíblemente cerrado en una Deriva de dos naves y Bell vio, mientras viraban, que solo uno llevaba piloto.

—Indeera —dijo Loden, levantándose con dificultades—. Por la luz, mira cómo vuela.

Estupefacto, Bell entendió lo que estaba viendo. Indeera estaba pilotando las dos naves. Algunas funciones de los Vectores se podían operar remotamente con la Fuerza, en casos de extrema emergencia... pero una cosa era operar y otra pilotar. Indeera estaba replicando los movimientos de su Vector en la otra nave, una proeza de concentración que Bell apenas podía concebir.

Era espectacular.

Los Nihil parecían más aterrorizados que impresionados. Su nave ascendió hacia cielo abierto, acelerando lentamente y dejando un rastro de humo.

Los dos Vectores se prepararon para aterrizar cerca de Bell, Loden y Erika... menos suavemente de lo que podían, resbalando por el suelo antes de detenerse. Teniendo en cuenta lo que Indeera estaba haciendo, Bell no pensaba criticar nada.

Las dos cabinas se abrieron y asomó Indeera.

—¡Vamos! —gritó—. Podemos intentar atraparlos antes de que lleguen a la zona de acceso hiperespacial y hagan el salto.

Loden se volvió hacia Bell.

—Te llevaría conmigo, aprendiz, pero debes acompañar a Erika al puesto avanzado. Tienen dos acereros. Cuando llegues, llévala a la enfermería y...

—Ya sé qué debo hacer, Maestro —dijo Bell. No se sentía decepcionado, en realidad, pero sabía dónde sería más útil y no era acompañando a Erika Blythe, lenta y cuidadosamente, de regreso a su puesto avanzado.

—No sobrevivirá —dijo una voz.

Bell y Loden se volvieron y vieron que Porter estaba allí, aparecido de la nada con Ascua al lado. Otro acerero esperaba cerca y el anciano Jedi estaba arrodillado junto a Erika, con una mano a cierta distancia sobre su cuerpo.

—Es grave. Necesita tratamiento. Tendré que llevarla yo. Soy el mejor médico de los cuatro, con diferencia.

Loden no perdió un instante. Los Nihil se alejaban por momentos.

—Que la Fuerza te acompañe, Porter —dijo—. Bell, sígueme.

Echó a correr hacia el Vector que esperaba.

—Es hora de volar.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

ESPACIO PROFUNDO. VIGALARGA DE LA REPÚBLICA *AURORA III*.

Pikka Adren se estiró, notando que sus músculos se relajaban un poco. Quería pedirle a Joss que le masajeara los hombros, pero la trigésimo novena Emergencia debía producirse dentro de tan poco que no quería correr el riesgo de que Joss no estuviera en el asiento del piloto cuando sucediera. Aún tenían unos minutos, pero no tenía sentido arriesgarse.

Su marido podía darle un masaje después. Suponiendo que hubiera un después. De alguna manera, se habían visto arrastrados por los esfuerzos por resolver los efectos secundarios del desastre del *Ruta Legado* y eso estaba bien... les pagaban plus de peligrosidad y estaban haciendo algo noble, pero se suponía que estaban de vacaciones. Ella había reservado un viaje a Amfar para cuando terminase su trabajo en la construcción de la Baliza Starlight y el día ya había pasado. Había perdido el depósito y no sabía si la República le dejaría cargarles los gastos...

Ugh. Se enfadó consigo misma por pensar en cosas tan nimias. Joss y ella estaban salvando la galaxia, literalmente. O como mínimo un buen pedazo de ella.

De todas formas... se suponía que debía estar en una playa, luciendo un bañador diminuto, bebiendo algo delicioso, estirada junto a su apuesto marido, también con un bañador diminuto, pensando en lo de después, en el momento en que se quitarían los diminutos bañadores y pensarían maneras imaginativas de hacer sentir bien al otro.

—¿Estás preparada, cariño? —preguntó Joss.

Parecía emocionado. Era evidente que no pensaba que estaría mejor en la playa. Él vivía para aquellas cosas.

«Bueno, de hecho, yo también», pensó.

Un par de obreros autónomos salvando a los Territorios del Borde Exterior, juntos, con estilo. No estaba mal.

—Preparada, cariño —dijo, volviendo a poner las manos sobre los controles.

—Acabo de contactar con el resto del equipo —dijo Joss—. Están todos preparados. Aparezca lo que aparezca, podremos ocuparnos de ello.

Pikka murmuró algo en sentido afirmativo, apartando su mente de Amfar para volver a la tarea que tenían entre manos. De alguna manera, la República había descubierto cómo predecir dónde se iban a producir las Emergencias, había oído algo sobre una especie de megaprocessador construido con decenas de millares de droides conectados a la Fuerza que podían predecir el futuro, pero eso era imposible. En todo caso, habían

identificado tres puntos como los candidatos más posibles para la Emergencia de la caja negra del *Ruta Legado* y habían formado varios equipos para interceptarla.

Otros equipos estaban recuperando potenciales supervivientes de otros puntos de Emergencia, era posible que algunos siguieran vivos en los módulos de pasajeros, a pesar del tiempo transcurrido desde el desastre original, y se estaban haciendo todos los esfuerzos posibles por llevarlos de vuelta a casa. Esas misiones eran obviamente muy importantes, pero la caja negra era crucial... esta les daría información sobre cómo se había destruido la nave y les ayudaría a prevenir que volviera a suceder.

El bloqueo hiperespacial del Borde Exterior seguía en vigor y Pikka sabía que muchos mundos lo estaban pasando mal. Había oído rumores sobre saqueos de alimentos en las ciudades sumidero de Utapau, aunque la Canciller Soh había autorizado envíos de ayuda especiales. Y, por supuesto, la construcción de la Baliza Starlight por fin había terminado, pero la inauguración oficial seguía pendiente. Eso le dolía un poco en su orgullo profesional. Aquel lugar sería precioso y ayudaría a mucha gente. Joss y ella habían trabajado duro en su pequeña parte de la gran obra y Pikka deseaba verla activa cuando estaba previsto.

El equipo de rescate incluía cuatro Vigalargas y dos Vectores Jedi... sus viejos amigos Te'Ami y Mikkel Sutmani, lo que tenía lógica. En definitiva, los cuatro habían ideado la técnica empleada en Hetzal, que había salvado a la luna Afrutada en el desastre original. Habían refinado aquellas ideas y ahora, pasase lo que pasase, estaban preparados.

Pikka pensó que esa Emergencia, probablemente, sería un cascote suelto, sin ningún interés. Si era así, podrían ignorarlo. Estaban en una región deshabitada del espacio, lejos de cualquier cosa que pudiera verse amenazada por un pedazo de una nave estelar caída.

—Las armas ya están calientes —dijo—. Y todo lo demás también está listo... magnetoabrazaderas, el combustible pinta bien, todo en general.

—Genial —dijo Joss—. Cuando acabemos con esto, tendremos que apresurarnos para llegar al siguiente punto de Emergencia. Apenas tendremos tiempo.

—¿De verdad crees que vamos a entrar en combate? —preguntó.

—Lo dudo, pero ya sabes qué pasó en Eriadu. Alguien predijo la Emergencia. Tres, de hecho. Buscamos una nave llamada *Nueva Élite*, una corbeta modificada. El almirante Kronara lo dejó claro en la reunión informativa de la misión. No sabemos qué implicación tienen, pero podrían aparecer. Debemos estar preparados para todo. Y si tenemos que combatir, combatiremos.

En su fuero interno, Pikka pensaba dejar que los Jedi se encargase de eso, si llegaban a esos extremos... no le asustaban los tiroteos, pero era una simple mecánica. Estaba más que dispuesta a cederles el combate a aquellos magos espaciales bien entrenados.

—Ahí viene —dijo Joss—. Trigésimo novena Emergencia en cinco, cuatro, tres...

—... dos, uno —dijo Belial, desde su puesto de supervisión—. Ahí está.

—Revísenla y díganme si parece la caja negra —dijo Lourn Dee.

Estaba de pie, con los brazos cruzados, en el puente de su nave insignia, el *Lourn Dee*, mirando la flotilla que la República había preparado para su misión. Un puñado de héroes. Hurra.

Lourn Dee adoraba su nave, por eso la había bautizado con su nombre. Cualquiera que tuviera alguna objeción al respecto podía debatirlo con ella cuando quisiera. De momento, nadie lo había hecho.

Cada Jinete de la Tempestad de Marchion Ro tenía su propia nave de guerra, testimonio de los gustos de su dueño y de las posibilidades que ofrecían los Nihil como organización. A base de trabajar duro, cazar bien y seguir los Caminos podías llegar a tener tu propio crucero de combate personalizado. El *Nueva Élite* de Kassav parecía el interior de un club nocturno de mala muerte. La nave de Pan Eyta, el *Elegancia*, era preciosa, con superficies cubiertas de cuero suave, luces diseñadas para enfatizar cada una de las exquisitas opciones de diseño elegidas.

El *Lourn Dee* era único, pero de una manera completamente distinta.

Su crucero estaba equipado con todo tipo de dispositivos y escudos que imposibilitaban su detección por ningún radar. Deflectores de calor, revestimiento ablativo, motores de doble sellado que reciclaban prácticamente todo su rastro de gases para los sistemas de soporte vital y armamento, y mucho más. Le había costado un montón de créditos, pero hacía prácticamente invisible a la nave insignia de su Tempestad, hasta para los sensores más potentes.

Normalmente, los ataques del *Lourn Dee* iban así: el piloto enemigo pensaba «Un momento, ¿de dónde ha salido esa na...?» y volaba en pedazos.

Allí... bueno, estaba por ver. El *Lourn Dee* tenía suficiente potencia para acabar con cuatro Vigalargas y un puñado de Vectores, si los podía pillar desprevenidos y se marchaba rápido. Pero eso podía exponer su nave y eso no estaba en el menú de la operación. Los Jinetes de la Tempestad habían alcanzado un acuerdo extraño al votar aquella misión: los Nihil debían evitar a toda costa que nadie pudiera relacionarlos con las Emergencias ni el *Ruta Legado*.

Eso se debía a dos motivos. El primero, obviamente, era el fiasco absoluto de Kassav en Eriadu. Su estúpido intento de extorsionar al planeta, que había salido muy mal y era una evidente maniobra para quedarse con todo el botín, había puesto a los Nihil en el foco. Los eriadu habían difundido el nombre de Kassav y las características de su nave por toda la HoloRed. Aunque no había conexión directa con los Nihil, era más presión de la que deseaban. Y, después, Kassav había tenido las agallas de volver arrastrándose al Gran Salón. Les ofreció los treinta millones de créditos que decía haber ganado con el golpe de Eriadu y pidió protección.

Pan Eyta y Lourn Dee habían abogado por arrojar a Kassav por la borda del Gran Salón, pero Marchion Ro había votado quedárselo y darle una oportunidad. Dijo algo sobre que aquella experiencia podía ser útil, porque era un veterano y su Tempestad le era

muy leal y quizá no fuera buen momento para generar descontento entre sus filas. Pero Kassav no tenía derecho a voto en esa situación y eran Pan y ella contra los dos votos que correspondían a Marchion, pero la tradición Nihil dictaba que todos los empates los decidía el Ojo. Así que Kassav seguía con ellos.

El segundo motivo por el que la misión era muy importante era algo que Marchion Ro había descubierto gracias a una de sus espías en la República, la primera asistente del fanfarrón senador del Borde Exterior que aparecía a todas horas por la HoloRed, Noor. Según la espía, la investigación de la República había revelado pistas bastante sólidas de que el *Ruta Legado* se había destruido en Hetzal porque había encontrado una nave Nihil en la hipervía, transitando por un Camino. Marchion había repasado los datos y parecía factible. Una sorpresa bastante desagradable.

Y ahora la República había construido una especie de superdroide capaz de realizar análisis hiperespaciales de alto nivel. Este les daba el momento y ubicación de las siguientes Emergencias, incluidas algunas en las que podía aparecer la caja negra del *Ruta Legado*. Si los investigadores de la República la encontraban, podrían usarla para obtener pruebas concluyentes de que los Nihil estaban involucrados en todo... no solo en la chapuza de Kassav en Eriadu, que podían decir que habría sufrido lo mismo sin su intervención, pero también en las muertes de Hetzal, las muertes de Ab Dalis y todas las demás. Habían caído Jedi en Hetzal. Si descubrían que era culpa de los Nihil... bueno, Marchion Ro parecía tenerle bastante miedo a la Orden y a Lourn Dee tampoco le gustaba la idea de que anduvieran tras sus pasos.

Los Nihil podían estar en peligro. No podían permitir que la República encontrara esa caja negra. Debían destruirla y solo había un Jinete de la Tempestad capaz de hacerlo, Lourn Dee con su corbeta de guerra con equipos de ocultación.

Así que allí estaba, acechando en el sistema al que la había mandado Marchion Ro por un Camino, escondida, esperando para ver si esa Emergencia le daría algo que hacer o si debería marcharse al siguiente punto de la lista del Ojo.

—No es la caja negra —dijo Belial, mirando sus monitores.

El devaroniano solo era un Nube, aún no un Tormenta, pero Lourn Dee pensaba ascenderlo pronto. El chico era listo y capaz. Frío en las crisis. Impasible. El tipo de gente que encajaba en su organización.

—Parece uno de los compartimentos de pasajeros.

—Uh —dijo otro de sus lugartenientes, un humano llamado Attaman—. ¿Crees que aún queda alguien vivo dentro? Deben llevar semanas viajando por el hiperespacio.

Lourn Dee no respondió. Miró los pequeños destellos de luz a lo lejos, cuando el equipo de la República entró en acción, haciendo sus cosas heroicas, intentando un rescate heroico, sin duda.

Estuvo a punto de dar la orden de disparar. Quería hacerlo.

Una salva de misiles podía acabar con las seis naves y el compartimento de pasajeros del *Ruta Legado* tan rápido que no les daría tiempo ni a darse cuenta de que estaban muertos.

Pero, por satisfactorio que pudiera ser, podía salirle mal y ya estaban bastante presionados. Marchion lo había dejado muy claro, casi intentando darle una orden, «no permitas que descubran tu presencia si no es necesario. Si no aparece la caja negra, sigue tu rumbo», le había dicho.

Debía ponerlo en su sitio y pronto. Había una jerarquía que respetar. Honestamente, deseaba poder quitárselo de en medio de una vez por todas, y si no fuera porque posiblemente acabaría enfrentándose con Kassav y Pan Eyta, seguramente asumiría ese riesgo. Ganase o perdiera, dudaba que Marchion fuera a culparla de nada. Así eran las cosas en los Nihil.

Quizá más adelante, cuando el embrollo del *Ruta Legado* hubiese pasado.

—Introduce las coordenadas y sácanos de aquí —dijo Lourn.

Marchion Ro le había dado los Caminos para toda la operación, rutas a través del hiperespacio que le garantizaban llegar al siguiente punto mucho antes que el equipo de la República. Y si la siguiente Emergencia resultaba ser la de la caja negra, bueno...

Quizá ese día aún terminaría matando a alguien.

—Ya está —llegó la voz de Joss Adren por el comunicador—. Los escáneres confirman que la cuadragésima Emergencia es el puente que contenía la caja negra del *Ruta Legado*. Rayos... no sé cómo lo ha hecho el megadroide de la República, pero lo ha logrado. Todo el mundo a sus puestos. Nos falta un Vigalarga, pero lo tenemos todo planeado. Usaremos el plan de rescate cuatro, viendo la trayectoria del fragmento, parece el más apropiado. Mantengan la calma y hagan su parte.

Mikkel Sutmani empujó su volante hacia delante y su Vector tomó la delantera. Notó que Te'Ami hacía lo mismo, a estribor, en algún punto fuera de su rango. Podía ver los tres Vigalargas más adelante, colocándose en posición.

El cuarto Vigalarga de su flotilla inicial se había quedado en el último punto de Emergencia para ayudar a los supervivientes del fragmento del *Ruta Legado*. Los traumatizados colonos necesitaban asistencia médica y psicológica, unos cuantos habían muerto en su inimaginable viaje y el horror de la experiencia no era fácil de superar. Los llevarían al *Panacea*, desplazado desde Hetzal hasta un punto de recogida cercano a la Baliza Starlight, donde podrían reunirse con otros supervivientes y ser tratados por personal bien entrenado en aquel tipo de problemas. La situación era espantosa, pero al menos estaban vivos y habían dejado de volar por el hiperespacio, rumbo a una muerte lenta y atroz.

Mikkel apartó a los supervivientes de su mente, concentrándose en la tarea que tenía entre manos. Su papel allí era bastante parecido al que había tenido en Hetzal durante el desastre original: usar la Fuerza para frenar el pedazo de la superestructura del *Ruta Legado*, mientras los Vigalargas lanzaban sus magnetoabrazaderas y tiraban de él. El fragmento seguía viajando a una velocidad enorme, pero habían practicado aquellas

maniobras muchas veces. Lo que al principio resultaba prácticamente imposible era ahora... bueno, no exactamente rutinario, pero factible.

—Vamos a tener que hacer un esfuerzo extra, ¿eh, Te'Ami? —dijo Mikkel, pasando al canal solo Jedi y oyendo cómo su traductor convertía su ithoriano en básico para que ella pudiera entenderlo—. El capitán de la República está confiado, pero tenemos un Vigalarga menos de lo planeado. Puede ser más complicado de lo que esperamos.

—Estoy de acuerdo —dijo Te'Ami.

Sus naves se lanzaron hacia el fragmento volante, con el mismo arco, la misma velocidad... como una sola.

—Estaba pensando, Te'Ami —dijo Mikkel—, que, después de lo de Eriadu, parece evidente que la República y los Jedi intentarán cazar al tal Kassav. Estaba pensando en presentarme voluntario para esa misión. Sería darles un buen uso a mis habilidades. Me preguntaba si también estarías interesada. Trabajamos bien juntos, queda claro, y eres una Jedi muy notable. Me sentiría orgulloso de ser tu compañero de equipo.

—Vaya, Mikkel —dijo Te'Ami, divertida—. Creo que no te había oído hablar tanto rato seguido en mi vida. ¿Has olvidado tus votos? Los Jedi no creamos vínculos.

—No es ningún vínculo —gruñó él—. Solo pienso que podemos trabajar bien juntos. Aportar un poco de luz a la galaxia. Nuestras habilidades se complementan.

—Creo que voy a denunciarte al Consejo —dijo ella.

—Cómo quieras —dijo, en un tono tenso, tanto real como por el traductor.

Ella se rio.

—Estoy bromeando, Mikkel —dijo Te'Ami—. Me encantaría trabajar contigo en esa misión. Si el Consejo acepta, iremos y removeremos hasta en el último rincón de la galaxia...

La pantalla de peligro del Vector se activó. Misiles, aparecidos de la nada, una salva amplia, al menos una docena, directos hacia la caja negra.

—¿Qué es eso? —preguntó Mikkel.

—Van hacia el fragmento —dijo Te'Ami—. Intentan destruir la caja negra.

—Vaya —dijo Mikkel—. Quizá sea Kassav. Parece que tendremos que empezar esa misión antes de lo que imaginábamos, Maestra Te'Ami.

—Eso parece, Maestro Sutmani.

Mikkel desenfundó su espada láser y la acercó al panel de activación de su tablero de mandos, desbloqueando y activando los monitores de armas, que emitieron luz verde al detectar el cristal de la empuñadura.

En sus pantallas vio que los Vigalargas también habían visto el peligro. Las tres naves se estaban dispersando, colocándose en posición para abatir los misiles.

Sus sistemas rastrearon el origen de los proyectiles hasta... nada. Espacio vacío. Tantos misiles eran sinónimo de una nave de guerra de buen tamaño, pero no aparecía nada en sus radares.

Dejó esa cuestión a un lado. La identidad del atacante podía esperar. Ahora se trataba de proteger el fragmento.

Mikkel empezó a disparar los láseres de su Vector contra los misiles. Para entonces, los Vigalargas ya habían empezado a actuar... desplegando una combinación de elementos ofensivos y defensivos para destruir o despistar a los misiles. No importaba cuál, siempre que ninguno alcanzase a la caja negra.

Uno de los misiles viró hacia una de esos dispositivos defensivos, una nube de papel de aluminio estáticamente activada lanzada por uno de los Vigalargas y diseñada para ofrecer un señuelo atractivo para los sistemas de rastreo del misil. El Vigalarga que había lanzado aquel forraje mantuvo su posición, virando hacia otro objetivo, convencido de que el misil estallaría cuando chocase con el aluminio. En realidad, el proyectil penetró en aquella nube móvil... pero no explotó. Mikkel sintió lo que iba a pasar, pero estaba demasiado lejos. No había tiempo. Se proyectó hacia la Fuerza, pero no había tiempo. El misil salió por el otro lado de la nube de forraje e impactó en el casco del Vigalarga.

Ahora sí hubo explosión.

—¡Maldición! —llegó la voz de Joss Adren por el comunicador.

Nadie dijo nada más. Los Jedi y los dos Vigalargas restantes se pusieron manos a la obra, sin saber de dónde venían los misiles, sin saber si alguno los alcanzaría en cualquier instante... haciendo lo que podían.

Lourna Dee vio unos cuantos misiles más abatidos o estallando inofensivamente con las defensas desplegadas por los Vigalargas. Pero aún le quedaban cinco y bastaba con que uno impactase en el blanco. Su victoria era cuestión de tiempo.

Además, tenía muchos más en reserva, pero no quería disparar otra salva si no era absolutamente imprescindible. El *Lourna Dee* había cambiado de posición justo después de disparar, pero las tripulaciones de la República sabían que estaba allí. Si volvía a abrir fuego, era muy probable que detectasen el rastro de calor del *Lourna Dee*.

Su objetivo era destruir la caja negra y largarse de allí. Nada más.

Aunque, si era necesario, destruiría hasta la última de aquellas naves, además de la caja negra, con mucho gusto.

Mucho.

Mikkel disparó y el misil al que apuntaba estalló, a solo unos segundos de alcanzar al fragmento.

Exhaló, soltando aire por sus distintas bocas.

Solo quedaban dos proyectiles y ninguno estaba en su rango de tiro. Ahora les tocaba a los demás.

Vio que el Vigalarga de Joss y Pikka Adren disparaba las magnetoabrazaderas de las que tan orgullosos estaban, muchas, probablemente todas las que había en su nave,

desenrollando cables finos e interminables, y el misil cambió de rumbo, desviado por la fuerza de tracción de las abrazaderas.

Ingenioso.

El misil estalló y, aunque las magnetoabrazaderas fueron destruidas, aún quedaba otro Vigalarga y podía recuperar la caja negra... aún podían concluir la misión con éxito.

Solo quedaba un misil enemigo y Te'Ami volaba hacia él en trayectoria de intercepción. Ninguno de los Vigalargas estaba en posición para alcanzarlo, como Mikkel... pero Te'Ami podría abatirlo, sin problema. Tenía una puntería fantástica.

Una ráfaga de fuego láser salió disparada desde la parte delantera de su Vector, desviada pero reorientándose en vuelo. Y entonces apareció otro misil en los radares de Mikkel, directo hacia Te'Ami. Su computadora de objetivo intentó localizar al atacante. Un contorno vago y parpadeante apareció en sus monitores... y desapareció. Quien disparaba disponía de sistema de ocultación... pero ese no era su principal problema.

—¡Te'Ami! ¡Otro misil! No puedo...

—Ya lo veo, Mikkel. Silencio. Tengo trabajo.

Mikkel Sutmani se quedó mirando, con la impotencia que había sentido al ver la destrucción del Vigalarga poco antes ampliada exponencialmente. Te'Ami aceleró su Vector, intentando a la vez alejarse del misil que iba tras ella y alcanzar al que volaba hacia la caja negra.

Su Vector daba sacudidas y viraba de lado a lado, disparando descargas láser, todas desviadas, intentando dar en su blanco y esquivar el misil que la acechaba.

Mikkel movió su Vector hacia allí, aunque sabía que no llegaría tiempo. Se proyectó con la Fuerza, consciente de que todo era posible en ella, consciente de que podía alcanzar el misil que buscaba la nave de Te'Ami y hacerlo virar o detonar. Podía sentir su velocidad, su contorno, el metal del proyectil, los gases sobrecalentados que lo propulsaban hacia su compañera Jedi.

—Lo tengo —llegó la voz de Te'Ami por el comunicador, satisfecha y contenta.

Mikkel casi tenía al misil... podía sentirlo, casi como si lo sujetase con la mano. Lo podía destruir. La Fuerza era su aliada y era una poderosa aliada. Estrujó el misil... y de repente, con un estallido violento de fuego, desapareció. Pero no gracias a él.

Había desaparecido.

Te'Ami también.

Esa pérdida le golpeó como una onda expansiva tan potente como la que había matado a su compañera. Mikkel cerró el puño, buscando calma en su espíritu.

Los radares de objetivo de su Vector se iluminaron con datos... el contorno completo y la ubicación de la nave que había matado a Te'Ami, además de especificaciones detalladas sobre su armamento y defensas.

—Uauh, ¿ven eso, chicos? Objetivo detectado, corbeta de combate... tiene mala pinta —llegó la voz de Joss Adren—. No es el *Nueva Élite*, es otra nave. Maestro Sutmani, ¿qué le parece si su Vector y mi Vigalarga vamos por ella, mientras el capitán Meggal recoge la caja negra?

Mikkel no respondió. No preguntó de dónde había salido aquella información ni nada. Solo empujó su volante hacia delante, hasta el fondo, y los motores de su Vector respondieron con un rugido.

«Tengo trabajo», pensó.

—¡Malditos sean! —gritó Lourna Dee, menos serena de lo que le gustaba.

Los malditos Jedi habían abatido su último misil antes de que impactase en la caja negra. Sí, ese Jedi había muerto, pero Lourna no había cumplido su misión y parecía muy probable que hubiera revelado su posición, además. Ahora, un Vigalarga y un Vector volaban directos hacia ella.

—¿Disparamos más misiles? —preguntó Attaman.

—Sí —dijo Lourna—. Lancen el resto... todo lo que tengamos. Mataremos a esos idiotas y después iremos por el fragmento.

El *Lourna Dee* dio una leve sacudida cuando disparó el resto de sus misiles, media docena más, hacia aquellos dos puntitos que crecían a medida que se acercaban a su crucero.

El Jedi, el maldito Jedi del maldito Vector, abatió cuatro. Los otros dos iban hacia el Vigalarga, pero este voló uno con una descarga bláster y despistó al último con una bengala.

—¿Quiénes son... esos tipos? —preguntó Belial.

Estaba preocupado. Lourna Dee lo notaba. De hecho, ella también lo estaba. El *Lourna Dee* no estaba diseñado para combatir cara a cara. Estaba construido para golpear desde las sombras, aniquilar a su objetivo y marcharse. Tenía blindaje ligero, escudos ligeros y pocos cañones láser.

¿Un Vigalarga y un Vector podían destruir su nave insignia? ¿Aquellas dos pequeñas naves?

Decidió que prefería no saberlo.

Kassav e incluso Pan Eyta quizá lo hubieran intentado, metiéndose en una situación desesperada condenada al fracaso, pero ella era más inteligente que ninguno de los dos. Si las circunstancias cambiaban, debía calcular las posibilidades, calcular tus opciones y elegir la mejor. Y allí solo había una.

—Activa el Camino para que nos saque de aquí —dijo—. Hemos perdido.



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

SOBRE ELPHRONA.

Ultident Margrona, simplemente Dent porque era una adolescente y odiaba el nombre Ultident porque le parecía cursi, se arrancó la máscara y la dejó caer al suelo de la cabina. Le daba lo mismo que aquellos estúpidos mineros le vieran la cara. Necesitaba respirar, necesitaba aire.

—¡Nos siguen, Dent! —dijo Buggo—. ¡Vienen deprisa!

Dent lo sabía. Los Jedi habían alcanzado sus motores con un disparo de refilón y no podían superar el ochenta por ciento de su velocidad máxima. Tenían un Camino de Lourn Dee que los sacaría del sistema, pero el motor Camino de su nave necesitaba realizar el salto desde una zona concreta del pozo de gravedad de Elphrona y esa estaba demasiado lejos para llegar antes de que los Jedi los alcanzasen. Había oído hablar de lo que los Vectores podían hacer. Podían parecer endebles, pero aquellas naves podían destruirlos a tiros. Ni siquiera podrían combatir. Acabarían con sus motores inutilizados, flotando en el vacío, y aquello se convertiría en un secuestro con rehenes.

¿Cómo podía acabar todo aquello?

«Eres una Nube», se dijo. «No serías una Nube si no fueras lista. No eres un estúpido Rayo. Piensa. Cabalga la tormenta».

Si los Jedi inutilizaban su nave, podía ganar tiempo amenazando con matar a los dos niños y al padre hasta... ¿cuándo? Los Jedi no dejarían marchar a una banda de secuestradores Nihil. Abordarían la nave y probablemente matarían a Dent y su tripulación con sus espadas láser. Justicia fronteriza. Quizá, solo quizá, la llevarían a una cárcel de Elphrona.

Era malo en cualquier caso. Un fracaso absoluto. Muy poco Nihil. Podía imaginar lo que dirían: «¿te acuerdas de aquella chica, Dent? Arruinó el golpe más sencillo de la historia, un secuestro rápido en un planeta apartado. Acabó muerta con todos sus Rayos. Menuda idiota».

Pensó un momento en los dos Rayos que había dejado en el planeta, a los que ya daba por perdidos. Pensaba que quizá Egga y Rel siguieran vivos allí abajo, luchando, dos Rayos leales cumpliendo las órdenes de su Nube.

Los dos eran tontos, haciendo lo que ella les mandaba incluso cuando era evidente que los estaba mandando al matadero para ganar tiempo y que Mack, Buggo y ella pudieran salir del planeta con su «cargamento». No, aquellos dos idiotas ya debían de

estar muertos. No habían contactado con ellos y si hubieran acabado con el Jedi habrían solicitado su recogida.

«Ugh», pensó.

Se suponía que aquel iba a ser el golpe más fácil de la historia. Se sentía tan orgullosa por haberlo planeado. Se había enterado de que aquellas cuatro personas intentaban vivir a su aire en el Borde Exterior, vivir «auténticamente», apartándose de su adinerada familia de Alderaan. Aquello la irritó tanto. Aquellos Blythe lo tenían todo y lo tiraban por el desagüe para ir a cavar la tierra. Había gente que no tenía elección. Nacían en el barro y morían en el barro... gente como ella. Hasta los Nihil. Lournaa Dee la había reclutado con una promesa, estaban todos juntos en aquello, eran una familia, su nueva familia. Todo sonaba tan bien. Y funcionaba. Había llegado a Nube y había encontrado Rayos a los que poner a sus órdenes... todo le estaba saliendo bien.

Y entonces se le había ocurrido el plan de secuestrar a los Blythe y pedir rescate por ellos a sus ricos abuelos de Alderaan y a su Tormenta le había encantado y ella se lo había contado a Lournaa Dee. Esta se lo había trasladado a Marchion Ro, a quien también le gustó, y le habían dado los Caminos que necesitaba para ponerlo en marcha. Se suponía que debía funcionar.

Pero entonces... los Jedi.

—¡Jefa! ¿Qué vamos a hacer? ¡Jefa!

Buggo, molestando como de costumbre. Debería haberlo mandado a las colinas, a emboscar a los Jedi. Pero era primo segundo de su marido, así que era como de la familia.

Descargas láser volaron junto a la cabina... disparos de advertencia.

Mack estaba en los cañones, disparando, pero ella no confiaba en su capacidad para abatir a un Vector. Estos se movían como fantasmas, volando de aquí para allá y haciendo cosas imposibles. Como los Jedi, de hecho.

Dent apretó unos cuantos botones en su tablero de mando. Se suponía que no debía contactar con nadie durante la misión, las señales eran rastreables, pero ¿qué podía perder a aquellas alturas?

Una voz llegó por su comunicador... su Tormenta, un ugnought encantador y divertido llamado Zoovler Tom.

—¡Dent! —dijo, visiblemente contento de oírla—. ¿Qué hay de bueno? ¿Tienes los paquetes que te mandamos a recoger?

—Los tengo —respondió ella, intentando que su pánico no se filtrara en su voz—. Pero hemos encontrado problemas. Jedi, persiguiéndonos. La nave está dañada. No llegaremos al punto de acceso antes de que nos alcancen. Necesitamos otro Camino ahora. Seguimos en la atmósfera, así que será complicado.

—Jedi, eh —dijo Zoovler, menos jovial—. Un Camino a tan poca altura... generará problemas con el pozo de gravedad. Pides mucho, Ultident.

Dent frunció el ceño. Solo le había dicho su nombre completo a Zoovler una vez, en un momento de intimidación alcohólica durante una de sus reuniones. Ahora se lo estaba lanzando como un arma. Maldito tipo insignificante, convencido de ser muy especial,

superior, porque era un Tormenta. No era más que un ugrought. Si salía de aquella, la próxima vez que lo viera pondría veneno en su bebida y se partiría de risa cuando su horrible y pequeña cara se pusiera negra.

—Mándame tus coordenadas. Tengo que pedir autorización más arriba —dijo el Tormenta—. Y no vuelvas a llamar. Ya tendrás noticias mías, con un nuevo Camino... o no.

La conexión se cortó.

«Piensa», se dijo.

Zoovler tardaría un rato, mientras consultaba con los otros Tormentas, después estos tendrían que decidir si contactaban con Lourn Dee y esta si pedía otro Camino al Ojo o se olvidaba de Dent. Solo era una Nube, sus opciones eran escasas. Pero sabía que los Blythe eran valiosos y, si lograban salir del apuro, todos ganarían mucho... Zoovler, Lourn Dee y Marchion Ro incluidos.

Así era su sistema. Por eso los Nihil funcionaban. Todos hacían las cosas a su manera, vivían como querían, se quedaban lo que querían... y todo el mundo recibía su parte, por lo que a todos les interesaba mantener aquel *statu quo*.

Pero si los Jedi los atrapaban antes de que se hubieran tomado todas esas decisiones, nadie ganaría nada. La que menos Ultident Margrona.

—Mack —dijo.

—Sí —respondió este, sin dejar de disparar a los Jedi, aunque todas sus descargas se perdían en el aire.

—Trae a uno de los niños —le dijo—. La pequeña. Arrójala por la escotilla.

—Uh... —dijo Mack, claramente dubitativo.

—¿Qué pasa? ¿Ahora tienes reparos?

—No —dijo él—. Me da igual... pero ya hemos perdido a la mujer. Si perdemos a otro, nuestra parte se queda en la mitad.

«Idiota», quería gritarle ella. «¿A quién le importa el dinero? Si no salimos de aquí no habrá botín, ni créditos, ni vida. ¡Estaremos muertos, estúpido Rayo!».

—Los Jedi intentarán rescatar a la niña —dijo, obligándose a tener paciencia—. Siempre lo hacen. Quizá eso nos permita escapar.

Mack gruñó y ella lo oyó levantarse y dirigirse a la bodega de carga de la parte trasera de la nave, donde los tres Blythe estaban atados.

—Cabalga la tormenta, Dent —susurró para sí—. Solo Cabalga la tormenta.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

EL BORDE EXTERIOR. EL *TERCER HORIZONTE*.

—**A**sí que eso es lo que ha causado tanto dolor —dijo la Canciller Lina Soh, desde sus oficinas en Coruscant.

Estaba mirando una holo de alta resolución proyectada por uno de sus droides de comunicaciones, mientras Avar Kriss y otros miembros del equipo de las Emergencias contemplaban una videopantalla de la sala de reuniones del puente del *Tercer Horizonte*, pero las imágenes eran las mismas: lo último que vieron los escáneres del *Ruta Legado* antes de que la nave volase en pedazos.

Aquella cosa era una nave, robusta y fea, con tres franjas en zigzag en el casco, como había descrito Serj Ukkarian en el *Panacea*. Tres relámpagos que la gente del senador Noor había confirmado que eran el emblema empleado por unos saqueadores del Borde Exterior conocidos como Nihil. La nave volaba por el hiperespacio, pero no por el túnel arremolinado habitual, como todas las naves en las que Avar había estado en su vida. La nave Nihil atravesaba el hiperespacio en ángulo recto a la trayectoria del *Ruta Legado*, dejando una estela de extrañas turbulencias rojas y doradas.

—Tenía entendido que esto era imposible —dijo Lina Soh, acariciando lentamente la cabeza de uno de sus dos gatos gigantes. Avar sabía sus nombres, Matari y Voru, célebres en toda la República, pero era incapaz de distinguirlos.

Las palabras de la canciller llegaban con una leve demora, debido a la distancia que separaba Coruscant de los Territorios del Borde Exterior. Las comunicaciones de nivel senatorial tenían máxima prioridad en los repetidores, pero los parsecs eran parsecs. Eso iba a cambiar, con suerte. La mejora de la red galáctica de comunicaciones era una de las Grandes Obras previstas por Lina Soh, pero antes debían resolver el problema que tenían entre manos.

—Debería ser imposible, canciller —dijo Vellis San Tekka, sentado a la mesa junto a su pareja, Marlowe, que asintió.

Avar sintió algo. Una comunicación muda entre los San Tekka. Una elección muy cautelosa de sus palabras.

«Puede que Elzar tuviera razón», pensó. «Quizá deberíamos haberlos presionado un poco».

Estaba claro que él creía que sí. Estaba sentado al otro lado de la mesa y la miró a los ojos. Una mirada fugaz, pero ella supo exactamente lo que pensaba, sin necesidad de ayuda de la Fuerza.

Ella respondió con un discreto encogimiento de hombros. Supieran lo que supieran los San Tekka, su ayuda había sido real y extraordinariamente valiosa. Keven Tarr le había dicho que jamás habría podido completar su matriz de navidroides sin aquella ayuda. No sabía si era cierto porque el ingeniero hetzaliano era claramente un genio, pero era indiscutible que los San Tekka habían ayudado a Keven a terminar la matriz más rápido y el tiempo era esencial en su situación.

El genio en cuestión aparecía en otra pantalla, con un droide de comunicaciones proyectando su holo en otra pared blanca de la sala de reuniones. Tarr se había quedado en la luna Enraizada de Hetzal y estaba usando la matriz para procesar los datos recuperados de la caja negra del *Ruta Legado*. Habían reparado todos los daños sufridos por el enorme cerebro informático al activarse. De hecho, no solo reparado, lo habían mejorado. La Canciller Soh había ordenado al secretario de transportes Lorillia que le proporcionase a Keven Tarr todos los navidroides que precisara. Si quería un millón, los tendría, costase lo que costase.

—¿Alguien podría resumirnos las conclusiones que tenemos hasta ahora, por favor?
—dijo Lina Soh.

Todos miraron a Avar. De alguna manera, se había convertido en la líder del equipo, a pesar de compartir la reunión con un almirante, un senador y varias otras celebridades del más alto nivel.

—Hemos descubierto que un grupo que se da a conocer como los Nihil estuvo directamente involucrado en la catástrofe de Hetzal y las posteriores Emergencias. Son una banda de saqueadores de perfil bajo del Borde Exterior. Han hecho cosas atroces, pero son un problema local del que se ocupan las fuerzas de defensa y los equipos de seguridad. Por malvados que sean, son poca cosa.

»Parece, aunque esto solo es una especulación informada, que lo que sucedió en Hetzal les concedió la habilidad de predecir las Emergencias, igual que la matriz navidroide de Keven Tarr. Han usado esa habilidad dos veces, que sepamos. Primero en Eriadu, en un chapucero intento de extorsión. Y después en la cuadragésima Emergencia, cuando intentaron impedir que nuestros equipos recuperasen la caja negra del *Ruta Legado*, conscientes que los relacionaría con todo lo sucedido.

—Ahí es donde perdimos a una de los suyos, la Caballera Jedi Te'Ami, y dos valientes pilotos de Vigalarga... Marcus Augur y Beth Petters, ¿verdad?

Avar asintió levemente. La canciller se quedó pensando un momento, rascando a su targón tras la oreja y recibiendo un ronroneo como respuesta.

—¿Creemos que esos Nihil provocaron el desastre del *Ruta Legado* intencionadamente?

—Parece que no —dijo Elzar Mann.

Señaló la videopantalla, que seguía mostrando a la nave Nihil cruzando el hiperespacio, volando en redondo.

—Eso es claramente una nave. Y va armada. Si querían destruir el *Ruta Legado* podían haberle disparado. No lo hicieron. El *Ruta Legado* se desintegró al intentar

esquivarla. Además, como ha comentado la Maestra Kriss, no son más que un puñado de bandidos del Borde Exterior. Oportunistas, no estrategas. Todo esto tiene pinta de terrible accidente.

—Un accidente del que intentaron sacar partido en Eriadu —dijo el senador Noor, golpeando la mesa con un puño—. Un accidente que el Borde Exterior ha pagado carísimo en vidas, oportunidades y riqueza. Deben responder por esto.

Su asistente asintió, una chagriana de piel azul, delgada, alta y meticulosa en su vestimenta y modos que estaba sentada tras él. Jeni Watara, recordó Avar.

—Lo pagarán —dijo la Canciller Soh, levantando la mano—. Antes, debemos averiguar si puede repetirse. Señores San Tekka... ¿qué opinan ustedes?

Marlowe y Vellis se miraron brevemente, antes de responder.

—Creemos que esto fue un trágico golpe de mala suerte, canciller —dijo Marlowe—. No creemos que haya un problema con el hiperespacio en su conjunto. No obstante, eso... —Señaló la videopantalla, mostrando aún aquella burda nave que se cruzaba en el camino del *Ruta Legado*, una y otra vez, dejando su extraña estela roja y dorada— sugiere que los Nihil tienen un entendimiento único del hiperespacio, en el mejor de los casos, extremadamente peligroso, en el peor. Debería investigar eso cuanto antes.

—Bien, perfecto —dijo el senador Noor—. Ya lo ha oído, canciller. El hiperespacio está bien. El Borde Exterior está sufriendo... y usted quiere poner en marcha la Baliza Starlight. Es hora de reabrir las hipervías.

—Todavía no, senador —dijo ella—. Sabemos, más o menos, lo que pasó... pero que fuera un accidente no significa que no se pueda realizar deliberadamente en el futuro. No cuesta demasiado que unos simples saqueadores se conviertan en terroristas. Debemos acabar con esa amenaza.

El senador Noor empezó a balbucear una protesta.

—Basta, Noor —dijo la Canciller Soh—. La decisión está tomada. Sé que está preocupado por el Borde. Yo también... pero soy responsable de toda la galaxia y el hiperespacio llega a todas partes, no lo olvide. Si los Nihil pueden atacarnos en las hipervías, no son seguras.

Se volvió hacia el almirante Kronara, de pie al fondo de la sala de reuniones.

—Almirante, quiero que active las medidas de defensa del tratado de la CDR. Organice una flota de los mundos del tratado y cace a los Nihil. He leído los informes, aunque no haya un peligro propio del hiperespacio, son criminales peligrosos y no deben actuar impunemente. Aunque limiten sus golpes al Borde Exterior, todos somos la República.

—Muy bien, canciller —dijo Kronara, visiblemente satisfecho.

Al fin y al cabo, era almirante.

—¿Tienen alguna idea de dónde tienen la base esos Nihil? —continuó la Canciller Soh—. ¿Su cuartel general?

—Si me permite, canciller —intervino Keven Tarr, levantando una mano—. He preparado la matriz para que calcule el punto de procedencia más probable de la nave

Nihil que originó el desastre. Venía de un punto cercano a la nebulosa Kur. No sé si será su base, pero es un punto de partida.

—Perfecto, señor Tarr —contestó ella y miró la sala de reuniones—. Lo han hecho todos muy bien —dijo—. Han descubierto la causa de la tragedia del *Ruta Legado*. Ahora les asigno otra misión. Deben asegurarse de que no se repita. Cueste lo que cueste.

La Canciller Lina Soh se inclinó hacia delante y sus dos gatos gigantes levantaron la cabeza, aplanando las orejas amenazadoramente al percibir las intensas emociones de su dueña. Avar, a su pesar y a pesar de todo su talento y entrenamiento, se alegró de estar a media galaxia de distancia de aquella mujer. No envidaba a los Nihil, que ahora estaban en el punto de mira de alguien que había mostrado suficiente determinación para reformar toda la galaxia.

—Quiero que esos Nihil respondan ante la justicia —dijo la canciller—. Hasta el último de ellos.



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

NO-ESPACIO. EL GRAN SALÓN DE LOS NIHIL.

«**E**s la hora», pensó Marchion Ro. «Un nuevo comienzo». Estaba de pie en el centro de la enorme plataforma del Gran Salón de los Nihil, abierta por los cuatro costados a la nada del no-espacio. Unas inquietantes luces multicolor brillaban a lo lejos, sin nada que las tapase de su vista, excepto las siluetas de las naves que habían llevado a Marchion Ro y los tres Jinetes de la Tempestad hasta aquel lugar desolado y perdido. El salón estaba desierto, sin mesas de banquete, así que los cuatro estaban solos y desenmascarados.

Marchion miró a los demás... Kassav, Pan Eyta y Lourn Dee. Estaban enfadados con él y entre ellos, todos convencidos de poderlo hacer mejor que los otros. No había unidad. Los Nihil no tenían un objetivo, más que el afán de lucro y su amor compartido por quedarse con cosas del prójimo, despreciando su sistema. Eso debía cambiar.

Y era el momento de hacerlo.

—He recibido noticias de mi espía en la oficina del senador Noor —dijo Marchion—. Los Jedi y la República han podido acceder a la caja negra que recuperaron durante la fallida misión de Lourn Dee.

Lourn Dee se estremeció, pero no rechistó.

—Saben que somos responsables del desastre del *Ruta Legado* —continuó Marchion—. Una de las Nubes de Pan Eyta regresaba de un asalto por un Camino y estuvo a punto de chocar con el *Ruta*.

—¡Eso no fue culpa nuestra! —dijo Kassav—. ¿Cómo íbamos a saber que...?

—Da lo mismo. Eriadu sí lo fue, sin atisbo de duda —dijo Marchion.

Para variar, Kassav cerró la boca.

—Bueno, lo que pasó en Hetzal, todas las Emergencias, la estúpida maniobra de Kassav en Eriadu y después el malogrado intento de Lourn Dee por destruir la caja negra demuestran que estamos involucrados en todo esto —dijo Pan Eyta, con una voz que sonaba a piedras rodando por un acantilado—. Estamos perdidos. Esto es fatal.

—¿Qué creen que va a pasar? —preguntó Lourn Dee.

—Nos atraparán —dijo Pan—. La República y los Jedi. Ahora no somos una banda local de saqueadores. Ahora somos una amenaza para ellos. El condenado bloqueo hiperespacial se instauró por culpa nuestra. Querrán usarnos para dar ejemplo.

—Bueno, hemos tenido una buena carrera —dijo Kassav—. Todos hemos ganado dinero. No estamos obligados a seguir. Podemos... dejarlo, sin más.

—¿Y todos los Tormentas, Nubes y Rayos de nuestras Tempestades? Los que nos siguen y creen en nosotros. ¿Qué pasa con ellos? —dijo Lournna Dee.

Kassav se encogió de hombros.

—Pueden hacer lo que les plazca. Si quieren que los Nihil sigan activos, que sigan cabalgando la tormenta, es cosa suya. Nada nos impide retirarnos. ¿O tenemos que ser Jinetes de la Tempestad hasta nuestra muerte? ¿No podemos vivir de los botines de toda una vida de trabajo duro?

Pan Eyta resopló.

—¿Crees que lo verán así? Pensarán que salimos corriendo.

Kassav volvió a encogerse de hombros.

—Los Nihil se basan en la libertad, ¿no? Haz lo que quieras, cuando quieras. Bueno, pues quizá yo quiera largarme, antes de que un Jedi desenfunde su espada láser y me corte la cabeza.

—¿No decías que querías combatir con un Jedi? —le preguntó Marchion Ro, en un tono suave—. ¿Para tener una buena historia que contar?

Kassav no respondió.

«Llegó la hora», pensó Marchion.

Le dio un puñetazo a Kassav en su estúpida, taimada y salvaje cara. Los guantes de Marchion estaban reforzados con placas blindadas y compensadores de aceleración, podían agujerear una pared de duracero sin causarle ningún dolor. Oyó el ruido de la estúpida, taimada y salvaje nariz de Kassav partiéndose bajo su puño y qué bien le sentó, por todos los Caminos.

Pan Eyta y Lournna Dee no se movieron. Parecían estupefactos. Aquello no era propio del Ojo. El Ojo no peleaba, menos aún con los Jinetes de la Tempestad. No tenía una Tempestad para respaldarlo. El Ojo se quedaba una tercera parte del botín y tan contento.

«Los cambios pueden ser un desafío, amigos», pensó Marchion.

Kassav dio varios tumbos hacia atrás, con los ojos como platos y la sangre manando de su nariz, pero solo un segundo. Aquel tipo estaba habituado al dolor y Marchion supuso que también a los puñetazos por sorpresa en plena cara. Kassav entornó los ojos y metió la mano bajo su capa de piel, donde guardaba un bláster secreto, en una clara violación de las reglas del Gran Salón. Marchion lo sabía desde hacía años.

Marchion levantó un brazo y una de las vibroestrellas que llevaba en una funda de muñeca salió disparada. Atravesó la mano de Kassav que empuñaba la culata de su bláster, haciendo caer los pedazos de metal y carne al suelo.

Kassav siguió intentando pelear. La sangre brotaba de su nariz y salía a chorros de lo que quedaba de su mano derecha, pero embistió y lanzó un puñetazo bastante creíble con la izquierda.

Marchion le agarró la mano, giró sobre sí mismo y arrojó a Kassav al suelo. Este aterrizó con un ruido húmedo sobre un charco de su propia sangre.

—¡Ungh! —dijo Kassav, el primer ruido que había emitido desde el inicio de la pelea. Era un tipo duro, no había duda.

Marchion puso su bota sobre el pecho del Jinete de la Tempestad. Pisando fuerte, como si quisiera arrojar al hombre al vacío atravesando la cubierta.

—Soy el Ojo de los Nihil, como lo fue mi padre —dijo—. Nosotros hicimos de esta organización lo que es y no pienso permitir que tu egoísmo, miedo y debilidad la destruyan. Cometiste un error en Eriadu, Kassav, y mostraste tus debilidades. No debes olvidar cómo funciona esto. Los Nihil deben mantenerse fuertes. Y una manera de lograrlo...

Se agachó, con los ojos entornados y enseñando los dientes.

—... es deshaciéndose de los débiles.

Marchion apretó su bota con más fuerza.

—Tengo un plan para solucionar esto —dijo—. Todo. ¿Quieres oírlo?

Marchion Ro apretó un poco más el pecho de Kassav, este gruñó y asintió. Marchion dio un paso atrás y vio que Kassav se ponía de pie.

—Entiendo que estén preocupados. La situación es mala y está a punto de empeorar, pero escuchen lo que tengo que decirles —dijo Marchion.

Los Jinetes de la Tempestad lo miraban, con recelo pero interesados.

—Esto lo solucionará todo —dijo Marchion—. Nos quitará a la República de encima, quizá matemos a algún Jedi, incluso. Volveremos a nuestros negocios de siempre. Nada de Emergencias. Solo Caminos y saqueos. Podemos empezar incorporando a nuevos Rayos. Los buenos tiempos no han terminado.

Su recelo amainó y su interés creció, incluso en Kassav. Marchion ya lo sabía. Ninguno de ellos quería trabajar por su cuenta, sin Caminos. Todos habían ganado muchos créditos con los Nihil, pero los gastaban tan rápido como llegaban, en naves, ropa elegante y banquetes exquisitos. Su codicia iba a decidir por ellos.

—Escuchen... somos más listos, más rápidos y tenemos los Caminos —continuó—. Vamos diez pasos por delante de la República. Créanme, podemos arreglar esto. Los Nihil son mi vida. No pienso abandonar sin luchar.

—Te escuchamos —dijo Pan Eyta.

—Bien —dijo Marchion—. Podemos recuperar la caja negra y la República no podrá encontrarnos sin ella. Podemos ocultarnos una temporada, reorganizarnos, incluso trasladarnos al Borde Medio... los Caminos nos permiten trabajar en toda la galaxia.

Señaló a Kassav y a Lourn Dee, uno con cada mano.

—Los dos cometieron graves errores y sus tripulaciones lo vieron. La gente habla. Se ven debilitados. Sus Tormentas deben pensar que ha llegado el momento de derrocarlos. Pueden solucionarlo. Háganlo bien y serán unos héroes para sus Tempestades.

Les sonrió, una sonrisa amplia y alentadora. No pareció tranquilizarlos.

—Kassav, mis fuentes en la República me han dicho que la caja negra quedó dañada en la explosión del *Ruta Legado*. Sacaron algunos datos, pero no todos, no los suficientes para localizarnos. Ahora la han mandado a un laboratorio especial para extraer el resto. Tú puedes interceptar ese transporte y destruirlo.

»Lourna Dee, ve a Elphrona y ayuda a tu equipo a terminar el secuestro. Quizá necesitemos fondos y esa operación ya está en marcha, así que podemos aprovechar para sacar algunos créditos y demostrarle a nuestra gente que seguimos pensando en sus necesidades. Es un momento de unidad. Debemos mantenernos unidos.

»Les daré todos los Caminos que necesiten para hacerlo.

Lourna Dee asintió. Al cabo de un instante, Kassav también asintió.

—¿Y a mí... me necesitas para algo? —preguntó Pan Eyta.

Esto era inusual. Que un Jinete de la Tempestad le pidiera órdenes al Ojo era... no era como se hacían las cosas. La dinámica había cambiado. Todos podían notarlo. El momento de abandonar había pasado. Habían reconocido que si querían quedarse en los Nihil y sacar beneficios necesitaban que el Ojo les salvase de ellos mismos.

—No, Pan —dijo Marchion—. Todo bien contigo, de momento.

—¿Debemos someterlo a votación? —preguntó Lourna Dee.

—Por supuesto —dijo Marchion Ro.

Votaron. Unanimidad.

—Vamos —dijo Marchion—. No tenemos mucho tiempo. Salven a los Nihil.

Los Jinetes de la Tempestad se marcharon hacia la escotilla.

Marchion los dejó dar unos pasos y entonces habló.

—Kassav —dijo.

Este se dio media vuelta.

Marchion señaló un punto en la cubierta.

—No olvides tu mano.



CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

SISTEMA ELPHRONA.

Bell no podía creer lo que estaba viendo. Una escotilla exterior de la nave Nihil se había abierto... y habían arrojado un pequeño cuerpo. Como si nada.

Lanzó un grito ahogado. Loden, delante, en el asiento del piloto, hizo descender el Vector en picado.

—Padawan —le dijo su Maestro—, tú salvarás al niño. Yo seguiré para rescatar a los demás. No temas. Estoy muy orgulloso de haber sido tu maestro.

»Creo en ti.

La cabina del Vector se abrió, dejando entrar un viento tan fuerte que no podían hablar.

Pero ¿qué más tenían que decirse?

Bell se desató el arnés de seguridad y saltó al exterior. Inmediatamente, la gravedad tiró de él y cayó, girando sobre sí mismo. No importaba. Estaban a kilómetros de la superficie de Elphrona, lo que significaba que tenía tiempo, aunque no mucho. Si debía salvar a la niña, sabía que era la niña, arrojada por los Nihil como mera basura, necesitaba concentración.

Apartó de su conciencia al Vector de Loden, que volvió a ascender a toda velocidad, siguiendo con la persecución junto a Indeera en su nave. Se olvidó del suelo, del cielo y de todo, excepto de la Fuerza, y buscó un punto diminuto de luz en ella, la sensación de una niña perdida que necesitaba que alguien la salvara.

«Allí».

Bell apenas podía abrir los ojos con el intenso viento. Deseó llevar gafas... pero, en realidad, no las necesitaba, ni siquiera necesitaba sus ojos. Tenía la Fuerza.

Se pegó los brazos y las piernas al cuerpo e inclinó su cuerpo hacia abajo, notando que ganaba velocidad al hacerse más aerodinámico.

Se proyectó hacia la Fuerza, pidiéndole más velocidad. La niña agitaba los brazos y eso debía crear cierta resistencia al viento, pero los dos alcanzarían pronto la velocidad terminal y no podría alcanzarla. El segundo aproximado que llevaba cayendo antes de que Bell saltase de su Vector la había alejado de manera considerable.

Pero la Fuerza respondió y combinada con el estilizado corte de su ropa de cuero Jedi le permitieron caer más deprisa. Lo único que sabía era que se estaba acercando. El terror de la hija de los Blythe crecía en sus sentidos, abrumante.

Lo apartó.

Mientras se acercaba, se proyectó y usó la Fuerza para tirar de la niña hacia su cuerpo. La envolvió en sus brazos. Ella se resistió, claro. ¿Quién no lo haría?

Bell levantó parte de su túnica sobre sus cabezas, la suficiente para parar algo el viento, y miró a la niña. Dudaba haber visto a nadie tan asustado.

Bell señaló el símbolo Jedi de su pecho. Milagrosamente, ella se calmó. Sabía lo que era y creyó que estaba salvada.

«Todavía no», pensó Bell.

Se la acercó, puso una mano tras su oreja y le habló.

—Cierra los ojos —le dijo—. Ahora estoy contigo. No estás sola.

No sabía si le había oído, pero había hecho todo lo que podía por calmarla. Ahora debía concentrarse.

Bell miró hacia abajo, entornando los ojos contra el viento. Buscaba un lugar blando, agua quizá, incluso una colina baja por la que caer rodando, lo que fuera para suavizar su aterrizaje.

No había nada. Solo el áspero paisaje del planeta, con rizadas cordilleras montañosas magnéticas y llanuras de óxido entre ellas. Elphrona no era un mundo blando.

Estaban cayendo desde una altura cien veces superior a ninguna de las que había intentado en sus entrenamientos, aunque tampoco entonces aterrizó con éxito. Por un instante, deseó fervientemente que apareciera milagrosamente Engle, en el último momento, pero el ikkrukki estaba muy lejos y ya tenía un Blythe al que salvar.

Nadie iba a salvarlo a él. Ni a la niña. Tenía que hacerlo solo.

Bell se abrió a la Fuerza. No pensó en el suelo. Pensaba en la niña en sus brazos y en lo injusto que era que sucediera aquello.

Sabía que tenía el poder de salvarla, de permitirle seguir viviendo en la luz. ¿Para qué le había dado la Fuerza cósmica sus poderes si no era para aquello?

El viento no era su enemigo, ni la gravedad. Los dos eran parte de la Fuerza, como él, como la niña. Al luchar con ellos, estaba luchando consigo mismo.

Debía intentar no luchar. Debía intentar entender.

Bell Zettifar se relajó.

Y descubrió algo profundo... quizá algo sobre la Fuerza. Quizá algo sobre sí mismo, que intentaría entender mejor más adelante. Pensó que eso explicaba por qué siempre se le habían dado tan mal las caídas, a pesar del empeño de su Maestro por enseñarle.

Ser un Jedi no consistía en salvarse uno mismo.

Consistía en salvar a los demás.

El rugido del viento en sus oídos disminuyó, reducido a poco más que una brisa intensa. Podía oír a la pequeña Blythe, rezando o cantando. No entendía las palabras, pero era la misma frase corta, una y otra vez.

El viento siguió amainando, hasta que se acalló. Bell abrió los ojos. Estaban apenas a diez metros del suelo y caían flotando como una hoja, hasta que aterrizaron en el suelo color pizarra. Ahora pudo entender lo que la niña decía.

—No estoy sola.

Se sentó en el suelo. La niña se aferraba a él con fuerza.

—Estamos bien —dijo—. ¿Cómo te llamas?

Ella lo miró, con los ojos muy abiertos.

—Soy Bee —dijo—. Así me llaman. Mi nombre de verdad es Bailen.

—Se parece un poco al mío —dijo—. Yo soy Bell. Estamos a salvo, Bailen. Todo irá bien.

La niña lo miró con recelo, la mirada de un niño que sabe que un adulto le está mintiendo, por mucho que desease creerle. Torció el gesto y empezó a llorar.

Bell la abrazó y miró al cielo, buscando los Vectores o la nave Nihil. Nada. Ni siquiera una estela.

«Todo irá bien», pensó.

Pero tampoco se lo creía.



INTERLUDIO

El Consejo.

Jora Malli se colocó ante el droide de comunicaciones que transmitiría su imagen a Coruscant, a la Cámara de la cúspide del gran Templo de la Orden, donde el Consejo Jedi se reunía a deliberar. En esos momentos estaba a bordo del *Ataraxia*, la preciosa y elegante nave estelar de la Jedi, prácticamente un templo en sí.

La nave había salido del hiperespacio cerca de Felucia, expresamente para que Jora pudiera asistir a la reunión con una señal estable y clara. Probablemente, era la última votación en que participaría como miembro del Consejo Jedi. La Baliza Starlight iba a inaugurarse muy pronto, momento en que ella dimitiría del Consejo y asumiría su nuevo rol como responsable de la sección Jedi de la enorme estación espacial.

Jora Malli se había perdido muchas votaciones en el pasado. Aunque se tomaba su papel en serio, solía pensar que servía más eficazmente a la luz viajando por la galaxia que sentada en el Templo Jedi. Pero las deliberaciones de ese día eran importantes y se había reunido a todo el Consejo, con los ausentes en Coruscant participando a través de holotransmisiones, como Jora.

El droide de comunicaciones proyectaba una imagen de la Cámara del Consejo para Jora, la elegante sala circular con ventanales enormes en las paredes que ofrecían vistas despejadas del paisaje urbano de Coruscant. Era de día en el Templo y entraba el sol, iluminando el precioso mosaico del suelo. Las ventanas eran simbólicamente importantes, también... el Alto Consejo deliberaba a la vista de todos, no tenían nada que esconder.

Había doce asientos colocados a intervalos regulares alrededor de la sala, cada uno de ellos especialmente diseñado para su ocupante. Yarael Poof, Rano Kant, Oppo Rancisis, Keaton Murag y Ada-Li Carro estaba presentes. Otros seis, ella incluida, aparecían por holograma, con otro droide en la Cámara del Consejo proyectando sus imágenes para los demás. Once miembros del Consejo, todos excepto la Maestra Rosason, que estaba en medio de una delicada negociación diplomática de la que no podía ausentarse.

Jora pensó en su padawan, Reath Silas.

Deseaba que estuviera allí con ella. Podía aprender muchas cosas presenciando una reunión del Consejo. A decir verdad, echaba de menos al joven.

Reath tenía diecisiete años, era buen estudiante, pero no parecía muy entusiasmado con la idea de irse con su Maestra a la Baliza Starlight, en vez de quedarse en Coruscant. La frontera le interesaba poco. Bueno, era lógico. Reath tenía diecisiete años. Ninguna

estación espacial, por muy exótica que fuera, se podía comparar con la ciudad más grande de la galaxia.

Lo había dejado allí para darle un poco más de tiempo en Coruscant, antes de reunirse con ella en el Borde Exterior, un gesto amable que había hecho con gusto. Pero, cuando su tiempo en el Núcleo había llegado a su fin, Reath había sido destinado a una misión con otros dos Jedi más experimentados, Cohmac Vitus y Orla Jareni, ambos Caballeros. Tenía sus dudas sobre Orla, pero Cohmac era un tipo formal. Reath estaría bien, aunque quizá un poco frustrado por no poder pasar sus últimos días en el Núcleo.

Bueno, así era la vida de un Jedi. Era mejor habituarse rápido.

Echó un vistazo a Sskeer, sentado al otro lado de la mesa, en silencio, con sus largos brazos garrudos cruzados ante el pecho. Tenía un aspecto imponente, como siempre, una losa de músculos con escamas y dientes afilados en una toga Jedi. Los Jedi trandoshanos eran raros porque la cultura del planeta se basaba en la depredación y la supremacía, ideales que no siempre casaban bien con los preceptos de la Orden. Incluso cuando los niños trandoshanos tenían afinidad con la Fuerza, era raro que los llevaran al Templo Jedi para entrenarlos. Pero Sskeer no solo había llegado a Coruscant, sino que había destacado, convirtiéndose en un Maestro Jedi de pleno derecho. Todo era posible.

Jora no creía que fuera a necesitarlo durante aquella reunión del Consejo y pensaba que él también lo sabía, pero Sskeer siempre andaba cerca y había sido particularmente útil en situaciones en las que estaba convencida de no necesitarlo. Sskeer le había salvado la vida cuatro veces.

«Y las que quedan», pensó.

La reunión empezó y el asunto a tratar era realmente importante. La canciller de la República, Lina Soh, les había pedido a los Jedi que se implicasen directamente en una misión que había asignado a la Coalición de Defensa de la República: encontrar y encarcelar o aniquilar a un grupo de saqueadores del Borde Exterior que se daban a conocer como los Nihil.

Estos habían interferido con las hipervías galácticas en un aparente intento por extorsionar a sistemas, pidiendo sumas enormes de dinero. Eso en sí ya era bastante malo, pero sus actos también habían causado las muertes de millares de millones de personas y habían paralizado una amplia región de la galaxia.

Debían ocuparse de los Nihil. La cuestión era el rol que debían desempeñar los Jedi en la misión.

Jora escuchó los argumentos planteados por los distintos miembros del Consejo. Insistieron mucho en interpretar la voluntad de la Fuerza, escuchar la voz de la Fuerza, dejarse guiar por la Fuerza y demás. A Jora le pareció tedioso. Un embrollo filosófico.

Para ella era muy sencillo. Los Jedi estaban conectados al lado luminoso de la Fuerza de una manera profunda. Cualquier decisión que tomaran, por tanto, era voluntad de la Fuerza. El estudio y la concentración hacían de los Jedi mejores instrumentos de esa voluntad, sin duda, igual que una espada láser bien conservada funcionaba mejor que una

deteriorada, pero enredarse en debates interminables sobre lo que la Fuerza quería era paralizante. Una pérdida de tiempo.

—Esto es una intervención militar —dijo la Maestra Adampo, peinando los largos bigotes blancos que colgaban de su barbilla, en un tono claro y firme—. Los Jedi no son una fuerza militar. Me parece muy sencillo.

—Pero en el pasado fuimos una fuerza militar —dijo Oppo Rancisis—. De hecho, nuestros predecesores libraron y ganaron la Gran Guerra Sith. Hay infinidad de precedentes de ese tipo de cosas en la crónicas.

—Es verdad, pero ahora no estamos en guerra. Nunca hemos estado tan lejos de la guerra —dijo Rana Kant.

—No es cierto —replicó Yarael Poof—. Ha habido momentos en nuestra historia en que la Orden la formaban solo un puñado de miembros.

—¿Qué hacemos hablando de historia? —dijo Ephru Shinn, la más reciente miembro del Consejo, una mon calamari elegida por Yoda para ocupar su escaño, mientras el gran Maestro se mantenía al margen de los asuntos del Consejo—. Deberíamos preocuparnos por el ahora, no por antiguos imperios, victorias o derrotas. ¿Cuál es nuestro rol en la República, en estos momentos?

Levantó una mano.

—Creo que los Jedi deberían ser un ejemplo para los muchos pueblos de la galaxia de una forma de vida basada en la paz. Debemos mostrarles el camino. La República es extraordinariamente receptiva a esa idea ahora mismo.

—Sí, pero somos guardianes de dos ideales, ¿no? —dijo Yarael Poof—. A veces, por desgracia, entran en conflicto. Debemos defender la paz, pero también la justicia. La paz sin justicia es fallida, vacía por dentro. Es la paz de la tiranía.

—No creo que exista un solo caso en que los Jedi nos hayamos involucrado en asuntos militares del gobierno de la galaxia que no haya generado más que infinitas complicaciones —contestó Ephru.

—¿Y acaso debemos buscar simplicidad? La galaxia no es un lugar sencillo, Maestra Shinn —dijo el Gran Maestro Lahru.

Y así siguieron. Jora escuchaba, pero no habló, dejando que los demás miembros del Consejo expusieran claramente sus posiciones. Estas se fijaron, con cinco miembros favorables a acceder a la petición de la canciller e incluir a los Jedi en la misión contra los Nihil y cinco en contra.

La decisión dependía de Jora, lo que le parecía perfecto porque sería su nave, el *Ataraxia*, la que acompañaría a las fuerzas de la República en la misión.

Los miembros del Consejo la miraron, esperando que hablara. Y habló.

—Ya saben que no soy de muchas palabras. Prefiero la acción. En este caso, creo que la decisión es muy sencilla. Es lo mismo que me pregunto yo siempre que hago algo.

Volvió a desear que Reath estuviera allí con ella, pensando en la lección que podría haber aprendido. Tendría que contárselo todo más adelante.

—¿La acción que voy a emprender aportará más luz a la galaxia?

Abrió los brazos.

—En este caso, la respuesta me parece clara. Los Nihil han exterminado a mucha gente por todo el Borde Exterior, generan conflicto y sufrimiento. Deberíamos actuar para reducir su capacidad de volver a hacer nada de eso. Mi *Ataraxia* acompañará a la flota del almirante Kronara.

—¿Y después? —preguntó Oppo Rancisis—. ¿Tiene idea de lo que hará cuando encuentren a los Nihil?

—Sí, Maestro Rancisis —dijo Jora—. La voluntad de la Fuerza.



TERCERA PARTE
La Tormenta



CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

EL BORDE EXTERIOR. LA NEBULOSA KUR.

El *Nueva Élite* salió del hiperespacio cerca de una nebulosa verde que bañaba el puente de la nave con un tono enfermizo y cenagoso. Kassav odiaba aquel color. Era de Siluur, en el espacio hutt, un mundo árido donde lo único verde que se veía era moho. El verde era poco natural, un mal color, un mal augurio.

Allí abundaban los malos augurios.

El puente de la nave estaba en silencio, sin música. Kassav no se sentía cómodo. Bajó la vista hacia lo que quedaba de su mano, que el droide médico le estaba tratando, cosiendo la carne seccionada, remendándola lo mejor que podía. Podía elegir entre conservar una especie de garra con unos pocos dedos o cortar lo que quedaba y colocarse una prótesis. En todo caso, su mano del bláster nunca volvería a ser la misma. Tendría que aprender a disparar con la izquierda.

«Marchion Ro», pensó Kassav. «El condenado Marchion Ro».

—¿El Ojo te dijo cuándo aparecerán las naves de la República? —preguntó Calado—. Traemos muchísimo arsenal... deberíamos ser capaces de abatir todo lo que aparezca, deshacernos de la caja negra que nos dijo Marchion Ro... ¡y volver a nuestros negocios!

El gungan sonrió, con sus enormes y estúpidos dientes brillando como hongos de cueva bajo la extraña luz de la nebulosa.

—Estoy harto de esperar —continuó Calado—. Somos los Nihil. ¡Tenemos que cabalgar la tormenta!

Kassav levantó la vista de su maltrecha mano diestra, frunciendo el ceño hacia su lugarteniente.

—Escucha, cloaca estúpida. Esperarás hasta que yo te lo diga. Y después harás lo que yo te diga, sin rechistar.

Calado levantó las manos, las dos perfectamente sanas, como para restregárselo, y reculó.

—Vale, jefe —dijo.

Calado parecía un cadáver. Un cadáver mohoso después de tres semanas muerto. Kassav echó un vistazo al puente, a su tripulación. Todos tenían el mismo aspecto. La maldita nebulosa.

Al otro lado de la ventanilla del puente vio que el resto de su *Tempestad* salía del hiperespacio, como estaba previsto. Centenares de naves, la mayoría pequeñas, naves Rayo y Nube, con unas pocas naves más grandes. Naves de asalto, cargueros modificados, ese tipo de cosas.

Su gente, todos leales a él y solo a él. Todos Nihil, sí, pero aquella gente no obedecía las órdenes de Pan Eyta ni Lournadee... aún menos las de Marchion Ro.

Kassav pensó en su flota, observando cada nave. Básicamente, su Tempestad al completo, excepto unos pocos que estaban ocupados. Quizá no fuera la más bonita de la galaxia, pero era poderosa. Podía causar verdaderos estragos. Pan Eyta elegía tipos engreídos y reflexivos para sus equipos. Lournadee elegía mentirosos y rateros. Kassav... bueno, él siempre había querido guerreros. Pensaba que, a la hora de la verdad, su Tempestad probablemente podría acabar con las de Pan Eyta y Lournadee unidas. Guerreros, todos y cada uno de ellos, todos creían lo mismo, una lección que Kassav había aprendido cuando empezó a andar: si estás en una batalla, no puedes dejar de luchar. Ganes o pierdas.

De hecho, viendo a su Tempestad congregándose alrededor del *Nueva Élite*, se le ocurrió algo, y no era la primera vez, ¿realmente necesitaba a los Nihil? ¿Por qué no reunía a toda su gente y se marchaba de allí? A la otra punta del Borde, a buscar otro sitio en el que trabajar. Los Caminos eran útiles, pero no los necesitaba, y tampoco necesitaba a Marchion Ro para nada. La galaxia era muy grande. Podía empezar unos nuevos Nihil, había aprendido todas las tácticas, nada le impedía aplicarlas en otro sitio.

Pero nada de toda aquella condenada historia de las tormentas. Estaba harto. Mejor algo relacionado con... el fuego.

Sí, podía funcionar. Chispas en la base, después Llamas, Hogueras e Incendios... sí, podía funcionar. Y él en lo más alto, como su sol. Kassav, un gran y poderoso sol alrededor del que giraba todo lo demás.

Perfecto. Funcionaría a las mil maravillas. Siempre había gente buscando algo a lo que pertenecer, un camino para seguir avanzando... y la República era rica, enorme, idónea para desplumarla. Esos investigadores Jedi que tanto asustaban a Marchion estaban buscando a los Nihil, no a él en particular. Sí, podían saber su nombre y conocer su nave, después de Eriadu... pero podía cambiarlos ambos. Si Marchion Ro y los demás Jinetes de la Tempestad amaban tanto la organización, que soportasen ellos la presión y se encargasen de todos aquellos que querían acabar con los Nihil.

De hecho, ¿qué demonios hacía esperando las estúpidas naves de la República y la caja negra? Mejor que se la quedaran y la usaran para encontrar a Marchion y todos los demás Nihil. Así mataría dos pájaros de un tiro. Tenía toda su Tempestad allí reunida. Podía dar la orden de marcharse cuando quisiera.

Kassav hizo un gesto para que el droide médico se marchase. Echó mano a los controles de comunicaciones de su silla de mando, notándose raro con su mano mala, y empezó a introducir el código para hacer una transmisión a toda la flota.

«Adiós tormenta, hola fuego», pensó.

Dellex habló desde el puesto de radares.

—Naves saliendo del hiperespacio, Kassav.

La miró y vio que tenía los ojos entrecerrados.

—¿Los transportes de la República?

Ella se inclinó hacia delante, como si no creyera lo que sus radares le decían.

—Puede ser la República, pero no son pocas naves —dijo, y levantó la vista para verlo bien, abriendo mucho su ojo orgánico—. Es... una flota de guerra.

El almirante Kronara estaba en el puente del *Tercer Horizonte*, estudiando la pantalla táctica, concentrado en la rápida retahíla de datos sobre las fuerzas enemigas que le suministraban los sensores de la nave. Parecía que su coalición se iba a enfrentar a toda la flota Nihil, que no parecía la de unos saqueadores caóticos, en realidad. Docenas de naves de todos los tamaños, desde cazas hasta una nave insignia, una embarcación personalizada del tamaño de una corbeta estándar. Los escáneres ya estaban haciendo un esquema de sus capacidades militares, que parecían bastante considerables. No iba a ser pan comido. Ninguna de las naves parecía serlo, en realidad. Todas iban armadas, con todo tipo de armas, desde cañones láser hasta minas magnéticas.

Allí había potencial para una batalla de un alcance que un alto mando militar de la República como él no había visto en décadas. Ese era el problema del buen trabajo de la Canciller Soh. Los hutt estaban tranquilos, los mandalorianos no habían dado problemas desde antes de que él naciera y los combates más grandes que debían librar no pasaban de meras escaramuzas. La República ni siquiera tenía flota regular, solo algún crucero de clase Emisario como el *Tercer Horizonte* y varias naves más pequeñas de apoyo y tácticas.

En general, cada sector y planeta se ocupaba de su propia seguridad. En el raro caso de que surgiera alguna amenaza más seria, se podían activar los tratados de la Coalición de Defensa de la República. Mundos prósperos como Chandrila y Alderaan debían suministrar naves y personal para colocarlos al mando de los oficiales militares de la República, que regresaban a sus planetas cuando la crisis se superaba. Como en esta ocasión. Siguiendo órdenes de la canciller, Kronara hizo la petición y había reunido un destacamento bastante notable. La mayor parte de los mundos del tratado se habían mostrado encantados de aportar, todos deseaban castigar a los Nihil, los criminales que habían mutilado la galaxia.

Bajo su mando directo, Kronara tenía al *Tercer Horizonte*, con sus Vigalargas y su considerable dotación de Alacielos Z-28 Incom, de hecho, sus hangares albergaban a la mayoría de la pequeña división de cazas de la República. Aparte de eso, los mundos miembros de la CDR habían aportado cinco cruceros patrulla de clase Pacificador, cada uno con cien tripulantes y sus propios escuadrones de Vigalargas y Alacielos. Y otro grupo iba de camino. No era uno de los firmantes del tratado de la CDR, ni necesariamente alguien a quien él hubiera invitado, pero tampoco el tipo de gente que podías rechazar. Sobre todo teniendo en cuenta la tragedia que habían sufrido con las Emergencias.

Otra nave apareció en la pantalla, fuera de su autoridad, pero aliada, el *Ataraxia*, el crucero estelar de la Orden Jedi. Era una nave preciosa, diseñada para evocar sutilmente el símbolo de la Orden, con su casco y alas curvadas con toques de blanco y dorado. El *Ataraxia* quedaría permanentemente apostado en la nueva Baliza Starlight, cuando la estación entrase en marcha, pero ese día había acudido a respaldar al destacamento de la CDR. La nave disponía de armamento ligero, pero podía cargar gran cantidad de Vectores y en esos momentos sus hangares estaban repletos. Antes de que llegasen, Kronara no estaba seguro de que los Jedi realmente participasen, a pesar de la petición de la Canciller Soh. Los Jedi estaban vinculados a la República de muchas maneras, pero podían desmarcarse de ella siempre que lo consideraran oportuno. En cualquier caso, se alegraba de que la Orden estuviera allí. Los Jedi solían ser muy útiles.

El almirante Kronara no quería una guerra, pero aprovechaba cualquier oportunidad que se presentaba de reunir una flotilla de la coalición y hacer un verdadero entrenamiento en combate y coordinación. Mejor aún, en aquella situación no había ninguna ambigüedad moral. Los Nihil eran claramente los malos de la historia. ¿Una intervención militar plenamente justificada contra una fuerza insignificante? ¿La oportunidad de hacer de la galaxia un lugar más seguro? Sí. Pensaba aprovecharla.

Volvió a concentrarse en la pantalla, revisando la táctica que estaba a punto de emplear. Sus fuerzas estaban en verde, en hileras uniformes y disciplinadas. Los Nihil eran una caótica e inquieta masa roja. Muchas naves. No resultaba fácil predecir cómo irían las cosas. Kronara había estudiado los escasos datos disponibles sobre los Nihil, recopilados por las fuerzas de seguridad de varios mundos del Borde Exterior. Tenían fama de ser salvajes. Más inquietante aún, los informes sugerían que prácticamente podían aparecer y desaparecer cuando y donde querían. No terminaba de entenderlo, pero sugería que podían emplear tácticas muy peculiares.

Bueno, que las empleasen. Él también tenía las suyas.

Volvió a mirar su pequeña flota en la pantalla. No era exactamente una flota, pero eran bastantes naves, a fin de cuentas.

Si los Nihil querían pelea, la tendrían.

El almirante Kronara tecleó en su comunicador, llamando al *Ataraxia* para coordinar las maniobras iniciales con su comandante, la Maestra Jora Malli. La conocía bastante bien, una mujer de mentalidad muy marcial, como muchos Jedi, y la habían elegido para dirigir el templo Jedi de la Baliza Starlight, cuando la estación entrase en funcionamiento. Pero como eso no había sucedido aún, allí estaba, al mando de la reacción de la Orden a los Nihil.

—Maestra Malli —dijo—, vamos a intentar contactar con la nave comandante de los Nihil. La oclusión de la nebulosa deja menos puntos de salto al hiperespacio y los tenemos prácticamente todos bloqueados. La mayoría de las naves Nihil no parecen

bastante grandes para llevar computadoras de navegación a bordo que puedan calcular otra salida en un plazo razonable. Tendrán que hablar o combatir, no pueden escapar. Si quieren caldear las cosas, ¿estará preparada?

—Por supuesto, almirante —llegó la voz suave de Jora Malli—. Creo que yo misma pilotaré un Vector, si llegamos a eso. Tengo a Avar Kriss aquí, en el *Ataraxia*, ella puede ayudar a conectar a todos los Jedi, como en el sistema Hetzal.

—Fantástico —dijo el almirante, sinceramente. Los Jedi siempre eran muy impresionantes, pero lo que había visto en Hetzal durante el desastre del *Ruta Legado* había sido extraordinario. Si Avar Kriss era capaz de aplicar aquella habilidad a una batalla, podía darles una ventaja decisiva.

El almirante Kronara se llevó las manos a las lumbares. Echó un último vistazo a la pantalla táctica y dio la orden:

—Abran un canal de comunicación —dijo—. Veamos si esos criminales quieren hablar.

—Nos hablan —dijo Dellex.

—No respondas —gruñó Kassav.

—No pensaba hacerlo —le espetó ella—. Pero debemos hacer algo. Todo ese polvo espacial de la nebulosa nos impide saltar desde donde queramos. Las naves de la República están bloqueando el punto de acceso a la hipervía más cercano. Podríamos salir con un Camino, pero el Ojo no nos dio ninguno.

—Debemos atacar, ¿no? —preguntó Gravhan, desde el puesto de artillero—. Aunque sea una flota de guerra, si no los matamos, los Nihil están acabados.

—Denme un segundo, ¿vale? —gruñó Kassav.

Se volvió hacia Dellex.

—¿No hay otro? Otro punto de acceso a la hipervía sin Camino, me refiero.

La mujer consultó sus monitores.

—Sí. No está cerca, pero si volamos a toda potencia, quizá podamos llegar antes de que las naves de la República nos atrapen.

—Vale —dijo Kassav—. Da la orden a todas las naves, que se dirijan a ese otro punto de salida. Después, que se dispersen y esperen mis noticias sin hacer nada. Nada, ¿entendido? Ni asaltos, ni nada. Solo esconderse hasta que yo lo diga.

Gravhan intervino.

—No pretendo cuestionarte, jefe, pero...

—Pues no lo hagas —dijo Kassav, mirándolo mal.

Le dolía la mano. Le dolía la cabeza. Le dolía todo. Solo quería que pasase algo bueno. Pero Gravhan no parecía entenderlo. Tragó saliva. Tenía la garganta seca como el polvo.

—La cuestión, Kassav, es que Marchion nos explicó a Calado, a Dellex y a mí las órdenes que te dio, y dijo que si no las cumplías pues...

—Pues ¿qué? ¿Qué van a hacer? —rugió Kassav, sacando su bláster con la mano izquierda y apuntándolo a su supuestamente leal Tormenta. ¿Ahora Marchion Ro le daba órdenes a su gente? ¿A sus espaldas?

Calado y Dellex sacaron sus armas... bueno, Dellex solo tuvo que activar su cañón de hombro, pero lo vio encenderse y oyó su leve zumbido. Los demás Nihil del puente quedaron petrificados, sin saber qué hacer, esperando a ver cómo evolucionaba todo.

—Se supone que debemos matarte —dijo Calado—. Eso es lo que nos dijo el Ojo, si no cumplías sus órdenes. Dijo que lo que hiciste en Eriadu nos ha puesto a todos en peligro y que es la única manera de estar seguros. La única manera de que las cosas vuelvan al buen camino.

«¿Lo que hice en Eriadu, gusano traidor? ¿Lo que hice? Como si no hubieras estado allí, a mi lado, ayudándome a gestionar todo el golpe», pensó Kassav.

Quizá pudiera matarlos a los tres... pero no con su mano mala. Mantuvo su bláster apuntado a Gravhan y habló, escupiendo las palabras.

—Cualquiera diría que Marchion Ro sabía que nos íbamos a topar con una flota de guerra de la República. Miren, solo hay dos posibilidades, o lo sabía y nos mandó a morir aquí, o no lo sabía y querría que salgamos vivos de esta, para seguir con lo nuestro. Sea como sea, debemos marcharnos. Ya encontraremos otra manera de deshacernos de esa maldita caja negra.

Vio que los tres Tormentas se planteaban las opciones.

—Calado, al comunicador. Intenta contactar con el Ojo. Explícale lo que pasa y pídele un Camino para salir de aquí.

El gungan esperó un par de segundos, enfundó su bláster y volvió al puesto de comunicaciones.

—Dellex, da la orden al resto de la flota. Diles que escapen, que vayan al otro punto de transferencia lo más rápido posible. Gravhan, vuelve a los cañones, por si los malditos de la República deciden empezar a disparar.

—Marchion Ro no responde —dijo Calado—. Pero el crucero de la República vuelve a contactar con nosotros.

Kassav lanzó una mirada a sus lugartenientes.

«¿Lo ven?», decía aquella mirada. «Estamos solos».

Sin añadir nada más, dejaron sus armas y obedecieron sus órdenes.

Sintió que los motores del *Nueva Élite* ganaban revoluciones, preparándose para escapar de la trampa en la que cada vez estaba más seguro que Marchion Ro los había metido.

—Ugh —dijo Dellex, en un tono inusualmente sumiso.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó.

—Acaba de llegar otra flota. Al otro punto de acceso hiperespacial. Estamos acorralados, Kassav.

—Dime que son Nihil —dijo—. Dime que es la Tempestad de Pan Eyta.

—No. Todas las naves son de Eriadu.

—Donde salió mal el intento de extorsión —dijo Calado—. Donde aquella luna terminó destruida.

La aclaración era totalmente innecesaria. Todos en el puente sabían lo que habían hecho en Eriadu, con todo lujo de detalles.

Pero lo que quizá no conocían era la reputación de sus habitantes. Kassav sí. Lo había estudiado después de su visita fugaz al sistema. Lo que descubrió le hizo maldecir durante un minuto seguido. Al parecer, los Nihil no eran los únicos depredadores de la galaxia.

Eriadu era un planeta de guerreros. Toda una cultura basada en ideales de venganza y justicia, sangre y honor, irritables, siempre riñendo y envenenándose unos a otros y esas cosas.

Pero, por el momento, parecían haber apartado sus rencillas para unirse y venir a cazarlo.

—No creo que escapemos —dijo Kassav—. Comunícaselo a todas las naves. Es hora de combatir. Acabemos con ellos.

Todo el puente se concentró en sus puestos, preparándose para la batalla. Parecían excitados, incluso los idiotas de sus lugartenientes, que deberían ser un poco más espabilados.

Kassav pulsó un botón en su silla de mando y empezó a sonar la música. Más chatarrapunk, palpitante, pesado y ruidoso. Subió el volumen al máximo.

—¡Por los Nihil! —gritó, cerrando con dolor su mano mutilada en un puño y levantándolo sobre su cabeza.

—¡Por la tormenta! —llegó el grito de respuesta, expectante e impaciente.

Kassav miró a sus hombres, pasando de cara en cara.

Bajo la luz verde de la nebulosa de Kur, que seguía colándose por las ventanillas, todos parecían cadáveres que llevaban tres días muertos.

«Por los Nihil», pensó Kassav. «Por la tormenta».



CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

ESPACIO. SISTEMA ELPHRONA.

Loden Greatstorm aceleró un poco más su Vector, volando hacia la nave dañada de los Nihil por el vacío, con la esfera de color hierro y óxido de Elphrona alejándose tras ellos. Sintió que Indeera hacía lo mismo con su nave.

No estaba lejos. Sabía que para hacer un salto seguro a la velocidad luz necesitaban estar muy lejos de Elphrona. Como la superficie del planeta, el espacio alrededor era un torbellino de campos magnéticos y distorsiones gravitacionales. Los Nihil no podrían escapar antes de que los alcanzasen.

Y entonces... bueno, se dejaría guiar por la Fuerza. No quería a los secuestradores Nihil muertos. No quería que nadie muriera, nunca... pero a veces la gente elegía su final y ni él ni la Fuerza podían hacer nada por evitarlo.

Bueno, eso era fatalismo. Haría todo lo que estuviera en su mano por salvar todas las vidas de la nave, pero los inocentes tenían prioridad y la frontera entre inocentes y culpables había quedado meridianamente clara cuando los Nihil habían decidido arrojar a la niña por la escotilla.

Activó su comunicador.

—Bell, ¿me recibes?

—¡Maestro! —llegó la respuesta al instante.

—¿Has...?

—Sí —dijo Bell—. La agarré y aterrizamos a salvo. Se llama Bee. Tiene miedo por su hermano y su padre, pero está bien.

Loden sonrió.

—Sabía que podías hacerlo —dijo—. En mi opinión, nada de lo que se le ocurra al Consejo para tus pruebas superará lo que acabas de hacer. Propondré tu ascenso a Caballero Jedi cuando todo esto termine.

—¿En serio?

—En serio. ¿Me has oído, Indeera?

—Perfectamente, Loden —llegó la voz de Indeera por el comunicador.

—¿Lo ves, Bell? Ya está —dijo Loden—. Pero debes llevar a Bee al puesto avanzado. Su madre está allí, con Porter Engle. Dile que llevaremos al resto de su familia antes de lo que esperan. Y que Porter le dé un poco de estofado.

—Pensaba presentarle a Ascuá, también —dijo Bell.

—Perfecto. Voy a cortar, Bell, Indeera y yo tenemos trabajo. Estoy deseando celebrar tu ascenso, Caballero Jedi Zettifar.

—Maestro... gracias.

—Ya no soy tu Maestro, Bell. Eres un Caballero Jedi.

—No hasta que el Consejo lo oficialice y quiero que usted asista al acto. Que la Fuerza lo acompañe.

—Me acompaña, Bell, no te preocupes. Hasta pronto.

Loden desconectó su comunicador y volvió a concentrarse en la nave Nihil. La tenía a tiro de láser y los cañones traseros de la nave dispararon unas cuantas descargas contra ellos.

Indeera y él viraron hacia un lado, moviendo sus Vectores al unísono, esquivando fácilmente las descargas. Su comunicador cobró vida con un crujido.

—¿Cómo vamos a hacerlo, Loden? —preguntó Indeera.

—Los dos tenemos espacio para un pasajero y hay dos Blythe en la nave. Los detendré y después tú te llevarás al primero y yo al segundo.

—¿Y ya?

—Y ya. Ya está. No quiero pensar demasiado.

—Me parece perfecto. Te sigo.

Loden aceleró, colocando su Vector a una velocidad que adelantó rápidamente a la nave Nihil.

—Prepárate —dijo... tanto para Indeera como para sí, hasta cierto punto.

Empujó su volante hacia delante y a un lado, al mismo tiempo que se proyectaba en la Fuerza y envolvía las superficies de control reactivas del Vector y las potenciaba, permitiéndole realizar una maniobra imposible para cualquier piloto no Jedi. Oyó a Indeera por el comunicador lanzando un grito y notó que esbozaba una sonrisa.

El Vector ascendió en espiral hasta colocarse sobre la nave Nihil, rotando como un taladro, esquivando los disparos desesperados de los cañones de la nave y terminando en una posición con su nave morro con morro con la de los Nihil, aunque volando marcha atrás, igualando la velocidad de la otra nave, mucho más grande, a la perfección. Estaban tan cerca que quedaba dentro del rango efectivo de los cañones de los Nihil y, mientras siguiera allí, no podrían darle.

Y, lo más importante, tenía una visión clara del interior de la cabina, donde una mujer claramente alarmada pilotaba la nave. Era una Nihil, la primera a la que veía sin su máscara, y parecía... una persona. Una joven humana con el pelo corto, manchas rojizas en la cara por la carrera en la superficie de Elphrona y dos rayas en zigzag pintadas en azul en una mejilla. Una hija de la Fuerza, como todos.

Pero la Fuerza nunca decidía por ti y aquella persona había hecho muchas cosas atroces, ya fuera por necesidad o voluntariamente.

Había llegado la hora de saldar cuentas.

Loden levantó una mano de su volante. La movió suavemente hacia un lado, mirando a la mujer Nihil fijamente a los ojos, y habló.

—Va a frenar su nave y después abrirá la escotilla externa.

A través del transpariacero de la cabina, vio que la mujer vocalizaba aquellas mimas palabras. Loden reservaba el contacto mental para momentos de extrema necesidad, como aquel. No necesitaba que ella le oyera... el nombre de la técnica era muy apropiado. Mente con mente, era todo lo que necesitabas.

Loden mantuvo la vista fija en la piloto, manteniendo la conexión, por si debía dar más instrucciones. Notó que la nave Nihil frenaba y después a Indeera, que paraba su Vector a su lado. Loden sabía que Indeera tendría que saltar al vacío para entrar por la escotilla, pero serían unos segundos y la Orden Jedi entrenaba a sus miembros en técnicas para soportar el entorno hostil del espacio. Aquellos trucos solo funcionaban un rato, el espacio era el espacio, a fin de cuentas, pero sabía que ella podía hacerlo.

De hecho, su conexión en la Fuerza le dijo que ya lo estaba haciendo.

Sensación de gran alarma dentro de la nave, rápidamente aplacada. No sabía si Indeera había empleado un contacto mental o si se había visto obligada a matar a los demás Nihil, sabía que varios habían sobrevivido a lo sucedido en Elphrona.

«Esto terminará pronto», pensó.

Cuando Indeera acabase y hubiera sacado al primer Blythe, Loden podría colarse en la nave Nihil. La inutilizaría, para que si quedaba algún Nihil vivo pudiera ser recogido por las fuerzas de seguridad de Elphrona o una nave de la República. Después podría llevar a su pasajero recién rescatado hasta la superficie para que se reuniera con su familia. Una jornada muy productiva, en definitiva...

De repente, apareciendo a su alrededor de la nada, naves, muchas naves, saliendo del hiperespacio, rodeándolos a él, la nave Nihil y el Vector de Indeera. No era posible, tantas naves en un salto tan coordinado y tan cerca de un planeta, pero allí estaban. Demasiadas para contarlas, de todo tipo. Una más grande en el centro, elegante y amenazante, rodeada de un enjambre de otras más pequeñas. Todas con las tres franjas en zigzag pintadas en el casco. Otra vez, los relámpagos.

Otra vez, los Nihil.

Todo el mamparo delantero del puente del *Lourna Dee* era una gran ventanilla construida en transpariacero triplemente reforzado con matriz de núcleo de diamante.

A través de ella, Lourn Dee pudo ver lo que le habían mandado a recoger a aquel planeta perdido, una nave Nube Nihil que había llevado al equipo de Dent Margrona hasta Elphrona para secuestrar a una familia y pedir rescate por ellos a sus ricos parientes de Alderaan. Cerca de allí, dos de aquellas irritantes naves Jedi, los Vectores.

Uno justo delante de la nave Nube, tan cerca que sorprendía que no hubieran chocado, pero había oído que los pilotos Jedi podían hacer cosas asombrosas.

No les iban a servir de mucho. Dos Vectores contra una Tempestad de los Nihil.

El Vector se alejó del morro de la Nube, intentando escapar o colocarse en posición de ataque.

Lourna Dee resopló.

«Buena suerte», pensó.



CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

ESPACIO PROFUNDO. LA NEBULOSA KUR.

Kassav miró la pantalla táctica, frunciendo el ceño. Casi al mismo tiempo que daba la orden a su *Tempestad* de colocarse en posición ofensiva, de pasar al ataque, los cruceros de la República habían desplegado una riada interminable de aquellos cazas con forma de punta de flecha suyos, los *Alacielos*, además de gran cantidad de sus otras naves más grandes, los *Vigalargas*.

Su gente estaba respondiendo tan bien como solían en sus escaramuzas, pero los grandes cañones del crucero pesado de la República y sus cinco acompañantes de menor tamaño eran implacables, con prácticamente cada disparo alcanzando a una nave *Nube*. Los escudos del *Nueva Élite* y de algunas de las naves *Nihil* más grandes podían resistir aquellos disparos, al menos un rato, pero ¿las *Nube*? Imposible. Brillaban entre una nube de fuego y duracero volatilizado cada vez que las alcanzaban.

Los números seguían estando a su favor, pero eso no duraría, y las naves *eridu* se acercaban, avanzando firmemente hacia ellos. O sus *Nihil* abrían un agujero en la flota de la República y llegaban hasta el punto de acceso a la hipervía o podían morir todos allí.

Y había otra nave, el crucero *Jedi*. Hasta el momento, no había hecho nada, pero seguro que llevaba *Vectores* a bordo. Justo lo que menos necesitaba en esos momentos.

—¿Alguna noticia del Ojo? —gritó.

—Ninguna, jefe —respondió Calado.

Kassav no la esperaba. Estaba bastante seguro de que nadie iba a mandar una milagrosa ruta de huida a su motor *Camino*. Si quería volver a ver a *Marchion Ro* para clavarle un cuchillo en un ojo a aquel idiota engreído, tendría que arreglárselas solo.

Miró la pantalla táctica, intentando pensar las órdenes que debía dar. La República estaba triturando a su gente, con disciplinados y coordinados ataques increíblemente efectivos contra su *Tempestad*, donde cada piloto actuaba por sí mismo y combatía como quería. La mayoría de los *Nihil* se lanzaban al combate, intentando abatir alguna nave de la República, labrarse una reputación, tener una buena historia que contar en el Gran Salón, pero contra aquellos militares entrenados solo podían...

«Eso es», pensó.

Abrió un canal de comunicación con toda su flota.

—*Nihil* míos... les habla el Jinete de la *Tempestad*. Le están dando una gran lección a esos idiotas de la República. Estoy impresionado. Pero quiero que abandonen esta batalla

sabiendo que no les conviene volver a enfrentarse con nosotros nunca más. Dejen de combatir a su manera. Así no aprenderán nada.

»Luchen como Nihil. Luchen libres. Luchen sucio.

Sonrió.

—Demuéstrenles quiénes somos. Es una orden.

Hicieron falta unos instantes para que todos asimilaran la orden, pero entonces una de sus naves más grandes, un carguero adaptado ligeramente más pequeño que el *Nueva Élite*, abrió las puertas de la bodega de carga. Sus motores aceleraron y algo salió disparado, propulsado por la inercia, una sustancia viscosa gris. Kassav recordó que aquella nave era robada. Evidentemente, sus nuevos dueños Nihil no se habían molestado en vaciar los contenedores de carga y quedaba claro que la nave había sido una especie de transporte de residuos.

Los residuos brotaron en una riada pestilente, cubriendo a los cazas de la República que lo seguían. Dos Alacielos dieron varios tumbos y chocaron, explotando. La explosión prendió fuego a todo el grupo y las llamas se propagaron en una oleada creciente, incendiando todas las naves republicanas cubiertas de aquel fango viscoso lanzado por los Nihil. Todas estallaron en una reacción en cadena que fue una de las cosas más bonitas que Kassav había visto en su vida.

Luchando sucio, por supuesto.

El resto de los Nihil también lo vieron y captaron el mensaje. De repente, se acabaron los combates aéreos entre naves. Kassav vio que una de sus naves aterrizaba sobre la nave más grande de la República y después hacía una aceleración de alta intensidad de sus motores, apuntando a la ventanilla. Vio que otra usaba el truco del arpón que tan bien les había funcionado en Ab Dalis, destruyendo a uno de los cinco cruceros.

Pero no todo eran buenas noticias. Una de sus naves principales, una corbeta ligera, estaba siendo atacada por un escuadrón de Vigalargas. Sus motores se apagaron y la nave quedó a la deriva.

«Se acabó», pensó Kassav. «Maldición. Esa nave podría haberme servido».

Varias cápsulas de salvamento salieron de la maltrecha corbeta Nihil y los Vigalargas interrumpieron inmediatamente su ataque y las empezaron a recoger con un aparato magnético. Las remolcaron hasta el crucero republicano más cercano, entrando en el muelle con las cápsulas a su estela.

A Kassav le preocupó por un momento lo que aquellos prisioneros podían contarle a la República sobre los Nihil y sus actividades, después se dio cuenta de que no importaba. Las cosas podían ir mucho peor aún.

Y entonces el crucero de la República estalló en pedazos, una enorme explosión que también destruyó a algunas de las naves pequeñas más cercanas. Al mismo tiempo, los motores de la corveta Nihil, la que Kassav daba por muerta, resucitaron y la nave giró, disparando sus armas contra los Alacielos cercanos.

Kassav entendió lo que había pasado. Las cápsulas de salvamento no llevaban a su gente a bordo, las habían cargado de explosivos, y como los idiotas de la República habían sido tan nobles de intentar rescatarlos porque...

—Ja —dijo para sí—. Todos somos la República.

Activó su comunicador.

—¡Eso es! —gritó—. ¡Abran un agujero en su formación! ¡Yo los apoyo!

Desactivó el sistema de comunicación y levantó una mano para morderse el borde del pulgar, un tic nervioso, hasta que notó que ya no tenía pulgar.

—¿Alguna noticia de Marchion Ro? —le gritó a Calado.

Este negó con la cabeza, con sus largas orejas sacudiéndose.

Tampoco la esperaba. Era Kassav contra la galaxia. Como siempre.

El almirante Kronara no podía creer lo que veían sus ojos. No esperaba que una pandilla de criminales combatiese con nada parecido al honor, pero aquello era... repugnante.

Una de las naves Nihil más grandes acababa de arrojar una riada de residuos de su reactor, creando una estela de radiación invisible supertóxica que no solo atascaba los sensores, sino que además envenenaba a todos los pilotos que la cruzaban. Los estaban condenando a una muerte lenta y agónica, a no ser que llegasen a instalaciones médicas inmediatamente.

«Eso también afectará a alguna de sus naves», pensó. «Están matando a su propia gente».

A los Nihil no parecía importarles. Ni eso, ni nada, aparte de causar los máximos daños posibles.

La estrategia les estaba funcionando. Solo le quedaban dos de los cruceros patrulla de clase Pacificador, el *Marillion* de Alderaan y el *Pájaro Yekka* de Corellia, además de sus tripulaciones y un buen número de Vigalargas y cazas Alacielo.

Tampoco diría que los Nihil estuviesen ganando, exactamente. Sus tácticas eran puro ataque, nada de defensa, y estaban recibiendo impactos, reduciendo su número... aunque tampoco estaban perdiendo. Aquello debía acabar y pronto. Era momento de intensificar su respuesta.

El almirante Kronara volvió a revisar sus monitores, buscando la posición de la pequeña flotilla de Eriadu que avanzaba inexorablemente hacia la batalla.

«Aún no están lo bastante cerca», pensó.

—Comuníqueme con el *Ataraxia* —dijo, gritando a su oficial de comunicaciones.

Poco después, llegó la voz de la Maestra Jora Malli por el comunicador.

—Almirante —dijo—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Los Nihil están usando tácticas poco ortodoxas, maniobras sucias. Podemos derrotarlos, pero los pilotos de la CDR no están entrenados para estas cosas. Nos llevará tiempo y nos costará vidas. Si su gente y usted quisieran...

La Jedi aceptó antes de que terminase la frase.

—Veremos qué podemos hacer, almirante. La Fuerza ofrece cierta ventaja en combate.

—Les estaremos muy agradecidos por su ayuda —dijo.

—Por supuesto —dijo ella, y cortó la transmisión.

Jora Malli entró en el hangar principal del *Ataraxia* con Sskeer a su lado. Ella llevaba un comunicador en una mano.

—Avar, vamos a desplegar el escuadrón de Vectores. Los pilotos de la República necesitan que los ayudemos a acabar con los Nihil, antes de que las cosas se pongan más feas. ¿Puedes establecer una conexión entre todos nosotros, para facilitarnos la tarea?

—Puedo —respondió Avar Kriss—. Ya oigo la canción.

Jora sabía que Avar interpretaba la Fuerza como música. Ella no la veía así. Para ella la Fuerza era... una fuerza. Pero no podía negar la eficacia de lo que la Maestra Kriss hacía.

Alrededor de ellas, los Jedi corrían hacia sus Vectores, con la tripulación no Jedi del *Ataraxia* cargando combustible y preparando las delicadas naves para volar. Vio a Elzar Mann y su amigo Stellan Gios, a Nib Assek y su padawan wookiee Burryaga, al ithoriano Mikkel Sutmani, que había participado en la fatídica misión en la que la Orden había perdido a Te'Ami... todos excelentes pilotos. Necesitaban serlo. Había repasado los datos tácticos de la batalla y las naves Nihil parecían dispuestas a todo para dañar o destruir a sus enemigos.

—¿Preparado, viejo amigo? —le dijo a Sskeer, mientras se acercaban a sus propios Vectores.

—Usted debería estar en la Baliza Starlight —respondió el Jedi trandoshano—. Debería estar ocupándose de los suministros y los iniciados revoltosos, no liderando un asalto contra un puñado de piratas. Deje que vaya solo, no es necesario que usted pilote.

—Se puede morir en la cama con la misma facilidad que en una batalla, Sskeer —le dijo, montando en la cabina de su nave.

—Eso no es cierto —gritó Sskeer, colocando una máscara de oxígeno sobre su gran hocico e instalándose en el asiento de piloto—. ¿Qué tal si acordamos que no muera ninguno de los dos?

—Trato hecho —dijo ella, cerrando la cubierta.

Jora agarró su espada láser, un cilindro dorado con protecciones curvadas de platino subiéndola hacia la empuñadura, como alas, y la colocó sobre el panel de activación de armas de la consola de su Vector. Los sistemas de objetivo se iluminaron en blanco, el color del filo de su espada láser. Había sacado su cristal kyber, entonces rojo sangre, de una antigua lanza de luz Sith y lo había curado, purgando la rabia y el dolor inculcados por su dueño original. Realizó el ritual principalmente como un ejercicio intelectual, para

ver cómo se hacía, pero cuando terminó se sentía estrechamente ligada al cristal y ahora era el núcleo de su arma principal.

Empujó su volante hacia delante y salió disparada del hangar, hacia el espacio abierto.

Aparecieron más Vectores alrededor de su nave, desplegados del *Ataraxia*.

—Sígueme, Jedi —dijo Jora Malli, y sus naves la rodearon en la formación cerrada que solo las naves Jedi podían crear.

Era una Deriva, perfectamente compuesta, y lo único más bonito que verla era formar parte de ella.

La batalla esperaba y le iban a dar la vuelta.

Las naves eriadu habían avanzado de forma lenta pero segura y ya estaban en rango visual, lo que significaba que también estaban en rango de tiro, pero no habían empezado a disparar. Kassav creía saber por qué. Los cazadores querían aterrorizar a su presa antes de matarla.

Combatir era una cosa, pero aquella espera... era agónica.

Todas las naves eran largas y finas, tipo cuchilla. Parecían espadas e iban directas hacia él.

—Desvíen un tercio de nuestras naves hacia los cruceros de Eriadu —ordenó, gritando a Calado—. Necesitamos que se marchen.

—Entendido, jefe —dijo Calado.

Sonaba dubitativo. No le sorprendía. Kassav también tenía dudas. Habían acabado con una buena cantidad de Vigalargas y Alacielos, pero los Jedi se habían sumado a la batalla con sus condenados Vectores. De todas formas, los Jedi podían morir, como cualquiera. Nadie decía que fueran inmortales.

Pero a los Nihil se les estaban acabando los trucos y las naves de la República estaban aprendiendo, dejando que los grandes cañones de sus cruceros se encargasen del grueso del trabajo. Era hora de marcharse. Lo que necesitaba Kassav era un Camino, pero las probabilidades de...

—¡Kassav! —era Calado, con un matiz nuevo en la voz... de esperanza—. ¡Tengo a Marchion Ro por el comunicador!

—¡Pásamelo! —gritó Kassav—. ¡Canal privado!

La voz de Marchion Ro sonó en la máscara de Kassav.

—Hola, Kassav —dijo—. ¿Algún problema?

«Diría que ya sabes que sí», pensó Kassav.

—Sí —dijo—. Un destacamento de la República, un puñado de Jedi, incluso algunas naves de Eriadu. Una especie de emboscada. Sé que quieres deshacerte de esa caja negra, pero nos vendría muy bien un Camino para salir de aquí. Nos están atizando duro, Marchion. Toda mi Tempestad está en peligro.

—Se suponía que serían solo unos pocos transportes —contestó Marchion Ro—. No sé qué debe de haber pasado. Te enviaré un Camino. Sigue combatiendo. Quiero hablarle a tu Tempestad también, como su Ojo.

—Vale, genial, pero ¿cuánto crees que tardarás en mandar el Camino? Porque...

La conexión se cortó. Kassav deseó poder echar a correr por la línea de transmisión, no escapar, con el único objetivo de encontrar a Marchion Ro y asesinarlo de la manera más salvaje que se le ocurriera.

Calado volvió a hablar.

—Otra transmisión del Ojo —dijo—. La reciben todas las naves.

—Pásala —dijo Kassav.

El volumen del chatarrapunk que seguía sonando por los altavoces del puente bajó automáticamente, mientras la voz de Marchion Ro resonaba por todo el *Nueva Élite* y todas las naves de la flota Nihil.

—Soy el Ojo de los Nihil y veo la batalla que están librando. Veo a la República, intentando arrebatarles la libertad, intentando quitarles los créditos que tan duramente se han ganado, intentando quitarles la vida... los quieren muertos. Solo por estar vivos. Solo por ser ustedes. Solo por recorrer caminos que no son los suyos.

»¿Quiénes son ellos para decirnos cómo debemos vivir? ¿Quiénes son ellos para venir a nuestro territorio a intentar matarnos? La República. Los Jedi. ¿Quién les ha dado derecho?

Kassav miró el puente. Dellex, Gravhan, Calado y todos los demás... todos habían dejado lo que estaban haciendo y estaban muy callados, escuchando atentamente las palabras de Marchion Ro.

De repente tuvo un mal presentimiento. Muy malo.

—No pienso permitirlo —dijo Marchion Ro—. Tengo una responsabilidad con los Nihil y la libertad en la que tanto creemos. Soy el Ojo y les daré lo que necesitan para derrotar a nuestros enemigos. Son Caminos de Batalla y con ellos...

Una pausa, una respiración contenida, y Kassav supo que hasta el último de sus hombres estaba preparado, esperando, desesperado por oír lo que diría Marchion a continuación.

—... no pueden perder.

El *Nueva Élite* se estremeció con una nueva energía extraña recorriendo todas sus superficies, hasta el núcleo. Dellex gritó, mirando sus monitores.

—Kassav... el motor Camino... ¡pasa algo!

Sskeer voló en la Deriva, con la conexión entre los Jedi que lo rodeaba reforzada por lo que Avar Kriss estaba haciendo en el *Ataraxia*. Y su conexión más fuerte era con Jora Malli, a la que tenía justo a su estribor, tan cerca que las puntas de sus alas casi se tocaban.

Los Vectores aún no habían empezado a combatir con el enemigo. Los Nihil seguían en lo suyo, enredados en batallas con Vigalargas y Alacielos. Sintió expectación alrededor, Jedi preparándose para el combate.

Su cabina estaba bañada en luz verde, el color del filo de su espada láser. Todo estaba a punto. Defender, proteger, traer justicia. Era un Jedi y...

Algo sucedió.

Las naves Nihil... se movieron. Cambiaron de lugar. Todas a la vez. Estaban en un sitio y de repente en otro. No se movían al unísono, sino en sacudidas y embestidas independientes, desapareciendo y reapareciendo a diversas distancias de sus posiciones originales.

Volvió a suceder y no vio explicación, ni patrón. Unos Nihil desaparecieron de un punto y entonces...

La sensación fugaz de algo grande y sólido, demasiado cerca para esquivarlo, justo en medio de la Deriva, y después un impacto tan gigantesco que no podía comprenderlo del todo. Un enorme destello de luz y su percepción de los muchos Jedi que lo rodeaban desapareció. Entonces algo impactó en la cubierta de su cabina y la atravesó, un pedazo afilado de metal que se clavó directamente en su hombro, atravesándolo y clavándose en el asiento del piloto, seccionándole el brazo a la altura del codo.

En medio del shock, Sskeer creyó entender lo que había pasado. De alguna manera, los Nihil estaban entrando y saliendo del hiperespacio a distancias imposiblemente cortas. Uno había aparecido justo en medio de la Deriva y la colisión posterior había creado una onda expansiva de destrucción y caos.

Sskeer gritó, no tanto por el dolor o la amputación del brazo, era trandoshano, el brazo volvería a crecerle pronto, sino por algo peor.

Uno de los Jedi a los que ya no podía sentir... era Jora Malli.



CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

ELPHRONA. ÓRBITA BAJA.

Loden subió su Vector y lo alejó de la nave Nihil inutilizada, golpeando el tablero de control con su espada láser para activar las armas. Cargó sus escudos, consciente que no aguantarían más que unos pocos disparos de aquella flota aparecida de la nada. Así que el truco era que no le dieran.

—¡Indeera! —gritó, pendiente de su pantalla de amenazas y todo lo que le decía la Fuerza sobre la enorme cantidad de naves Nihil que lo rodeaban.

Un instante de respiro, como si la flota enemiga se estuviera planteando una decisión colectiva, y entonces fuego bláster. Por todas partes, una cascada. Loden ladeó la nave, serpenteó e intentó ser el blanco más difícil posible, consciente de que con aquel nivel de fuego era tan posible toparse con una descarga desviada como que lo alcanzase un disparo extraordinariamente certero de los Nihil.

Dejó de pensar en todo aquello y se envolvió con la Fuerza, dejándola guiar sus movimientos. Pensar demasiado le llevaría a acabar tropezando solo. No estaba seguro, nadie podía estarlo, pero no creía que le hubiera llegado la hora de morir.

Una descarga bláster se disipó en sus escudos delanteros y recalculó.

«No creo que sea mi hora», pensó.

—¡Estoy aquí, Loden! —dijo Indeera—. ¿Qué pasa?

—Una flota Nihil ha salido del hiperespacio y parecen enfadados.

—¿Aquí? No puede ser.

—Pues díselo —dijo Loden.

—¿Estás bien?

—Por ahora sí. Solo intento esquivarlos. Pero no podré hacerlo eternamente. Debemos resolver esto ya.

Una breve pausa e Indeera volvió a hablar.

—No están disparando a su nave ni a mi Vector.

—Lo sé. Deben querer que la familia sobreviva —dijo Loden, lanzando algunas descargas con sus cañones y volando una de las naves Nihil más pequeñas.

—¿Quiénes son estos Blythe? ¿Por qué son tan valiosos?

—¿Acaso importa?

—No... pero solo puedo llevarme a uno en mi Vector, Loden. El padre quiere que me lleve a su hijo, si logro sacarlo de aquí... pero no sé cómo voy a esquivar a los Nihil, si consigo volver a mi nave.

—Hazlo. Llévate al niño. Yo te cubriré la retirada, recogeré al padre y te seguiré hasta Elphrona. Puede que la seguridad planetaria no quiera reaccionar ante una banda de saqueadores, pero debería actuar ante toda una flota invasora.

—De acuerdo... pero, Loden... ¿cómo piensas hacerlo?

Inició un balanceo con su Vector, disparando otra vez. Esta vez falló, pero seguía vivo y combatiendo.

—Eh —dijo—. Creo que confiaré en la Fuerza o algo así.

Indeera no respondió. Loden se rio.

—Saldrá bien. O no, haré lo que pueda. Indeera, hazme un favor y deja la escotilla abierta cuando te marches.

—Suena como si tuvieras un plan.

—Yo no diría tanto. Más bien son cinco cosas imposibles seguidas. Las afrontaré de una en una.

Voló directo hacia la nave Nihil más grande, esquivando los disparos de las nueve o diez más pequeñas que lo perseguían, exponiéndose a las descargas bláster del crucero. Pero mejor un atacante que diez.

—Se me acaba el tiempo, Indeera. Tenemos que luchar. ¿Preparada?

—Preparada.

—¡Ahora! —gritó Loden.

Loden ralentizó su respiración, proyectándose hacia la Fuerza. Retiró las manos del volante, dejando solo las yemas de los dedos rozándolo. Los Vectores eran naves sensibles en general y aquel en particular más que la mayoría. En una ocasión había oído a su padawan, no, a su antiguo padawan, Bell pronto sería un Caballero Jedi, decirle a Ascuá cómo llamaba a la nave, creyendo que nadie le oía.

El *Nova*. Quizá Bell lo mantenía en secreto porque le parecía ridículo o infantil. A Loden le parecía hermoso. Deseaba habérselo comentado a Bell. La próxima vez que se vieran.

«Muy bien, *Nova*, es hora de que hagas honor a tu nombre», pensó.

Con las manos pilotó la nave y con la Fuerza disparó sus armas y serpenteó por el espacio de batalla de una manera que ningún Nihil había visto jamás, que no podían anticipar y, si Loden disparaba a matar, que tampoco podrían sobrevivir.

El *Nova* era una bola de fuego y descargas láser, alcanzando un objetivo con cada disparo, dedicando cada movimiento a esquivar o volver a apuntar.

Los atacantes Nihil pasaron de una actitud ofensiva a algo parecido a una retirada aterrorizada, con el cerco de naves que lo rodeaban ampliándose y diluyéndose, tanto por la mayor distancia entre las naves como por la permanente reducción de sus números. Solo la nave insignia seguía inmóvil, repeliendo sus láseres con los escudos.

Tenuemente, sus sentidos le dijeron que el Vector de Indeera había aprovechado la oportunidad para salir de la sombra de la nave de los secuestradores y se había colado por un resquicio en el cordón enemigo. Como sospechaba Loden, el resto de los Nihil no la siguieron. Sin duda tenían controladas las comunicaciones entre Loden e Indeera o tenían

acceso a las imágenes de alguna cámara del interior de su nave averiada. En cualquier caso, sabían que Indeera se había llevado al niño.

Y no lo querían a él. Querían al padre, por algún motivo.

Era tarea de Loden asegurarse de que no se lo llevaran.

Sabía cómo podía subir a bordo de la nave de los secuestradores, pero no terminaba de saber qué haría después. Salir de todo aquello indemne parecía... improbable. En el mejor de los casos.

Pero también lo era contener a una enorme flota pirata con un solo Vector el tiempo suficiente para que su compañera huyera y eso le había salido. Ya se le ocurriría algo.

Loden inclinó su nave para lanzarse directo hacia la nave Nihil averiada que contenía al último Blythe.

Se aproximó y tiró fuerte del volante, frenando su nave casi hasta velocidad cero, notando que las fuerzas-g lo empujaban hacia delante.

Con una serie de movimientos rápidos asistidos por la Fuerza, sacó su espada láser de la consola, que estaba ardiente, apretó la abertura de emergencia de la cabina de su Vector, se quitó el arnés de seguridad y saltó al espacio abierto.

Loden había apuntado a la perfección. Prácticamente. Llegó hasta la escotilla abierta de la nave Nihil dañada, pero al cruzarla se golpeó una pierna con el borde y, a la velocidad que iba, fue como si le hubieran atizado con un martillo de duracero. Los huesos de la parte inferior de la pierna se partieron y Loden no sintió nada por un instante. Solo un instante.

Después dolor. Abrumador.

Chocó con la escotilla interior, fuerte, pero esto al menos se lo esperaba y pudo amortiguar un poco el impacto. Loden dio una palmada sobre el panel de control que había junto a la escotilla y la compuerta externa se cerró. El aire empezó a circular, mientras el oxígeno llenaba la diminuta cámara.

Loden dedicó un momento a examinar su pierna rota, torcida en un ángulo extraño y con el hueso roto limpiamente. No tenía buena pinta.

Fuera de la nave, por la escotilla, vio un destello de llamas y supo que su Vector estaba siendo destruido por fuego bláster.

«Adiós, *Nova*», pensó. «Fuiste una nave maravillosa».

Nada de aquello era inesperado... bueno, quizá la pierna. No era lo idóneo.

Loden pensó en los ejercicios de gestión del dolor y, aunque notaba a cierto nivel que sufría unos dolores atroces, los pudo contener y apartar. Ese truco no duraría eternamente, no podías engañar a tu cuerpo indefinidamente, pero, con suerte, le permitiría superar lo que venía a continuación.

Un pitido suave cuando la atmósfera del compartimento estanco se igualó con la del interior de la nave y la escotilla se abrió. Loden se incorporó, apoyándose en la pierna buena, ningún ejercicio Jedi era bastante bueno como para poder poner el peso sobre la otra, y entró.

Lo primero que vio fueron los cadáveres. Varios, todos Nihil, con señales evidentes de muerte por espada láser. Todos empuñaban blásters. Indeera se había visto obligada a defenderse y defender a los rehenes. Aquella gente se había buscado la ruina. El cuerpo de la piloto también estaba allí, la mujer desenmascarada a la que Loden había influido con el contacto mental.

Lo segundo que vio fue un hombre, con los ojos como platos y una pistola bláster en la mano. No parecía un Nihil. Tenía pinta de minero. El último Blythe.

—Usted es el otro Jedi —dijo el hombre.

—Y usted el padre —dijo Loden, con voz levemente trémula.

—Ottoh Blythe. Antes que nada, gracias por salvar a mi familia. Si alguna vez puedo hacer algo por usted, solo...

—No me vendría mal una ayudita con esto, ahora que lo dice —dijo Loden, señalándose la pierna.

Ottoh la miró, entendió lo que había pasado y asintió. Se guardó la pistola en el cinturón y fue hasta un mamparo con una caja de metal atornillada a la pared. La bajó, la abrió y sacó un medipac de emergencia.

Encontró una inyección y se la mostró.

—Esto no soldará una pierna rota, pero puede ayudarle a olvidar que está rota. Durante un rato, al menos.

—Sí, por favor —dijo Loden.

Ottoh le tendió la jeringuilla a Loden, que se la clavó inmediatamente en el muslo y apretó el activador. Un leve siseo y su dolor amainó de inmediato. Soltó parte de la Fuerza, reservándola para los desafíos que se avecinaban.

—¿Mejor? —preguntó Ottoh.

—Lo suficiente para que salgamos de esta.

—Han destruido su nave —dijo Ottoh—. La he visto estallar por la ventanilla. ¿Cómo vamos a escapar?

—Estamos en una nave —dijo Loden—. Y no disparan contra ella. No lo quieren muerto, lo que nos da ventaja. Lo primero será intentar negociar... tengo algunos trucos que puedo probar con su comandante y si funcionan...

Un atronador golpe seco y en ese instante algo nuevo apareció junto a ellos en la bodega. Era la punta de una especie de torpedo, muy afilada para perforar el casco, como acababa de hacer. Loden intentó empujarla de vuelta al espacio con la Fuerza, después retrocedió, dándose cuenta de que no sabía si la nave seguiría protegida del vacío. Resolver un problema podía causar otro, aunque no estaba claro, porque aquella cosa iba a explotar... cómo podía haberlo planeado tan mal... Pero al menos habían salvado a tres miembros de la familia e Indeera, Bell y Porter también habían sobrevivido... y si le había llegado la hora, bueno, en ese caso...

Unos paneles en la punta del torpedo se abrieron y empezaron a expulsar un gas azul grisáceo, como humo o una nube de tormenta, llenando al instante el compartimento. Los

Jedi podían contener la respiración mucho tiempo, pero todo había sido tan rápido que no había tenido oportunidad de respirar hondo.

Loden vio que Ottoh Blythe caía sobre sus rodillas y después de bruceas al suelo, se le ponían los ojos en blanco y los cerraba. Notaba que perdía el conocimiento.

Se proyectó hacia la Fuerza, recordando que si empujaba el torpedo podría evacuar el aire de la bodega y el veneno con él... sí, Ottoh Blythe y él quedarían en el vacío, pero los problemas mejor de uno en uno.

Pero la Fuerza se le escurrió entre los dedos. No podía pensar, no podía concentrarse.

Cayó hacia un lado, con el dolor atroz de su pierna rota devolviéndole la lucidez por un instante fugaz. Pero solo un instante. No podía pensar. Se sentía embotado, pesado.

El aire empezó a circular, creando corrientes dentro de la bodega, pero no lo suficiente para disipar el gas. Solo para removerlo un poco y crear una zona limpia cerca de la escotilla por la que Loden Greatstorm vio a los monstruos entrando en la nave.

Los Nihil.

Lourna Dee entró en la bodega, seguida por un puñado de sus mejores Tormentas. Todos llevaban máscara, que cumplía una triple función: ocultar su identidad, infundir terror y, la más importante, filtrar las neurotoxinas. En este caso era una receta que le había encargado a un envenenador de Nar Shaddaa y que no había compartido con los otros Jinetes de la Tempestad... una chica debía tener sus secretos, a fin de cuentas.

La bruma gris se arremolinaba, rompiéndose y volviéndose a formar, por lo que pudo atisbar al Jedi y al Blythe, tirados en la cubierta e inconscientes.

«Esto debería saldar mis cuentas con Marchion Ro», pensó. «Misión cumplida».

Lourna Dee se preguntaba cómo le iría a Kassav en su misión, si también se redimiría.

Esperaba que no.

—Llévense a los dos —dijo.



CAPÍTULO CUARENTA

ESPACIO PROFUNDO. LA NEBULOSA KUR.

—¿Cómo lo hacen? —gritó el almirante Kronara, viendo apagarse algunas de las luces verdes que representaban a sus naves en la pantalla táctica. Y también de las azules de los Jedi.

Las naves Nihil, cualquier cosa menos naves capitales, estaban haciendo algo inconcebible. Estaban desapareciendo y reapareciendo por todo el espacio de batalla. Los pilotos de la República no podían hacer nada y los Nihil lo estaban aprovechando al máximo, abatiendo sus Vigalargas y Alacielos uno tras otro.

Tampoco parecía que lo tuvieran todo controlado. Aparecían justo en la trayectoria de las naves de la República y los Jedi, pero también de las suyas. El resultado era un caos total. Un caos explosivo y homicida.

—¿Campos de ocultación? —gritó.

—No lo parecen, almirante —respondió uno de los oficiales del puente—. Los radares sugieren que están entrando y saliendo del hiperespacio. En saltos muy pequeños, incluso de un solo kilómetro.

—Eso es imposible —dijo Kronara.

El oficial no respondió. Obviamente, no era imposible, aquellas condenadas naves lo estaban haciendo ante sus narices.

Otro Vigalarga explotó, tres buenas personas caídas, al menos. Algunas naves de esa clase llevaban hasta veinticuatro.

Aquello era... ¿cómo se podía combatir con algo así? Era como luchar contra el caos mismo. Como intentar acabar a tiros con... una tormenta.

En el *Ataraxia*, Avar Kriss flotaba en el aire, escuchando la canción de la Fuerza. Intentaba concentrarse solo en las notas de las naves Nihil, mientras entraban y salían del hiperespacio, usando aquella extraña táctica con letal eficacia. Pero los Nihil solo eran un hilo de la gran melodía de la batalla, difícil de aislar. Entrecortado, un staccato, desapareciendo y reapareciendo. Difícil de seguir.

Frunció el ceño.

No le ayudaba que en su mente resonase la ausencia de los Jedi que acababan de perder. La gran Jora Malli y tantos otros. Un accidente, imposible de prever, pero eso no aliviaba la tragedia.

Allí.

Allí.

Lo tenía. La Fuerza le había mostrado la canción de los Nihil, su forma de volar y combatir. Ahora la podía oír con claridad y eso significaba que sabía no solo lo que estaba pasando, sino también, hasta cierto punto, lo que iba a pasar.

Avar se proyectó hacia los Jedi que combatían con sus Vectores por la red que había creado, dándoles orientación, ayudándoles a oír lo que ella oía, para que pudieran anticipar dónde aparecerían las naves Nihil... y acabar con aquella batalla de una vez por todas.

Elzar Mann pilotaba su Vector, serpenteando por la batalla, yendo de objetivo en objetivo, disparando siempre que surgía la oportunidad. La Deriva se había desintegrado después de que la colisión con la nave Nihil hubiera destruido diez de sus naves y ahora cada Jedi tenía que arreglárselas por su cuenta en la batalla.

Avar estaba allí, por supuesto, en un rincón de su mente, manteniendo conectados a todos los Jedi, ayudando y orientando, como siempre. No acababa de entender lo que hacía, la información que les pasaba era difusa, pero Elzar estaba alcanzando a sus blancos, encontrando una nave Nihil con cada descarga, a menudo recién salida del hiperespacio.

Casi daba lo mismo lo que hiciera Avar. Le gustaba tenerla en su cabeza.

Menos agradable era la sensación de los Nihil. Parecían criaturas compuestas totalmente de rabia y miedo. Bestias extrañas reptando por el fondo del mar de la Fuerza en que todas las cosas nadaban.

Elzar Mann se lanzó en picado, cazándolos uno por uno. Era increíble. Eran tan fáciles de encontrar. Su ira los hacía vulnerables. Aquello que creían que los hacía fuertes y peligrosos... los hacía débiles, en realidad.

Volvió a disparar y otra nave Nihil desapareció. Cruzó la nube de cascotes, buscando su siguiente objetivo.

—¿Estamos... ganando? —preguntó Dellex, desde su puesto de radares, intentando seguirle el rastro a la incomprensible actividad de la batalla que se libraba en el espacio, alrededor del *Nueva Élite*.

Kassav no tenía ni idea. Los Caminos de Batalla de Marchion Ro, fueran lo que fueran, parecían haber tomado el control de las naves de su Tempestad y sus motores

Camino, haciéndolas entrar y salir del hiperespacio, realizando los saltos cada pocos segundos. Eso estaba provocando que a las naves de la República les resultase prácticamente imposible alcanzarlos, pero tampoco estaba claro que eso les estuviera dando ventaja. Las pocas comunicaciones que recibía de Rayos y Nubes en combate sugerían confusión, incluso terror.

—Otro mensaje del Ojo —gritó Calado—. Por tu canal privado, Kassav.

«Marchion Ro», pensó Kassav. «El condenado Marchion Ro».

—¿Qué es esto? —preguntó.

—La victoria —dijo Marchion Ro—. Era previsible. La primera de muchas.

—¿Qué demonios significa eso?

—Mataste a mi padre, ¿verdad?

Kassav titubeó. No mucho, pero probablemente lo suficiente.

—¿De qué hablas, Marchion? ¡Estamos muriendo aquí!

—No estoy seguro de que fueras tú —dijo el Ojo de los Nihil—, pero he decidido creer que sí. Y si no fuiste tú, bueno, a Lourn Dee y Pan Eyta... también les llegará su hora. Adiós, Kassav, y gracias. Tu Tempestad y tú están a punto de salvar a los Nihil. Les agradecemos su sacrificio.

La conexión se cortó y Kassav miró la batalla por la ventanilla. Veía lo que estaba pasando, como todos en el puente.

—¿Qué están... haciendo? —dijo Gravhan.

Las naves de la Tempestad de Kassav habían vuelto a cambiar de táctica. Ya no saltaban de un sitio a otro con pequeños pasos por el hiperespacio, ahora estaban atacando directamente a las naves de la República, abalanzándose contra ellas, estrellándose directamente con las más pequeñas y apareciendo dentro de los escudos de los cruceros más grandes para impactar en su casco, creando enormes bolas de fuego y cascotes.

—¡Desconecten el motor Camino! —gritó—. ¡Ahora!

El *Tercer Horizonte* dio una sacudida cuando otra nave Nihil se estrelló contra su casco y explotó.

—¡Informe de daños! —gritó el almirante Kronara.

Había usado el mismo truco que a otros les había funcionado, salir de la velocidad luz dentro de los escudos del *Tercer Horizonte*.

—Brechas en las cubiertas tres y cuatro, pero en zonas no esenciales, almirante. Los equipos de emergencia ya van para allá, pero no afectarán a ningún sistema relevante.

Nunca había visto nada igual. Los Nihil no eran fanáticos, por lo que sabía. Eran simples saqueadores. ¿Qué podía impulsarlos a inmolarsse de aquella manera? Debían saber que la República los haría prisioneros, si podía. Ninguno de ellos tenía que morir.

—Manden otra transmisión a la nave insignia —ordenó—. Reiteren que aceptaremos su rendición sin condiciones y que serán tratados humanitariamente. Esto es innecesario. Aquella batalla no era lo que había imaginado. Aquello era... una carnicería.

La canción se había convertido en triste y Avar Kriss no quería seguir escuchándola. Por lo que podía sentir, los Nihil se habían transformado en pequeñas criaturas salvajes enjauladas, desesperadas por escapar, haciendo todo lo que podían, aunque se hicieran daño.

Aunque terminasen matándose.

Qué espantoso desperdicio.

«Se han vuelto locos», pensó Kronara.

Se consideraba un hombre de paz, a pesar de su profesión. El cliché del militar, casi siempre engañoso. Pero no en su caso. Kronara sabía que había momentos para la guerra, pero que debían ser lo más breves posibles y solo tan destructivos como fuera necesario.

Pero aquellos Nihil... estaban combatiendo cuando no tenían por qué. Muriendo cuando no tenían por qué. Ataques suicidas. Costaba imaginar qué podía llevar a seres pensantes a emplear semejante táctica. No quedaban muchos, comparados con la cantidad inicial. Había replegado a la mayoría de sus cazas a las naves capitales. Allí fuera, el grueso del bando de la República lo componían Jedi. Los Vectores y sus pilotos disponían de la maniobrabilidad y los reflejos necesarios para anticiparse a los microsaltos hiperespaciales de los Nihil.

La zona alrededor de la nebulosa estaba plagada de nubes de cascotes en lenta expansión. Un cementerio. La nave insignia era la única embarcación enemiga relevante que sobrevivía y, hasta el momento, no parecía tener la menor intención de seguir a las más pequeñas en su ataque suicida.

«Bestias salvajes. Hay que acabar con ellos».

Kronara odiaba pensar eso, pero creía que era cierto.

Como si le hubieran oído, una transmisión llegó al puente desde el *Tercer Horizonte*. Una voz fría, pero no impasible. No, había rabia en su tono, aunque controlada, concentrada como un taladro de diamantes.

El comandante de la falange de Eriadu. La gobernadora Mural Veen.

—Almirante Kronara —dijo la mujer—, sabemos que la República tiene prioridad en el combate, pero queremos solicitar permiso para ocuparnos de la nave insignia de los Nihil, teniendo en cuenta las calamidades que infligieron a nuestro sistema.

—Bien, gobernadora —respondió Kronara—. Cuando quiera.

No necesitó pensarlo. Si el contingente de Eriadu quería intentar un abordaje contra un enemigo como el que habían demostrado ser los Nihil, que les fuera muy bien. Sospechaba que lo disfrutarían, que encontrarían la manera de equilibrar la balanza.

Y cuando hubieran tomado la nave, quizá pudieran obtener algunas respuestas. Dentro de la nave insignia de los Nihil debía de haber alguien que mandaba. Había muchas cosas que la República no conocía sobre aquella organización y que necesitaba descubrir desesperadamente.

Las naves eriadu no vacilaron. En cuanto tuvieron su autorización, lanzaron el ataque, arremetiendo contra la nave Nihil como las puntas de lanza que parecían.

Kronara había visto una vez a un reek cazando. Había sido igual. No matabas una bestia enorme haciéndole una gran herida, sino con pequeños ataques, desangrándola, hasta que la criatura terminaba cayendo y moría.

Cada ataque de los eriadu inutilizó uno de los sistemas de la nave Nihil. Propulsión, armas, escudos... fueron cayendo uno a uno. La nave estaba mutilada, un simple cascarón flotando en el vacío.

Kronara vio que la nave eriadu más grande se aproximaba a los Nihil, preparándose para amarrar y abordarla.

No envidió a ninguno de los Nihil que quedaban vivos dentro de la nave. Para nada.

Kassav estaba sentado en su silla de mando del puente de la nave, antes hermosa. La música había parado, los altavoces solo emitían el zumbido de la estática. La cubierta estaba llena del humo de los sistemas achicharrados, pero su máscara lo filtraba y le permitía ver.

Por ejemplo, podía ver la pantalla de la batalla, que le mostró que su fuerte y poderosa flota había desaparecido. Unas pocas naves pequeñas aquí y allá, peleando valerosamente hasta el fin... nada más. Lo que quedaba no era una Tempestad, ni siquiera un Incendio. Apenas era un Rayo.

Marchion Ro y su padre les habían dado los Caminos a los Nihil. Todas sus naves estaban equipadas con motores Camino, directamente conectados a los sistemas de control e hiperimpulsión. Aquella máquina les permitía hacer cosas increíbles, como viajar por carreteras ocultas más allá de la estructura del espacio y realizar proezas inimaginables para cualquier otra nave.

Los Caminos hacían fuertes a los Nihil. Y, como entendió Kassav tarde, demasiado tarde, los motores Camino los hacían débiles. Marchion, sencillamente, había... tomado el control. Había llevado las naves donde quería. No sabía por qué... venganza, seguro, y algún tipo de juego de poder, pero tenía que haber algo más. Los detalles se le escapaban en esos momentos. Sinceramente, ya no importaba.

Oyó ruidos de combate a su espalda y se dio cuenta de que, dentro de poco, el último de los millares de idiotas que habían decidido seguir su liderazgo estaría muerto. Sus Tormentas, Gravhan, Dellex y Calado... todos caídos.

Kassav decidió contarles a los eriadu todo lo que sabía. Podía hacer un trato. Eso se le daba bien. Les podía contar muchas cosas... sobre Marchion Ro y los demás Nihil. Cosas que querían saber.

—¿Está al mando de esta nave?

Kassav giró su silla y vio a los eriadu. Llevaban armadura de combate y estaban tiesos como palos, haciéndole desear haber elegido cualquier otro sistema para sacarle cincuenta millones de créditos mediante extorsión.

Al frente iba una mujer delgada como un cuchillo de pelo canoso y Kassav entendió entonces que no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir. No por la imponente presencia física de ella, ni por el bláster de su mano, ni por la sangre que manchaba su armadura, sin que a ella le importase lo más mínimo.

No, había llegado su hora porque a Kassav le pareció reconocer la voz de la mujer y, si no se equivocaba, no iban a aceptar ningún trato. Imposible. Pero debía intentarlo.

—Puedo ayudarles —dijo—. Deberíamos hablar. En serio. Hagamos un trato.

—Sé lo que valen sus tratos, Kassav Milliko —contestó Mural Veen, gobernadora planetaria de Eriadu, la misma mujer a la que le había hecho promesas que había incumplido, a la que había robado, a...

Mural Veen le disparó.

El almirante Kronara estaba en el puente del *Tercer Horizonte*, en silencio. Ninguno de sus tripulantes dijo nada tampoco.

Se limitaron a contemplar cómo la última nave de los Nihil, una pequeña nave de ataque como un carguero remendado incapaz de causarle el menor daño a un crucero de la República de clase Emisario, se interpuso en la trayectoria de las baterías láser del *Tercer Horizonte* y explotó.

La luz verde de la nebulosa Kur iluminaba una escena de absoluta devastación. Pedazos de naves de todos los tamaños vagaban por el espacio de batalla. La mayoría eran Nihil, pero la flotilla de la CDR había sufrido muchas bajas, sobre todo teniendo en cuenta que esperaban una simple escaramuza con un puñado de saqueadores indisciplinados. Allí fuera flotaban los restos de dos cruceros de clase Pacificador y todos sus tripulantes, junto a demasiados Vigalargas, Alacielos y Vectores. Y, por supuesto, sus pilotos.

Si había algún consuelo, obviamente mínimo, era que Kronara estaba absolutamente convencido, sin atisbo de duda, de que los Nihil eran una amenaza que había que eliminar. Y la habían eliminado.

No sabía qué hacían allí los Nihil, ni quién formaba parte de aquel grupo, pero... ya eran historia.



CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

NO ESPACIO. LA *ELÉCTRICA MIRADA*.

Lourna Dee miró la espada láser del Jedi. Era bonita, a su manera, pero la ponía nerviosa incluso sujetar aquella maldita cosa. Era mágica, decían.

«Estoy empuñando una espada mágica», pensó. «¿Qué demonios pasa?».

—Dámela —dijo Marchion Ro, tendiendo la mano.

Ella se la entregó, contenta por librarse de ella. Marchion le echó un vistazo y empezó a darse golpecitos con ella en la máscara, justo sobre el ojo.

Paf.

Paf.

—¿Estás seguro de lo que haces? —dijo Lourna—. Es decir, si se activa...

—No lo hará.

Paf.

Estaban en una bodega de carga del *Eléctrica Mirada*, donde Lourna había llevado al último Blythe y al Jedi capturado.

No se había quedado con sus nombres. Los dos estaban inconscientes, por el gas. No quería correr ningún riesgo con la magia Jedi y les había suministrado otra dosis en el viaje de vuelta de Elphrona.

—Funcionan así —dijo Marchion, sujetando la empuñadura.

Movió un dedo y el filo cobró vida, bañando la bodega en dorado.

La movió varias veces, como experimentando, descubriendo qué sensación producía, escuchando el zumbido que emitía.

—Me la quedo —dijo.

Lourna Dee reculó un paso instintivamente, odiándose por ello. Pero Marchion Ro no era un Jedi. No estaba segura de qué era ahora. Siempre había tenido aristas, pero sabía cuál era su sitio. Era el Ojo, nada más.

Ahora... todo eso había desaparecido. Parecía... confiado, de una manera nueva y muy inquietante. Como si hubiera cambiado, crecido... convirtiéndose en algo más grande de lo que era.

O, como empezaba a sospechar, siempre había sido así y solo había preferido ocultárselo, a ella y a los otros Jinetes de la Tempestad. Pero lo sabían, ¿no? A nivel instintivo.

Marchion Ro era un depredador.

Este dio media vuelta, moviendo la espada láser más deprisa, grandes estocadas letales. Lournna volvió a recular. Le daba lo mismo que la considerase una cobarde. Si se le escapaba de las manos, aquello podía cortarla por mitad.

—La Tempestad de Kassav encontró un trampa tendida por la República, Lournna Dee —dijo Marchion Ro—. Una enorme flota de guerra. Fue una tragedia. Murieron todos. ¿Qué opinas?

—¿Sobre Kassav?

—Sí.

Estocada. Estocada.

Lournna Dee tardó bastante en contestar.

—Opino que tu espía en la oficina del senador Noor te dijo que la República sabía dónde habías mandado a Kassav. Opino que sabías que esa flota de guerra lo estaría esperando y lo mandaste con su Tempestad a morir allí. Opino... que mataste a una tercera parte de los Nihil.

Marchion Ro dejó de agitar la espada, terminando el arco que estaba trazando de tal manera que la apuntaba a ella.

—Vaya, Lournna —dijo—. Eres más lista de lo que creía. La cuestión es... ¿qué vas a hacer ahora?

La atención de Lournna Dee estaba completamente centrada en la punta de la espada láser, flotando y zumbando a solo unos centímetros de su cara.

—Supongo que podrías marcharte —dijo Marchion—, pero la República conoce todos los detalles de tu preciosa nave. Señal de transpondedor y todo. Tendrás que abandonarla y le pusiste tu nombre. Imagino que te dolerá.

Ella necesitó un momento para entender lo que Marchion Ro acababa de decir. Desvió la vista hacia su cara enmascarada, a la tormenta tallada en ella. Sabía que estaba sonriendo, lo podía notar en su voz.

—La misión de la caja negra —dijo Lournna—. Le diste la información de mi nave a la República. Por eso me encontraron. Por eso me pudieron atacar.

—Técnicamente, se la dio Jeni Watáro... pero yo se la di a ella.

—Querías verme fracasar. ¿Por qué, Marchion?

—La República necesitaba la caja negra para saber dónde mandar su flota a buscarnos. Si no, no habría podido sacrificar a la Tempestad de Kassav. Ahora creerán que nos han destruido por completo. Se relajarán una temporada. Dejarán de acecharnos.

A Lournna Dee no le importaba que Kassav hubiera muerto. Nada. Pero la osadía de Marchion, la despreocupación con la que había mandado a un tercio de la organización al matadero... ¿Quién era aquel hombre?

—¿Crees que funcionará? —dijo ella, volviendo a mirar la espada láser. Quizá pudiera saltar hacia atrás y sacar su bláster a tiempo. Quizá.

—Sí, Lournna Dee. Lo tengo todo pensado.

Desactivó la espada láser y ella suspiró aliviada. Aunque podía volver a activarla. Sabía que seguía en grave peligro. Se dio cuenta de que siempre lo había estado, desde que Marchion Ro, y su padre, habían llegado a los Nihil.

—Todos somos la República —dijo Marchion, escupiendo las palabras—. Nos guste o no, ¿verdad?

La miró y el ojo de su máscara parecía brillar.

—Nunca te he hablado mucho de mi familia y dudo que lo haga... pero vengo de algo de lo que quería escapar. Esta nave formaba parte de aquello, en realidad, hasta que todo se torció. Mi padre y yo huimos. Trabajamos duro y teníamos un plan... para los Caminos, para los Nihil... para todo tipo de cosas.

Se señaló la máscara.

—Iba a ser siempre así. Desde que nací. Creía haber escapado, pero no. En realidad no.

Lourna Dee negó con la cabeza. Ella solo...

—No entiendo por qué me mandaste a buscar la caja negra, Marchion. Si querías que la República la tuviera, ¿por qué me mandaste a buscar la maldita caja?

—Para que tu Tempestad te viera fracasar, Lourna Dee, y empezasen a plantearse nuevos liderazgos. Así no tendrías donde ir. Creo que voy a necesitarte.

—¿Para qué?

Marchion Ro ladeó la cabeza y ella supo que volvía a sonreír.

—Ya lo verás.

Lourna necesitaba marcharse, pensar. Se sentía como si Marchion la hubiera atrapado en una caja y apenas entendía la forma que tenía. Era como el Gran Salón... con paredes invisibles, pero eso no significaba que no estuvieran allí.

—Mira, Marchion —dijo—, voy a volver con mi gente. Se preguntan cosas... como por qué mandaste a toda mi Tempestad a rescatar a unos pocos Rayos y una Nube. Un poco desproporcionado, ¿no crees?

Ella señaló con un pulgar al minero, el hombre al que habían raptado, el único miembro de la familia que el grupo de la Nube de Dent había secuestrado, el que no se les había escapado. Seguía inconsciente, con los pies y las manos engrilletados, con la espalda apoyada contra una caja de la bodega.

—Tengo la sensación de que tiene algo que ver con ese tipo. Vale, da igual... no es necesario que me cuentes por qué es tan valioso. Puedes pedir el rescate, si quieres. Me tiene sin cuidado la Regla de Tres. Puedes quedártelo todo. Aunque podrías desviar parte de los beneficios para que pueda repartirlos entre mi gente.

Marchion Ro cruzó la bodega, con el ruido de sus botas resonando en las paredes de duracero.

—¿Este tipo? —dijo, mirando a Ottoh Blythe.

Sacó la espada láser de su cinturón, la activó y la bajó en el mismo movimiento, una estocada dorada atravesó al hombre, muerto al instante y partido en dos.

Un olor extraño llenó la bodega y Lourn Dee quiso huir de aquello cuanto antes, pero no podía moverse.

«Marchion ha perdido la cabeza», pensó. «Del todo».

—Este tipo no me importa —dijo Marchion—. Nunca me ha importado.

Movió la espada láser, apuntándola un metro a la izquierda, a la otra persona que Lourn Dee había sacado de la nave sobre Elphrona. El dueño del arma con la que Marchion acababa de asesinar a alguien.

El Jedi twi'lek de piel oscura.

Estaba más sujeto que Blythe, con grilletes triplemente reforzados, cadenas, aturdidores y mordaza. Ella pensó que mejor así, porque su mirada no era nada amistosa. Había oído infinidad de historias sobre los Jedi, todo el mundo tenía alguna. No sabía cuáles eran ciertas, pero en ese momento pudo comprobar que había al menos una falsa. Estaba claro que el Jedi no podía disparar rayos mortales con sus ojos, porque de haber podido Marchion Ro estaría muerto.

Lourn Dee no podía creer que Marchion hubiera usado el arma de aquel tipo para matar a alguien ante sus narices. Era como tentar a la suerte, incluso con el Jedi tan bien atado. Nadie sabía de qué eran capaces.

—No les di los Caminos para el golpe de Elphrona para que me trajeran una familia de mineros, Lourn Dee —dijo Marchion Ro—. Lo hice porque en ese planeta hay un puesto avanzado Jedi. ¿Por qué no intentarlo? Mira por dónde ahora tengo uno. Y eso es bueno, porque un Jedi...

Desactivó la espada láser y se la colgó ostentosamente en el cinturón.

—... es justo lo que necesito.



CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

CORUSCANT.

La Canciller Lina Soh se preguntaba si la decisión que estaba tomando era correcta, después de todo lo que habían descubierto y perdido durante las últimas semanas. Estaba en su oficina en Coruscant, con Matari y Voru al lado, los tres mirando el interminable paisaje urbano por la amplia ventana que había tras su escritorio. No tenía ni idea de qué pensaban los targones de lo que veían, pero a ella el perfil de la ciudad le parecía como la República en miniatura. Siempre móvil, en permanente cambio y evolución, infinitamente profundo, extraño e interminable. En aquel momento, el sol se estaba poniendo y las luces empezaban a encenderse en los edificios. Estrellas en el cielo. Mundos de la República.

Sí. Estaba tomando la decisión correcta.

Lina dio la espalda a la ciudad-mundo para mirar a la gente a la que había convocado en su oficina, el mismo grupo con el que se había reunido en la Plaza de los Monumentos cuando todo aquello empezó. Un senador, un almirante, un secretario y, como siempre, Jedi. Los Jedi siempre eran imprescindibles, resolviendo muchos de los problemas que les planteaban y algunos de los que no. Sin su ayuda, era evidente que el misterio del *Ruta Legado* no se habría resuelto con tanta rapidez ni determinación. Muchos habían muerto intentando ayudar a la República, incluida la Maestra Jora Malli, que sabía que había sido destinada al templo de la Orden en la estación Baliza Starlight. Se habían sacrificado, habían luchado y habían vencido, como prácticamente siempre. Amaba a los Jedi.

Pero a veces se preguntaba si no eran demasiado útiles.

—Voy a reabrir el Borde Exterior—dijo.

Señaló a su asistente, Norel Quo, con la piel anaranjada por la luz del atardecer.

—Emitiré un comunicado inmediato a ese efecto. El tránsito por esos territorios vuelve a estar autorizado. También implementaré órdenes ejecutivas para aliviar temporalmente las tasas en esas rutas comerciales, lo que ayudará a reparar los daños económicos causados por la cuarentena. Pero por poco tiempo, lo que debería incentivar a los comerciantes a llevar sus productos rápidamente. Así se aliviará la escasez.

Una mirada rápida a su secretario de transporte.

—¿Ve algún inconveniente, secretario Lorillia?

—Ninguno—dijo este—. El único problema potencial es la escasez de navidroides por culpa de la matriz de Keven Tarr en Hetzal, pero creo que todos coincidiremos que

valió la pena. Ya he pedido a los fabricantes que incrementen su producción. Quizá también se les podría ofrecer algún tipo de estímulo, hasta que el volumen de existencias se recupere.

—Ya pensaremos algo. Pero es una buena noticia. Hablando de Tarr, sé que realizó un informe sobre posibles usos alternativos de su matriz, antes de empezar a trabajar para los San Tekka. ¿Lo ha leído?

—Sí, Canciller. Hay algunas ideas brillantes. Podrían revolucionar los hiperviajes y también tiene aplicaciones en espacio real, si descubrimos la manera de que funcione sin necesidad de decenas de millares de raros y costosos droides.

—Manténgame informada, Jeffo. Ahí podría haber una Gran Obra, en algún momento. Y, por supuesto, intente encontrar la manera de agradecerérselo a Keven Tarr. Una medalla o algo. Un puesto de alto nivel en las universidades de la República, quizá. Un trabajo, si logra encontrarle alguno que le interese. Odio perder una mente como esa a manos de la industria privada, cuando hay tanto por hacer en la República.

—Pensaré en ello —dijo el secretario.

Ella desvió su atención hacia el senador Noor, cuya cara se había iluminado desde que había anunciado que iba a reabrir el Borde Exterior y no había cambiado durante su conversación con el secretario Lorillia.

—Izzet, a título personal —dijo Lina—, sé lo que ha supuesto esto para los mundos que representa. Agradezco su paciencia y la de esos mundos. Espero que coincidan en que todo lo que hicimos era necesario para la seguridad de la República.

Él asintió suavemente.

—Por supuesto, Canciller. Siempre lo he pensado.

Lina Soh había aprendido a no mostrar sus emociones en su rostro hacía décadas, era una política de raza. En su interior, su escepticismo fue absoluto.

Noor se volvió hacia su asistente, situada tras su asiento con un datapad.

—Yo también haré una aparición pública, Wataro. Tenemos que agradecerles a esos mundos la paciencia que han tenido y anunciarles que la amenaza de los Nihil ha sido erradicada. Prepara una gira, también. Creo que empezaré por Hetzal, Ab Dalis y Eriadu, los mundos más golpeados por las Emergencias, y después seguiré por...

—Senador, si me permite.

El almirante Kronara levantó la mano. El senador Noor lo miró, sin ocultar su irritación porque un militar osara interrumpirlo.

—Almirante —dijo.

—Aún no sabemos si hemos acabado con los Nihil.

—He leído su informe, Kronara. Su flotilla destruyó centenares de sus naves en el combate. Usted encontró a toda su flota y acabó con ella. No se ha producido ni un solo ataque desde entonces. Si eso no es suficiente prueba, no sé qué lo será.

—Senador, con el debido respeto, creo que interpretó lo que quiso de mi informe. Puedo confirmar que destruimos a una considerable fuerza Nihil. Pero, a estas alturas, sabemos muy poco sobre sus actividades. Sabemos que podían hacer cosas en el

hiperespacio que aún no entendemos, pero no sabemos de dónde las sacaron, ni cuántos eran, ni dónde está su base, ni si tienen algún objetivo, más allá de los saqueos...

Se encogió de hombros.

—Diga lo que quiera en su discurso, no es asunto mío. Pero si los Nihil siguen ahí fuera y empiezan a atacar mundos del Borde Exterior otra vez, quedará como un estúpido si les dice que ya no tienen nada de qué preocuparse.

La Canciller Soh disfrutó mucho con aquel intercambio. Puede que el senador no tanto. Se volvió hacia su asistente.

—Revisa el texto. Digamos solo que hemos dado grandes pasos para hacer de los Territorios del Borde Exterior un lugar más seguro y que esperamos que los próximos meses y años sean de paz y prosperidad.

—¿Sabe qué más puede mencionar, senador? —le preguntó la Canciller Soh.

El senador Noor arqueó una ceja.

—La Baliza Starlight. Se inaugurará puntualmente. Acabo de recibir un informe de Shai Tennen. Si los Nihil no han desaparecido o surge algo por allí, la Baliza será el principal encargado de solucionarlo.

«Y la proyección de autoridad de la República que representa facilitará mucho las negociaciones de los acuerdos de paz *quarren-mon calamari*», pensó. «Y la Baliza servirá como repetidor de comunicaciones que aumentará la fiabilidad de las transmisiones en toda la región y será la piedra angular del resto de la nueva red. Y cuando la gente vea lo eficaz que es, resultará sencillo ganar las votaciones sobre la construcción de otras estaciones».

Sus Grandes Obras, haciéndose realidad una por una.

La República no era un mundo. Eran muchos, todos únicos de una u otra manera. Solucionar un problema inevitablemente creaba otros. Había conflictos culturales, históricos, económicos y militares difíciles de resolver entre los habitantes de esos mundos. Había señores de la guerra, agitadores, desafectos y otros enemigos más difíciles de manejar, plagas y extrañas facciones mágicas en mundos escondidos convencidas de que debían conquistar la galaxia y, sí, también anomalías hiperespaciales.

Pero la clave era muy clara, la Canciller Soh lo creía en el alma y la había convertido en la base de todo su gobierno: no podían resolver aquellos conflictos individualmente. Era absurdo intentarlo siquiera. Lo que se podía hacer, no obstante, era que los distintos pueblos de la alta era de la República Galáctica se vieran unos a otros como pueblos. Como hermanos y hermanas, como primos y amigos o, simplemente, como compañeros en el objetivo compartido de construir una galaxia que los acogiera a todos, que los escuchase a todos y que hiciera todo lo posible por no perjudicar a nadie. Todo lo posible.

Si podía hacer que eso sucediera, no tendría que resolver ningún problema. Muchos se resolverían solos porque la gente creería en la República más que en sus propias metas y se abriría a esa palabra mágica... acuerdos.

Ese día maravilloso aún no había llegado, no del todo, y quizá no llegase jamás, pero trabajaría para ello cada hora y cada día que le quedase en el cargo. Lo único que

deseaba, en realidad, era que cuatro palabras sobrevivieran a su mandato, incluso a ella. Las palabras que se habían convertido en el emblema de sus Grandes Obras y mucho más. Cada vez que las oía, le henchían el corazón. Ese era el objetivo. Una idea. Un sentimiento.

Podía hacerlo. Todo el mundo podía.

La Canciller Soh sabía que era verdad. Cuatro palabras.

Todos somos la República.



CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

NO-ESPACIO. EL GRAN SALÓN DE LOS NIHIL.

Los Nihil estaban reunidos, centenares de personas enmascaradas y terroríficas. Todos mirando y en silencio.

El Gran Salón estaba cubierto por un escudo de energía en forma de cúpula que protegía la plataforma del vacío del no-espacio. Normalmente, esa cubierta era invisible. Pero en ese momento emitía unas imágenes, proyectadas por droides de comunicación flotantes.

«¡Por los Nihil!», llegó la voz de Kassav, alta y feroz, y después la respuesta de mil gargantas, todas muertas «¡Por la tormenta!».

La Batalla de Kur empezó, mostrada en una serie de imágenes que iban desde las perspectivas de pantallas tácticas o cámaras de las naves hasta planos más amplios creados por algoritmos procesadores de droides de comunicaciones. Los Nihil observaban, como Marchion Ro desde la mesa elevada a un extremo del salón, con Lourn Dee y Pan Eyta al lado. Había un asiento vacío en la gran mesa, para aquel al que habían perdido.

El Ojo y los Jinetes de la Tempestad llevaban sus máscaras, pero la de Marchion era nueva, con una insinuación de una corona y la supertormenta tallada dentro de un círculo de rojo intenso... la siniestra mirada de una bestia. El atuendo de Marchion también había cambiado. Ahora llevaba una pesada capa de piel, gastada y raída en algunos puntos, pero ese desgaste desprendía un halo de historia, de batallas libradas y ganadas. Como debía ser, puesto que era la capa de Asgar Ro.

—Kassav creía que llevaba a su gente para salvarnos a todos, para protegernos, para evitar que la República descubriera nuestros secretos —dijo el Ojo de los Nihil—. Era una trampa, una mentira. Pueden ver cómo fueron por él. La República y los Jedi cazaron a la Tempestad de Kassav como alimañas.

Murmullos entre los Nihil congregados, mientras veían sus naves cayendo una tras otra a manos de los atacantes de la República, todos volando bajo la misma bandera que lucían en sus máscaras, ropas y cuerpos.

—Pero miren —dijo Marchion Ro, señalando la feroz batalla que se libraba sobre sus cabezas—. Miren lo que hicieron Kassav y su gente.

«¡Demuéstrenles quiénes somos!», volvió a oírse la voz de Kassav y empezó la siguiente fase de la batalla, en la que los Nihil empezaron a usar tácticas innovadoras y

agresivas... bombas de radiación, materiales de desecho y cápsulas de salvamento bomba.

—Nuestros hermanos y hermanas se negaron a pelear como la República quería —dijo Marchion—. Y pelearon como Nihil.

Un rugido de aprobación entre los congregados. No suficiente para hacer temblar el Gran Salón, aún había mucha incertidumbre para eso... pero era un punto de partida.

Los Jedi entraron en combate y la suerte volvió a girar en contra de los Nihil, con los Vectores surcando a toda velocidad el espacio de batalla y disparando sus cañones.

Otra voz resonó en el Gran Salón, esta vez de Marchion Ro.

«Soy el Ojo y les daré lo que necesitan para derrotar a nuestros enemigos. Estos son Caminos de Batalla y con ellos no pueden perder».

La batalla volvió a cambiar. Las naves de la Tempestad de Kassav empezaron a saltar de un sitio a otro, imposibles de alcanzar, abatiendo Alacielos, Vigalargas y Vectores. La excitación recorrió a los espectadores Nihil. Aquello era algo nuevo. Algo poderoso.

—Sí —dijo Marchion Ro—. Los caminos nos hacen fuertes... pero a Kassav le quedaban pocos hombres y no podía hacer más, ni siquiera con mi regalo. Pero miren lo que hizo. Miren lo que Kassav y su gente hicieron.

Las naves Nihil empezaron a estrellarse con las de la República, estallando, causando daños espantosos a costa de su propia vida. Una sensación de alarma corrió entre los espectadores.

—No esperaba esto —dijo Marchion Ron—. No sé si lo ordenó Kassav o nuestros hermanos decidieron que se habían hartado de que les robasen la libertad, de que la República nos diga qué tenemos que hacer, creyendo que pueden controlar nuestros planetas y matar a nuestra gente y... bueno.

Señaló la imagen.

—Todos los seres llegan a un punto en que se hartan y eligen la libertad a la tiranía. La gente de Kassav hizo esto por ellos mismos. Por los suyos. Y por nosotros.

Los congregados habían quedado en completo silencio. Marchion volvió a señalar la batalla congelada.

—Somos los Nihil —dijo.

Unas pocas ovaciones discretas y breves.

—Soy el Ojo, Marchion Ro —continuó—. Soy los Nihil.

»Como —dijo, señalando a los espectadores— todos ustedes.

«Es el momento», pensó. «Otro paso en mi camino».

—Kassav y su gente murieron para poder seguir siendo libres. Pero esa lucha no ha terminado. La República vendrá por nosotros. Y los Jedi. Ya no somos Tempestades, Tormentas, Nubes, Rayos... ahora somos una sola cosa.

Marchion Ro levantó las manos hasta su cabeza y se quitó la máscara. Se quedó quieto, mirando a aquellos millares de caras. Su herramienta. Su arma. Su ejército.

—Los Nihil somos todos —dijo.

Por todo el salón empezaron a caer las máscaras, al principio unas pocas, pero después se convirtió en una riada, con aquellas cosas pesadas cayendo al suelo con secos repiqueteos.

Marchion Ro dejó que su vista vagase por todos ellos, viendo su entusiasmo, viendo que lo entendían.

Se volvió hacia Pan Eyta y Lourn Dee. Aún llevaban las máscaras puestas.

—Ahora —dijo, en voz baja.

Pan y Lourn se miraron. Marchion se preguntaba si sacarían cuchillos o si aquellos dos saldrían vivos de allí. Esperaba que fuera esto último. Había mucho trabajo por hacer.

Poco a poco, los dos Jinetes de la Tempestad se quitaron sus máscaras. Pan Eyta estaba de pie y rígido, con su enorme cabeza con colmillos impávida... aunque a Marchion Ro tampoco se le daba muy bien interpretar las emociones dowutini. Lourn Dee fingía indiferencia, pasándose la lekku sobre el pecho.

Marchion Ro se volvió hacia los expectantes Nihil. Con una floritura, levantó su máscara en el aire.

—¡Por Kassav! —gritó. Y esta vez sí que recibió una respuesta estruendosa, un torrente de ruido, una liberación de la tensión y la ansiedad. Creían que todo iba a salir bien.

Nadie le había visto la cara nunca. No importaba que la vieran ahora. Nadie sabía quién era. Ni siquiera era Marchion Ro. Su nombre era... qué importaba. El lugar del que venía ya no existía, más que en las lecciones que allí había aprendido y unas cuantas herramientas que había robado al marcharse.

Marchion Ro bajó la máscara y, mientras lo hacía, un pequeño grupo de droides sirvientes salieron volando de detrás de la tarima, cada uno sujetando un tazón metálico en sus brazos mecánicos.

Flotaron hasta la multitud, todos excepto uno que se detuvo cerca de Marchion.

—Kassav sacrificó su vida por preservar el estilo de vida de los Nihil, igual que su Tempestad —dijo—. Nos mostró el camino. Fuéramos lo que fuéramos, nuestra riqueza, nuestro poder... solo están empezando. ¿Saben por qué? Dejen que se los enseñe.

Otro toque en un botón de su cinturón y las imágenes proyectada por los droides empezaron a cambiar. Ya no era el plano congelado de los últimos instantes de la Batalla de Kur, ahora era una preciosa imagen compleja de la galaxia en toda su extensión y esplendor, una lenta espiral rotante llena de infinidad de mundos, infinidad de riquezas, infinidad de oportunidades.

—La galaxia. Pero cuando la miro, yo no veo solo estrellas y planetas. Yo veo... una tormenta.

La imagen empezó a girar más rápido y ahora parecía un enorme sistema meteorológico, un huracán rotando alrededor de su ojo central.

—Los Nihil somos todos... nosotros no cabalgamos la tormenta. Nosotros somos la tormenta.

Las caras empezaban a mostrar que lo comprendían. Cierta temor, incluso.

—Ahora somos dueños de la tormenta —gritó Marchion—. Siempre nos hemos quedado en el Borde Exterior... no queríamos atraer demasiada atención, no queríamos estropear algo bueno. Eso ha terminado. Vamos a llegar tan lejos como podamos y vamos a llevarnos lo que queramos.

Marchion señaló la tormenta que giraba sobre sus cabezas.

—Los Nihil se van a extender por toda la galaxia.

Otra ovación, esta sin ningún titubeo.

Marchion Ro empezó a caminar por la tarima, señalando a Nihil concretos mientras hablaba, enfatizando su singularidad, viéndolos sonreír cuando lo hacía, bajo las miradas celosas de sus compañeros.

—Tengo un archivo de Caminos que nos llevarán por toda la galaxia —dijo Marchion—. Podemos ir donde queramos y llevarnos lo que queramos. Lina Soh, su República y los Jedi intentaron destruirnos, pero el sacrificio de Kassav nos permitió ganar tiempo. Tiempo para construir, tiempo para planear, tiempo para engrosar nuestras filas. Llegará un día en que le demostraremos a la República que somos indestructibles. Temerán a los Nihil. Y si intentan arrebatar nos nuestra libertad otra vez, los haremos pedazos.

Marchion se acercó al droide que flotaba junto a él y sumergió los dedos en el tazón que sujetaba. Cuando salieron estaban rojos.

—Por la sangre del que lo dio todo por nosotros... Kassav.

Con tres dedos, Marchion se dibujó en la cara tres líneas en zigzag. Relámpagos. Sangre.

Los droides sirvientes descendieron hacia la multitud y vio que los Nihil imitaban su gesto, tocando la sangre y pintándose la cara con tres líneas en zigzag.

Marchion Ro no sabía si alguno se preguntaba cómo una sola persona podía tener tanta sangre o de dónde la había sacado, si Kassav había muerto en el espacio... pero no importaba. Lo que importaba era que nunca harían ese tipo de preguntas porque la duda se podía percibir como debilidad y los Nihil se mantenían fuertes a base de eliminar lo débil.

«Y gira y gira», pensó, mirando la galaxia, mirando la tormenta.

—Vamos —dijo—. Traigan más Nihil, tantos como puedan...

Sonrió.

—... y les daré todo.

Mari San Tekka estaba dormida. Parecía en paz, envuelta en un capullo de cables y brazos mecánicos y sistemas de control... todo el equipo médico que necesitaba la cápsula médica para mantener con vida a la anciana.

—Descansa, querida —dijo Marchion Ro, poniendo la palma de su mano sobre la cápsula y notando el calor que emanaba de la máquina—. Tienes mucho trabajo que hacer.

Ella parecía un feto, diminuta y arrugada, con las manos curvadas hacia el pecho. Toda la cápsula era como un útero extraño... aunque no estaba seguro de que hubiera ningún humano en la galaxia que hubiera dejado tan lejos el útero como aquella mujer.

Marchion les había dicho la verdad a los Nihil. Tenía un archivo de Caminos, millares de ellos. Mari había pasado décadas cartografiando rutas escondidas por toda la galaxia y estaban almacenadas en una base de datos, a su disposición para cuando lo deseara. Los Nihil podían aparecer donde quisieran, incluso encima del palacio de la Canciller Soh, si les apetecía.

Se preguntó cuánto duraría Mari. Pensaba que lo suficiente. Había encontrado un proveedor de aquella nueva medicina milagrosa, el bacta, que seguramente ayudaría. Provenía de un mundo del sistema Hetzal, lo que hizo reír a Marchion. Había estado a punto de destruir aquel planeta.

Dio la espalda a la Mari San Tekka durmiente. Salió de la sala y bajó tres cubiertas de su nave insignia. Pasó por preciosos pasillos arqueados, por grandes galerías, donde antiguamente se daban sermones y se construían los sueños, donde las familias trabajaban, planeaban y se imaginaban una vida mejor.

Hasta que dejaron de hacerlo.

Ahora, el *Eléctrica Mirada* estaba desierto. Embrujado.

Finalmente, tras una larga caminata por la enorme embarcación, Marchion Ro llegó a una zona muy distinta de la apacible y sutilmente iluminada sala en la que Mari San Tekka pasaba su interminable vida.

Allí las luces eran potentes. Los cantos duros. Todo era reflectante. No había donde mirar para encontrar un remanso de paz y ni siquiera cerrar los ojos servía de gran cosa ante aquella luz.

Las paredes eran metálicas, como el suelo. Ocho celdas. Siete prisioneros entregados por Pan Eyta... seres insignificantes sacados de un transporte de pasajeros rumbo a Travnin. Gente corriente que seguro que no merecía estar apresada en la nave insignia del Ojo de los Nihil.

Una pena. La vida raramente te daba lo que merecías.

Siete de las celdas ocupadas estaban conectadas por cables al sistema eléctrico de la nave y programadas para electrocutar a los prisioneros a intervalos e intensidades aleatorios. Entre las descargas y las luces, era imposible dormir. Estar encerrado en una celda de la cubierta prisión del *Eléctrica Mirada* era sinónimo de ira, dolor, miedo y, finalmente, locura.

Y todo diseñado específicamente para el hombre de la octava celda.

El Jedi.

Marchion Ro avanzó por el pasillo, pasando junto a los pobres desdichados de las celdas de tortura, hasta llegar al último. El Jedi levantó la vista, con expresión serena...

pero sus ojos estaban cansados. Podía mostrarse todo lo calmado que quisiera, pero el torbellino emocional que debía sentir en los otros prisioneros estaba consiguiendo el objeto deseado, claramente. También debía estar dolorido, tenía una pierna rota y Marchion no lo había llevado a ninguna de las instalaciones médicas de alta tecnología que había solo unas cubiertas más arriba.

El twi'lek se movió de prisa, levantando una mano con dos dedos extendidos y pronunciando una sola frase.

—Nos vas a soltar a todos —dijo.

Marchion notó la presión de las intenciones del Jedi en su mente. Quería hacer lo que el twi'lek le pedía. ¿Por qué no?

Porque era Marchion Ro.

Sonrió.

—Eso no va a pasar, Jedi —dijo—. Mi familia lo sabía todo sobre ustedes. Me contaron lo que podían hacer y cómo resistirlo.

Señaló vagamente a las otras celdas.

—Ellos tampoco van a salir. Si mueren, traeré más. Su trabajo es llenar la cubierta de dolor, ira y miedo. Eso te dificulta pensar, ¿verdad? Te dificulta invocar a la Fuerza.

Se apoyó de espaldas en una pared cercana y cruzó los brazos.

—Mi abuela me contó cómo hacerlo, lo aprendió de la suya. No se puede encerrar a un Jedi con barrotes. Se le encierra con dolor. Nunca tuve oportunidad de comprobarlo... pero parece que funciona bastante bien.

Uno de los otros prisioneros gimió, sin fuerzas ya para gritar siquiera, le pareció a Marchion. El Jedi no miró. Sus ojos no se apartaron de la cara de Marchion.

—¿Cómo te llamas? —preguntó—. No quiero seguir llamándote Jedi.

—Loden Greatstorm —respondió el Jedi.

Marchion abrió los ojos como platos. Se apartó de la pared.

—¿Loden... Greatstorm? —dijo—. Por el Camino, es perfecto. Es un placer conocerte, amigo. Creo que lograremos cosas maravillosas juntos.

—¿Qué cosas? —preguntó Loden—. ¿Por qué hace esto?

Marchion se rio.

—¿Quieres que te cuente mi gran plan, Jedi? Yo no hago esas cosas. Los planes pueden fallar en cualquier momento. Tengo un objetivo y los objetivos se pueden alcanzar de muchas maneras. Mientras al final llegues donde quieres, los caminos que tomes no importan. Todo es un mismo camino.

—Tu objetivo, entonces —dijo el Jedi.

Marchion se lo pensó un momento, eligiendo las palabras.

—Cuando mi padre murió, heredé una organización rota y desorganizada. Los Nihil tenían poder, pero pasaban la mayor parte del tiempo luchando entre ellos. Nunca podrían alcanzar su verdadero potencial y debían hacerlo, si debían convertirse en el arma que necesitaba. Mi padre intentó cambiar las cosas, pero fracasó y fue asesinado.

Otro gemido en una de las celdas de tortura. Marchion supuso que el ciclo de descargas se acababa de reiniciar.

—Estuve a punto de no intentarlo siquiera. Durante mucho tiempo me limité a desempeñar el mismo papel que él... el Ojo de los Nihil, custodio de los Caminos. Me hice rico. Estaba bien. Y entonces... llegaron ustedes.

El Jedi entornó los ojos. Marchion se rio entre dientes.

—Oh, no tú, específicamente, Loden Greatstorm. Me refiero a la República, construyendo su Baliza Starlight en mi territorio. Invadiendo, ocupando, con sus reglas, leyes y particular comprensión de la libertad que no tiene nada de libre. Y ustedes, los Jedi, siempre detrás, absolutamente convencidos de que todo lo que hacen es recto y bueno. A mi familia le costó muy caro descubrirlo, hace mucho.

—Pero nos conocimos —dijo el Jedi—. De alguna manera.

Su cara era fría, muy fría, con aquella piel verde oscura que parecía absorber la intensa luz de la cubierta prisión.

—Reconozco su voz —dijo Loden.

Marchion sonrió.

—Hay una granja familiar, a unos treinta kilómetros al suroeste —dijo, con una voz nerviosa y afectada—. Dos padres, dos hijos. Deben rescatarlos, Jedi, ¡deben hacerlo!

Marchion Ro salió disparado hacia atrás, chocando fuerte contra el mamparo. Se abrió la cabeza con el duracero. No lo había tocado... pero sabía que era el Jedi.

Loden cayó rendido, el esfuerzo al usar la Fuerza lo había dejado extenuado.

—No es suficiente —dijo Marchion, tocándose la coronilla—. Vuelve a intentarlo y mataré a uno de los prisioneros.

El Jedi no respondió.

—Como he dicho, muchos caminos, un objetivo. Hetzal también fue cosa mía. Mandé a una de mis naves a interceptar al *Ruta Legado*. No tenían ni idea. Solo necesitaba un accidente, un desastre, algo para poner a los Nihil en el radar de la República.

—¿Por qué?

—Todo y todos son herramientas —dijo Marchion—. Y las uso como necesito.

Sonrió. Una sonrisa de depredador... aunque aquel Jedi era peligroso y no podía olvidarlo. Su familia había confiado en los Jedi en el pasado y lo habían perdido todo.

—Vendrán a buscarme —dijo Loden Greatstorm—. Mi Orden. Y si muero...

Ladeó la cabeza y esbozó una leve sonrisa.

—... te buscarán a ti.

Marchion Ro metió la mano dentro de su túnica y sacó un objeto de metal y piedra, una vara de tres palmos de largo con símbolos tallados y grabados... caras gritando, fuego, cadenas. Parecía fundida y vuelta a forjar. Cuando tocó el objeto, empezó a brillar con un enfermizo color morado que, de alguna manera, eclipsaba la deslumbrante luz de la cubierta prisión.

Aquello tenía casi tanta culpa como los Jedi de lo que les había sucedido a sus ancestros... pero eso era una vieja historia y estos tiempos eran nuevos. Podría conseguir lo que ellos no lograron.

La vara se calentó en su mano. Parecía casi viva, como si respirase. Se la enseñó a Loden, que entornó los ojos. Bajo la luz morada del objeto, la cara del Jedi se veía extraña. Muerta.

—No me preocupa tu Orden. Si creen que pueden atraparme...

Sonrió al tal Loden Greatstorm, tan valiente, el perfecto Caballero Jedi. Sin ningún miedo.

—... que vengan.



CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

LA BALIZA STARLIGTH.

La estación era una maravilla, brillando en el vacío, una intrincada piedra preciosa en pleno espacio, una de las estructuras espaciales más grandes jamás construidas. La obra había sido un desafío incluso para los ilimitados recursos de la República Galáctica... pero se trataba de eso. Incluso los Territorios del Borde Exterior merecían lo mejor de la República.

Todos somos la República.

Era la Baliza Starlight y por fin se había terminado. Ni un día antes, ni un día después. Estaba diseñada para cumplir muchas funciones, para atender las diversas necesidades de los muchos ciudadanos de la República en la región.

Dos culturas podían necesitar un terreno neutral para negociar un conflicto, la Baliza se lo daría. O si el conflicto se enconaba y amenazaba con pasar de las palabras a la violencia, la Baliza era una base militar con un potente contingente de pacificadores destinados rotativamente desde los mundos de la Coalición de Defensa de la República. Su superestructura era un diecinueve por ciento triazurita, un raro mineral que potenciaba las señales de transmisión y le permitiría servir como repetidor gigante para posibilitar unas comunicaciones mejores y más rápidas entre los pueblos del Borde Exterior. Era un hospital, era un observatorio, era una estación científica, era un bullicioso mercado, comerciando con bienes del Borde y más allá.

La Baliza Starlight estaba abierta a todos los ciudadanos, construida para permitirles vivir la República en toda su gran diversidad. Desde los conciertos subsónicos de susurrofibras de los maestros chadra-fan, hasta bailes oceánicos mon calamari o módulos que exhibían la flora y fauna de muchos mundos, desde Kashyyyk hasta Kooriva... aquello era la República, con las exposiciones en constante rotación y actualizadas para una experiencia realmente representativa.

Y, por supuesto, no había República sin Jedi. La Baliza Starlight albergaba el templo más grande fuera de Coruscant que debía servir como corazón de las actividades de la Orden en el Borde Exterior y más allá. Diseñado por el célebre arquitecto Jedi Palo Hidalla y gestionado por algunos de los miembros más experimentados de la Orden, el templo de la Baliza Starlight ofrecía todo lo que iniciados, padawanes, Caballeros y Maestros Jedi podían necesitar para servir al prójimo y a la Fuerza.

La sección Jedi carecía de líder, tras la trágica pérdida de la Maestra Jora Malli en la batalla contra los Nihil... pero aquello quizá se pudiera arreglar también.

Celebridades de toda la galaxia habían acudido para celebrar la inauguración de la estación. El *Tercer Horizonte*, nave heroica en muchos de los acontecimientos recientes de relevancia galáctica, había amarrado y desembarcado a sus pasajeros. Y allí estaba también el crucero Jedi *Ataraxia*, destinado de manera permanente a la Baliza Starlight como medio de transporte de la Orden. Había recogido Jedi en todas partes, desde Coruscant y otros puntos, para que presenciasen un gran momento que iba a cambiar la galaxia para siempre.

Todos los visitantes iban vestidos para la ocasión. Los Jedi con sus coloridas fajas celestes, bermejas y moradas envueltas alrededor de túnicas doradas y blancas con el reluciente símbolo de la Orden Jedi, la luz ascendente de la Fuerza. Los diplomáticos, militares, líderes industriales y culturales de la República, luciendo sus mejores galas, eran un espectáculo de cháchara y alegre pompa.

El personal de la Baliza los llevó por grupos para enseñarles los muchos puntos destacados de la estación, con todas las caras llenas de orgullo y optimismo, tanto de visitantes como de sus guías.

Bell Zettifar había llegado desde Elphrona, junto a Indeera Stokes y Porter Engle. Los miembros supervivientes de la familia Blythe también estaban invitados al evento, pero habían declinado la invitación, prefiriendo regresar con sus parientes en Alderaan.

Bell estaba perdido. No entendía qué había pasado, cómo era posible que su Maestro estuviera allí y de repente... ya no. Indeera, que lo había tomado como padawan hasta que se tomase una decisión, creía que Loden Greatstorm estaba muerto. Bell no. Técnicamente, podía tomar los votos y convertirse en Caballero si viajaba a Coruscant, pero no se lo permitía. Loden Greatstorm debía presidir la ceremonia, como era debido. Pero ahora... ¿cómo?

Ascu andaba al lado de Bell. Quizá no era muy ortodoxo, ¿pero quién iba a decirle al padawan que debía estar aún más solo?

Porter Engle caminaba con el grupo, en silencio, y apenas parecía fijarse en las maravillas de la Baliza Starlight. Estaba recordando lo que era sentirse el Cuchillo de Bardotta y por qué un día decidió no volver a ser esa persona.

Indeera pensaba en cada una de las decisiones que había tomado durante el intento de rescate en Elphrona, preguntándose si algún otro camino habría salvado a Loden y Ottoh Blythe. No lo sabía. Nunca lo sabría.

Acompañados de otro guía, en otro grupo, Stellan Gios, Avar Kriss y Elzar Mann recorrían los luminosos pasillos de la estación, juntos como casi siempre cuando los asuntos de la Orden se lo permitían. Corrían rumores sobre quién dirigiría la sección Jedi de la estación, ahora que la Maestra Malli había fallecido, pero aquel trío guardaba silencio. Eran Jedi. Todos Maestros ya. El Consejo había anunciado que permitiría que Elzar Mann tomase los votos, por fin podría ver qué le esperaba en las profundidades de aquel mar infinito que era la Fuerza.

Pasaron junto al Jedi trandoshano Sskeer, quien había estado mucho tiempo en la Baliza durante su construcción, por lo que no necesitaba visita guiada. Estaba ante una

ventanilla, mirando al espacio. Avar lo saludó, pero Sskeer no respondió. Había sobrevivido a la Batalla de Kur y su brazo perdido estaba creciendo poco a poco, como era propio de su especie, pero la herida de su corazón por la pérdida de la Maestra Jora Malli estaba costando más repararla.

En la enorme sala de actos del corazón de la Baliza, Nib Assek y Burryaga miraban a la Canciller Lina Soh, abriéndose paso hasta un estrado en el centro de la sala. Iba acompañada de Yarael Poof, un Maestro del Consejo Jedi. Todos los Jedi prominentes de la galaxia estaban a bordo de la estación, incluso Yoda, para sorpresa de muchos. Normalmente, el anciano Maestro evitaba cualquier evento social no esencial, pero allí estaba, con la clase de iniciados que había puesto bajo su tutela en los últimos meses. Sus motivos para asistir a la inauguración de la Baliza Starlight eran particulares. Yoda seguía su propia agenda.

Mucha más gente se había reunido en la sala, con los guías llevando a sus grupos hasta el final de sus visitas: el evento central del día. Mikkel Sutmani. Joss y Pikka Adren. Keven Tarr, el almirante Kronara, el jefe Innamin y el teniente Peeples. El prodigio Jedi Vernestra Roth y su recién incorporado padawan, Imri Cantaros, recién llegados de su encontronazo con los Nihil en Wevo. Senadores, ministros, presidentes y demás gente de todos los estamentos. Millares de personas habían hecho enormes esfuerzos para que aquel momento llegase y todos los que habían podido estaban presentes. Los que no pudieron o no quisieron asistir tuvieron acceso a un holocanal seguro que les permitía ver y escucharlo todo en directo.

La Canciller Soh llegó al estrado. Los droides cámara flotaban, grabando el momento. Tomó la palabra.

—Ya saben que sueño con una galaxia de Grandes Obras, conectadas, fuente de inspiración y llena de paz para todos los ciudadanos. Creo que es posible, pero no gracias a mí, ni a ninguna habilidad especial que yo posea. Creo que es posible gracias a todos nosotros. Porque podemos trabajar y trabajaremos juntos para conseguirlo. Todos, cada uno de nosotros, somos una gran obra. Imagino una galaxia en la que empleemos nuestra fortaleza para apuntalar las debilidades del prójimo, donde entendamos y celebremos nuestras diferencias, dándoles todo su valor. Somos una República en la que todas las voces importan, ya sea en el Núcleo o en el planeta más remoto de los confines del Borde.

Y continuó, mencionando los sacrificios realizados para llevar seguridad al Borde Exterior y poder terminar la estación. Recordó las muertes de Hedda Casset, Loden Greatstorm (Bell Zettifar se estremeció con esto), Merven Getter, Vel Borta, el capitán Finial Bright y muchos más. Se propuso un monumento, otra Gran Obra, a todos los caídos en el desastre del *Ruta Legado* y las posteriores Emergencias en Hetzal, Eriadu y Ab Dalis, con los nombres de todas las víctimas.

Lina Soh habló el tiempo justo y concluyó con estas palabras:

—Esta estación será un símbolo de la República en el Borde Exterior. Un lugar en el cual celebrar nuestra unión y colaborar en su crecimiento. Será una señal para que la

oigan todos en este sector, cuando quieran. La Baliza. La Baliza de la República. El sonido...

Aquí hizo una pausa y los droides cámara mostraron el optimismo sincero de su rostro. No era una política. Era una mujer que creía en cada palabra que estaba diciendo.

—... de la esperanza.

En todo el atrio, con las estrellas de fondo, se activaron las espadas láser. Centenares, en todos los colores de la Orden Jedi, saludando en alto.

Desde el espacio, en el exterior de la estación, cualquiera que mirase vería un brillo brotando de un precioso círculo abierto en su corazón, ahuyentando la oscuridad.

La luz de los Jedi.

La Baliza se activó, una señal, un sonido, un timbre, un tono que cualquiera con el equipo más rudimentario podía captar desde centenares de parsecs a la redonda. Cualquiera que se sintiera perdido, asustado, confuso, desesperado... podría conectarse a aquella señal. Podían escucharla y su sonido le ayudaría a encontrar su camino.

La Baliza Starlight. La primera de muchas.

Todo iba bien.



EPÍLOGO

EL ENEMIGO.

—**E**ste sitio es precioso —dijo Elzar Mann.

Avar Kriss estaba con él, habían dejado a Stellan Gios en la inauguración, enfrascado en una conversación con varios miembros del Consejo. Elzar y Avar paseaban por el sendero de uno de los módulos jardín de la Baliza Starlight, una enorme burbuja de transpariacero en la que habían construido una larga pasarela en espiral. La base de la esfera estaba llena de tierra de un mundo llamado Qualai, un planeta pequeño de baja gravedad en el límite del Borde Exterior.

De aquella tierra crecían árboles altos, finos y elegantes, llegando hasta el techo de la cúpula, algunos superando los trescientos metros de altura. De las ramas de esos árboles descendían enredaderas, rizos sinuosos que se extendían desde la copa hasta el suelo. Estas tenían distintos tonos de rojo y naranja, con bonitos degradados. Las corrientes de aire agitaban las enredaderas, por lo que se mecían suavemente, desprendiendo una fragancia de incienso.

La pasarela en espiral permitía caminar entre aquellas enredaderas que se rizaban y dispersaban, insectos diminutos y coloridos pájaros bioluminiscentes volaban entre ellas como chispazos, cada árbol un ecosistema propio.

En el centro del jardín, con el espacio imponente al otro lado del transpariacero, el efecto era como estar en medio de una hoguera, contemplando la noche.

—Sí, lo es —dijo Avar.

—Y es todo nuestro —dijo Elzar—. Parece que nadie lo ha descubierto aún.

—No tardarán —dijo Avar—. Estoy segura de que la gente pronto dejará la fiesta y encontrará esto. Parejas buscando rincones tranquilos para estar a solas, probablemente.

—Pues disfrutemos un poco mientras podemos, ¿no?

Siguieron ascendiendo, con el sonido de las llamas rizadas llenando el ambiente.

—Míranos, un par de Maestros Jedi, pasando un momento apacible juntos. ¿Puedes creerlo? Por momentos pensé que nunca iba a llegar.

Avar le sonrió.

—Sabía que el Consejo te acabaría ascendiendo —dijo—. No había duda...

—Para ti es fácil decirlo. Tú llegaste a Maestra hace años.

—Eh, el Consejo reconoce el talento cuando lo ve. ¿Cuándo será?

—Pronto, probablemente. Tendré que presentarme ante el Consejo, en Coruscant. En realidad, es una formalidad. No creo que cambie mi vida tanto como mi último ascenso.

—Es verdad. El salto de padawan a Caballero Jedi... ese es el realmente importante. La elección... —su voz se disipó.

Elzar sospechaba que los dos pensaban lo mismo. Momentos compartidos como padawanes, tolerados, acordados y a veces compartidos... pero cosas que había que dejar atrás cuando uno ascendía y llegaba a adulto dentro de la Orden.

No habían hablado de aquellos momentos en muchísimo tiempo y nunca más que con referencias indirectas, pero siempre estaban presentes en los pensamientos del otro, sobre todo si estaban juntos.

Esos momentos, tantos años antes, parecían muy presentes en ese instante.

Avar se detuvo. Elzar tardó un paso en darse cuenta de que no lo seguía y se volvió a mirarla.

Arqueó una ceja.

Ella le tendió la mano.

Elzar la tomó en la suya. La levantó, la miró y después a Avar Kriss, su amiga.

La mirada que ella le dedicó fue como aquel mar que él encontraba en su interior; la Fuerza, honda, infinita e imposible de comprender plenamente.

Podías ahogarte en ella.

—Somos Jedi —dijo él.

—Lo somos —contestó ella.

Avar desvió la vista y le soltó la mano, y Elzar ya no se estaba ahogando, aunque quizá una parte de él lo estuviera deseando.

Siguieron paseando.

—La estación es mía —dijo Avar.

—¿Qué?

—Estoy al mando del contingente Jedi en la Baliza Starlight. Sin la Maestra Jora, me han pedido que me encargue yo. Supongo que impresioné al Consejo con lo que pasó en Hetzal y lo de después...

—Sí. Eres realmente impresionante —dijo Elzar, débilmente.

Estaban un poco más arriba en la pasarela, caminando entre llamas.

—Yo tengo trabajo en Coruscant —dijo Elzar—. Investigación en los Archivos... lo que logramos en Hetzal me ha dado un montón de ideas sobre nuevas maneras en que el lado luminoso puede hablarnos. Sé que el Consejo no siempre entiende las cosas que intento, pero ahora soy Maestro. Tengo la sensación de que es el momento de demostrar realmente lo útil que puedo serle a la Orden.

—Sí —dijo Avar, también en voz baja.

—Nos veremos menos a menudo —dijo Elzar—. ¿Crees que nos hemos habituado demasiado a pasar tiempo juntos? ¿Ha sido un error?

—No —dijo ella, con determinación.

—Estoy de acuerdo. Y seguiremos en contacto.

—Sí. Podemos hablar cuando queramos. El proyecto del repetidor de la Canciller Soh lo hará más sencillo que nunca.

—Por supuesto.

Habían llegado a lo alto de la pasarela, al final de la espiral, donde una salida conducía al resto de la estación. Los sonidos de la celebración podían oírse... tenues y tentadores.

—Parece que aumenta el volumen. ¿Te apetece tomarte unas cuantas copas de lo que tengan? Y no me importaría bailar. ¿Deberíamos bailar, Maestro Jedi Elzar Mann?

Él se preguntó qué pensaba Avar de la manera como la miraba en ese momento. Si ella también se ahogaba un poco.

—Ahora voy —dijo—. Se está bien aquí y no sé cuándo volveré a ver esto.

—De acuerdo —contestó ella.

Avar titubeó, sonrió de manera amplia y sincera, y se marchó.

Elzar la miró marcharse y se giró para ver las estrellas, el vacío del espacio, el mar más profundo de todos. Bajo sus pies, los árboles de llamas se agitaban, susurrando y crujiendo... era como estar encima de un incendio. Dejó que su conciencia vagase por la oscuridad exterior, buscando, buscando...

La Fuerza atrapó su mente.

Visiones espantosas ante sus ojos, cosas que no podía entender, bañadas en luz morada. Jedi, muchos conocidos, amigos y compañeros, horriblemente mutilados, librando batallas perdidas contra cosas horribles que vivían en la oscuridad. Cosas que vivían en las profundidades.

Los Jedi que sobrevivían huían. No era una retirada, sino una huida.

Las visiones crecieron en su mente, con la Fuerza gritándole todo tipo de advertencias o profecías, atravesando su conciencia sin parar.

Elzar cayó de rodillas, sangrando por la nariz. Aquello no parecía una visión incognoscible y evitable del futuro.

Aquello parecía inevitable. Seguro.

Maldad, horror, barriendo la galaxia como una ola.

Vio Jedi muriendo, gritando, y a sí mismo, el último, incapaz de escapar de lo que se avecinaba.

Poco a poco, agónicamente, la visión disminuyó. Elzar volvió en sí. Lanzó un grito ahogado y más sangre cayó sobre la cubierta.

¿Qué acababa de ver? ¿Qué había visto?

Lo peor no era el caos, las batallas, el dolor, los desconocidos y monstruosos horrores que brotaban de la oscuridad. Era lo que había visto en las caras de todos los Jedi que la Fuerza le había mostrado.

El mayor de sus enemigos.

Miedo.

Agradecimientos

Los proyectos de *Star Wars*, de todo tipo, son siempre un esfuerzo colectivo. Para hacer las películas, los juguetes o esta novela... se necesita una galaxia. Eso es particularmente cierto en *Luz de los Jedi*, resultado de literalmente años de trabajo del grupo de personas presentadas al mundo inicialmente como el colectivo de cinco escritores que trabajaban en el misterioso proyecto Luminous. No conocía a ninguno de ellos personalmente cuando arrancó el proyecto que terminó convirtiéndose en La Alta República, pero conocía su trabajo. Ahora, sin embargo, raro es el día que no hablo con este grupo de escritores increíblemente talentosos: Claudia Gray, Justina Ireland, Daniel José Older y Carvan Scott. Empezaron siendo mis compañeros y se convirtieron en mi amigos, y este libro no existiría sin sus ánimos constantes, su escrutinio y sus maravillosas ideas.

Después, por supuesto, el maestro que puso en marcha el proyecto Luminous y que ha cobijado a este grupito de escritores en infinidad de tormentas y nos ha hecho seguir adelante, desde que aquellos primeros correos electrónicos empezaron a circular comentando lo que iba a ser Luminous, Michael Siglain, director creativo de Lucasfilm Publishing. Es el mejor y puedo garantizar que nadie que lo haya conocido dirá otra cosa. El me subió al carro, como a todos, y no puedo estarle más agradecido.

Los chicos de Lucasfilm Story Group nos dedicaron mucho tiempo y atención mientras construíamos La Alta República y me gustaría mencionar particularmente a Pablo Hidalgo, cuyas notas fueron siempre útiles y a menudo incluían instructivos diagramas sobre la misteriosa naturaleza del hiperespacio. James Waugh, por su apoyo constante e incansable. Matt Martin y Robert Simpson, Brett Rector, Jen Heddle, Troy Alders... la lista continúa. Es lo que decía al inicio, *Star Wars* es una galaxia y todo el mundo aporta. Es una maravilla verlo.

Elizabeth Schaefer en Del Rey, por su perspicacia editorial y algunos tuits realmente bonitos después de leer el primer borrador de la novela. Mi agente, Seth Fishman, para el que ningún acuerdo es imposible. Jordán D. White de Marvel Cómics, quien me dio la primera oportunidad de escribir *Star Wars* y de la que ha partido todo lo demás. Shawn DePasquale, mi sempiterno primer lector. Tommy Stella, mi sempiterno ayudante.

George Lucas y la mucha, muchísima gente brillante con la que trabajó para dar vida a *Star Wars* (¡hace falta una galaxia!). Ninguno de nosotros estaría haciendo esto sin sus esfuerzos.

Y, por supuesto, mi familia... Rosemary y Amy, Hannah, Sam y Chris, Jay y Ann, Mary y Jim.

Y, finalmente, gracias a ti. Espero que hayas disfrutado de esta historia.

Todos somos la República.

Charles Soule
Verano 2020

Sobre el autor

CHARLES SOULE es un escritor, guionista de cómic, músico y abogado residente en Brooklyn (Nueva York). Entre sus novelas se encuentran *El año del oráculo* y *Anyone: A Novel*. Aunque ha trabajado para DC y otras editoriales, es más conocido por escribir los guiones de *Daredevil*, *She-Hulk*, *La muerte de Lobezno* y varios cómics de *Star Wars* para Marvel Comics (*Darth Vader*, *Poe Dameron*, *Lando*, entre otros), además de las series creadas por él *Curse Words* (con Ryan Browne) y *La carta 44* (con Alberto Jiménez Alburquerque).

charlessoule.com

Twitter: [@CharlesSoule](https://twitter.com/CharlesSoule)

Instagram: [@charlessoule](https://www.instagram.com/charlessoule)